

METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL: CAJA DE HERRAMIENTAS

facebook.com/gabriel.garciagarcia.9256

Mariana Caminotti
Hernán Pablo Toppi
Compiladores



MATERIAL DE CÁTEDRA

METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN SOCIAL: CAJA DE HERRAMIENTAS

Mariana Caminotti
Hernán Pablo Toppi
Compiladores





facebook.com/gabriel.garciagarcia.9256

Metodología de la investigación social : caja de herramientas / Mariana Caminotti ... [et al.] ; compilado por Mariana Caminotti ; Hernán Pablo Toppi. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba, 2020.

Libro digital, EPUB - (Material de cátedra)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-23-3051-8

1. Ciencias Sociales. 2. Investigación Cualitativa. 3. Metodología de la Investigación. I. Caminotti, Mariana, comp. II. Toppi, Hernán Pablo, comp. CDD 300.72



Eudeba
Universidad de Buenos Aires

Primera edición: septiembre de 2020

© 2020
Editorial Universitaria de Buenos Aires
Sociedad de Economía Mixta
Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires
Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202
www.eudeba.com.ar

Diseño de tapa: *Silvina Simondet*
Corrección y composición general: Eudeba

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Índice de contenido

Portadilla

Introducción. La importancia de la ciencia social y de los métodos
Mariana Caminotti y Hernán Pablo Toppi

Capítulo 1. La investigación científica: perspectivas y debates epistemológicos

Ileana Gutiérrez, Juan Manuel Remesar y Olga Val

Capítulo 2. Conceptualización y medición en las ciencias sociales

Jacqueline Behrend

Capítulo 3. Aspectos fundamentales para el desarrollo de un proyecto de investigación en ciencias sociales

Carlos Varetto y Hernán Pablo Toppi

Capítulo 4. Diseños de investigación en las ciencias sociales: estudios cualitativos, cuantitativos y comparativos

Verónica Pérez Bentancur

Capítulo 5. Métodos mixtos: diseñando investigaciones que combinan enfoques cualitativos y cuantitativos

Julieta Suárez-Cao y Federica Sánchez Staniak

Capítulo 6. Experimentos en las ciencias sociales

Emilia Simison

Capítulo 7. *Process tracing*. Inducción, deducción e inferencia causal

Tomas Bril-Mascarenhas, Antoine Maillet y Pierre-Louis Mayaux

Capítulo 8. El estudio del servicio doméstico en perspectiva histórica: notas sobre una trayectoria de investigación

Cecilia L. Allemandi

Sobre los autores y las autoras

Introducción

La importancia de la ciencia social y de los métodos

Mariana Caminotti y Hernán Pablo Toppi

Muy difícilmente una persona viva en el aislamiento como alguien perdido en una isla desierta luego de un naufragio. Incluso el personaje principal de una película que retrata una situación como esa busca, en la soledad de esa isla, relacionarse con personas. Los individuos tendemos a vivir en sociedad y a vincularnos con nuestros semejantes. Ahora bien, la vida en sociedad tiene múltiples facetas que están configuradas no solo por las diferentes situaciones que atravesamos, los contextos y las condiciones de vida, sino también por nuestras cosmovisiones. En otros términos, la vida en sociedad involucra la pluralidad de ámbitos, acciones, puntos de vista y opiniones. Es importante, entonces, poder estudiar, comprender y explicar cuáles son las particularidades de los escenarios sociales en los cuales vivimos y entramos en relación con los y las demás. A partir de estas primeras ideas, surge una serie de aspectos a considerar:

- a. *La pluralidad social.* Como indicamos, en una sociedad suele haber pluralidad. También la hay entre diversas sociedades. Costumbres, culturas y tradiciones específicas pueden conducir a que la heterogeneidad social se represente en prácticas sociales particulares. Esta pluralidad social puede observarse entre países pero también al interior de un mismo Estado nacional. Las ciencias sociales se ocupan de caracterizar las diferentes formas con las que puede representarse esta pluralidad.

- b. *El conflicto social*. La interacción social trae consigo el conflicto. Esto, por el hecho de que los individuos tienen y expresan diferentes necesidades, intereses y proyectos sociopolíticos. Al mismo tiempo, así como la interacción social se refleja en múltiples esferas (cultural, política, económica, etcétera), el conflicto puede expresarse por diferentes medios (partidos políticos, sindicatos, manifestaciones espontáneas, demandas judiciales, etcétera). La necesidad de identificar las razones del conflicto y de diseñar medidas para arbitrarlo (el otorgamiento de derechos políticos, el aumento de salarios, la reducción de impuestos, la legislación que garantiza el respeto de minorías, etcétera) es una tarea donde las ciencias sociales cumplen un papel primordial.
- c. *La transformación social*. Las sociedades contemporáneas no son idénticas a las existentes hace tres o cuatro décadas, y mucho menos a las que tuvieron presencia siglos atrás. Del mismo modo, es esperable que las sociedades del futuro se diferencien de las actuales. Las sociedades cambian, se transforman al compás de los cambios tecnológicos, las relaciones económicas, las experiencias vividas y las opiniones imperantes. Estos cambios no necesariamente significan una evolución, pero existen y se desarrollan constantemente. Las ciencias sociales identifican, describen y explican tales transformaciones, dando cuenta de sus consecuencias.
- d. *La diversidad de las ciencias sociales*. Como se señaló, la vida en sociedad implica multiplicidad de visiones y de prácticas. Las ciencias sociales buscan, desde diferentes especializaciones, abordar dicha diversidad. Disciplinas como la antropología, la ciencia política, la economía y la sociología (entre otras) se proponen brindar, desde sus miradas, un conocimiento específico de las diferentes facetas que tiene la vida en sociedad. En otros términos, las ciencias sociales permiten describir, comprender y explicar el ámbito social en que vivimos.

Vemos, entonces, que las ciencias sociales nos permiten entender mejor los ambientes en los cuales solemos desenvolvemos. Y esta comprensión es fundamental, no solo para caracterizar las sociedades, sino que también para identificar sus patrones de convivencia y de conflicto. Quienes estudian y ponen en evidencia problemas como la pobreza, la desigual

distribución de los recursos económicos o la desigualdad de oportunidades entre varones y mujeres no provienen de las ciencias biológicas o de la física. Quienes hacen su aporte a la comprensión de los problemas sociales son profesionales de las ciencias sociales que estudian estos fenómenos y los representan frente al público (la ciudadanía, las organizaciones de la sociedad civil, los medios de comunicación, los y las representantes). Al respecto, Charles Ragin manifiesta lo siguiente:

Los investigadores sociales, como el resto de personas que nos hablan acerca de la sociedad, son miembros de la sociedad. Estudian a los miembros de la sociedad y presentan los resultados de su trabajo a los miembros de esa misma sociedad. Por ello, en un nivel muy general, los investigadores sociales se traslapan con los sujetos que estudian y con las audiencias para las cuales trabajan. Y aquellos que estudian, los otros miembros de la sociedad, también se superponen a sus audiencias (2007: 34).

El conocimiento de las sociedades también implica reconocer sus dificultades y problemas, pues solo así se los puede enfrentar (Babbie, 2000). De hecho, la definición de los problemas sociales y el desarrollo de políticas públicas para afrontarlos se suelen nutrir de estudios realizados por científicos sociales. Ahora bien, si las disciplinas sociales son ciencias, se debe a que el conocimiento que ofrecen es particular y diferente de aquel que una persona cualquiera (independientemente de su profesión) puede obtener de la experiencia cotidiana. Dicho conocimiento se adquiere mediante una investigación sistemática y metódica que llamamos científica.

A partir de esto, podemos preguntarnos ¿por qué el conocimiento científico difiere del obtenido mediante la experiencia cotidiana? Una respuesta posible es que, para alcanzar dicho conocimiento, los investigadores e investigadoras (en nuestro caso, los y las científicas sociales) deben seguir determinados procesos vinculados con la construcción de teorías y el diseño metodológico por medio del cual producir evidencia y realizar inferencias que no sean producto de nuestros deseos, prejuicios o preferencias. Solo así es posible evaluar si dichas inferencias, con las cuales se pretende ofrecer información novedosa al conocimiento científico existente, pueden ser consideradas de momento

(pues las conclusiones siempre pueden ser refutadas en un futuro) correctas o incorrectas (King, Keohane y Verba, 2005).

Las diversas disciplinas científicas pueden ser divididas en formales y fácticas. Siguiendo a Bunge (2013), puede decirse que mientras las primeras responden a disciplinas que estudian “entes ideales” existentes en la mente humana (tales como la lógica o la matemática), las segundas son aquellas que se ocupan de los “hechos” (desde la mezcla de dos componentes químicos hasta una revolución política), por lo que requieren de la observación empírica del mundo real para poder validar (o no) las inferencias. En este último grupo encontramos tanto las ciencias naturales como las ciencias sociales. Mientras que las primeras estudian fenómenos de la naturaleza (como la astronomía, la biología, la física o la química), las segundas abordan fenómenos característicos de nuestra vida en sociedad (como la antropología, la ciencia política, la economía o la sociología).

La aparición de los estudios sociales en tanto disciplinas científicas es posterior al de las naturales. Las ciencias sociales como tales comenzaron a desarrollarse a partir de las transformaciones de la modernidad, la emergencia del capitalismo, la separación entre la Iglesia y el Estado, la caída de las monarquías absolutas y la consiguiente aparición de los gobiernos de soberanía popular, la conformación del Estado nación y de la sociedad de masas (Wallerstein, 1997; Della Porta y Keating, 2013). Desde las ciencias sociales se han desarrollado teorías para dar cuenta de tales fenómenos y de otros más antiguos o más cercanos en el tiempo.

En tanto disciplinas científicas, las ciencias sociales necesitan generar un diálogo entre teorías y datos (Archenti, 2018) o entre “imágenes” del mundo social y evidencia empírica, los dos pilares de la investigación social en términos de Ragin (2007). Como señala Sautu (2001), no hay observación sin teoría, y esta puede ser reinterpretada a partir de la información empírica. En otros términos, para las ciencias sociales, como para cualquier otra ciencia, no alcanza con la coherencia argumentativa (propia de una teoría) sino que es fundamental su contrastación con la información empírica (Sartori, 2012). Así pues, Babbie (2000) plantea que el conocimiento del mundo no solo debe tener sentido, sino que además debe corresponder con lo que se observa empíricamente.

Adicionalmente, las diversas ciencias sociales, del mismo modo que las demás ciencias, tiene otras características que las definen. Mencionaremos a continuación las que consideramos principales. La ciencia social es

metódica (en tanto ciencia, debe seguir reglas y procedimientos sistemáticos); *refutable* (lo cual significa que las teorías planteadas pueden ser imperfectas e incorrectas, y posibles de ser rebatidas con evidencia empírica); *acumulativa* (el conocimiento social está en constante movimiento, no solo porque se pueden descartar teorías previamente aceptadas, sino también ofrecer información novedosa o presentar nuevas perspectivas teóricas con su respectiva evidencia); *pública y comunicable* (las características, el procedimiento y los resultados de la investigación deben ser transparentes y evaluables) (Sautu, 2001; King, Keohane y Verba, 2005; Bunge, 2013). Como la sintetiza Ruth Sautú, podemos concluir que la investigación sociocientífica “es una forma de conocimiento que se caracteriza por la construcción de evidencia elaborada a partir de teorías aplicando reglas de procedimiento explícitas” (Sautú, 2001: 228). Toda investigación científica es necesariamente acotada, acumulativa, está sujeta a errores y es potencialmente refutable (Sautú, 2001).

No obstante, las ciencias sociales difieren en un elemento fundamental de otras disciplinas como la biología, la medicina, la física o la química: normalmente, el laboratorio del científico o la científica social no se encuentra dentro de un edificio, entre cuatro paredes. El laboratorio se encuentra en la sociedad misma y, más específicamente, en el área de interés donde pone atención (las relaciones laborales, el desarrollo económico, el funcionamiento del Estado, etcétera). Lo particular del laboratorio social es que está en movimiento y, como ya señalamos, se transforma, lo cual dificulta el control de dicho ambiente por parte del investigador o la investigadora (Nagel, 1981; Gaeta, Gentile y Lucero, 2007). Por este motivo, en las ciencias sociales se ha señalado la dificultad (aunque no la imposibilidad, como se verá en uno de los capítulos de este libro) de llevar adelante experimentos –pilar fundamental en la investigación de las ciencias naturales– sea por cuestiones éticas o técnicas (Landman, 2011).

Las ciencias sociales hacen uso de diferentes estrategias metodológicas para generar conocimiento científico desde la observación empírica. Comúnmente estas estrategias han sido clasificadas en torno de dos grupos de métodos: los cualitativos y los cuantitativos. King, Keohane y Verba (2005), en un trabajo tan pionero como polémico, los describieron de este modo:

Los estilos de la investigación cuantitativa y cualitativa son muy diferentes. La primera se sirve de números y métodos estadísticos. Suele basarse en medidas numéricas de ciertos aspectos de los fenómenos; parte de casos concretos para llegar a una descripción general o para comprobar hipótesis causales y busca medidas y análisis que otros investigadores pueden reproducir fácilmente. Por el contrario, la investigación cualitativa abarca una amplia gama de enfoques, pero, por definición, ninguno de ellos se basa en medidas numéricas. Este tipo de trabajo se centra generalmente en un caso o en un reducido número de ellos; se sirve de entrevistas en profundidad o de análisis detallados de materiales históricos; utiliza un método discursivo e intenta estudiar de forma global o exhaustiva un acontecimiento o unidad (2005: 15).

De acuerdo con el argumento que proponen estos autores, los métodos cuantitativos y cualitativos comparten un mismo objetivo: la generación de inferencias descriptivas o causales mediante la observación empírica (King, Keohane y Verba, 2005). Cabe destacar, sin embargo, que la postura de King, Keohane y Verba despertó una amplia discusión entre especialistas y la emergencia de otras posiciones. Mahoney y Goertz (2006), por ejemplo, plantean que los métodos cualitativos y cuantitativos configuran “dos culturas” que difieren ampliamente respecto de los enfoques de la explicación, las concepciones de la causalidad, el alcance y la generalización, o el tratamiento de los conceptos y medidas (entre otros aspectos) (por una discusión más amplia, véase el Capítulo 5 de Suárez-Cao y Sánchez Staniak en este libro). Como resultado, las ciencias sociales cuentan con diversos caminos para llevar adelante una investigación científica. Quien investigue determinará cuál de las alternativas existentes se ajusta mejor a su problema de investigación y a la teoría con la cual lo trabaja (Piovani, 2018).

Este libro trata sobre la metodología de la investigación en las ciencias sociales con la pretensión de ofrecer herramientas concretas, para ampliar la “caja de herramientas” a la hora de evaluar o de emprender un estudio. La obra parte de un supuesto que se desprende de lo señalado en los últimos párrafos: la investigación social, como empresa empírica, puede seguir diferentes diseños y poner en juego una pluralidad de prácticas. En este sentido, el libro se dirige especialmente a estudiantes, investigadoras e

investigadores interesados en el mundo social en un sentido amplio, tanto para quienes se inician en el abordaje de alguna de estas disciplinas como para quienes ya están familiarizados con ellas.

En la búsqueda de brindar un marco de referencia acerca de las diferentes facetas, desafíos y posibilidades de la investigación social, hemos procurado cubrir una amplia gama de asuntos: debates epistemológicos, decisiones de diseño, procesos de conceptualización, alcances y limitaciones de diversas opciones metodológicas que forman parte del “instrumental” de las ciencias sociales son los grandes temas que nutren los distintos capítulos. Presentaremos una síntesis de cada una de las contribuciones.

El Capítulo 1, escrito por Ileana Gutiérrez, Juan Manuel Remesar y Olga Val, comienza con una discusión sobre las perspectivas y los debates epistemológicos que atañen a las condiciones de producción y validación del conocimiento científico, ubicando nociones clave como las de contexto de justificación, método, teoría, base empírica e hipótesis. A su vez, presentan una sistematización de la evolución de estos debates en el tiempo, diferenciando las posiciones del positivismo lógico (o neopositivismo), el racionalismo crítico de Karl Popper y el pluralismo metodológico de Thomas Kuhn. De esta manera, el capítulo brinda herramientas fundamentales para abordar la discusión referida al estatus de las ciencias sociales, que ha sido –y continúa siendo– objeto de un profundo debate. De hecho, la distinción entre quienes afirman la superioridad del modelo de las ciencias naturales y la consecuente necesidad de su adaptación (monismo metodológico) y quienes manifiestan una posición pluralista condiciona la forma de producir conocimiento y las prácticas de investigación.

La forma de conceptualizar afecta la manera de ver y de entender nuestro mundo social; por eso mismo, en toda investigación científica los conceptos son un pilar central. En el Capítulo 2, Jacqueline Beherend brinda herramientas útiles para abordar el desafío de conceptualizar, clasificar y comparar en la investigación social. La autora discute la importancia de la conceptualización y de la medición, diferenciando los procedimientos que hacen a la definición de las características o propiedades conceptuales, por una parte, y la construcción de indicadores como momento clave de la operacionalización, por otra. En este marco, se resaltan aspectos esenciales que hacen a la labor de los y las investigadoras sociales, como la capacidad de innovación conceptual frente a una realidad

cambiante, la definición de variables y la construcción de los datos empíricos que permiten dar respuesta a las preguntas planteadas.

En el Capítulo 3, Carlos Varetto y Hernán Pablo Toppi ofrecen guías para el desarrollo de un proyecto de investigación en ciencias sociales, detallando los pasos necesarios para construir un plan coherente, consistente y flexible que oriente el proceso de producción de conocimiento. Los autores discuten las características y la dinámica del proceso de investigación, destacando la importancia del planteo del problema como “norte” de la investigación, la elaboración del estado de la cuestión y la construcción del andamiaje teórico. Asimismo, el capítulo se ocupa de aspectos vinculados al alcance de la investigación, las estrategias metodológicas, la selección de casos y unidades, la recopilación y el análisis de los datos. De esta manera, este capítulo puede resultar de utilidad para quienes deseen diseñar y conducir una investigación propia, introduciendo o reforzando aspectos importantes del oficio y sus prácticas.

Los siguientes capítulos se dedican a la discusión de los métodos que los y las investigadoras utilizan para producir datos, evaluar hipótesis y teorías y responder preguntas. En las ciencias sociales, los diseños metodológicos más frecuentes son aquellos que utilizan métodos cualitativos (como los estudios en profundidad de uno o pocos casos), los comparativos (que utilizan una cantidad moderada de casos) y los cuantitativos (que utilizan una gran cantidad de casos a efectos de establecer generalizaciones). Estos métodos emplean distintas técnicas para el análisis de la evidencia, desde el análisis narrativo hasta las regresiones estadísticas.

En el Capítulo 4, Verónica Pérez Betancur analiza los diseños cuantitativos, cualitativos y comparados en las ciencias sociales, focalizándose especialmente en aquellos que se preocupan por el análisis causal. Partiendo de una discusión de la lógica subyacente detrás de cada método, el capítulo permite identificar los rasgos distintivos, las limitaciones y las fortalezas de los diseños de investigación predominantes en las ciencias sociales. Sobre esta base, en el Capítulo 5, Julieta Suárez-Cao y Federica Sánchez Staniak discuten los diseños de investigación que emplean *simultáneamente* diferentes tipos de métodos, lo que se conoce como “métodos mixtos”. Suárez-Cao y Sánchez Staniak exponen diferentes visiones sobre la conveniencia de utilizar métodos mixtos, discutiendo la posibilidad y deseabilidad de combinar enfoques cuantitativos y cualitativos. A su vez, se exploran distintas posiciones respecto de las

ventajas y limitaciones de estos diseños, y se identifica la manera en que la combinación de métodos se ha ido transformando con el tiempo. Como se desprende del capítulo, la investigación con métodos mixtos no es la panacea que generará en sí misma mejores teorías y generalizaciones más sólidas, sino “otra herramienta más del arsenal metodológico de las ciencias sociales, cuyo valor va a depender de la solidez del diseño de investigación, de la pregunta a investigar, de las hipótesis postuladas y de los casos seleccionados”.

Además de la distinción entre métodos cualitativos, cuantitativos o mixtos, los científicos pueden basarse en diseños observacionales o experimentales. Los primeros –más frecuentes en las ciencias sociales– utilizan datos empíricos que se generan de manera “natural”, es decir, sin ninguna manipulación de las situaciones, escenarios o sujetos estudiados por parte de las y los investigadores. Por ejemplo, una de las máximas de la investigación cualitativa, donde a menudo realizan entrevistas o se recurre a la observación directa, es la necesidad de minimizar al máximo los posibles efectos del o la investigadora en el campo concreto. En contraste con esto, en los diseños experimentales –frecuentes en la medicina, la química o las ciencias biológicas– quien investiga *interviene* expresamente en el proceso de generación de datos, manipulando alguna o algunas variables de interés para evaluar sus efectos. Aunque en ciencias sociales el uso de experimentos no es una completa novedad, estos han ganado más terreno y aceptación en las últimas décadas.

En el Capítulo 6, Emilia Simison se ocupa de los experimentos en las ciencias sociales y analiza de qué manera se pueden aprovechar los beneficios de la lógica experimental para la inferencia causal. A lo largo del capítulo, Simison plantea qué es un experimento y cuáles son los principales tipos y usos en las ciencias sociales, diferenciando los experimentos de laboratorio, de encuestas y de campo. A su vez, el capítulo brinda orientaciones sobre cómo extender la lógica experimental a situaciones donde no es posible manipular variables (es decir, a estudios observacionales) y discute cómo potenciar las ventajas y reducir las desventajas de las técnicas experimentales en las ciencias sociales, aportando para la obtención de información, el testeo de teorías e, incluso, en la incidencia en la elaboración de políticas públicas.

Los dos capítulos finales se basan en relatos de investigaciones concretas y detallan el camino seguido para producir conocimiento sobre el mundo

social. Tomas Bril-Mascarenhas, Antoine Maillet y Pierre-Louis Mayaux (Capítulo 7) aportan una renovadora discusión del método del *process tracing*, que ocupa un lugar destacado entre las herramientas analíticas de la ciencia política en la actualidad. Estos autores utilizan ejemplos propios para discutir las “prácticas reales” de investigación con *process-tracing* (o rastreo del proceso causal al interior de un caso) que no siempre coinciden con las prescripciones de los manuales de metodología. Una de las novedades del trabajo es la crítica a la visión dicotómica que diferencia “tipos” inductivos y deductivos de *process tracing*, y la propuesta de pensar “entradas y momentos” inductivos y deductivos que, bien conducidos, permiten generar narrativas causales complejas. Para sustentar la propuesta, se exponen los dilemas enfrentados por los investigadores en dos estudios recientes: uno que analiza el incremento exponencial del gasto público en subsidios a los servicios públicos en la Argentina entre la poscrisis de 2001 y 2016, y otro sobre la movilización social de gran envergadura ocurrida en 2000 en Cochabamba (Bolivia) contra la privatización del sistema de agua de la ciudad, conocida como la “Guerra del agua”. Esto favorece una mejor comprensión del método, aportando a la transparencia de los procedimientos reales de investigación.

Con un propósito similar, Cecilia Allenandi (Capítulo 8) relata el proceso de investigación que realizó para su tesis doctoral en historia, donde analiza las condiciones laborales del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires entre fines del siglo XIX y principios del XX. En este recorrido, la autora describe las características de su proyecto original y el conjunto de decisiones que fue tomando durante el proceso de trabajo frente a dilemas metodológicos y problemas de acceso a los datos. A su vez, la autora destaca algunos hitos del trabajo de archivo que fueron fundamentales en la definición de su tema y del enfoque analítico adoptado, y la forma en que su investigación llena una laguna y dialoga con distintos campos de estudio. El aporte de Allenandi permite vislumbrar, además, la importancia que cobra la permanente interacción entre el relevamiento y análisis de fuentes y la construcción de la narrativa histórica.

Bibliografía

- Archenti, Nélica (2018). “El papel de la teoría en la investigación social”, en Alberto Marradi, Nélica Archenti y Juan Ignacio Piovani, *Manual de metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 69-79.
- Babbie, Earl (2000). *Fundamentos de la investigación social*. México, Thomson.
- Bunge, Mario (2013). *La ciencia. Su método y su filosofía*. Navarra.
- Della Porta, Donatella y Keating, Michael (2013). “Introducción”, en Donatella della Porta y Michael Keating (eds.), *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales. Una perspectiva pluralista*. Madrid, Akal, pp. 13-27.
- Gaeta, Rodolfo, Nélica Gentile y Susana Lucero (2007). *Aspectos críticos de las ciencias sociales. Entre la realidad y la metafísica*. Buenos Aires, Eudeba.
- King, Gary, Robert Keohane y Sidney Verba (2005). *El diseño de la investigación social. La inferencia científica en los estudios cualitativos*. Madrid, Alianza.
- Landman, Todd (2011). *Política comparada. Una introducción a su objeto y métodos de investigación*. Madrid, Alianza.
- Mahoney, James y Gary Goertz (2006) “A Tale of Two Cultures: Contrasting Quantitative and Qualitative Research”, en *Political Analysis*, Vol. 14, pp. 227-249.
- Nagel, Ernest (1981). *La estructura de la ciencia*. Barcelona, Paidós.
- Piovani, Juan Ignacio (2018). “El diseño de la investigación”, en Alberto Marradi, Nélica Archenti y Juan Ignacio Piovani, *Manual de metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 81-100.
- Ragin, Charles (2007). *La construcción de la investigación social*. Bogotá, Siglo del Hombre.
- Sautu, Ruth (2001). “Acerca de qué es y no es investigación científica en ciencias sociales”, en Catalina Wainerman y Ruth Sautu (comps.), *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires, Lumiere, pp. 181-196.
- Wallerstein, Immanuel (1997). *La historia de las ciencias sociales*. México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Capítulo 1

La investigación científica: perspectivas y debates epistemológicos

Ileana Gutiérrez, Juan Manuel Remesar y Olga Val

En el presente capítulo, en primer lugar, nos proponemos esclarecer aquello sobre lo cual versa la epistemología, tanto desde el lugar que ocupa como disciplina como desde los elementos básicos sobre los cuales trata. En segundo lugar, presentaremos algunas posiciones que han marcado sus huellas a lo largo de la historia, entre las que encontramos la del Círculo de Viena, la de Karl Popper y la de Thomas Kuhn.

1. Entre la epistemología y la filosofía de la ciencia

El término “epistemología” nos enfrenta a varios equívocos. Al analizar su etimología, encontramos los siguientes dos vocablos, *episteme* y *logos*, ambos provenientes del griego antiguo y que significan, respectivamente, saber-conocimiento-ciencia y palabra-discurso-fundamento.¹ Si indagamos un poco más podemos encontrar al menos tres usos para esta palabra: desde una perspectiva continental, como “gnoseología” o rama de la filosofía que se encarga de la “teoría del conocimiento”;² en la psicología desarrollada por Piaget (1991), como epistemología genética o teoría de los orígenes del desarrollo del conocimiento en el individuo; y por último, en el uso que nos compete, la epistemología como rama de la filosofía que se encarga de los problemas con relación al conocimiento específicamente científico (Klimovsky, 1995). En este sentido, decimos que la epistemología es una

disciplina metacientífica, es decir, que toma la ciencia como objeto de estudio, pero no se identifica con ella (Gaeta y Robles, 1990). Así también encontramos otras disciplinas metacientíficas como la historia de la ciencia, una rama de la historia que trata sobre la práctica científica a lo largo del tiempo, o la metodología de la ciencia que trata sobre el método utilizado por los científicos y las normas para su mejor aplicación.

Como rama de la filosofía no debemos confundir, como usualmente se hace, la epistemología con la filosofía de la ciencia. Esta última es más abarcativa e incluye a la epistemología, pero supone además problemas de carácter:

- Metafísico: si la realidad objetiva estudiada por los científicos existe o si es una ilusión de los sentidos (Kukla, 1998). Otro problema puede ser si los presuntos hechos se conectan a la manera de causas y consecuencias tal como nos lo planteamos (Gaeta y Lucero, 2010).
- Ontológico: si las entidades que pueblan el mundo se reducen a macrofenómenos como individuos y unidades de materia junto con sus comportamientos, o si existe un estrato de realidad que emerge y se comporta de forma diferente que la mera suma de las partes de que se compone (Gaeta, Gentile y Lucero, 2007).
- Gnoseológico: si podemos conocer aquello que no podemos observar al punto tal de poder afirmar de forma justificada que los términos teóricos refieren a entidades reales (Kukla, 1998).
- Semántico: si tienen valor de verdad las afirmaciones que contienen términos teóricos o no (Kukla, 1998).
- Ético: si el conocimiento científico tiene inevitablemente carga ideológica o no, y si esta carga implica que el conocimiento científico es malo o bueno en sí mismo (Von Wright, 1988).³

A diferencia de estas cuestiones concernientes a la filosofía de la ciencia, la epistemología se encarga más bien del estudio de las condiciones de producción y validación del conocimiento científico (Klimovsky, 1995) y si bien los problemas mencionados pueden atravesar los asuntos de la validación, lo hacen diametralmente.⁴ Con la finalidad de esclarecer la práctica del epistemólogo o la epistemóloga, Reichenbach (1938), uno de los representantes de lo que llamaremos concepción heredada,⁵ diferenció dos contextos en torno a los cuales se ordenan los problemas del

conocimiento: el contexto de descubrimiento y el contexto de justificación o validación.

El primero concierne a psicólogos, sociólogos, historiadores, etcétera, ya que se encarga de las actividades mentales de los científicos y las científicas como sujetos cognoscentes, sus procesos mentales, las circunstancias que los llevaron a pensar tal o cual cosa (como la elección de un problema, la invención de un concepto, la formulación de una hipótesis, etcétera). Esto supone aspectos irracionales, emocionales y sociológicos, entre otros.

Por otro lado, el segundo se encarga de la reconstrucción racional de los procesos que sirven para justificar una proposición. Es este último sobre el que trata el trabajo del epistemólogo según Reichenbach. Sin embargo, esta distinción no ha sido aceptada sin crítica alguna. Así, por ejemplo, Hanson (1958) afirma que existe una “lógica del descubrimiento”, lo cual supone que no se siguen procedimientos azarosos e irracionales en el contexto del descubrimiento, sino que en este hay formas, vías o patrones, y por tanto también concierne al epistemólogo. Por su parte, Klimovsky (1971) acepta la distinción dada, pero agrega un tercer contexto, excluido hasta el momento, llamado de aplicación, en el que se encuentran las cuestiones en torno al valor ético del conocimiento como tecnología.⁶ Algunos autores, como Kuhn (1992) en sus inicios, negaron la distinción entre contextos, por un lado, rechazando el análisis lógico como metodología apropiada para el examen del conocimiento científico, y por otro, integrando en la labor del epistemólogo una tarea más bien histórica, así como aspectos de carácter psicológico y sociológico que habían sido dejados de lado por la concepción heredada.

1.1. Conocimiento científico, método y verdad

Dijimos que la epistemología es aquella disciplina encargada del análisis de las condiciones de producción y validación del conocimiento científico. Para entender esta afirmación debemos dar una respuesta, al menos provisoria, a las siguientes preguntas: ¿qué queremos decir con conocimiento y qué, con científico?

En cuanto a la primera pregunta nos referimos al producto de una actividad intelectual que da al individuo la posibilidad de actuar sobre su medio de forma más satisfactoria.⁷ Quien conoce algo puede figurarse

aquello y operar sobre sus supuestas propiedades y relaciones, y adelantarse a sus posibles reacciones gracias al producto de esta actividad. Sin ir más lejos, quien tiene algún conocimiento del fuego puede prever que si acerca sus manos a este sentirá dolor; puede prever también que si vierte un vaso de agua sobre la llama de una vela, esta se apagará, etcétera.

Ahora bien, hay muchas formas sobre las que hablamos de conocimiento. Cabe distinguir aquí dos usos, que antiguamente había separado Platón en la *República*:⁸ el conocimiento fundado en la opinión, descrito como común o vulgar (*doxa*) y el conocimiento fundado en el saber, descrito como inteligible, eterno e inmutable (*episteme*). La *doxa* es producto de la experiencia cotidiana, de la conversación con quienes nos rodean, y puede ser también el conocimiento popular. Se sostiene como producto de las prácticas habituales y de las habladurías. Sin embargo, a diferencia de la *episteme*, carece de fundamentos estables producto de una comprobación normada, detallada y meticulosa. El objeto de la *doxa* es cambiante como las apariencias y el de la *episteme* es eterno e inmutable como suponemos que lo son las leyes que gobiernan el universo.⁹ Este paso de lo cambiante a lo inmutable hace referencia a la disposición de las personas a cambiar de parecer respecto de algo cuando su conocimiento se apoya en meras opiniones, a diferencia de la disposición fundada en la *episteme*. Cuando afirmamos que algo es conocimiento, nos comprometemos con que los enunciados que lo describen son “verdaderos”. Si nos apoyamos en la mera opinión este compromiso tiende a ser más débil.

Ahora bien, ¿qué queremos decir con conocimiento *científico*? Hoy en día las pretensiones respecto de la *episteme* son mucho más modestas que las expresadas por Platón en el diálogo mencionado. Basta que un enunciado haya sido probado suficientemente, sin pretender de este una verdad concluyente, para que sea aceptado como conocimiento por la comunidad científica. Dice Klimovsky (1995) que, según algunos epistemólogos, lo que resulta característico del conocimiento que brinda la ciencia es el llamado método científico, un procedimiento que permite obtenerlo y, a la vez, justificarlo.¹⁰ El problema acerca de las condiciones sobre las cuales un conocimiento es aceptado como científico es el tema que más adelante trataremos a partir de diferentes perspectivas. Ahora simplemente adelantaremos algunas claves a modo de introducción.

Hasta aquí hemos hablado de ciencia, pero no hemos diferenciado entre ciencias fácticas, cuyo objeto de estudio son los hechos que tienen lugar en el mundo, y ciencias formales, las cuales suponen otro género de discusión. Los problemas de estas últimas pueden resolverse mediante razonamientos deductivos con el solo uso de las proposiciones, definiciones y reglas que suponen los sistemas axiomáticos que las conforman. Suponen un criterio de verdad por coherencia, donde una proposición es verdadera si es teorema del sistema.¹¹ Aquí se encuentran la matemática y la lógica.

Los sistemas formales no versan sobre el mundo, pero pueden ser utilizados para sistematizar otros tipos de conocimiento mediante reglas de correspondencia que sirvan para interpretar los signos vacíos con relación a entidades o sucesos del mundo. Un detalle importante respecto de las ciencias formales es que no pueden entrar en contradicción con el mundo de la experiencia, a diferencia de los enunciados fácticos (Bunge, 2013; Klimovksy, 1995). Cuando hablamos de ciencias naturales o sociales, como la física, la química, la psicología o la economía, hablamos de disciplinas de carácter fáctico. Esto es así porque los conocimientos sobre los cuales versan dependen de hechos que suceden en el mundo, sean singulares o generales. Estos conocimientos pueden ser sistematizados utilizando ecuaciones, formalizándolos, matematizándolos. Sin embargo, aquí la lógica y la matemática solo jugarían un rol instrumental. Esto no convertiría a las ciencias formales en fácticas, o a las ciencias fácticas en formales.

Por otro lado, la cuestión de definir qué es científico en torno a las ciencias fácticas viene de la mano con el problema de la demarcación, es decir, de separar lo que es ciencia de lo que no lo es (Popper, 1980). En principio, lo que esperamos del conocimiento aquí es que nos hable del mundo. Este es expresado por medio de enunciados, o afirmaciones que pueden ser verdaderas o falsas, las cuales sirven para describir un hecho singular o hechos generales (Klimovsky, 1995; Wittgenstein, 2017). Un hecho singular es una configuración posible de objetos en un espacio y un tiempo dados. Por ejemplo, el enunciado “el perro está ladrando” describe el hecho de que cierto objeto (“el perro”) está llevando a cabo cierta acción en un espacio y tiempo determinados. Un hecho general refiere a la ocurrencia regular de determinada relación entre objetos, por ejemplo, “todos los perros ladran”, donde no se hace referencia a una entidad particular en un ámbito determinado, sino que se describe una regularidad.

También es necesario distinguir dos nociones que frecuentemente se confunden: lo real y lo verdadero. Que algo sea “real” significa que tiene existencia efectiva. “Real” es un adjetivo que se predica de entidades, sucesos, propiedades y relaciones que se dan en el mundo. Por otro lado “verdadero” es algo que se predica de un enunciado o proposición. “Hay un libro ahora en mi mesa” puede ser un enunciado verdadero o falso. Nótese que estamos hablando específicamente del enunciado y no de aquel hecho al que se refiere, o del concepto “libro”. Ahora bien, el enunciado es verdadero si el hecho al que se refiere se da efectivamente, es decir, si se corresponde con el hecho referido. Dicha noción de verdad es bien descripta por Klimovsky (1995):

Proviene de Aristóteles, quien la presenta en su libro *Metafísica*, y por ello se la llama “concepto aristotélico de verdad”. Se funda en el vínculo que existe entre nuestro pensamiento, expresado a través del lenguaje, y lo que ocurre fuera del lenguaje, en la realidad. Aristóteles se refiere a esta relación como “adecuación” o “correspondencia” entre pensamiento y realidad (24: 1995).

Nótese que muchas veces se expresan enunciados que describen una supuesta configuración de objetos que se darían en el mundo, pero para la cual no hay forma de constatarlos. Enunciados tales como “Dios existe”, “el alma es inmortal”, etcétera. afirman que ciertas entidades se dan en el mundo, aunque carecemos de métodos para ponerlos a prueba. Es por esta razón que los epistemólogos acuerdan en etiquetarlos de metafísicos y en separarlos de aquellos que se consideran científicos (Popper, 1980). Sin embargo, esto no significa que sean verdaderos ni falsos.

Ahora bien, muchas veces en ciencia se expresan enunciados que no parecen hablar de cosas que se puedan observar directamente, ¿qué hay de ellos? Ciertamente, no siempre los objetos estudiados son directamente observables o medibles. Aquellos que solo pueden ser captados de manera indirecta los llamamos “teóricos” (electrones, campos electromagnéticos, la mente, el inconsciente, la oferta, la demanda, la clase social, el nivel de pobreza, la brecha entre ricos y pobres, etcétera). A diferencia de los objetos “empíricos”, que conforman lo que llamaremos “base empírica”, y que son captados mediante la observación o la experimentación, los objetos teóricos son estudiados de manera indirecta a través de inferencias o

conjeturas a partir de lo observable (Carnap, 1985). Aceptar la existencia de este tipo de objetos depende del éxito que tengan los científicos a la hora de explicar y predecir los datos empíricos de los acontecimientos relacionados con estos. Podemos concluir así que la científicidad en ciencias fácticas viene de la mano de la posibilidad de la contrastación empírica (Hempel, 1983).

1.2. *Teorías e hipótesis*

Los enunciados que sirven para dar respuesta a algún problema dado, pero cuya verdad se desconoce, son llamados hipótesis. Estas surgen como ideas a partir de la imaginación de los científicos y las científicas, cuyos conocimientos previos aseguran la fertilidad del acto creativo, como también el descarte de las innumerables ideas que ya han sido rechazadas en el área (Hempel, 1983). A la hora de poner a prueba estas hipótesis, no solo se considera su relación con lo que hemos definido como “base empírica”, sino también con el conjunto de teorías aceptadas hasta el momento. Es decir, no solo se toma en cuenta el apoyo que recibe “desde abajo” (desde lo más concreto), sino también, “desde arriba” (lo más abstracto) (Hempel, 1983). La comunidad científica no estaría dispuesta a aceptar hoy en día un enunciado que suponga que el Sol está hecho de queso, o que gira en torno a la Tierra, junto con todos los demás astros. Las teorías aceptadas no le brindan apoyo a una idea como esta, sino más bien todo lo contrario.

Ahora bien, ¿qué entendemos por teoría? En principio, las teorías son las unidades a partir de las cuales se intenta sistematizar y controlar el conocimiento obtenido y validado. Conocimiento que sirve para fundamentar las técnicas utilizadas y guiar la práctica, de forma tal que no se proceda irracional y azarosamente. La teoría brinda los conocimientos adecuados para obtener los resultados prácticos deseados con relación a los propósitos que se tienen:

Una teoría científica, en principio, es un conjunto de conjeturas, simples o complejas acerca del modo en que se comporta algún sector de la realidad. Las teorías no se construyen por capricho, sino para explicar aquello que nos intriga, para resolver algún problema o para

responder preguntas acerca de la naturaleza o la sociedad. En ciencia, problemas y teorías van de la mano. Por ello la teoría es la unidad de análisis fundamental del pensamiento científico contemporáneo (Klimovsky, 1971: 23).

Ahora bien, a lo largo del último siglo la visión sobre las teorías ha cambiado en varias oportunidades (Córdoba, 2016). Hasta 1960 primó la visión de la *concepción heredada* donde, desde un enfoque lógico-empirista, inspirado en los sistemas axiomáticos, se reducía a las teorías a su dimensión estrictamente lingüística, pensadas como un conjunto de enunciados relacionados lógicamente y conectados con la experiencia a partir de un conjunto de términos referidos a una base empírica neutral. Luego de la década de 1960, tomó el centro de atención la llamada *filosofía nueva de la ciencia*, con un enfoque esencialmente historicista, negando la neutralidad de la base empírica, el análisis lógico como metodología de estudio de las teorías como también así la distinción tajante entre contextos. En esta etapa, las teorías debían ser entendidas, no ya desde su estructura lingüística, sino desde la influencia social, cultural e histórica en la que se enmarca. Las tensiones sociales pasan a tener un rol preponderante tanto respecto del descubrimiento como de la justificación de las teorías. Por último, en la década de 1980 aparece la *concepción semántica* de las teorías, donde estas no son ya entendidas como entidades lingüísticas, sino más bien como una familia de modelos utilizados para representar la realidad.

Hasta aquí hemos mencionado algunos de los debates en torno a la epistemología y hemos desarrollado algunas de las nociones básicas para entenderlos (contexto de justificación, conocimiento científico, método, verdad, teoría, base empírica, hipótesis, etcétera). Veamos ahora algunos de los debates más de cerca.

2. La concepción heredada: el método científico como criterio de demarcación

2.1. El positivismo lógico o neopositivismo

Desde el año 1907, un grupo importante de científicos comenzaron a reunirse en Austria para discutir temas relativos a la ciencia. Hacia 1922, Maurice Schlick, titular de la cátedra de Ciencias Inductivas de la Universidad de Viena, asume el liderazgo del grupo al que se suman más científicos, matemáticos y filósofos y así surge, en la década del veinte, lo que se conoce como el “Círculo de Viena”.¹² Mientras tanto, en Alemania, Hans Reichenbach, prestigioso físico y filósofo de la ciencia de la Universidad de Berlín, dirigía la Sociedad para la Filosofía Empírica también integrada por notables científicos y estudiosos, que dará origen a la llamada “Escuela de Berlín”.¹³ Ambos grupos confluyen y dan nacimiento a ese influyente movimiento de filosofía de la ciencia conocido como positivismo o empirismo lógico.

El Círculo de Viena tuvo su primer congreso internacional en la ciudad de Praga, en 1929, donde dio a conocer un manifiesto fundacional en el que se expusieron sus posturas sobre los principales problemas filosóficos de la física, la matemática y la ciencia social que querían resolver. En 1930, conjuntamente con la Escuela de Berlín, fundaron la revista *Erkenntnis* (*Conocimiento*) por medio de la cual difundieron las ideas fundamentales del movimiento.

La principal convicción del positivismo era que el conocimiento científico se fundaba en la experiencia sensible. Entendieron la ciencia como un modo particular de fundamentar nuestras creencias sobre el mundo que debía basarse en la contrastación empírica, es decir, en comparar lo sostenido por las hipótesis con los hechos observables. Es por este motivo que sostuvieron que el conocimiento científico se basaba en enunciados que describen lo que percibimos de modo directo y que llamaron *cláusulas protocolarias*. Dichos enunciados no solo se originaban, sino que también se justificaban por la experiencia sensorial, brindándonos un conocimiento inmediato y seguro del mundo por lo cual nos permitirían confirmar o refutar las teorías de las ciencias fácticas. En virtud de ello, los enunciados básicos (*cláusulas protocolarias*) que describían la base empírica se consideraban “incoregibles”, es decir, no se podría dudar de ellos y constituían, por lo tanto, la base última y segura del conocimiento que brinda la ciencia. Para cumplir este objetivo, consideraron que resultaba imprescindible elaborar un lenguaje claro y preciso para la ciencia, que no estuviera contaminado por afirmaciones metafísicas que, en su opinión, carecían de significado.

El positivismo afirmó que la principal tarea de la filosofía debía ser el análisis del conocimiento científico como único conocimiento cierto que se puede tener de la realidad, desentendiéndose del resto de las cuestiones por considerarlas “metafísicas”. Así, la filosofía de la ciencia o epistemología pasó a ocupar todo el espacio de la filosofía y fue considerada una disciplina metacientífica que se ocupaba del estudio del conocimiento científico. Su unidad de análisis eran las teorías científicas, consideradas como conjuntos sistemáticos de hipótesis organizadas de tal modo que fuera posible deducir de ellas enunciados de observación que permitieran contrastarlas con la experiencia directa. Entonces, desde esta perspectiva, la ciencia se define en función del método y es el método el que le otorga científicidad al conocimiento. Todo aquel conocimiento que haya sido producido por medio del método científico será considerado ciencia y todo aquel conocimiento que haya sido generado por fuera del método no será considerado científico.

2.1.1. El criterio de demarcación del positivismo

Precisamente, frente al *problema de la demarcación*, que es aquel que busca un criterio que permita distinguir enunciados científicos de los que no lo son, el positivismo adoptó en primer lugar el llamado “principio verificacionista del significado” según el cual solo serían científicos: a) los enunciados lógicos y matemáticos y b) los enunciados empíricos que contaran con un método de verificación, es decir, un conjunto de operaciones prácticas que permitieran decidir sobre su verdad o falsedad. Así, por ejemplo, la afirmación “esta mesa mide dos metros” o “el agua hierve a cien grados” serían científicos; no así “el alma es inmortal” o “el hombre goza de libre albedrío”, que no tenían forma de verificación y fueron calificadas como “metafísicas”, pues carecerían por completo de significado. Aunque parecen decir algo, en realidad no tienen sentido cognoscitivo. Más tarde, reformularon el criterio de demarcación como “contrastabilidad empírica en principio”.

2.1.2. El uso de la inducción en las ciencias fácticas

Debido a su adscripción al empirismo y al papel privilegiado que otorgaban a la experiencia, los positivistas adoptaron el método inductivo como el propio de las ciencias empíricas. Es conveniente marcar la distinción entre razonamiento inductivo y método inductivo, ya que el primero es una estructura lógica y el segundo es un procedimiento propio de la actividad científica.

La diferencia entre razonamientos deductivos e inductivos radica en que, en la deducción lógica, la verdad de las premisas se conserva y transmite a la conclusión de modo necesario, de modo que nunca puede darse que si las premisas son verdaderas la conclusión sea falsa. Por ejemplo: “todos los hombres son mortales, Sócrates es hombre, por lo tanto, Sócrates es mortal”. Aquí, la conclusión necesariamente se sigue de las premisas como su consecuencia lógica ineludible. Mientras tanto, en el razonamiento inductivo las premisas pueden ser verdaderas y la conclusión falsa porque no hay conservación y transmisión de la verdad entre ellas y, a lo sumo, la verdad de la conclusión puede seguirse con cierto grado de probabilidad; por ejemplo: “Toda infección x se cura en un 90% de los casos con la droga z, Juan afectado de x es tratado con z, por lo tanto, Juan se cura o no se cura (puede caer en el 10% resistente a z)”.

El *método inductivo* es aquel que utiliza inferencias inductivas, de modo que partiendo de una cantidad, siempre finita, de casos observados, pretende pasar a la constatación de una generalización universal que abarcaría infinitos casos (los que son, los que fueron y los que serán) basado en la idea de que lo que se ha observado hasta hoy seguirá aconteciendo. Por ello, una vez que se han observado un número suficientemente grande de casos particulares sin que aparezca ningún contraejemplo, podría darse a tal generalización el carácter de una proposición verificada. Esta fue la primera posición del positivismo lógico, pero inmediatamente se advirtió lo problemático de tal afirmación y se reformuló el método inductivo con carácter probabilístico, de forma que la generalización ya no se considera verdadera sino probablemente verdadera, y su grado de probabilidad depende de la evidencia empírica que la apoya.

Desde la consagración del empirismo,¹⁴ en la ciencia moderna se consideró que la inducción era un método eficaz y potente para el desarrollo de las ciencias naturales. Así, para Francis Bacon el conocimiento debía partir de la observación de un fenómeno particular, libre de toda interpretación o hipótesis previa, y de allí era posible inducir una

explicación general de lo observado que, junto al supuesto del comportamiento uniforme de la naturaleza, abría la posibilidad del establecimiento de leyes universales. Esta postura encontrará la crítica de Hempel, en coincidencia con la que también hará Karl Popper.

En efecto, Carl Hempel, uno de los principales representantes del positivismo lógico, criticó la versión más clásica del método inductivo que sostenía que la investigación científica comienza con la observación y la recolección de datos y su posterior análisis y clasificación, sin hipótesis previa. En este esquema, una vez recolectados y clasificados los datos, y si se constata una regularidad, se formula una generalización que se procederá a confirmar mediante la acumulación de más casos particulares que la apoyen. Hempel hizo notar que tal proceder era insostenible, pues sin hipótesis previas que guíen la investigación, esta carecería de dirección y no lograría pasar del primer paso, pues los hechos a ser observados solo son relevantes o no con relación a una hipótesis dada, que es la que también otorga un criterio clasificatorio. Y, lo que es más importante aún, no hay algoritmo o rutina mecánica que lleve de los datos a las hipótesis científicas.

Por eso Hempel dirá que la inducción no sirve para crear hipótesis (contexto de descubrimiento) sino solo para evaluar la pertinencia de las hipótesis de las que se parte sobre la base de los elementos de prueba que la sostienen (contexto de justificación). Las hipótesis no surgen de las observaciones ni de los datos, sino que se crean mediante la razón y la imaginación creativa, no habiendo, en principio, restricciones sobre su invención. De allí que varios autores hablen del método científico como “método modelístico”, ya que el científico trata de imaginar qué hay por detrás de la realidad aparente que explique su comportamiento y para ello conjetura un modelo posible de la realidad, una estructura que explique lo observable.

Aunque el método científico consiste en crear buenas hipótesis, su aceptación está sometida a pruebas lógicas rigurosas que consisten en derivar de las mismas implicaciones contrastadoras (o consecuencias observacionales) que admitan la observación y permitan la experimentación. Cuando dichas implicaciones resultan confirmadas por la experiencia, entonces la hipótesis comienza a adquirir cierto respaldo; y si bien esto no autoriza a considerarla verdadera, se la puede aceptar como

probablemente verdadera, tal como sostuvo Hempel sustentando la metodología confirmacionista (Hempel, 1983).

Este movimiento de filosofía de la ciencia resultó tan influyente que ha pasado a la posteridad como la *concepción heredada*, pero hacia mediados de la década de 1930, con el ascenso del nacionalsocialismo, varios de sus miembros se vieron obligados a emigrar y lo hicieron hacia los países anglófonos, principalmente Gran Bretaña y Estados Unidos, lo que facilitó la difusión planetaria de sus ideas. Sin embargo, sus principales tesis fueron sometidas a crítica por su carácter fuertemente reduccionista. En efecto, reducían todo el conocimiento humano al que se asentara en la experiencia, la racionalidad a la ciencia y la filosofía al análisis del conocimiento científico. A continuación, veremos los argumentos esgrimidos por Karl Popper sobre estas cuestiones.

2.2. Karl Popper y el racionalismo crítico

Karl Popper es considerado uno de los filósofos de la ciencia más importantes del siglo XX.¹⁵ Este autor presenta la primera postura crítica y alternativa a la “posición estándar”, como también se ha llamado al positivismo lógico. Las diferencias que mantuvo con ese movimiento arraigan en su convicción de que las ciencias fácticas no deben apelar a la inducción, lo que lo llevó a rechazar la metodología confirmacionista hempeliana y también el criterio de demarcación adoptado por el positivismo.

2.2.1. El problema de la inducción y la propuesta de contrastabilidad deductiva

En su obra de 1934, *La lógica de la investigación científica*, Popper comienza preguntándose por el método que deben utilizar las llamadas ciencias fácticas o empíricas e, inmediatamente, aclara que se opondrá a la postura dominante que cree que tal método debe ser el inductivo, ya que, a su juicio, tal metodología presenta problemas lógicos insalvables.

En efecto, el primer párrafo lleva por título “El problema de la inducción”, llamando así a la pregunta por la justificación lógica de los enunciados universales acerca de la realidad: es decir, cómo pasamos de la

afirmación singular “este cisne que observo aquí y ahora es blanco” (que es un enunciado observacional básico) pasamos a la generalización universal que pretende constatar una regularidad tal como “todos los cisnes son blancos”. La pregunta es si estamos autorizados a dar ese paso, ese “salto inductivo”.

Para Popper, no estamos autorizados a hacerlo pues toda hipótesis o teoría científica es siempre un enunciado universal que afirma que una propiedad se cumple para un conjunto potencialmente infinito, es decir, se afirma algo para todos los cisnes que son, que fueron y que serán, por lo tanto cualquiera sea el número de cisnes blancos que pudiéramos haber observado, no daría base suficiente para afirmar que todos lo son. De esta manera, se pregunta cuál sería un número suficientemente grande de casos particulares observados con relación a un conjunto infinito. Evidentemente, ninguno. Además, ninguna regularidad observada hasta hoy nos asegura lo que ocurrirá en el futuro. Popper hace referencia al filósofo escocés David Hume, que decía que la convicción de que es posible saltar de premisas singulares a generalizaciones universales es un “hábito psicológico” que los humanos no podemos evitar, pero que no está justificado racional ni lógicamente.

Como ya dijimos, para los neopositivistas las ciencias fácticas se caracterizan por el uso del método inductivo y la lógica científica queda identificada con la lógica inductiva. Esto es rechazado por Popper porque se estarían justificando las inferencias inductivas sobre la base de un pretendido “principio de inducción”, el cual podría enunciarse de la siguiente forma: en toda ocasión en que se dispone de una generalización de la cual se tiene un número suficientemente grande de casos verificados y ningún caso refutado, puede darse el carácter de una proposición confirmada.¹⁶

A fin de desmitificar esta afirmación Popper recurre al *Trilema de Fries*¹⁷ según el cual el principio de inducción no encuentra justificación:

- a. Ni en la lógica porque en tal caso se borraría la diferencia entre deducción e inducción al considerar a ambos como razonamientos válidos y correctos.
- b. Ni en el carácter autoevidente del principio lo cual es desmentido por la misma historia de la ciencia.

- c. Ni en la experiencia pues llevaría al círculo vicioso de querer justificar la inducción utilizando un razonamiento inductivo.

Por todo ello, Popper concluye que el mentado “principio de inducción” no existe, es un mito injustificable y no puede aplicarse en el contexto de validación de las hipótesis científicas. Tampoco acepta la reformulación del método inductivo en términos probabilísticos, tal como hace Hempel, que consiste en suponer que la afirmación general no resulta verificada sino probablemente verdadera, porque decir que una afirmación tiene cierto grado de probabilidad de verdad no es equivalente a probar su verdad. Dice al respecto:

Cualquier evidencia observacional constará de un número finito de enunciados observacionales, mientras que un enunciado universal hace afirmaciones acerca de un número infinito de posibles situaciones, la probabilidad de que sea cierta la generalización universal es, por tanto, un número finito dividido por un número infinito, lo cual sigue siendo cero por mucho que aumente el número finito de enunciados (Popper, 1980: 241).

De allí que Popper afirme que no hay dos métodos para las ciencias: el deductivo para las ciencias formales y el inductivo para las fácticas, sino uno solo para todas las ciencias: el método deductivo. Por lo tanto, Popper propone que las hipótesis y las teorías se contrasten deductivamente:

1. Lo primero que debe tener un científico es un *problema*, algo que lo intrigue o que desee resolver.
2. Una vez delineado con claridad el problema, se formula como respuesta provisoria una *hipótesis*. Para Popper, la ciencia no comienza con observaciones sino con problemas, ya que las observaciones son siempre selectivas y requieren estar orientadas por una hipótesis. No hay datos “desnudos” de teoría; esto lo que se ha denominado “la carga teórica de toda observación”.
3. De la hipótesis propuesta se deducen enunciados básicos, que Popper llama *predicciones observacionales*.
4. Se comparan las posibles predicciones deducidas entre sí a fin de constatar que no entren en contradicción (que la hipótesis no afirme

al mismo tiempo A y no-A).

5. Se analiza la forma lógica de la hipótesis, a fin de ver si se trata de una teoría científica empírica y no de una tautología que no informa nada sobre el mundo (como afirmar “mañana lloverá o no lloverá en Buenos Aires”).
6. Se compara la teoría propuesta con otras teorías para ver si es un progreso científico.
7. Se pone a prueba la hipótesis por medio de la *operación de contrastación*, que consiste en enfrentar el enunciado predicción observacional con lo que se muestra en la base empírica.
8. Se realiza el correspondiente *testeo* y se examina: a) Si la predicción resulta falsa, entonces la hipótesis queda refutada y se descarta, no volviendo a ingresar en el ámbito de la ciencia. b) Si la predicción no falla, la hipótesis queda provisionalmente corroborada y se la debe seguir sometiendo a prueba indefinidamente.

En razón de lo sostenido en el paso (a y b), se ha calificado a la versión popperiana del método hipotético-deductivo como *simple* pues, según Klimosky, “supone que es posible descartar terminantemente una hipótesis por el solo hecho de que una observación pertinente se halle en desacuerdo con una consecuencia observacional obtenida de ella. Ya que no es este el proceder real de los científicos en el curso de una investigación lo habitual es que se requieran varias contrastaciones antes de que se tome tal decisión” (1995: 145). Ejemplo:

- Detectar un *problema*: hacia 1846 el astrónomo francés Urbain Le Verrier advirtió que el planeta Urano no seguía la órbita prevista por las leyes de Newton y Kepler.
- Formulación de una *hipótesis*: sostuvo que se podría explicar tal anomalía si se suponía la existencia de otro planeta desconocido en una órbita más exterior que con su atracción produjera tales irregularidades.
- Deducción de *predicción observacional*: si existiera tal planeta, debía tener tal masa y de día encontrarse en tal punto en el cielo, y por tanto con un telescopio se debería observar.
- *Operación de contrastación*: el astrónomo Galle que disponía de un telescopio potente halló efectivamente el planeta supuesto por la

hipótesis al que llamaron Neptuno.

- Del *testeo* resultó que la predicción observacional fue verificada por la experiencia y eso corroboraba la hipótesis planteada; es decir, para Popper la hipótesis no habría resultado confirmada sino que seguiría en *estado de problema*, no podría asegurarse su verdad y debía continuar sometidosela a contrastación indefinidamente, conforme a lo que él consideraba la correcta ética científica.¹⁸

Así como para los positivistas la ciencia es una empresa racional que queda a salvo con el uso del método inductivo –de tal manera que el conocimiento científico tendría en la experiencia sensible un punto de partida incuestionable– para Popper la racionalidad de la ciencia reside en el uso del *método crítico*, es decir, en el proceso por el cual sometemos a crítica y reemplazamos nuestras creencias científicas: el método hipotético deductivo en el cual la teoría siempre precede a los hechos, pues siempre hay construcciones teóricas que orientan la observación.

Conviene aclarar que Popper no sostiene que las hipótesis y teorías de la ciencia no puedan ser verdaderas, sino que carecemos de un mecanismo que nos permita afirmar con total certeza su verdad. Así, frente a la imposibilidad de encontrar un algoritmo que permita decidir si una hipótesis es aceptable o no, Popper propone una metodología con acento en la refutabilidad a partir de la regla lógica del *Modus Tollens*, un razonamiento deductivamente válido:

Si todos los cisnes son blancos entonces en el lugar x y el tiempo z observaré cisnes blancos; en el lugar x y el tiempo z observo un cisne no blanco; por lo tanto, no todos los cisnes son blancos.

$$\begin{array}{l} p \supset q \\ -q \\ \hline -p \end{array}$$

Tal regla permite establecer la falsedad de los enunciados universales a partir de enunciados sobre hechos particulares con un solo caso de observación que la contradice. A estos enunciados básicos que contradicen las hipótesis universales Popper los llama *falsadores potenciales*.

Por el contrario, nunca puede afirmarse la verdad de una hipótesis o teoría científica porque lo que está en la base de tal afirmación es una forma

de razonamiento inválida: la *falacia de afirmación del consecuente*. A saber:

Si todos los cisnes son blancos, entonces en el lugar x y el tiempo z observaré cisnes blancos; en el lugar x y el tiempo z observo un cisne blanco; por lo tanto, todos los cisnes son blancos.

$$\begin{array}{r} p \supset q \\ q \\ \hline p \end{array}$$

Por ello Popper considera, a diferencia de Hempel y el positivismo en general, que los científicos deben buscar casos que contradigan sus teorías y no casos favorables a ellas, porque se aprende de los errores y no acumulando casos confirmatorios, ya que el método científico es un *método crítico de conjetura y refutación*.

2.2.2. El criterio de demarcación falsacionista

Otra diferencia importante entre el positivismo y Popper es la forma de distinguir cuándo un enunciado es científico y cuándo no lo es. Si bien los positivistas asumieron la dificultad que implicaba la imposibilidad de verificar los enunciados universales que constituyen las hipótesis y teorías científicas, y modificaron el “criterio verificacionista del significado” por el de “contrastabilidad empírica en principio”, algunos de ellos siguieron sosteniendo la creencia de que los enunciados singulares eran verificables. Y es precisamente esa creencia la que Popper objeta, calificándola de “psicologismo” o “sensualismo”.

Para el falsacionismo popperiano, una teoría empírica es científica si es *falsable*, y es falsable si divide todos sus posibles enunciados básicos en dos conjuntos: los enunciados básicos que la teoría permite y no la contradicen (que no son de gran utilidad ya que, como dijimos, la corroboración de la teoría la deja en estado de problema) y los enunciados básicos que la teoría prohíbe y entran en contradicción con ella y que llama “falsadores potenciales” que permiten refutar teorías y descartarlas para avanzar en nuestro conocimiento del mundo.

Como ya se dijo, para el positivismo esos enunciados básicos se justificaban por medio de la experiencia perceptiva (ver, oír, tocar, etcétera) y eran absolutamente seguros e indudables, constituyendo la base última del conocimiento científico. En cambio, para Popper tales enunciados básicos son afirmaciones singulares sobre la experiencia que no se justifican apelando al “psicologismo” y son *corregibles, hipotéticos y convencionales*: son los miembros de la comunidad científica quienes eligen por decisión y acuerdo determinados enunciados básicos como referentes de la base empírica contra la cual contrastar sus teorías científicas. Para Popper, la base empírica de la ciencia no es sólida e irrefutable como creían los positivistas sino, por el contrario, *revisable y convencional, cambia con el tiempo* y son los y las científicas de cada época quienes que acuerdan qué es lo observable y qué enunciados básicos le corresponden. Es decir, lo que se observa cambia con el tiempo.

Precisamente, ese carácter convencional de la base empírica muestra que la ciencia no es un conocimiento absoluto y definitivo, y que no tiene fundamentos últimos. Popper expresa:

La base empírica de la ciencia objetiva, pues, no tiene nada de “absoluta”; la ciencia no está cimentada sobre roca: por el contrario, podríamos decir que la atrevida estructura de sus teorías se eleva sobre un terreno pantanoso, es como un edificio levantado sobre pilotes. Estos se introducen desde arriba en la ciénaga, pero en modo alguno hasta alcanzar ningún basamento natural o “dado”, cuando interrumpimos nuestros intentos de introducirlos hasta un estrato más profundo, ello no se debe a que hayamos topado con terreno firme: paramos simplemente porque nos basta que tengan firmeza suficiente para soportar la estructura, al menos por el momento (1980: 106).

2.2.3. El progreso científico en el falsacionismo

También cabe señalar que hay una diferente comprensión del progreso científico y de la historia de la ciencia en el positivismo y en Popper. Para el positivismo, el progreso es *acumulativo*, es decir, cuando una teoría se cambia por otra, los logros anteriores no se abandonan sino que se incorporan a la nueva teoría y eso brinda una visión continuista de la

historia de la ciencia que permite la idea de que se avanza hacia la verdad, cada vez estaríamos más cerca de la verdad. Para Popper, el progreso científico no consiste en la acumulación de casos confirmatorios sino “en el repetido derrocamiento de teorías científicas y su reemplazo por otras mejores o más satisfactorias” ya que “nuestro conocimiento aumenta mediante ensayo y eliminación del error” (1967: 264).

En su reformulación del método científico como *método crítico*, Popper dice que es un “método de ensayo y error: el método que consiste en proponer hipótesis audaces y exponerlas a las más severas críticas, en orden a detectar dónde estamos equivocados” (Popper, 1977: 115). Por lo tanto, el progreso en la ciencia es *no acumulativo*, ya que toda teoría es un conjunto de hipótesis que se compara mediante relaciones deductivas con lo que se muestra en la base empírica. Si no hay concordancia la teoría queda refutada y se descarta, no volviendo a ingresar en el ámbito científico (versión *simple* del método hipotético deductivo). Ello provoca en la historia de la ciencia el abandono continuo de teorías equivocadas y esa es la clave del progreso científico.

Según Popper, la ciencia progresa por la negativa, ya que al abandonar teorías erróneas aprendemos cada vez más como el mundo *no* es. Además, al desechar una teoría hay un avance porque eso conlleva descartar otras teorías e hipótesis auxiliares, acotando el espectro de posibilidades y ganando precisión en el conocimiento de la realidad.

3. El pluralismo metodológico de Thomas Kuhn

3.1. Thomas Kuhn y la nueva filosofía de la ciencia

Thomas Kuhn (1922-1996) fue una de las personalidades más destacadas de la filosofía de la ciencia del siglo XX. En la década de 1960, su pensamiento tomó distancia de la concepción heredada, la tradición epistemológica más difundida en ese momento histórico, y abrió un amplio debate que perdura hasta la actualidad.

Kuhn era un físico estadounidense nacido en Cincinnati, Ohio, en una familia de clase media que había recibido una educación progresista y poco

convencional en su infancia. Comenzó sus estudios en la Universidad de Harvard en 1940 y se doctoró en esa misma Universidad en 1949, pocos años después de retomar sus estudios tras una interrupción sobrevenida durante Segunda Guerra Mundial. En esos años, su participación en la Oficina de Investigación y Desarrollo de la Fuerza Aérea como experto en radares, lo lleva a reconsiderar su interés por la física.

Según él mismo relata, mientras cursaba sus estudios de posgrado, el presidente de Harvard, James B. Conant, le propone dictar un curso de Historia de la Física.¹⁹ Aceptar este desafío, despertó en él una inquietud vocacional que lo llevó a recorrer otro rumbo y a realizar un cambio drástico en sus planes profesionales para dedicarse por completo a la filosofía y la historia de la ciencia.²⁰ A partir de allí, se preocupó por señalar la relación entre estas dos disciplinas que los epistemólogos clásicos habían tratado de diferenciar e independizar.

En 1962, Kuhn publica su libro *La estructura de las revoluciones científicas* y abre una interesante polémica en el ámbito de la epistemología. En el primer capítulo, “Un papel para la historia”, se ocupa de exponer la ceguera de la filosofía de la ciencia y ponerla en conexión con la historia. Así, formula a sus lectores una provocadora pregunta: ¿puede la filosofía de la ciencia ignorar que la historia de la ciencia es su fuente de datos necesaria e ineludible? (Kuhn, 1992). A partir de entonces, sus posiciones se diferencian claramente de la epistemología clásica, en la cual se había formado, y se inscriben dentro de la llamada nueva filosofía de la ciencia.²¹ El autor se anima a desafiar aquella idea tan arraigada en su época que afirmaba que la científicidad de un saber radica en el procedimiento que permite validarlo. En cambio, considera que a la luz de la historia de la ciencia no habría posibilidad de encontrar un método universalmente válido para toda actividad de investigación científica, abandonando el criterio de demarcación que reduce la ciencia al método. De esta manera, Kuhn deja de lado el monismo metodológico y se inscribe dentro del llamado pluralismo metodológico. En otras palabras, para él, el respeto a un método científico único (el hipotético deductivo) ya no será la característica esencial de la ciencia. Esto lo lleva a plantear la necesidad de reformular la filosofía de la ciencia para delimitarla como un ámbito transdisciplinario, un espacio en el cual la filosofía y la historia se entrelazan, pero que además se nutre de los aportes de otras disciplinas como la sociología y la psicología.

3.2. *La mirada historicista kuhniana*

Kuhn advierte que el conocimiento científico no puede ser considerado independientemente de las situaciones sociales en las cuales ha sido producido. Sostiene que el científico tampoco puede ser considerado un individuo independiente de la comunidad científica de la cual forma parte. Cuando un investigador o una investigadora posa su mirada sobre la realidad lo hace desde la perspectiva de la comunidad a la cual pertenece y dentro de la cual se ha formado. En otras palabras, concibe a la investigación científica como una práctica social y a la ciencia como un conocimiento históricamente situado.

En el prólogo de su libro titulado *La tensión esencial* (publicado en 1977), Kuhn relata las experiencias que enfrentó cuando preparaba aquel primer curso sobre los orígenes de la mecánica newtoniana en la Universidad de Harvard y reconoció la importancia de la contextualización histórica del trabajo científico. Según cuenta, en un primer momento, abordó el estudio de la física aristotélica tratando de encontrar en ella los aportes realizados a la física newtoniana. En esta primera instancia, siguiendo los lineamientos de la historia tradicional de la ciencia, intentó preguntarle ingenuamente a Aristóteles qué sabía de física newtoniana. Sin embargo, más tarde comprendió que la física aristotélica, que se había mantenido vigente desde el siglo IV a.C. hasta fines del siglo XVII, no se trataba de un conocimiento erróneo y metodológicamente mal fundamentado o absurdo. Se trataba simplemente de una física pensada para explicar el movimiento de los objetos en una tierra que, según se suponía, permanecía inmóvil en el centro del Universo. Entonces, se propuso entender la física aristotélica en relación con su propio contexto histórico, y así fue que logró comprenderla. Citando a Butterfield,²² explica que a partir de ese momento comenzó a pensar con “una cabeza diferente”. Sin pretensiones de convertirse en un físico aristotélico, por supuesto, Kuhn lograba plantearse preguntas y hallar respuestas, pero siempre dentro de los límites impuestos por ese marco mental. Esa experiencia lúdica le permitió comprender que la física newtoniana, en la cual él se había formado, no se había fundado acumulativamente sobre la física aristotélica; se trataba de un juego diferente y nuevo, y para saber jugarlo, también había que aprender a aceptar los límites y las nuevas reglas. Sin proponérselo, se había topado

con su primera revolución científica, es decir, un proceso de cambio no acumulativo, en la historia de la ciencia (1996).

Esta primera incursión en la historia de la física lo llevó a acercarse a los autores de la nueva historiografía de la ciencia,²³ quienes sostenían que el conocimiento científico debe ser analizado en busca de la integridad histórica con su propia época y no tratando de buscar contribuciones a nuestro acervo actual de conocimiento. De tal manera, cada tradición científica resulta incomprensible fuera del contexto histórico en el que se desarrolla, y es por este motivo que su vigencia temporal también será limitada. Estos nuevos historiadores sostenían que el progreso científico no siempre es acumulativo, sino que está marcado por procesos de quiebre en los cuales una determinada tradición de investigación es desplazada, dando lugar a otra diferente.

Desde esta perspectiva conocida como historicismo, ninguna instancia del proceso de investigación científica puede ser desvinculada del contexto histórico en el cual ha emergido y se ha validado. Siguiendo esta dirección, Kuhn desdibuja la frontera impuesta por el Círculo de Viena que dividía estrictamente el contexto de descubrimiento del contexto de justificación. Esta conceptualización reconocía la intervención de la subjetividad del investigador y la influencia de los factores económicos, sociales y políticos en la investigación científica. Pero estas influencias resultaban relegadas dentro del primer contexto, es decir, en el momento en el cual se selecciona un problema y se formula una hipótesis. Sin embargo, en el segundo contexto, cuando el conocimiento científico resultaba validado, alcanzaba la racionalidad y la objetividad mediante el desarrollo de las operaciones empíricas y racionales que permitían contrastarlo. En la nueva filosofía de la ciencia, esta célebre dicotomía, tan valorada hasta ese momento, pierde vigencia. El proceso de puesta a prueba no puede concebirse al margen de la historia, y es por este motivo que la lógica ya no será la herramienta privilegiada para el análisis epistemológico.

3.3. De las teorías científicas a los paradigmas

Mientras que los epistemólogos clásicos sostenían que su unidad de análisis eran las teorías científicas, definidas como sistemas de hipótesis relacionadas entre sí, respetando rigurosamente las reglas de la lógica, para

Kuhn la unidad de análisis ya no será la teoría, sino el paradigma. Un paradigma es un conjunto de creencias compartido por los miembros de una comunidad científica y constituye una totalidad que supera la suma de sus partes.

Diferenciándose de la concepción heredada, que concebía a la teoría como un sistema desagregado, como si fuera una máquina que podría ser desmontada identificando sus diferentes partes para luego rearmarla, reconstruyendo las relaciones entre esas piezas; Kuhn afirma que un paradigma es algo más que una teoría y no admite ser desagregado. Es una constelación de compromisos que conforman una cosmovisión del mundo, que el aspirante a científico *aprende y aprehende* como un todo. A modo de ejemplo, podríamos mencionar algunos paradigmas en el campo de las ciencias naturales: la concepción heliocéntrica del universo que nace con la revolución copernicana (siglo XVI), la unificación de la física terrestre y la física celeste que se impone con la física newtoniana (siglo XVII), la sistematización de la química moderna de Antoine Lavoisier (siglo XVIII) o la teoría de la relatividad de Einstein (siglo XX).

Ahora bien, ante la pregunta sobre cómo se compone esa constelación de compromisos inseparables que permite a todos los miembros de una comunidad científica ver el mundo desde una misma perspectiva, podríamos señalar los siguientes elementos:

- a. Compromisos teórico-conceptuales. Estos compromisos se expresan en leyes, definiciones de conceptos y relaciones conceptuales básicas, que resultan inseparables de sus aplicaciones. Así, proporcionan los modelos ejemplares que permiten identificar problemas y restringe sus posibles soluciones.
Sin embargo, es necesario destacar que los compromisos teóricos también suponen la existencia de compromisos metafísicos, supuestos no contrastables, que resultan imprescindibles para mantener la coherencia del paradigma. De esta manera, el enfoque teórico acota aquello que está permitido dentro de un paradigma y establece los límites del trabajo científico mientras se mantenga vigente.
- b. Compromisos metodológicos e instrumentales. Estos compromisos se expresan en normas explícitas o implícitas que deben ser respetadas para resolver problemas. Así, indican al científico como llevar

adelante las prácticas de investigación y como manipular instrumentos necesarios para cumplir este objetivo.

Dado que los compromisos teórico-conceptuales resultan inseparables de las prescripciones metodológicas, un paradigma debe concebirse como unidad teórico-metodológica indisoluble, capaz de guiar la investigación, delimitar los problemas y las prácticas aceptables para resolverlos. Los paradigmas, en tanto están estrechamente relacionados con el contexto histórico al cual pertenecen, tienen una vigencia histórica limitada, emergen como realizaciones científicas sin precedentes que logran atraer un número suficientemente amplio de partidarios como para conformar una comunidad científica. Pero al mismo tiempo son lo bastante incompletos como para dejar planteados problemas que exigen ser resueltos y abrir un periodo de investigación paradigmática.

A modo de ejemplo, tratemos de retrotraernos hasta mediados del siglo XIX cuando se logró confirmar la existencia de los microorganismos, unos diminutos seres, inobservables a simple vista, capaces de causar enfermedades, algunas de ellas mortales. En esa época, el desarrollo de la esterilización (1866), un mecanismo capaz de destruir los microorganismos al someterlos a altas temperaturas, la asepsia en la práctica médica (1870), la identificación del ántrax (1877), la creación de una vacuna para combatirlo y el desarrollo de la vacuna antirrábica (1885) constituyen algunos ejemplos de problemas resueltos exitosamente que se transformarán en patrones para el trabajo posterior. Los antibióticos, los antivirales, las prácticas de envasado y conservación de alimentos podrían proporcionar solo algunos ejemplos de los desafíos que se fueron completando a lo largo del tiempo.

En un periodo de investigación paradigmático, el científico reconoce aquellos problemas que su paradigma señala como un desafío, en tanto los encuentra análogos a aquellos problemas ya resueltos por la comunidad científica y que ha aprendido a solucionar a lo largo de su formación profesional. Kuhn ejemplifica este proceso, comparándolo con la forma en que un niño que visita el zoológico acompañado por su padre aprende, por ensayo y error, a distinguir un cisne de un ganso, en tanto reconoce un aire de familia entre los miembros de una misma clase.²⁴ De la misma manera, el investigador encuentra una similitud, un aire de familia, entre los problemas que decide abordar y aquellos que el paradigma ya ha sido capaz

de resolver. Por lo tanto, mientras se mantiene vigente, el paradigma fija los límites de la práctica científica, establece los problemas y sus posibles soluciones.

Ahora bien, ¿cómo es que una comunidad científica puede nuclearse alrededor de un paradigma? ¿Cómo se generan los compromisos básicos entre los miembros de una comunidad científica? Kuhn responde estas preguntas haciendo mención de un nuevo contexto, el llamado *contexto de educación*. Sostiene que el consenso no surge espontáneamente entre los partidarios de un mismo paradigma, sino que se genera durante el proceso de formación académica, cuando este modelo de trabajo se transmite por medio de los libros, en las clases, conferencias, prácticas de laboratorio y demás instancias de instrucción profesional. Es por este motivo que los científicos que han sido formados bajo un mismo paradigma raramente presentarán desacuerdos (Kuhn, 1992).

En 1969, en ocasión de la reedición de *La estructura de las revoluciones científicas*, Kuhn incorpora un anexo donde reelabora algunas de sus ideas originales y responde a algunas críticas recibidas en los últimos años. En dicho texto, conocido como la *Posdata de 1969*, definirá un paradigma como conjunto de compromisos compartidos por los miembros de una comunidad científica, mientras que una comunidad científica es el grupo de personas que adhieren a un paradigma, es decir que trabajan dentro de sus límites y respetan este modelo de trabajo (Kuhn, 1992). “El conocimiento científico, como el idioma, es propiedad común de un grupo, o no es nada en absoluto. Para comprender esto necesitamos conocer las características especiales de los grupos que lo crean y se valen de él” (Kuhn, 1992: 319).

3.4. *La ciencia normal como resolución de enigmas*

Tomando la historia de la ciencia como su fuente de datos ineludible, Kuhn introduce el concepto *ciencia normal*, entendida como aquella actividad en la cual los científicos consumen la mayor parte de su tiempo. La investigación científica normal es un intento *tenaz y ferviente* por encajar la naturaleza en los marcos conceptuales que los científicos han aprendido durante su formación (Kuhn, 1992). Con esta definición deja en claro que, a la luz de la historia, los científicos no confrontan constantemente sus hipótesis con la realidad intentando derribarlas, tal

como proponía la versión falsacionista del método hipotético-deductivo de Popper. Por el contrario, se aferran al conocimiento adquirido, lo defienden y lo hacen valer.

Si bien en los textos de Kuhn no hallaremos una valoración fuertemente positiva de la ciencia, tampoco encontraremos una crítica descarnada hacia la actividad científica. Su propósito es señalar que los miembros de una comunidad científica, en su trabajo cotidiano y rutinario, defenderán el conocimiento disponible, porque cuentan con él como una preciada herramienta que les permite solucionar los problemas que se les presentan durante un lapso determinado de la historia de la ciencia. Es por este motivo que, en los periodos de ciencia normal, los científicos se enrolan dentro de una misma *tradicón de investigación*.

En los periodos de ciencia normal, gracias a la vigencia de los paradigmas, los investigadores y las investigadoras retoman investigaciones pasadas como antecedentes, y cada uno de los trabajos que suman a este cúmulo de conocimiento debe constituir un aporte capaz de sentar las bases para investigaciones futuras. Como toda tradición, la investigación científica normal solo es posible si se funda en el consenso y se mantiene vigente mientras los miembros del grupo manifiesten su acuerdo. Según Kuhn, la ciencia normal es tradicionalista y conservadora. En estos periodos de la historia de la ciencia, la comunidad científica se esmera por defender su paradigma. “La ciencia normal suprime frecuentemente las innovaciones fundamentales, debido a que resultan necesariamente subversivas para sus compromisos básicos” (Kuhn, 1992: 26). Asimismo, el científico normal no es un crítico que formula conjeturas audaces y sumamente falsables, como postulaba Popper; es un científico que se propone articular el paradigma con la naturaleza y, si su intento falla, se pondrá en juicio la capacidad del investigador o de la comunidad científica, pero el paradigma no será cuestionado.

Durante estos períodos, la investigación científica normal se concentra en la resolución de *enigmas*, problemas que tienen más de una solución asegurada y latente dentro del paradigma. En esta tarea, que requiere mucho ingenio y paciencia, el científico no cuestiona el paradigma, lo presupone y va a tratar de imponerlo sobre la naturaleza. Para Kuhn, un enigma puede ser comparado con un juego de ingenio, o un acertijo, es decir, un desafío que nos propone buscar una solución que ya sabemos que está disponible (tal como hacemos cuando encontramos la pieza correcta de un

rompecabezas y la ubicamos en un espacio vacío para completar la imagen).

Esto no significa que el científico normal adopte un rol pasivo; el investigador siempre está en conflicto con los hechos, obligándolos a compaginarse con el paradigma vigente. Así, por ejemplo, podríamos comprender el titánico proyecto que se plantearon Mendeleiev (1842-1907) y sus sucesores con el fin de ordenar los elementos químicos en una tabla que hoy denominamos Tabla Periódica. Para lograrlo, Mendeleiev escribió las características de cada uno de los elementos conocidos hasta ese momento en una carta y se propuso ordenarlas, tal como si estuviera jugando un solitario. Organizó y reorganizó las cartas de distinta manera tratando de encontrar un patrón. Obsesionado por este desafío, finalmente halló una periodicidad y logró ordenar los elementos según su peso atómico. Pero no solo eso, además logró predecir la existencia y las propiedades de algunos elementos aún no descubiertos, que luego ocuparían los espacios vacíos entre los ya conocidos. El trabajo de Mendeleiev se publica en 1869 y diez años más tarde ya se habían descubierto tres nuevos elementos que encajaban en los huecos de la tabla (galio, escandio y germanio). Así se iniciaba una gigantesca tarea que continúa en la actualidad y que constituye un claro ejemplo de resolución de enigmas.

En esta misma dirección, Kuhn describe los esfuerzos de los astrónomos modernos por completar el diagrama del nuevo sistema solar en el universo copernicano.

Al menos en diecisiete ocasiones diferentes entre 1690 y 1781 una serie de astrónomos (...) vieron una estrella en posiciones que suponemos actualmente que debía ocupar entonces Urano. Uno de los mejores observadores de dicho grupo vio realmente la estrella durante cuatro noches sucesivas, en 1769, sin notar el movimiento que podría haber sugerido otra identificación. Herschel, cuando observó por primera vez el mismo objeto, doce años después, lo hizo con un telescopio perfeccionado, de su propia fabricación. Como resultado de ello pudo notar un tamaño aparente del disco que era, cuando menos, muy poco usual para las estrellas (...) aplazó la identificación hasta llevar a cabo un examen más detenido. Ese examen mostró el movimiento de Urano entre las estrellas y, como consecuencia Herschel anuncia que había visto un nuevo cometa. Solo al cabo de

varios meses, después de varias tentativas infructuosas para ajustar el movimiento observado a una órbita de cometa, Lexell sugirió que la órbita era probablemente planetaria. Cuando se aceptó esta sugestión, hubo varias estrellas menos un planeta más en el mundo de los astrónomos profesionales (Kuhn, 1992: 182-183).

Este relato da cuenta de que los paradigmas tropezarán inevitablemente con problemas que ofrecen resistencia a ser resueltos dentro de los límites de la ciencia normal. Cuando la naturaleza viola las expectativas y los fenómenos observados entran en conflicto con la teoría, los científicos se topan con las llamadas *anomalías*. Las anomalías no desembocan necesariamente en la decadencia de un paradigma. Mientras estos problemas no encuentren solución, pueden ser ignorados o pasados por alto por los miembros de una comunidad científica. Pero también existe la posibilidad de que una anomalía sea explorada hasta ajustar el paradigma, de tal manera que lo anormal se transforme en lo esperado. Cuando las anomalías se acumulan o cobran una relevancia especial, el paradigma entra en una fase de decadencia que podría llevarlo a su ocaso final hasta llegar a ser reemplazado por uno alternativo. Sin embargo, la emergencia de una crisis que genera la pérdida de confianza en el paradigma por parte de la comunidad, en ocasiones también supone la intervención de factores externos, como presiones o demandas que la sociedad dirige hacia la comunidad científica.

3.5. Los procesos revolucionarios y la inconmensurabilidad de los paradigmas

La historia de la ciencia muestra que una tradición de investigación está vigente mientras los miembros de una comunidad científica comparten una visión del mundo y esto permite la acumulación de conocimiento. Pero también existen procesos de ruptura, serán las llamadas revoluciones científicas. Kuhn concibe las revoluciones científicas en forma análoga a las revoluciones políticas. Una revolución científica, al igual que una revolución política, emerge de una crisis en el sistema de dominación que tiene lugar cuando la fracción dominante se debilita y tiene dificultades para seguir ejerciendo el poder, al tiempo que los sectores opositores logran

organizar los recursos necesarios para imponerse e iniciar la construcción de un nuevo orden.

Una revolución científica es un momento en el cual una tradición de investigación se quiebra mientras nacen nuevas concepciones acerca del mundo, y aquellas comunidades que mostraban su solidez a la hora de resolver problemas se desquebrajan al entrar en competencia con nuevas visiones del mundo que lograrán desplazarlas. Ahora bien, si la ciencia normal es una actividad que compromete el *ingenio* de los científicos, los periodos revolucionarios sin duda comprometen su *genio*. Las revoluciones ocurren cuando algunos científicos se animan a desafiar el *statu quo* y a pensar la realidad por fuera de los marcos teórico-metodológicos que les impone el paradigma vigente, logran ver el mundo por fuera de los límites establecidos e inician un proceso de transformación. Una revolución científica es un cambio de paradigma y, por lo tanto, una transformación en la manera de ver el mundo.

Dado que este proceso de transformación es un cambio no acumulativo, no existe un criterio que permita evaluar o comparar los paradigmas más allá del contexto histórico que los sostiene. Por lo tanto, los paradigmas resultan inconmensurables, es decir, no pueden ser medidos y es imposible determinar cuál es el mejor desde fuera de ellos. En *La estructura*, Kuhn desarrolla su tesis fuerte de la inconmensurabilidad,²⁵ sostiene que no existe posibilidad de diálogo o convivencia entre los partidarios de paradigmas rivales y esta incompatibilidad se manifiesta en diferentes planos:

- a. Inconmensurabilidad perceptual. Retomando los postulados de la Gestalt,²⁶ Kuhn afirma que la observación humana en general no es un proceso pasivo donde la retina registra la realidad tal cual es, porque el observador es un sujeto activo que siempre interpreta aquello que observa. De tal manera, el observador científico tampoco puede registrar la realidad en forma fidedigna porque las categorías conceptuales del paradigma siempre estarán operando, tal como si fueran un par de lentes a través de los cuales puede ver la realidad. En tanto la recolección de datos no puede estar libre de teoría, los científicos que pertenecen a paradigmas diferentes perciben el mundo de manera diferente. Las revoluciones científicas transforman la percepción y la imaginación de los científicos.

- b. Inconmensurabilidad lingüística. Los científicos que pertenecen a paradigmas diferentes pertenecen a comunidades lingüísticas diferentes y no tienen un lenguaje común o neutral que les permita comunicarse. Un término puede tener un significado en un paradigma y otro significado en el paradigma rival. Este cambio de lenguaje expresa un cambio en la percepción del mundo y es por esto que la comunicación entre miembros de diferentes paradigmas no será posible.
- c. Inconmensurabilidad metodológica. Los paradigmas imponen a los científicos no solo una determinada manera de percibir la realidad, sino también la forma de abordarla metodológicamente. Los paradigmas rivales no acuerdan respecto a cómo es el mundo y tampoco a los problemas que creen necesario resolver; por lo tanto, tampoco podrán acordar respecto de las reglas para resolverlos. Y aunque un nuevo paradigma pueda utilizar la misma metodología e instrumentos del paradigma anterior, al colocarlas al servicio del análisis de una nueva realidad podemos considerar que no serán las mismas.

La tesis fuerte de la inconmensurabilidad de los paradigmas, en un primer momento, cuestiona la posibilidad de que exista un progreso científico lineal y acumulativo, en los términos planteados por la concepción heredada. Para Kuhn, no existe criterio alguno que permita afirmar que un nuevo paradigma es el mejor disponible hasta el momento. Cada paradigma es un contexto de validez intrínseco, es decir, impone un marco teórico-metodológico a la comunidad científica durante un periodo de ciencia normal.

4. El debate sobre el estatus de las ciencias sociales

Durante el transcurso del siglo XX, el carácter científico de las ciencias sociales ha sido objeto de un extenso debate. Algunos autores, partiendo de una valoración positiva de las ciencias naturales (fundamentada en sus aplicaciones tecnológicas y sus predicciones exitosas) consideraron que estas últimas debían constituirse en el modelo a seguir para las ciencias

sociales. Así, plantearon la necesidad de exigirles a las ciencias sociales que cumplan con los mismos requerimientos metodológicos de las ciencias naturales. En esta controversia, que se extiende hasta nuestros días, Popper fue el representante más notorio del monismo metodológico, mientras que las ideas de Kuhn se transformaron en un punto de partida para algunos partidarios del pluralismo.

Popper dejó planteadas sus ideas fundamentales sobre la metodología aplicable a las ciencias sociales en varias obras, principalmente en *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), *Miseria del historicismo* (1957) y *La lógica de las ciencias sociales*, que es un extracto de la ponencia del autor presentado en un congreso de 1961. En la última obra mencionada, Popper afirma que el método, tanto para las ciencias sociales como naturales, consiste en plantear ensayos de soluciones a problemas concretos ya que el comienzo de toda ciencia y de todo conocimiento son los problemas y la lógica para abordarlos surge de la tensión insuperable entre nuestro conocimiento y nuestra extensa ignorancia, tensión que motoriza la investigación:

A cada paso que avanzamos y a cada problema que solucionamos no solamente se nos descubren nuevos problemas pendientes de solución, sino que se nos impone la evidencia de que incluso allí donde creíamos estar sobre suelo firme y seguro todo es, en realidad, inseguro y vacilante (Popper, *et al.* 1980: 11).²⁷

Para Popper, el científico natural no es más objetivo que el social. Ambos deben someterse al método crítico, es decir, todo ensayo de solución al problema investigado debe exponerse a la crítica racional y toda crítica debe ser un intento de refutación. La ciencia social, como toda ciencia, enfrenta problemas (pobreza, desigualdad, opresión política, etcétera) y formula hipótesis y teorías para comprender y actuar sobre el entorno social. Ello debe hacerlo bajo la metodología crítica en cuya base está la lógica deductiva.

Frente a la pregunta de si existen leyes de lo social, Popper plantea que puede haber un tipo de leyes restringidas y de corto alcance que rigen para determinado período histórico, como las que pueden darse en la economía o en la ciencia política. Pero el manejo de las mismas caería bajo el alcance del método hipotético-deductivo, aunque aún no ha surgido en las ciencias

sociales el Newton capaz de formular leyes generales con alto poder explicativo y predictivo. La crítica al historicismo precisamente obedece a la infundada creencia de que pueden descubrirse leyes de tendencia bajo el devenir histórico y que, para ello, es necesario implementar una metodología diferente a la de las ciencias naturales.

Según los historicistas, podría comprenderse hacia dónde va la historia ya que una vez captada la tendencia se podría saber cómo culmina el proceso, es decir, cómo será el futuro. Hay cierto “fatalismo” en esta postura porque, dada cierta tendencia, el final se concibe como inevitable y podrá acelerarse o retrasarse pero nunca modificarse. Tales aseveraciones no constituyen predicciones científicas del tipo que realizan las ciencias naturales, sino meras profecías del tenor de las pseudociencias basadas en afirmaciones vagas y genéricas, sin hipótesis legítimas donde la deducción se hace imposible.

Para Popper no hay ninguna posibilidad científica de predecir el futuro de la historia humana así como tampoco hay una teoría científica del desarrollo histórico, ya que la pretendida hipótesis de una sucesión de períodos históricos tal como aparece en Platón, en Hegel y en Marx, es un enunciado singular sobre un hecho único y que por ello no puede ser sometido a contrastación de acuerdo con la metodología popperiana” (Gaeta, 2007: 156). Frente a las pretensiones del historicismo, Popper propone la ingeniería social fragmentaria “para describir las aplicaciones y prácticas de los resultados de la tecnología fragmentaria” (Popper, 1973: 78). Lo que importa es la solución práctica de problemas sociales determinados y de ningún modo tratar de remodelar y controlar a la sociedad como un todo. En *La sociedad abierta y sus enemigos*, el autor manifiesta que tal ingeniería es propia de las sociedades democráticas para combatir ciertos problemas que la aquejan y que eso nada tiene que ver con buscar un pretendido bien final o el establecimiento de una sociedad ideal que solo puede conducir a la violencia y no al imperio de la razón. No se trata de buscar soluciones totales sino de alcanzar objetivos limitados y concretos, utilizando una legalidad restringida que permita predicciones a corto plazo, ya que otra cosa no es posible. A juicio de Popper, se trata de hacer propuestas específicas de implementación tentativa sobre ajustes y adaptaciones puntuales y abandonar todo afán de diseñar la sociedad humana según un proyecto que aspire a controlar las fuerzas históricas, ya que es imposible saber científicamente qué rumbo tomará la historia.

Kuhn, por su parte, señala explícitamente que concentrará sus reflexiones sobre las ciencias naturales (la astronomía, la física, la química y la biología). Sin embargo, desde la publicación de *La estructura*, sus breves y esporádicas referencias a las ciencias sociales han sido objeto de polémica y han causado un fuerte impacto en este campo. La primera referencia a esta cuestión aparece en el prefacio. Allí, comenta que durante su participación en comunidades formadas por científicos sociales observó notorias diferencias con relación al comportamiento de los científicos naturales. En sus palabras, “principalmente me asombré ante el número y el alcance de los desacuerdos patentes entre los científicos sociales sobre la naturaleza de problemas y métodos científicos aceptados” (Kuhn, 1992: 13). Este primer comentario deja entrever que las ciencias sociales, al parecer, carecen de paradigmas.

En esta misma dirección, en el segundo capítulo de este libro plantea, a modo de interrogante, la posibilidad de considerar que las ciencias sociales se encuentran en un estadio de *preciencia*, en el cual aún no ha logrado imponerse un primer paradigma y que se caracteriza por la coexistencia de diferentes escuelas, enfoques o tradiciones que no comparten una perspectiva común. En este escenario, dado que no existiría la directriz teórico-metodológica que aporta el paradigma, todos los hechos resultan igualmente importantes, la realidad se presenta en forma caótica y la acumulación de conocimiento es muy ardua. Kuhn se pregunta si en un futuro las ciencias sociales alcanzarán su *madurez* como lo hicieron las ciencias naturales, donde las diferencias iniciales han desaparecido y se ha logrado alcanzar un patrón de progreso signado por la alternancia entre paradigmas y revoluciones científicas (Kuhn, 1992). Estas afirmaciones, marcadas sin duda por un espíritu de época, han generado una amplia controversia, dado que ponen en tela de juicio el estatus científico de las ciencias sociales y exponen su *atraso* con relación a las ciencias naturales.

Sin embargo, en la *Posdata del 69*, esta posición queda atrás cuando el autor señala que ha sido demasiado esquemático al proponer esa distinción dicotómica entre *preciencia* y *ciencia madura*, como así también al sostener que el desarrollo científico consistía en la alternancia entre paradigmas rivales que entran en competencia. De tal manera, reconoce que la complejidad de la historia de las ciencias naturales ha puesto en evidencia la existencia de paradigmas rivales en un mismo periodo y plantea la necesidad de reconocer que la inconmensurabilidad tiene una dimensión

sincrónica y no se aplica exclusivamente a paradigmas sucesivos. Esto lo lleva a proponer la noción de ciencia *multiparadigmática*, dando lugar a la posibilidad de que en una misma disciplina coexistan, en un mismo momento, diferentes comunidades. Así, la discusión en torno a las ciencias sociales es retomada dado que parece aceptable la existencia de paradigmas paralelos dentro de una misma disciplina.

Por lo tanto, es posible pensar, por ejemplo, a la economía marxista y neoclásica como dos paradigmas rivales coexistentes, en tanto constituyen sistemas de creencias con enfoques teóricos y metodológicos alternativos compartidos por un grupo suficientemente amplio de partidarios. Sin embargo, la aplicación del concepto paradigma en las ciencias sociales no resulta simple, sobre todo porque se dificulta entender la investigación social como resolución de enigmas o puzzles. De todas maneras, el pluralismo científico de Thomas Kuhn ha repercutido, sin duda, en el ámbito de las ciencias sociales y su pensamiento ha resultado muy fecundo en este campo. Tal vez su principal aporte consista en lograr exponer que las prescripciones metodológicas no son universalmente válidas, sino que son impuestas por una comunidad científica y están indisolublemente ligadas al marco teórico-conceptual que esta sostiene.

Para finalizar, cabe señalar que las perspectivas epistemológicas de estos dos autores pueden resultar a primera vista irreconciliables, pero ambas han dejado su huella en las estrategias metodológicas utilizadas por los investigadores sociales y las han marcado profundamente. Conocerlas seguramente nos permitirá reconocerlas en las decisiones que orientan y justifican las prácticas de investigación.

Bibliografía

- Bird, Alexander (2012). “La filosofía de la historia de la ciencia de Thomas Kuhn”, en *Discusiones Filosóficas*, Vol. XIII (21), pp. 167-185.
- Brown, Harold (1984). *La nueva filosofía de la ciencia*. Madrid, Tecnos.
- Bunge, Mario (2013). *La ciencia, su método y su filosofía*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Camarero, Antonio (2014). *Platón. La República*, Trad., estudio preliminar y notas de L. Farré, Buenos Aires, Eudeba.

- Carnap, Rudolf (1985). *Fundamentación lógica de la física*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Casini, Alejandro (2012). *El juego de los principios*. Buenos Aires, AZ.
- Córdoba, Mariana (2016). “Teorías científicas”, Claudia E. Vanney, Ignacio Silva y Juan F. Franck (eds.), *Diccionario Interdisciplinar Austral*. Disponible en: http://dia.austral.edu.ar/Teorías_científicas
- Chalmers, Alan (1987). *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Ferrater Mora, José (1979) *Diccionario de filosofía* (6ª ed.). Madrid, Alianza.
- Gaeta, Rodolfo y Nélica Robles (1990). *Nociones de Epistemología*. Buenos Aires, Eudeba.
- Gaeta, Rodolfo y Nélica Gentile (2004). *Thomas Kuhn. De los paradigmas a la Teoría Evolucionista*. Buenos Aires, Eudeba.
- Gaeta, Rodolfo, Nélica Gentile y Susana Lucero (2007). *Aspectos críticos de las ciencias sociales*. Buenos Aires, Eudeba.
- Gaeta, Rodolfo y Susana Lucero (2010). “Leyes, generalizaciones accidentales y causación”, en *Epistemología e Historia de la Ciencia*, Vol. 16, pp. 235-242.
- Hanson, Norwood (1958). *Patterns of Discovery, An Inquiry into the Conceptual Foundations of Science*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Hempel, Carl (1983). *Filosofía de la ciencia natural*. Madrid, Alianza.
- Klimovsky, Gregorio y Cecilia Hidalgo (1998). *La inexplicable sociedad. Cuestiones de epistemología de las ciencias sociales*. Buenos Aires, AZ.
- Klimovsky, Gregorio (1971). “Estructura y validez de las teorías científicas”, en *Métodos de investigación en psicología y psicopatología*. Buenos Aires, Nueva Visión, pp. 153-173.
- Klimovsky, Gregorio (1995). *Las desventuras del conocimiento científico*. Buenos Aires, AZ.
- Kuhn, Thomas (1987). “Notas sobre Lakatos” en *Historia de la Ciencia y sus reconstrucciones racionales*, Irnes Lákatos (ed.). Madrid, Tecnos.
- Kuhn, Thomas (1992). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Kuhn, Thomas (1996). *La tensión esencial*. México, Fondo de Cultura Económica.

- Kukla, André (1998). *Studies in Scientific Realism*. Oxford, Oxford University Press.
- Marí, Enrique E. (1990). *Elementos de epistemología comparada*. Buenos Aires, Puntosur.
- Olivé, León (2013). “La estructura de las revoluciones científicas, cincuenta años”, en *Revista Latinoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad-CTS*, Vol. 8 (22), pp. 133-151.
- Pavón de Urbina, José María (2014). *Diccionario VOX bilingüe Manual Griego clásico-Español*, Madrid, Grupo Anaya.
- Peirce, Charles (1916). “Deduction, Induction, and Hypothesis”, en *The Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods*, Vol. 13 (26), pp. 726-737.
- Piaget, Jean (1991). *Introducción a la Psicología Genética*. México, Paidós.
- Popper, Karl (1967). *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Buenos Aires, Paidós.
- Popper, Karl (1973). *La miseria del historicismo*. Madrid, Alianza-Taurus.
- Popper, Karl (1977). *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*. Madrid, Tecnos.
- Popper, Karl (1980). *La lógica de la investigación científica*. Madrid, Tecnos.
- Popper, Karl (1981). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona, Paidós.
- Popper, Karl, Theodor Adorno y otros (2008). *La lógica de las ciencias sociales*. México, Colofón SA de CV.
- Reichenbach, Hans (1938). *Experience and Prediction, An Analysis for the Foundations and the Structure of Knowledge*. Chicago, IL, University of Chicago Press.
- Suarez-Iñiguez, Enrique (1992). “La polémica Kuhn-Popper”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Vol. 37 (149), pp. 9-25.
- Suarez-Iñiguez, Enrique (1992). “En torno a la polémica Popper-Adorno, Historia de una trampa”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Vol. 37 (148), México, 89-100.
- Von Wright, George Henrik (1988). “Ciencia y Razón”, en *Sistema, Revista de Ciencias Sociales*, 83, pp. 13-24.
- Wittgenstein, Ludwig (2017). *Tractatus logico-philosophicus- Investigaciones filosóficas* (traducción, introducción y notas críticas de Isidoro Reguera Pérez). Madrid, Gredos.

-
1. En “Episteme y Logos” (2014), *Diccionario bilingüe Manual Griego clásico-Español*. Madrid, Grupo Anaya.
 2. En “Conocimiento” (1979), *Diccionario de filosofía*, Ferrater Mora (6ª ed.). Madrid, Alianza.
 3. Esta no pretende ser una lista exhaustiva de los problemas abarcados por la filosofía de la ciencia.
 4. La cuestión de qué cae y qué no bajo la incumbencia de la epistemología forma parte de los debates a los que haremos referencia.
 5. Llamamos “concepción heredada” a la corriente epistemológica que toma origen en el Círculo de Viena, cuya máxima expresión se da en 1920. Gran parte de los debates actuales en torno a la filosofía de la ciencia retoman cuestiones ya tratadas por esta tradición. Sus bases se apoyaban en el empirismo de Hume y el logicismo de Russell, Whitehead y Wittgenstein (Brown, 1984). Veremos este tema en el apartado correspondiente.
 6. En un sentido técnico suele llamarse “tecnología” a la ciencia cuando esta es aplicada (Klimovsky, 1971; Bunge, 1959).
 7. Cuando el conocimiento se aplica lo llamamos tecnología (véase la nota 6).
 8. Rep. VI 509d-511e. Cabe mencionar que en el libro VII de Rep. Platón dice que los conocimientos basados en la percepción, o aquellos que tratan lo concerniente a los cuerpos del ámbito de lo sensible, son conocimientos imperfectos y, por ende, no son necesariamente verdaderos.
 9. Se debe diferenciar entre leyes de la naturaleza y leyes científicas. Estas últimas son producto de la práctica de los científicos (Gaeta y Lucero, 2010).
 10. Sin embargo, no estamos aquí haciendo referencia a un solo método, sino a una familia de métodos que comparten el hecho de que en última instancia cualquiera que tenga las herramientas y los conocimientos necesarios, puede aplicarlo tantas veces como lo desee. Aunque esta condición no siempre se da, ya que los fenómenos no siempre son manipulables.
 11. Un teorema es una proposición que puede desprenderse de los axiomas del sistema. Si esto se da y el sistema es consistente, entonces la proposición no entra en contradicción con los axiomas (Casini, 2012).
 12. Entre los miembros más destacados del Círculo de Viena podemos mencionar a Rudolf Carnap (1891-1970), Otto Neurath (1882-1942), Kurt Gödel (1906-1978).
 13. Entre sus principales miembros estaban Richard von Mises (1881-1973), Walter Dubislav (1895-1937), Carl Hempel (1905-1997).
 14. El empirismo es la corriente filosófica fundada por Francis Bacon (1561-1626) que sostiene que todo conocimiento deriva, en última instancia, de la experiencia sensible, tradición continuada por Locke (1632-1704), Berkeley (1685-1753) y Hume (1711-1776), muy valorizado por los autores del Círculo de Viena.
 15. Nació en Austria en 1902 y se graduó en filosofía en la Universidad de Viena en 1928, fue también versado en física y matemáticas. Hacia 1937 abandona su país tras el auge del nazismo. De 1937 a 1945 enseña en la Universidad de Canterbury en Nueva Zelanda, y de 1946 a 1969 en la London School of Economics, donde alcanza elevados logros académicos que le valen el otorgamiento del título de sir por la reina Isabel II. Muere en Londres en 1994.
 16. El razonamiento aquí es el siguiente: si se observaron mil cisnes y todos eran blancos, y luego se observaron cien mil cisnes más y también lo eran, y así sucesivamente, sin que se observe ningún cisne de otro color, entonces, a medida que se obtienen más casos sin contradicción, la generalización va obteniendo cada vez más respaldo empírico. Y si bien nunca se está autorizado a decir que esta ha

quedado verificada, o sea, que tenemos la certeza de que es verdadera, se puede sostener que es altamente probable que sea verdadera (de allí que se afirme que la generalización está “confirmada” por la experiencia).

17. Jakob F. Fries (1773-1843) filósofo, físico y matemático alemán; se ocupó de la base experimental de la ciencia fáctica.

18. Si el planeta no hubiese sido hallado, según Popper, la hipótesis habría resultado falsada y debía ser abandonada, siendo expulsada de la ciencia para siempre.

19. Las conferencias sobre los orígenes de la mecánica en el siglo XVII tuvieron lugar en 1947.

20. Kuhn trabajó como ayudante del curso de Historia de la Ciencia en Harvard durante unos años. En 1956 aceptó un puesto docente en la Universidad de California en Berkeley, en 1964 fue nombrado profesor de Filosofía e Historia de la Ciencia en la Universidad de Princeton, y en 1979 se incorporó al Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT).

21. Entre los nuevos filósofos de la ciencia se encuentran Hanson, Lákatos, Feyerabend, Toulmin y Laudan.

22. Herbert Butterfield (1900-1979) fue un historiador y filósofo británico, profesor de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge. En sus trabajos sobre historia de la ciencia coloca en un primer plano el concepto revolución científica, haciendo referencia a los orígenes de la ciencia moderna.

23. Alexander Koyré (1892-1964) fue un filósofo e historiador de la ciencia francés de origen ruso que trabajó en Estados Unidos y suele ser destacado como el principal responsable en señalar la importancia del análisis histórico sincrónico, y exponer la integridad de la ciencia con su propia época.

24. En la Posdata: 1969, un apéndice agregado al libro *La estructura de las revoluciones científicas* en ocasión de una nueva edición, Kuhn propone una redefinición de paradigma como *ejemplar* (Kuhn, 1992).

25. Más adelante Kuhn reformula su tesis de la inconmensurabilidad debilitada.

26. La teoría de la Gestalt en psicología sostiene que la percepción depende del contexto y la experiencia, que la observación siempre supone interpretación y que no es posible percibir los elementos aislados, sino que captamos la forma como una totalidad que supera a la suma de las partes.

27. Son los problemas prácticos los que orientan nuestras búsquedas y nos empujan hacia el saber teórico.

Capítulo 2

Conceptualización y medición en las ciencias sociales

Jacqueline Behrend

Los conceptos son centrales para cualquier investigación en ciencias sociales. Nos permiten nombrar los fenómenos o hechos que nos interesa estudiar, pero además permiten entender cuáles son las propiedades que definen los fenómenos políticos, económicos o sociales que nos interesan. La conceptualización implica decir qué es algo y, por contraposición, qué no es. Por ejemplo, ¿qué es la pobreza? ¿qué es la democracia? ¿qué es un Estado? Pobreza, democracia, autoritarismo, dictadura, Estado, guerra, revolución, desarrollo económico, etcétera, son solo algunos de los conceptos que se utilizan con frecuencia en las ciencias sociales. Pero, además, el proceso de conceptualización implica la clasificación. Decir que una persona es rica o pobre es establecer una clasificación sobre los ingresos y el acceso a bienes. Decir que un país es democrático o autoritario es clasificarlo según su régimen político.

Los conceptos son un componente central de todas las proposiciones científicas. Pero a pesar de la importancia que tienen en las ciencias sociales, a menudo no se les presta una atención suficiente, y se salta a la medición y al desarrollo de indicadores sin detenerse ni hacer una reflexión teórica sobre los conceptos que pretendemos medir. En un texto ya clásico, el politólogo italiano Giovanni Sartori (1996) dijo que la formación de conceptos siempre antecede a la medición, que no podemos pensar en diferencias de grado sin antes pensar en diferencias de especie. Con esto quería decir que no podemos medir algo si primero no definimos bien qué es lo que queremos medir. Esto puede parecer obvio. Sin embargo, muchas veces ocurre que las medidas cuantitativas no encajan bien con los

conceptos que pretenden medir. Cuando se habla de conceptualización, lo importante es definir las características o propiedades del concepto. Cuando se habla de medición, en cambio, se buscan indicadores que nos señalen la presencia de esos atributos y del concepto general. Definiciones, atributos y propiedades son, por lo tanto, parte del proceso de conceptualización. Operacionalización, indicadores y datos son parte del proceso de medición (Mahoney y Goertz, 2006). Tanto la conceptualización como la medición son elementos centrales de los procesos de investigación, pero también son partes distintas –aunque conexas– del proceso. Por eso, es importante entenderlas como dos pasos separados dentro del proceso de investigación.

Siguiendo el orden lógico propuesto por Sartori (1996), este capítulo discute primero cómo se conceptualizan los fenómenos que nos interesa estudiar en las ciencias sociales y, luego, una vez que ya los definimos, cómo hacemos para medirlos.

1. La conceptualización como un proceso de análisis teórico y empírico

En un sentido muy general, los conceptos son definiciones. Pero son definiciones que suponen una discusión ontológica y teórica. A la vez, los conceptos que utilizamos y la manera en que los medimos dan forma al mundo que vemos (Munck y Snyder, 2004). Es decir, contribuyen a que entendamos los hechos sociales de maneras muy diversas. Es usual que los investigadores cualitativistas dediquen mucho tiempo al desarrollo de definiciones claras y precisas de los conceptos que son centrales para su investigación. Cuando analizan muchos casos, intentan evitar el estiramiento conceptual (Sartori, 1996) o la práctica de aplicar un concepto a un caso para el que no es adecuado. Los debates sobre la validez de una medición se centran en la estructura lógica y en el contenido de los conceptos que se utilizan en determinada investigación.

Por ejemplo, si preguntamos “¿qué es la pobreza?” estamos planteando una discusión acerca del concepto de pobreza que se enfoca en qué implica ser pobre. Y las respuestas a esa pregunta pueden ser variadas. Por un lado, se trata de una discusión ontológica (Goertz, 2006), pero a la vez, en las

ciencias sociales la conceptualización también puede implicar una discusión política. Algunos podrían plantear que la pobreza es tener un ingreso menor a dos dólares, sea donde sea que esa persona viva y sin importar a qué bienes pueda acceder con ese ingreso.¹ Otros podrían plantear que la pobreza es tener un ingreso económico que sea insuficiente para que un individuo cubra ciertas necesidades básicas, tomando en cuenta las circunstancias y requisitos de determinado ambiente. Otros podrían ir más lejos y argumentar que la pobreza no solo tiene que ver con los ingresos y con cubrir ciertas necesidades básicas, sino con una noción más amplia de bienestar.² Conceptualizar la pobreza de una u otra manera no es un tema menor. En primer lugar, detrás de cada una de estas definiciones de pobreza hay una discusión teórica y filosófica. En la primera definición la teoría de la pobreza que subyace implica que la pobreza es no alcanzar un determinado nivel de ingresos, más allá de las variaciones que pueda haber en lo que se puede adquirir con ese nivel de ingresos en distintos países. En la segunda definición de pobreza la teoría que subyace es que la pobreza tiene que ver con no poder acceder a determinados bienes esenciales, más allá de los ingresos monetarios. Este concepto de pobreza se vincula al de necesidades básicas insatisfechas (NBI), que se utiliza mucho en las mediciones de pobreza en la Argentina y otros países de América Latina. Y en la tercera definición hay una concepción teórica más amplia de las necesidades de un individuo que incluye la idea de bienestar y de que una persona pueda vivir bien. La elección de cualquiera de estas formas de conceptualizar la pobreza tiene efectos sobre la medición y los indicadores que habrá que desarrollar para medirla. Y también puede tener efectos sobre las políticas públicas que se propongan para reducir la pobreza.

Algo similar ocurre con el concepto de democracia. El lingüista ruso Vladimir Volosinov (1986) decía que el signo (o el concepto) es el centro de la disputa ideológica. La democracia es uno de los conceptos más disputados políticamente. En la época de la Guerra Fría, muchos países del bloque comunista usaban el adjetivo “democrático” en sus nombres (por ejemplo, la República Democrática Alemana), mientras que el bloque occidental se presentaba como el único defensor de la democracia. Los dos bloques se disputaban el uso de la palabra “democracia” y del adjetivo “democrático”. Hay conceptos sobre los cuales existe un consenso generalizado, pero también hay conceptos que son “esencialmente disputados” (Gallie, 1955), donde hay desacuerdo acerca de qué constituye

algo. En estos casos, existen usos rivales de un concepto y esto ocurre sobre todo con los conceptos valorativos como el concepto de democracia, el de justicia social o el de obra de arte (Gallie, 1955). Por eso, la conceptualización no es una tarea menor y prestar atención a cómo se construyen los conceptos nos permite elaborar proposiciones científicas más precisas y más comparables.

Por ejemplo, las discusiones sobre cómo clasificar los regímenes políticos que combinan características democráticas con otras autoritarias son frecuentes en la actualidad. Muchos autores han planteado requisitos mínimos para la democracia: ¿alcanza con que un país tenga elecciones multipartidarias regulares para clasificarlo como democrático? Sabemos que existen países donde el calendario electoral se respeta celosamente y hay partidos opositores que compiten, pero sin embargo no califican como democracias, ya que no garantizan el cumplimiento de los derechos civiles y políticos para toda la población. El caso del PRI en México durante setenta años es un ejemplo de esto. Algunos autores optan por considerar a estos regímenes como democracias imperfectas, mientras que otros desarrollan conceptos nuevos como el de autoritarismo electoral (Schedler, 2004) o autoritarismo competitivo (Levitsky y Way, 2010) para referirse a estos casos. Los autoritarismos electorales mantienen una fachada de democracia y cumplen estrictamente con el calendario electoral, pero no garantizan la integridad de las elecciones. Por ejemplo, la oposición está en desventaja, no recibe financiamiento político o cobertura en los medios de comunicación, puede ser hostigada y sus dirigentes encarcelados, se pueden establecer normas que dificulten la participación de partidos opositores, etcétera. En el caso de los autoritarismos competitivos, hay competencia política, pero el campo de juego está sesgado e inclinado a favor del oficialismo, con lo cual la oposición tiene muchas dificultades para competir en igualdad de condiciones. Entonces, la forma en que se construye el concepto de democracia no es trivial y tiene consecuencias políticas importantes.

2. La escala de abstracción de Sartori y la visión ontológica de Goertz

Uno de los textos más clásicos sobre conceptualización en las ciencias sociales es el de Sartori (1996) quien plantea que los criterios de comparación son proporcionados por la lógica clasificatoria. Es decir, la comparación de fenómenos políticos se da sobre la base de los conceptos que utilizamos para clasificar los hechos que nos interesa estudiar. Por ejemplo, se podría comparar el nivel de pobreza en distintos países o regiones del mundo y, en este caso, la comparación se haría a partir del concepto de pobreza que desarrollemos. Si quiero comparar la cantidad de democracias que hay en América Latina y en Asia, la comparación también va a ser desde el concepto de democracia que desarrolle, porque ese concepto me va a indicar qué países quedan dentro del conjunto de países democráticos y qué países quedan fuera.

La preocupación central de Sartori es que los fenómenos o entidades que se comparen sean comparables. Es decir, que no comparemos peras con manzanas, salvo que lo hagamos en tanto frutas distintas. Para eso, Sartori propone clasificar los fenómenos políticos y sociales con una taxonomía clásica proveniente de la biología, donde se categoriza a partir del género, la especie y la subespecie. Este tipo de clasificación va desde un concepto más abstracto y general (equivalente al de género) hacia uno más específico y particular (equivalente al de especie y subespecie). Por ejemplo, si queremos investigar las democracias del mundo tendríamos que partir del hecho de que las democracias son un tipo de régimen político. El concepto de régimen político es el concepto más abstracto y general. Después, bajando en la escala de abstracción, podemos identificar dos tipos de regímenes políticos: democracias y autoritarismos. Y dentro de las democracias y los autoritarismos podríamos identificar subtipos más específicos aún, como por ejemplo, democracia liberal, democracia representativa, autoritarismo electoral, autoritarismo competitivo, dictadura militar, etcétera.

Los conceptos que están más altos en la escala de abstracción son más abstractos y se aplican a una mayor cantidad de casos. Tienen más extensión y tienden a ser conceptos más teóricos. A medida que bajamos en la escala de abstracción los conceptos se vuelven más específicos y se aplican a una menor cantidad de casos: tienen menos extensión, pero más intensidad. Si no conceptualizamos bien, corremos el riesgo de incurrir en el “estiramiento conceptual” (Sartori, 1996), es decir, estirar un concepto para que se aplique a una mayor cantidad de casos y que, en consecuencia, se

pierda la esencia y el sentido del concepto. Por ejemplo, si clasificamos todos los países que tienen elecciones como regímenes democráticos, seguramente esté estirando el concepto de democracia, porque vamos a incluir casos como México durante los años en que gobernó el Partido Revolucionario Institucional (PRI), donde había elecciones periódicas y regulares, pero no eran competitivas.

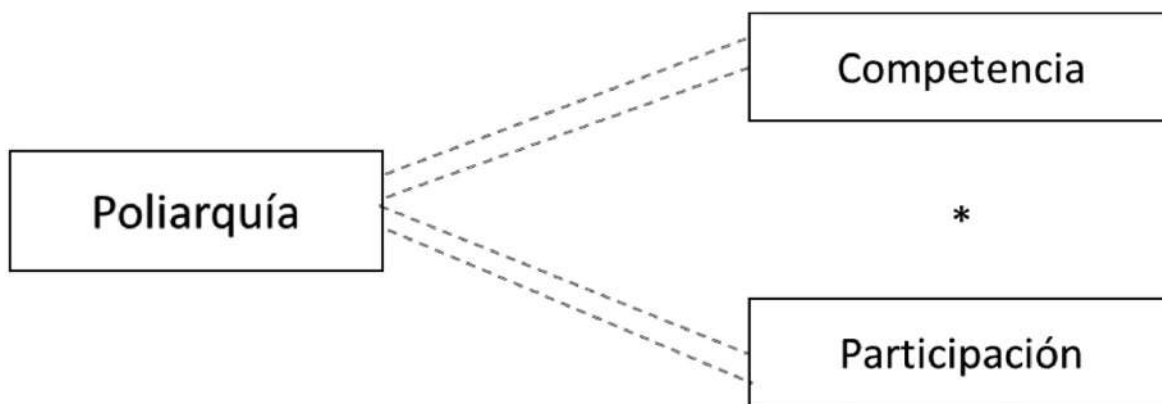
Sartori plantea que en las ciencias sociales el problema es que hemos cambiado la pregunta “¿qué es?” por la pregunta “¿cuánto?”. Esto apunta a una confusión entre la clasificación (o conceptualización) y la cuantificación (o medición). No podemos medir sin antes saber qué estamos midiendo. Los grados o la cantidad de algo no nos dicen qué es algo. Por eso, plantea que hay diferencias que son de especie y diferencias que son de grado. Las diferencias de especie son entre fenómenos que pertenecen a distintas clases de cosas. Por ejemplo, una cosa es un Estado y otra es un régimen. O, en un nivel más bajo de la escala de abstracción, una cosa es una democracia y otra un autoritarismo. Una vez que clasificamos un fenómeno podemos medirlo. Es decir, una vez que determinamos que un régimen es democrático podemos buscar indicadores para medir qué tan democrático es en comparación con otros regímenes democráticos.

Pero hay otras formas de pensar los conceptos. Goertz (2006) se aleja de la visión semántica de los conceptos y propone una visión ontológica que se concentra en las características esenciales y constitutivas de un fenómeno. Plantea que el análisis conceptual implica identificar las características constitutivas de un fenómeno que tienen poderes causales, es decir, que producen los efectos que podemos observar. Estos poderes causales son importantes porque juegan un papel en el desarrollo de teorías. Pero más que definir un concepto, lo que hay que hacer, para Goertz (2006), es preguntarnos cuáles son las características esenciales de un fenómeno o un concepto.

La estructura conceptual de Goertz (2006) consta de tres niveles. Lo que llama el nivel básico es el concepto que se utiliza en las proposiciones teóricas. Es el nivel del concepto en sí, del nombre; por ejemplo, democracia, pobreza, corporativismo, etcétera. En el nivel secundario están las dimensiones constitutivas del concepto y ahí aparece el carácter multidimensional. Si la democracia consiste en una serie de derechos políticos y civiles, elecciones competitivas y demás, estas serían las dimensiones constitutivas del concepto. Entonces, una democracia es un

régimen que garantiza derechos civiles, derechos políticos y elecciones libres y competitivas. Estas dimensiones son ontológicas, porque implican una teoría acerca de lo que constituye la democracia, de lo que es su esencia. El tercer nivel es el de los indicadores o la operacionalización. Es en este tercer nivel donde entran la medición y los datos empíricos. Ahí tendríamos que encontrar indicadores observables de elecciones competitivas, por ejemplo, que podrían ser la existencia de varios partidos políticos, la alternancia electoral, etcétera. Los indicadores son el equivalente de los síntomas de lo que queremos observar.

Figura 1. El concepto de poliarquía de Dahl (1989) según la estructura de Goertz (2006)



Leyenda:
==== ontológica
* y

Fuente: elaboración propia.

Hasta aquí, las formas de entender los conceptos tienen una estructura de “causas necesarias y suficientes”. Es decir, para que exista una democracia, se tienen que cumplir una serie de requisitos que en sí mismos son necesarios y suficientes para que podamos decir que un régimen es democrático: tiene que haber respeto por los derechos civiles y los derechos políticos, y elecciones libres competitivas. Todas estas condiciones tienen que estar presentes, porque si alguna no estuviera, no estaríamos frente a una democracia. Por ejemplo, si hay elecciones competitivas, pero no son libres o no hay respeto por los derechos políticos, no habría democracia,

sino autoritarismo competitivo. En esta estructura conceptual todas las dimensiones del segundo nivel deben estar presentes para poder considerar que existe el fenómeno que queremos estudiar.

Pero no todos los conceptos tienen esta misma estructura. Y, aquí, Goertz (2006) da el ejemplo del concepto de estado de bienestar. El estado de bienestar lo proporciona un Estado que brinda una serie de servicios sociales, como, por ejemplo: seguro de desempleo, jubilaciones y pensiones, seguro médico, compensación por accidentes de trabajo, entre otros servicios sociales. Sin embargo, no todos los estados de bienestar brindan los mismos servicios. Algunos podrían ofrecer tres de ellos y aun así entrar en tal categoría, o podrían brindar tres de ellos y además otros servicios sociales distintos. Estos conceptos, dice Goertz (2006), tienen la estructura de “parecidos de familia”. En los conceptos que tienen la estructura de parecidos de familia no hay ninguna característica necesaria para pertenecer a una misma categoría –en este caso, estado de bienestar–, sino un parecido suficiente en las dimensiones del segundo nivel como para considerar que algo pertenece a una familia. Hay dimensiones que pueden ser sustituidas por otras. Esto significa que los estados de bienestar de distintos países no tienen por qué brindar los mismos servicios, pero lo que tienen en común es que brindan cierto tipo, y una cierta cantidad, de servicios similares. Por eso, pueden ser reconocidos como miembros de la misma familia y pueden ser clasificados como estados de bienestar a pesar de sus diferencias. Las estructuras de causas necesarias y suficientes, y las de parecidos de familia son dos estructuras conceptuales arquetípicas.

3. Los conceptos, sus opuestos y las categorías intermedias

Cuando desarrollamos un concepto es útil pensar cuál sería el opuesto de ese concepto, o lo que Goertz (2006) llama el polo negativo. Por ejemplo, el opuesto de pobreza no sería la “no pobreza”, sino la riqueza. Del mismo modo, el polo negativo de la democracia no es la “no democracia”, sino el autoritarismo. El opuesto también es un concepto en sí mismo que debe ser teorizado. Pensar y desarrollar cuidadosamente el polo negativo nos permite

no solo definir mejor el concepto con el que queremos trabajar, sino también teorizar los puntos intermedios. Podría pensarse un concepto de manera dicotómica y teorizar que hay pobreza o hay riqueza. Pero también se podría pensar que entre la pobreza y la riqueza hay varios puntos intermedios que es relevante identificar para luego medir. Lo mismo ocurre con la democracia. Algunos autores trabajan con una estructura dicotómica de la democracia, donde hay una línea de corte muy clara que divide los regímenes democráticos de los autoritarios. Pero otros autores argumentan que existen situaciones intermedias, más ambivalentes, de regímenes que combinan características democráticas con autoritarias. Es lo que la literatura llama “regímenes híbridos” (Karl, 1995; Levitsky y Way, 2010).

La zona intermedia entre el concepto y su polo negativo es importante porque si no pensamos y teorizamos acerca de cómo concebimos el espacio en el medio, difícilmente podamos verlo empíricamente. Si nuestra ontología o nuestra forma de pensar el mundo nos permite pensar en casos que están al borde de una categoría, lo más probable es que estemos más preparados para ver estos casos “dudosos” empíricamente (Goertz, 2006). Es probable que la mayor parte de los conceptos con los que trabajemos sean conceptos continuos y no dicotómicos. Entonces, la forma en que pensamos esta zona intermedia tiene consecuencias para la medición y para el desarrollo de escalas.

Puede ocurrir que un concepto que antes se pensaba de manera dicotómica deje de pensarse de esa manera por cambios en el mundo, en la sociedad o en nuestro conocimiento de las cosas. Por ejemplo, puede pensarse que el concepto de vida o muerte es dicotómico: se está vivo o muerto. Sin embargo, existen conceptos intermedios como “muerte cerebral”, por ejemplo. Por supuesto, esto lleva a una pregunta acerca de qué implica estar vivo. Podemos decir que estar vivo es que el corazón bombee sangre. Y sin embargo, hay situaciones –por ejemplo, durante una operación cardiovascular– en las que el corazón no funciona y la sangre circula por el trabajo de una bomba extracorpórea, y sin embargo la persona está viva. Esto quizá no se hubiese planteado hace cien años, pero los desarrollos científicos nos llevan a pensar una serie de situaciones intermedias aun en los conceptos más dicotómicos como la vida y la muerte.

Algo similar ocurre con el concepto de género. Anteriormente, este concepto era considerado de manera dicotómica: masculino o femenino.

Pero hoy en día existe un consenso en que hay opciones intermedias, que puede haber cambio de género y algunos países reconocen legalmente la posibilidad de definir el género de manera neutral.

Una comprensión dicotómica puede ser, a veces, más clara analíticamente, pero también acarrea el peligro de ignorar la zona gris que existe en el medio de dos polos opuestos. Collier y Adcock (1999) tienen un enfoque pragmático hacia la conceptualización. Plantean que los significados y el tratamiento que se le da a un concepto tienen que ver con los objetivos específicos y el contexto de la investigación. Coinciden con Sartori en que las líneas de corte son inherentes al pensamiento humano, pero plantean que, de la misma manera, la graduación es igual de fundamental para el razonamiento. A veces también se puede pensar en un concepto que consiste en una serie de partes interrelacionadas, cada una de las cuales es necesaria para la definición (Collier y Adcock, 1999). Por ejemplo, la democratización se puede pensar como un proceso que consiste en una secuencia de pasos y se pueden establecer líneas de corte para los distintos pasos. En un primer momento, la apertura política y el respeto por los derechos políticos y civiles; en un segundo momento, el surgimiento de partidos políticos de oposición; en un tercer momento, la realización de elecciones libres; en un cuarto momento, la alternancia electoral; y así sucesivamente.

Entonces, la decisión sobre cómo tratar un concepto –de manera dicotómica o no– no es una decisión menor y es algo que debe analizarse cuidadosamente, tomando en cuenta la comprensión teórica y empírica del fenómeno con el que queremos trabajar.

4. La innovación conceptual: subtipos clásicos y disminuidos

¿Cuándo tiene sentido desarrollar un concepto nuevo? Si la realidad empírica es cambiante, ¿deberíamos crear conceptos nuevos constantemente? O, por el contrario, ¿deberíamos adaptar los conceptos existentes a la realidad? La innovación conceptual tiene sentido cuando innova en el sentido o cuando se trata de un fenómeno nuevo que no puede

ser capturado adecuadamente con los conceptos que ya tenemos. Pero, a la vez, hay que tener cuidado con la proliferación conceptual, porque si existen muchos conceptos distintos para nombrar un mismo fenómeno puede ser difícil entender que se trata del mismo fenómeno y poder realizar comparaciones entre procesos similares. Entonces, tiene sentido innovar conceptualmente cuando el concepto nuevo contribuye a la diferenciación analítica.

Muchas veces se crean conceptos nuevos agregando adjetivos a los conceptos existentes. Por ejemplo, Guillermo O'Donnell (1996) creó el concepto de "Estado burocrático autoritario" para referirse a un tipo de Estado en particular que surgió en algunos países sudamericanos en la década de 1960 y que se caracterizaba por una alianza entre militares (el componente autoritario) y tecnócratas (el componente burocrático). El Estado burocrático autoritario (EBA) fue una respuesta autoritaria y antidemocrática a los gobiernos populistas de la década de 1940. Este concepto se forma agregándole dos adjetivos al concepto de "Estado" y el resultado es un concepto más específico que le agrega características a un tipo de Estado que surgió en un momento histórico. Algo similar ocurrió con el concepto de "estado de bienestar". Este concepto se desarrolló para dar cuenta de un tipo de Estado particular que brinda una serie de servicios sociales como seguro de salud, educación, seguro de desempleo, a su población. Estos ejemplos serían subtipos clásicos, en este caso, del concepto de Estado, porque lo que hacen es precisar mejor el tipo de Estado al que se hace referencia y agregar características específicas. Al ser más precisos, estos subtipos obedecen a la regla de Sartori de que en lo alto de la escala de abstracción están los conceptos más generales, como Estado, y cuando se baja en la escala de abstracción se desarrollan conceptos más específicos, como Estado burocrático autoritario o estado de bienestar. Algo similar ocurre con el concepto de "democracia parlamentaria". El concepto adjetivado nos indica que es un tipo específico de democracia: una que tiene un sistema de gobierno parlamentario. Lo que no se pone en duda con estos subtipos es el carácter democrático del régimen. Otro ejemplo es el del concepto de "pobreza estructural", que denota un tipo de pobreza que se debe a una carencia persistente acumulada a lo largo del tiempo, en contraposición al de "pobreza coyuntural", que denota un tipo de pobreza que afecta de manera estable a un hogar, pero no remite a una carencia acumulada a lo largo del tiempo (Álvarez, 2002). En los dos conceptos los

adjetivos que se agregan al concepto original lo vuelven más específico y le agregan dimensiones.

Pero también existen subtipos disminuidos, donde el adjetivo que se le agrega al concepto resta dimensiones y muestra que no se cumplen todos los atributos que debería tener el concepto original (Collier y Levitsky, 1997; Goertz, 2006). Por ejemplo, a una “democracia neopatrimonialista” le faltan algunos atributos de una democracia plena que la hacen menos democrática (Collier y Levitsky, 1997). Lo mismo ocurre con el concepto de “democracia delegativa” que O’Donnell (1997) acuñó para referirse a regímenes democráticos donde el Poder Legislativo delega poderes extraordinarios en el Poder Ejecutivo. Aquí también se trata de una democracia defectuosa donde el atributo que falta se refiere al componente republicano de la democracia que indica que debe existir un equilibrio entre los tres poderes (Ejecutivo, Legislativo y Judicial). Los subtipos disminuidos representan una forma incompleta del concepto original. Si el concepto pleno incluye n dimensiones, el subtipo disminuido incluiría $n-1$ o $n-2$, etcétera.

5. La medición

Una vez que sabemos qué queremos estudiar y qué características tiene el fenómeno que queremos analizar (es decir, una vez que realizamos el proceso de conceptualización), se puede proceder a la medición. La medición se refiere al proceso de recolección de datos. Los datos son información cualitativa y cuantitativa que se puede utilizar para evaluar en qué medida un caso pertenece a una categoría. Por ejemplo, si queremos medir el concepto de democracia, los datos recolectados deberían permitir evaluar en qué medida un país pertenece al conjunto de países que son democráticos; es decir, en qué medida es democrático. Lo mismo con el concepto de pobreza: la medición consiste en recolectar datos que nos permitan evaluar en qué medida una persona es pobre. Muchas veces la medición se realiza en relación con un tipo ideal: en qué medida un caso se acerca o se aleja del ejemplo más puro y completo de democracia, por ejemplo, o de país desarrollado, o de pobreza. En este tipo de medición, los

tipos ideales funcionan como una vara contra la cual se miden los casos empíricos (Goertz y Mahoney, 2012).

Hay dos términos que son centrales para el proceso de medición: variables e indicadores. Las variables son las construcciones teóricas que nos interesa analizar o medir –que varían– y suelen ser conceptos. Por ejemplo, “desarrollo económico” es una variable; “democracia” es una variable; “pobreza” es una variable. Se llama “variable dependiente” al fenómeno que queremos explicar y “variable independiente” al fenómeno que explica la variación de la variable dependiente. Entre una variable independiente y una dependiente hay una relación causal: se supone que la variable independiente produce efectos sobre la variable dependiente o *causa* la variable dependiente. Entonces, si queremos analizar en qué medida el desarrollo económico produce democracia, la variable independiente es desarrollo económico y la dependiente, democracia. Las proposiciones teóricas se plantean en términos de variables, pero para la medición hacen falta indicadores, es decir, datos que nos permitan constatar que esa variable está presente y en qué medida (o en qué grado) está presente. Los indicadores son datos numéricos que nos permiten observar la variable que queremos analizar (Goertz y Mahoney, 2012). El proceso de identificación de indicadores que puedan medir la variable que queremos investigar se llama operacionalización. A diferencia de las propiedades o los atributos ontológicos de un concepto, que pueden ser intercambiables o no, los indicadores son optativos y sustituibles. Los conceptos y las variables se utilizan para formular teorías, mientras que los datos e indicadores son información empírica que se utiliza para medir los conceptos y las variables (Goertz y Mahoney, 2012).

Por ejemplo, Álvarez, Cheibub, Limongi y Przeworski (1996) conceptualizan la democracia de una manera minimalista. Para ellos, un régimen democrático es “un régimen en el que algunos cargos de gobierno se ocupan a través de elecciones competitivas” (Álvarez *et al.*, 1996: 4). El concepto de democracia consta de dos partes: “cargos” y “competencia”. La primera parte, los cargos, se refiere a que en una democracia, los cargos del Poder Ejecutivo y del Poder Legislativo se ocupan a través de elecciones. La segunda parte, la competencia, hace referencia al hecho de que estas elecciones deben ser competitivas. En el Cuadro 1 se muestra cómo los autores operacionalizan la democracia a través de dos dimensiones con sus respectivos indicadores. El primer nivel lo constituye el concepto de

democracia. En el segundo nivel están las dos dimensiones que componen el concepto: cargos electivos y competencia por esos cargos. Luego, en el tercer nivel están los indicadores que nos permiten observar empíricamente esas dos dimensiones. Para la dimensión de competencia los indicadores son multipartidismo (que dos o más partidos compitan por los cargos electivos) y alternancia en el Ejecutivo (que la competencia partidaria en algún momento lleve a la alternancia partidaria). Para la dimensión de cargos electivos, los indicadores son elección del Poder Ejecutivo y elección del Poder Legislativo; es decir, que los cargos más importantes para el gobierno de un país se elijan a través de elecciones y que no sean nombrados por otro poder. Finalmente, los autores establecen una serie de criterios y códigos para la medición de cada uno de estos indicadores y asignan un puntaje que puede ser 0, 1, 2 o 3, según el indicador.

Cuadro 1. Operacionalización del concepto de democracia

Concepto	Dimensiones del segundo nivel	Indicadores
Democracia	Competencia	Multipartidismo
		Alternancia en el Ejecutivo
	Cargos electivos	Elección del Poder Ejecutivo
		Elección del Poder Legislativo

Fuente: elaboración propia a partir de Goertz (2006) y Álvarez et al. (1996).

En la investigación cualitativa la medición no siempre se refiere a una escala numérica o a la asignación de un puntaje numérico. En la mayoría de los casos se refiere a la pertenencia o no a un tipo o subtipo de caso. Por eso, en la investigación cualitativa también se habla de calibración. Si la medición implica el uso de indicadores y valores numéricos, la calibración implica un juicio basado en el conocimiento cualitativo que tiene una investigadora sobre los casos (Ragin, 2010). Por ejemplo, los investigadores muchas veces distinguen entre países que tuvieron una industrialización temprana o tardía porque el momento de la industrialización puede tener efectos políticos. Pero ¿qué significa industrializarse temprana o

tardíamente? Una investigadora podría medir la cantidad de años que pasaron desde que se industrializó un país. Pero esa medida podría no ser relevante y, en cambio, podría tener más sentido pensar en los países que se industrializaron en el siglo XIX como países de industrialización temprana y en los que se industrializaron después de mediados del siglo XX como países de industrialización tardía. Por eso, la medida de industrialización temprana o tardía debe ser calibrada. Pero para hacer este tipo de calibración hace falta un conocimiento cualitativo profundo de los casos, de los procesos de industrialización y de las implicancias que tuvo para los países industrializarse en el siglo XIX o en el XX. En este sentido, la calibración está más orientada hacia los casos que hacia la variación de las variables en sí. Para la calibración es importante establecer criterios de membresía. ¿Qué requisitos debe cumplir un caso para ser considerado un país de industrialización temprana y qué requisitos debe cumplir para ser considerado un país de industrialización tardía?

Cuando clasificamos casos, probablemente observaremos que algunos cumplen más plenamente con los requisitos establecidos, mientras que otros están más al borde. Por ejemplo, podríamos clasificar a los países como “desarrollados” o “no desarrollados”, pero dentro de esas categorías podría haber casos que se acerquen más o menos al tipo ideal de lo que es un país desarrollado o un país no desarrollado, y puede haber casos que estén al límite. En la investigación cualitativa, los casos que se aproximan más a los tipos ideales son los más fáciles de medir y codificar. Los errores de medición son más frecuentes en los casos ambiguos o en los casos intermedios, sobre todo cuando se utilizan medidas dicotómicas.

En la investigación cualitativa la medición muchas veces hace referencia a tipos específicos de un fenómeno y no necesariamente a grados o a una medición numérica de un fenómeno. Por eso, las tipologías tienen un papel fundamental en la medición cualitativa. Una tipología es un sistema organizado de tipos (Collier, Laporte y Seawright, 2010). Las tipologías pueden crear escalas nominales, parcialmente ordenadas u ordinales. En una escala nominal, las celdas de la tipología no ordenan los resultados de mayor a menor. Las categorías son colectivamente exhaustivas y mutuamente excluyentes, pero no tienen un orden incremental (Collier, Laporte y Seawright, 2010). Hay otras tipologías que crean escalas parcialmente ordenadas: hay celdas que representan puntos extremos, pero en el medio hay otras celdas que no están ordenadas incrementalmente.

Solo hay un ordenamiento parcial. Collier, Laporte y Seawright (2010) dan el ejemplo de la tipología sobre regímenes políticos de Robert Dahl (1989) para ilustrar lo que es una escala parcialmente ordenada (véase el Cuadro 2). En este caso, el cruce de dos dimensiones –competencia y participación– da como resultado cuatro tipos: poliarquía, oligarquía competitiva, hegemonía inclusiva y hegemonía cerrada. La celda de poliarquía es la más democrática, mientras que la de hegemonía cerrada es la menos democrática. Pero no hay un ordenamiento jerárquico entre una oligarquía competitiva y una hegemonía inclusiva. En las tipologías con escalas ordinales, las celdas muestran un valor incremental en el resultado que se busca evaluar.

Cuadro 2. Tipología clasificatoria de regímenes políticos de Dahl (1989)

Participación (inclusión)		Alta	Baja
Competencia (liberalización)	Alta	Poliarquía	Oligarquía competitiva
	Baja	Hegemonía inclusiva	Hegemonía cerrada (autocracia)

Fuente: elaboración propia a partir de Dahl (1989).

6. Reflexiones finales

Como argumenté a lo largo de este capítulo, la conceptualización es central para la investigación científica porque la forma en que conceptualizamos tiene consecuencias sobre la forma en que vemos y entendemos el mundo que nos rodea. Al mismo tiempo, no se puede medir un fenómeno sin antes tener un concepto de ese fenómeno; es decir, sin antes saber qué es. Por eso, ambos procesos –conceptualización y medición– están íntimamente ligados, aunque a menudo se preste más

atención a la medición y a la cuantificación que al aspecto más semántico y ontológico que subyace al proceso de conceptualización.

Bibliografía

- Álvarez, Gustavo (2002). “Capacidad económica de los hogares. Una aproximación censal a la insuficiencia de ingresos”, en *Notas de Población*, Año XXIX (74), pp. 213-250.
- Álvarez, Mike, José Antonio Cheibub, Fernando Limongi y Adam Przeworski (1996). “Classifying Political Regimes”, en *Studies in Comparative International Development* 31, pp. 3-36.
- Collier, David y Steven Levitsky (1997). “Democracy with Adjectives: Conceptual Innovation in Comparative Research”, en *World Politics*, Vol. 49 (3), pp. 430-451.
- Collier, David y Robert Adcock (1999). “Democracy and Dichotomies: A Pragmatic Approach to Choices about Concepts”, en *Annual Review of Political Science*, Vol. 2, pp. 537-565.
- Collier, David, Jody LaPorte y Jason Seawright (2010). “Putting Typologies to work: Concept Formation, Measurement and Analytic Rigor”, en *Political Research Quarterly* 65 (1), pp. 217-232.
- Dahl, Robert (1989). *La poliarquía: participación y oposición*, Buenos Aires, Rei.
- Gallie, Walter Bryce (1955). “Essentially Contested Concepts”, en *Proceedings of the Aristotelian Society*, New Series, Vol. 56, pp. 167-198.
- Goertz, Gary (2006). *Social Science Concepts: A User’s Guide*. Princeton: Princeton University Press.
- Goertz, Gary y James Mahoney (2012). *A Tale of Two Cultures: Qualitative and Quantitative Research in the Social Sciences*. Princeton: Princeton University Press.
- Karl, Terry Lynn (1995). “The Hybrid Regimes of Central America”, en *Journal of Democracy*, Vol. 6 (3), pp. 72-86.
- Levitsky, Steven y Lucan Way (2010). *Competitive Authoritarianism: Hybrid Regimes After the Cold War*. Nueva York, Cambridge University Press.

- Munck, Gerardo L. y Richard Snyder (2004). “Mapping Political Regimes: How the Concepts we Use and the Way we Measure them Shape the World we See”, en *Annual Meeting of the American Political Science Association*.
- O’Donnell, Guillermo (1996). *El Estado burocrático autoritario; triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- O’Donnell, Guillermo (1997). “Democracia delegativa”, en *Contrapuntos: Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires, Paidós.
- Ragin, Charles (2010). “Measurement versus Calibration: A Set-Theoretic Approach”, en Janet M. Box-Steffensmeier, Henry E. Brady y David Collier (comps.), *The Oxford Handbook of Political Methodology*. Oxford, Oxford University Press.
- Schedler, Andreas (2004). “Elecciones sin democracia: el menú de la manipulación electoral”, en *Estudios Políticos*, N° 24, pp. 137-156.
- Sartori, Giovanni (1996). *La política: lógica y método en las ciencias sociales*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Sen, Amartya (1992). *Inequality Reexamined*. Oxford, Oxford University Press.
- Volosinov, Valentin N. (1986). *Marxism and the Philosophy of Language*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

-
1. Véase, por ejemplo, la definición de pobreza del Banco Mundial.
 2. Estas últimas dos nociones de pobreza se relacionan con el concepto de pobreza desarrollado por el premio Nobel Amartya Sen.

Capítulo 3

Aspectos fundamentales para el desarrollo de un proyecto de investigación en ciencias sociales

Carlos Varetto y Hernán Pablo Toppi

El presente capítulo tiene como objetivo proveer al lector una introducción al instrumental básico para el desarrollo del diseño de un trabajo de investigación en ciencias sociales. Se presentan algunos de los componentes o etapas centrales que se espera que aborde un proyecto en términos estándar. Este proceso es fundamental para la planificación en la investigación académica. Así, se señalan una serie de reflexiones y sistematizaciones respecto de la formulación del problema, el estado de la cuestión, el marco teórico, las estrategias metodológicas, la selección de casos y el uso de datos.

En el desarrollo del capítulo se hará hincapié en la necesidad de construir un plan coherente y consistente en las etapas de investigación, pero a la vez con el reconocimiento de su posible flexibilidad. Es decir, un plan de investigación requiere el cumplimiento de ciertas etapas, que deben ser pensadas y planificadas como una sucesión vinculada e interrelacionada, pero que debe elaborarse y reelaborarse en una reflexión dinámica en la que el avance de una etapa afecta, al menos potencialmente, tanto la anterior como a las subsiguientes. También se pondrá especial atención a lo relativo con el estado de la cuestión y su función de insertar la investigación en una discusión más amplia, como la de clarificar el aporte que se realizará con el trabajo en curso. El marco teórico y la metodología constituyen, en este contexto, el aparato conceptual y técnico para realizar la investigación y dar solidez al aporte que se propone la indagación.

El capítulo se estructura en ocho secciones. En la primera se presenta de manera general el proceso de investigación y su dinámica. Seguidamente se discute lo concerniente a la formulación del problema de investigación y sus implicancias. En tercer término, se analiza la relevancia del estado de la cuestión, para posteriormente incorporar al marco teórico en la sección siguiente. La quinta, sexta y séptima sección se centran en aspectos vinculados al alcance de la investigación, las estrategias metodológicas, los casos, la recopilación y el uso de los datos. Finalmente, se presenta una breve recapitulación de los elementos centrales discutidos a través de las páginas del texto aquí presentado.

1. La investigación como un proceso dinámico por etapas

Las investigaciones académicas se planifican algunas veces de manera formal, otras de manera informal. Esta distinción se debe al ámbito desde el cual el o la investigadora va a pretender llevar adelante su trabajo. Si la investigación busca ser desarrollada en un ámbito institucional como puede ser la universidad o algún organismo de promoción y financiamiento para encarar este tipo de actividades (por ejemplo el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas –Conicet–, la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo –PNUD– etcétera), usualmente debe presentarse un proyecto donde se indique de manera explícita los diferentes aspectos que van a componerla: la pregunta de investigación; los objetivos generales y específicos; la hipótesis; los casos a trabajar; el estado de la cuestión; el marco teórico; la metodología; las fuentes de las cuales provendrán los datos empíricos a utilizar en la investigación; el cronograma; la factibilidad del trabajo propuesto en el tiempo estipulado; la bibliografía. Es un proceso formal, además, por el hecho de que estos proyectos suelen ser evaluados y por tanto, pueden ser aprobados o rechazados. En la universidad, cuando para graduarse los y las estudiantes precisan realizar una tesis o tesina, seguramente deberán transitar (y aprobar) la cursada de un taller de tesis u otra instancia formal, cuyo resultado podría ser el proyecto a partir del cual

buscarían llevar adelante el trabajo para la graduación. En los organismos de promoción y financiamiento de investigaciones, la presentación y posterior evaluación de proyectos es fundamental para su aprobación y para la obtención de recursos para llevarlos adelante de manera exitosa. Del mismo modo que para una tesis, un proyecto de investigación que busca financiamiento para su desarrollo debe cumplir con los diferentes aspectos arriba mencionados. En esta instancia cobra relevancia central el cronograma y la factibilidad, pues el tiempo cuando está involucrado el dinero, es mucho más finito que cuando no hay financiamiento. Por lo tanto, para convencer a un organismo de invertir en un proyecto, además de demostrar que el problema planteado es interesante y pertinente, debe demostrarse que la investigación es realizable en el tiempo esperado.

Ahora bien, las circunstancias desde las cuales se puede aspirar a realizar una investigación no están limitadas a una tesis en una universidad o una convocatoria de un organismo de promoción y financiamiento. Una o un investigador se enfrenta a otras posibles situaciones que escapan a las formales (en términos institucionales). Partiendo del supuesto de que todas estas situaciones implican el interés por llevar adelante una investigación determinada, quien la desarrolla puede, sin los condicionamientos institucionales indicados, ponerse como meta presentar sus resultados en jornadas, congresos o en el mejor de los casos, publicarla en una revista académica o libro. Esto implica que puede aspirar a llevar adelante su actividad sin los condicionamientos institucionales (la evaluación y los tiempos de las universidades u organismos de financiamiento). Lo que impulsa aquí el trabajo de la o el investigador no es un compromiso o un financiamiento, sino fundamentalmente el interés por su trabajo. El punto al que se quiere arribar en este párrafo es que la ausencia de la necesidad de tener que presentar indefectiblemente un proyecto de investigación (como sí ocurre en las instancias formales), no significa que la actividad de quien investiga sea caótica, sin un orden o una planificación. Claro está, que va a poder realizar esta acción en la medida que conozca las diferentes etapas que involucra una tarea de esta índole.

Entonces, se trate de una investigación con un origen formal o informal, en términos de lo señalado en los párrafos precedentes, esta va a involucrar siempre decisiones por parte de la o el investigador (Piovani, 2018). La primera y fundamental es la del problema de investigación que se va a abordar. Es decir, quien investigue no puede tomar otras decisiones sin

antes definir el tema sobre el cual va a versar su trabajo. En este sentido, Stephen Van Evera recomienda lo siguiente: “una buena tesis tiene un tema central: una línea principal de argumentación o un conjunto de argumentos relacionados. Si su tesis carece de un tema central, vuelva a considerarla” (Van Evera, 2013: 114). Por supuesto que este tema de investigación debe ser uno abordable, pues los recursos y el tiempo son finitos para quien investigue. Como precisa Catalina Wainerman (2001) no se puede investigar “todo”, sino que debe elegirse un tema específico y acotado. Así pues, definir el problema de investigación, se transforma en el elemento rector desde el que se definen las decisiones vinculadas a las demás etapas del trabajo: de este se desprenderán los objetivos generales y específicos; el problema le indicará a la o el investigador qué parte de la biblioteca tiene que revisar para construir su estado de la cuestión y su marco teórico; qué casos son los que van a ser analizados en el estudio y en qué periodo; qué conceptos debe abordar en términos de definiciones y estrategias de medición; qué estrategia metodológica mejor se ajusta al análisis del problema planteado; dónde puede acudir para obtener los datos necesarios para llevar adelante la investigación. Por supuesto que todas estas acciones involucran decisiones, pero todas ellas derivadas de la inicial. Esto debería tener una consecuencia saludable para la investigación: el otorgarle coherencia teórica, metodológica y empírica.

La o el investigador debe enfrentar todas las decisiones recién indicadas, pero como se desprende del párrafo anterior lo hará a partir de un orden secuencial entre ellas. Esta secuencia está usualmente formalizada en el cronograma de investigación. A continuación, se presenta un ejemplo de cronograma, del modo en el que usualmente se plasma en los proyectos de investigación.

Tabla 1. Ejemplo de cronograma de actividades

Actividades	Año 1												Año 2											
	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
Revisión bibliográfica	x	x	x	x	x	x																		
Marco teórico y metodología				x	x	x	x	x	x	x														
Recolección de información y datos					x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x								
Sistematización de información y datos					x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x						
Redacción y presentación de trabajos en jornadas y revistas									x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x		
Informe final																			x	x	x	x	x	x

Fuente: elaboración propia.

Conocer las etapas que se deben recorrer en un trabajo de investigación no significa que en la medida que se avance entre ellas, no se pueda volver hacia atrás y revisar las decisiones adoptadas previamente. Por ejemplo, contar con una pregunta de investigación no impide que esta pueda ser reformulada. Lo mismo puede decirse con respecto al marco teórico o las hipótesis y los datos que vayan a utilizarse para encarar la etapa empírica de la investigación.

En línea con lo anterior, y siguiendo a Piovani (2018), puede afirmarse que la posibilidad de revisar las decisiones previamente adoptadas conlleva el reconocimiento de que una investigación no implica un proceso totalmente desordenado ni uno completamente estructurado y cerrado desde el mismo comienzo. Una investigación, más bien, involucra un proceso que puede significar ir y volver entre las etapas cuando surja la necesidad para hacerlo, esto es, cuando se considere que dar dicho paso le otorgaría mayor fortaleza y coherencia.

Pensemos en el proceso de fabricación de una silla. Si al momento de colocar las patas, quien la fabrica descubre que una quedó más corta que las otras, debería volver para atrás (al momento de construcción de las patas), revisar donde estuvo el error y a partir de ello, diseñar una nueva, de

manera tal que la silla quede firme. Pensemos ahora un ejemplo vinculado a las ciencias sociales. Una o un investigador propone un concepto de democracia y establece como uno de sus indicadores la presencia de elecciones. Cuando mide empíricamente dicho concepto, descubre que hay muchos países que tienen elecciones, pero no todas son iguales. En algunos países las elecciones involucran a diferentes fuerzas políticas en competencia. En otros, solo a un partido (aquel que está en el gobierno). Teniendo en consideración los otros indicadores establecidos por la o el investigador para hablar de democracia (la presencia de una oposición; de libertades y derechos tanto políticos como civiles; de múltiples fuentes de información; de una justicia independiente), es la presencia de elecciones con varias fuerzas políticas participantes la que se ajusta mejor a su definición. Por lo tanto, debe regresar sobre sus pasos y encarar un proceso de reconceptualización de la definición que propuso. Ya no va a hablar de elecciones, sino de elecciones competitivas (las cuales refieren a elecciones donde gobierno y oposición compiten electoralmente).¹ Como puede observarse en este ejemplo, el proceso de “reconceptualización” que quien investiga realiza sobre sus propias decisiones, evidencia la posibilidad de revisión y de tomar nuevas decisiones con sus respectivas consecuencias teóricas y empíricas.

Vemos, pues, que un proceso de investigación involucra etapas claramente definidas. Sin embargo, eso dista de significar que el trabajo de investigación sea lineal. La realidad, más bien, tiende a ser diferente. Tiene avances y retrocesos (con el objetivo posterior de volver a avanzar). Ahora bien, que la o el investigador pueda hacer esto conlleva una condición importante: conocer de antemano las diferentes etapas con las que cuenta una investigación. Puede ir y venir, siempre y cuando mantenga control sobre las diferentes actividades que debe encarar. Esto es importante en el sentido de que las decisiones adoptadas (tanto al principio como en los momentos de revisión), impactan decisivamente en las etapas posteriores. Retomando el ejemplo de la definición de democracia, la reconceptualización llevada adelante permitiría (luego de su revisión) refinar la distinción entre países democráticos y no democráticos en términos electorales.

2. La formulación de la pregunta de investigación

Resulta intuitivo y un tanto evidente que toda investigación se asocia a la formulación de una pregunta o problema de investigación. En general, cuando se inicia el camino de una investigación se tienen muchos interrogantes en mente. No obstante, que esos interrogantes se vuelvan efectivamente una pregunta de investigación y que esta sea relevante es posiblemente la parte más difícil del proceso de investigación. Es cuando las expectativas iniciales chocan reiteradamente con la realidad de lo “posible” y lo “relevante” en un proceso de investigación. En este sentido King, Keohane y Verba (2005) señalan que en toda investigación debe plantearse una pregunta que sea “importante” para el mundo real, esto es, una que permita comprender o predecir los fenómenos sociales, políticos y económicos que lo afectan.

Dada la centralidad de la pregunta de investigación, es importante seguir ciertas reglas en el momento de formularla (Bartolini, 1995). En primer término, la pregunta debe ser planteada de manera explícita, destacada, y separada de otro tipo de interrogantes secundarios y/o accesorios. La aparición de otros interrogantes junto al principal puede confundir al lector/evaluador y generar la expectativa de diseños de investigación o resultados diferentes al correspondiente a la pregunta. El mismo efecto puede tener que la pregunta no se formule explícitamente y quede su reconstrucción a manos del lector. Por esta razón, se suele aconsejar que se consigne explícitamente la formulación de la pregunta, y esta se realice a modo de interrogante.

La formulación, por otro lado, debe ser clara y se debe evitar el uso de términos ambiguos. Por ejemplo: ¿*quienes* participaron de los *eventos políticos* de los días 20 y 21 de diciembre de 2001 en la Ciudad de Buenos Aires (Argentina)? Aquí, tanto la referencia empírica (*quienes*) como la idea de eventos políticos es demasiado vaga. En cambio pensemos, por ejemplo, si la pregunta fuera: ¿Qué *actores partidarios* participaron de las *protestas callejeras* de los días 20 y 21 de diciembre de 2001 en la Ciudad de Buenos Aires (Argentina)? Por un lado, tiene la ventaja de circunscribir el universo de actores (solo los partidarios) y por el otro, al centrarse en la noción de protestas callejeras refiere inmediatamente a una serie más específica de eventos (movilización callejera, cortes de calles) que el de

eventos políticos, el cual puede referir a prácticamente cualquier acontecimiento (decisiones ministeriales, reuniones de políticos, declaraciones a los medios de comunicación, etcétera).

Finalmente, se espera que la pregunta posea valor teórico. Es decir, la pregunta precisa de un discernimiento relativamente importante de los conocimientos acumulados acerca de la cuestión en el campo científico (Schmitter, 2013). Caso contrario, se podría tratar de un cuestionamiento válido para responder una potencial ignorancia personal acerca de un fenómeno, pero no de un aporte y avance en la disciplina. Esto implica, además que, aunque la pregunta pueda basarse o estar pensada en referencia a un caso, los alcances de esta deben superar lo que atañe al caso para decir algo más respecto a un fenómeno social y/o político o la relación entre dos o más variables. Esto significa, ubicar el estudio en el marco de la bibliografía preexistente, lo que “garantiza que el investigador comprende el estado de la cuestión y reduce al mínimo la posibilidad de repetir lo que ya se ha dicho” (King, Keohane y Verba, 2005: 27). Sobre esto se trabajará en profundidad en la sección específica.

Es preciso tener presente que, como ya indicamos, cuando enunciamos la pregunta, en cierto modo definimos el camino a seguir. Por esta razón, es posible que se vuelva reiteradamente sobre el interrogante y se reformule varias veces. Esto no merma la importancia de la primera formulación ya que será una guía importante para el trabajo a desarrollar.

Contrastemos dos preguntas que nos permitan observar esta cualidad de la pregunta de investigación: a) ¿Qué tendencias siguieron las reformas electorales en América Latina de la tercera ola democrática? y, b) ¿Qué factores institucionales y partidarios explican las tendencias predominantes de las reformas electorales en América Latina de la tercera ola democrática?

La primera de estas preguntas requiere de un diseño descriptivo. A partir de su formulación podría esperarse que la investigación dé cuenta de los valores alternativos que podría tomar la tendencia (personalización, inclusividad, etcétera) y luego los estándares para su medición. Así, la conclusión esperable sería, por ejemplo, que las tendencias de las reformas electorales en América Latina muestran una direccionalidad incremental hacia la personalización de la representación y la inclusividad. En cambio, la segunda nos propone un paso más: no solo medir la variable tendencias de las reformas electorales, sino convertirla en variable dependiente (es decir, explicarla). En esta línea, lo esperable sería que la investigación

provea de una explicación sobre las variables que podrían afectar el sentido de la reforma (escándalos de corrupción, crisis de legitimidad, fragmentación del sistema partidario, etcétera). Por ejemplo, un incremento de la fragmentación partidaria generaría tendencias hacia reformas inclusivas.²

La formulación de una pregunta de investigación tiene derivaciones para el resto de la investigación, algunas de ellas inmediatas. Mencionaremos dos. La primera es que restringe en tiempo, espacio y alcance el estudio. Retomando las preguntas antes indicadas, se desprende de ellas que se observará América Latina (o sea, el alcance del estudio se restringe a “democracias mayormente jóvenes y presidencialistas”) y que se abordará el periodo de la tercera ola democrática con una perspectiva longitudinal (pues caso contrario no se pueden captar tendencias). La segunda derivación es que de las preguntas surgen los objetivos (los generales y los específicos) que buscará abordar la investigación. Es decir, aquellos aspectos sobre los cuales la investigación se centrará y sobre los que pretenderá generar un aporte al conocimiento científico. Tomemos como ejemplo una de las preguntas: ¿Qué factores institucionales y partidarios explican las tendencias predominantes de las reformas electorales en América Latina de la tercera ola democrática? Los posibles objetivos que podrían desprenderse de esta pregunta serían:

Objetivos generales

- Explicar los procesos de reformas electorales llevadas adelante en América Latina durante la tercera ola de democratización.
- Comparar a los diferentes países de la región en términos de sus reformas electorales en el periodo bajo estudio.

Objetivos específicos

- Indagar si la presencia de hechos de corrupción generó una ventana de oportunidades para la realización de las reformas.
- Evaluar si las reformas electorales inclusivas fueron más propicias en escenarios de alta fragmentación del sistema partidario.
- Describir las diferentes tendencias de reformas electorales identificadas en la región.

Ahora bien, muy difícilmente se pueda realizar una pregunta de investigación sobre lo que no conoce y no se encuentre enmarcado en un campo de estudio. Lo que, a su vez, como se mencionó, otorga valor teórico al problema. Sobre esto se trabajará en la próxima sección.

3. Estado de la cuestión: qué se ha dicho y cómo se inserta en el debate la investigación

Una vez que se ha decidido cuál es la pregunta de investigación, se debe analizar y describir las posturas y antecedentes existentes hasta ese entonces en la literatura en torno a dicho planteamiento. Este paso permitirá adentrarse en profundidad en el campo de estudios que se ha decidido contemplar (Hernández Sampieri, Fernández Collado y Baptista Lucio, 2006). La pregunta que debería responderse en este momento es: ¿qué perspectivas y respuestas han desarrollado las y los investigadores respecto al problema de investigación en desarrollo? Debe quedar claro que refiere a los antecedentes respecto a la temática y no al caso en sí, y retomando el ejemplo dado más arriba, nos interesará incluir en el estado de la cuestión los estudios acerca de los factores que explican los sentidos que pueden tomar las reformas electorales y no información acerca de cuáles han sido las reformas que se llevaron a cabo, que irán en todo caso en otra parte de la investigación. Es decir, es importante evitar confundir lo que se sabe respecto de la cuestión a abordar, de lo que se sabe respecto al caso que se va a estudiar.

El primer elemento del que se desprende la necesidad de contemplar un estado de la cuestión es el hecho de que difícilmente hoy en día se proponga un tema de trabajo sobre el cual no haya nada escrito, por lo que su trabajo debe partir desde dicho supuesto. Claro está que afrontar el inicio de una investigación involucra la pretensión de realizar un aporte novedoso a la disciplina científica con la cual se encuentre relacionada, pero tal objetivo no debería sobreestimar la originalidad de la primera y subestimar la importancia de las investigaciones realizadas sobre la misma temática (o similar). Es decir, el nivel de innovación del trabajo propuesto dependerá de la tradición de investigaciones que ya existan sobre el problema de

investigación estudiado (Gerring, 2012). Así pues, la originalidad del trabajo propuesto y la consideración de publicaciones académicas previas no son contradictorias, sino dos cuestiones necesarias en todo estado de la cuestión. De hecho, la originalidad solo puede ser sostenida a partir de la ubicación de dicho trabajo dentro del debate del que forma parte la literatura existente sobre el problema de investigación en discusión. En otros términos, quien investiga solo puede justificar la relevancia de su propuesta si desarrolla un diálogo con la literatura existente a partir de la temática abordada, indicando explícitamente qué será lo novedoso que va a agregar.

Como se anticipó en el párrafo anterior, en todas las ramas de la ciencia (desde las naturales hasta las sociales), una investigación busca generar un aporte al conocimiento científico existente. Esto puede significar más de una posibilidad; a continuación mencionamos algunos ejemplos al respecto. Se puede buscar agregar información novedosa ampliando el periodo de tiempo previamente cubierto por las investigaciones existentes. En términos de una teoría, puede plantearse su confirmación o refutación a partir de la evidencia empírica utilizada, pero también, podría pensarse en ofrecer nueva teoría ante la argumentación de debilidades en las existentes para analizar el problema de investigación planteado. Agregar, confirmar, refutar y proponer son algunos verbos que una o un investigador puede utilizar para introducir su aporte al conocimiento científico. Ahora bien, como también se planteó anteriormente, solo puede aspirar a hacerlo de manera seria y adecuada si conoce la literatura existente y a partir de ello, si tiene la capacidad de ubicarse dentro del debate que la circunda.

De lo expuesto, se deriva una exigencia que quien investiga debe satisfacer. Para llevar adelante su trabajo sobre un tema en particular, debe ser o transformarse en una o un amplio conocedor del campo de estudio del cual busca formar parte. Debe leer y demostrar que lo hizo en la posterior redacción del estado de la cuestión de su presentación, tesis, capítulo, artículo o libro. Con esto se entiende el modo en el que suelen comenzar los cronogramas donde se explicitan las diferentes etapas que debe recorrer la investigación dentro de un periodo de tiempo determinado (muchas veces limitado, como es el caso de las becas de investigación). Es común, y hasta podría decirse que es lo estándar académicamente hablando, que un cronograma se inicie con lo que usualmente se llama “revisión bibliográfica” o “análisis de la literatura relevante y actualizada”. Al

momento de constituir y presentarla (por ejemplo, cuando propone un proyecto a ser evaluado ante el Conicet), se entiende que la o el investigador pasará entonces un tiempo prudencial formándose y/o actualizándose sobre las investigaciones desarrolladas hasta el momento (presentadas en artículos de revistas científicas, capítulos de libros, libros, tesis de grado o posgrado, etcétera). Este paso es indispensable para el siguiente: la sistematización de la información y la posterior incorporación (a partir de su aporte novedoso) en el debate que se desprende de la literatura.

Hacer una sistematización implica determinar si el campo bajo estudio es paradigmático o multiparadigmático o, en otros términos, si hay un debate irresuelto o si hay predominio de una visión. En el caso de existir predominio, la investigación que se propone puede ser *ratificatoria* o *rectificatoria* de esa visión. Por ejemplo, si existe como idea predominante en el campo que la aplicación de leyes afirmativas de cuotas genera sensibilidad de género en la agenda parlamentaria, la investigación podrá: a) abordar un caso que incremente el apoyo a esa evidencia; o b) la contradiga, por ejemplo, tomando uno o varios casos en el que la aplicación de ese tipo de ley no derivó en la esperada sensibilidad de género. En caso de debate, la investigación tendrá como norte el *arbitraje* entre los planteos que se contradicen. Retomando el ejemplo anterior, imaginemos que existen dos posturas: una que sostiene la ineficacia de las medidas institucionales afirmativas y otra que sostiene que son factores centrales de cambio. Frente a ello, la investigación podría sostener que efectivamente son factores de cambio bajo ciertas circunstancias (por ejemplo, si ocurren en marco de organizaciones feministas organizadas y políticamente movilizadas).

Quien investiga debe leer y generar un estado de la cuestión, también para evitar enfrentarse con serios problemas. Indicamos dos que suelen ser típicos en estas situaciones. Por un lado, ignorar en la investigación literatura que es relevante y que ha hecho aportes significativos en el campo de estudio, situación que podría ser expuesta tanto por evaluadores y evaluadoras como por lectoras y lectores, evidenciando así una falencia de la primera. Por otro, pretender, por desconocimiento, realizar una investigación que ya ha sido desarrollada, lo cual podría implicar enfrentarse a frases temidas por quienes investigan como “esto ya se hizo” o “la investigación propuesta no reviste ninguna novedad para la disciplina”, lo cual puede derivar en un rechazo cuando se evalúa la

investigación. De hecho, uno de los aspectos que se evalúan (en un tribunal de tesis, en una comisión de evaluación de proyectos, o como árbitros de una publicación académica) es el conocimiento que la o el investigador expone sobre el estado de la cuestión y en función de ello, el valor agregado de su propuesta de trabajo. En pocas palabras y como indican King, Keohane y Verba (2005), desarrollar un estado de la cuestión disminuye la posibilidad de repetir investigaciones previas.

Un último aspecto sobre la importancia del estado de la cuestión se encuentra en el hecho de que su presentación no se limita al momento de la propuesta del proyecto de investigación, sino que esta acción debe replicarse (o incluso, mejorarse) cuando se finaliza el proceso y se presenta al público mediante un artículo de revista, un libro, un capítulo de libro, una tesis o una presentación ante un congreso de una disciplina. Todas estas alternativas de presentación usualmente cuentan con una sección específica donde se discute el estado de la cuestión. Por lo señalado en esta sección, queda claro que su ausencia puede evidenciar una debilidad de la investigación.

4. Marco teórico: las decisiones teóricas y conceptuales

Con el estado de la cuestión, se indicó que quien investiga reseña la literatura existente en pos de poder, finalmente, dar cuenta sobre cómo su propuesta de trabajo se incorpora al debate que engloba a la anterior y en función de ello, presentar de manera inicial el aporte novedoso que debería derivarse de su propuesta. El marco teórico es una sección diferente, pues en esta instancia se realiza otra tarea: se comienza a desarrollar de manera explícita la perspectiva teórica a partir de la cual se llevará adelante la investigación (Sautu, Boniolo, Dalle y Elbert, 2005). En otras palabras, en esta sección debe plantearse el enfoque teórico desde el que se partirá para dar cuenta del problema de investigación y así lograr el aporte científico que se propone realizar.

Es entonces en el marco teórico donde quien investiga plantea la teoría desde la cual va a valerse en su trabajo. En este sentido, una decisión que

debe adoptar es si va a utilizar perspectivas teóricas preexistentes o si va a desarrollar la propia. En un caso o en el otro, nuevamente debe considerar la literatura respecto a esta cuestión. Si va a utilizar alguna teoría previa, debe explicar por qué la elige y por qué no se inclina por otras teorías alternativas. Si va a desarrollar su propia teoría, debe indicar cuál es el diferencial de su propuesta respecto a las otras perspectivas existentes. Ahora bien, aquí no se limita a presentar una discusión teórica, sino que como se desprende de lo indicado recién, sea cual sea la dirección elegida (optar por teoría existente o desarrollar una nueva perspectiva teórica), toma decisiones y debe explicitarlas en su trabajo: por qué elige una teoría o decide desarrollar una propia, al mismo tiempo de indicar (desde su propia visión) las debilidades que las otras perspectivas presentan para cumplir su objetivo de investigación.

Un segundo conjunto de decisiones que dentro del marco teórico que se debe considerar es el referido a los conceptos. Toda investigación involucra un fenómeno de interés o una relación entre fenómenos diferentes. El análisis no puede llevarse adelante si quien investiga no sabe o no define cómo entiende, conceptualmente hablando, dichos fenómenos. Por lo tanto, aquí nuevamente el estudio de los antecedentes vuelve a aparecer en pos de conocer y en función de ello, sentar posición sobre cómo se han definido hasta ese entonces los fenómenos centrales que involucran la investigación en curso. En esta instancia hay decisiones que tomar, pues respecto a las conceptualizaciones preexistentes, se debe decidir si adoptarlas, reconceptualizarlas o es preciso plantear definiciones nuevas que sean propicias para el análisis en cuestión. Tomar una decisión en esta etapa del trabajo tiene sus consecuencias, pues el tipo de definición que se decida utilizar, en caso de ser empírica (observable a partir de datos de la realidad), condiciona el tipo de datos que se deben rastrear para indicar si el fenómeno de interés está o no presente empíricamente.

La teoría involucra una perspectiva desde la cual se busca dar cuenta de un fenómeno de interés específico. Para ello, como se señaló debe presentar las definiciones conceptuales necesarias que permitan brindar claridad en el estudio que se propone. En pocas palabras, se busca estudiar un fenómeno a partir de un marco teórico y conceptual específico y explicitado en la investigación. El punto es que, a partir de la teoría escogida, se puede presentar una perspectiva descriptiva o también aspirar a que sea explicativa del fenómeno de interés. En este último caso, la o el

investigador no solo quiere evidenciar su presencia (lo que podría hacerse con un análisis descriptivo) sino también indicar que factor o factores llevarían a dicha identificación (algo propio de una teoría explicativa). De este modo, en caso de presentar una teoría explicativa debe indicar dentro del marco teórico una relación causal entre los factores explicativos y el fenómeno de interés que busca explicarse. Usualmente, los primeros son conocidos como variables independientes y el segundo como variable dependiente. La relación entre ellos genera lo que se conoce como una hipótesis.

5. Alcances de la investigación

Toda investigación requiere decisiones sobre el tipo de diseño y su alcances. En primer lugar, es preciso tener en cuenta que la pregunta, desde su formulación puede dirigirse a formatos totalmente diferentes. Así, por ejemplo, existen interrogantes de tipo analítico, normativo y empírico (Bartolini, 1995). En el primer caso, se trata de preguntas orientadas a la clarificación semántica de los conceptos que utiliza la disciplina; el segundo tipo se refiere a inclinaciones político-normativas orientadas a emitir juicios de valor, y el último, son las indagaciones orientadas a establecer relaciones entre uno o más conceptos para explicar la ocurrencia de un fenómeno observable (Landman, 2011).

A priori, esta distinción parece relativamente sencilla y poco problemática. Sin embargo, resulta central evitar la confusión de dar respuestas de un tipo a preguntas de otro tipo. Así, por ejemplo, no es extraño que en la elaboración de un proyecto de tesina se plantee una pregunta empírica cuando en realidad de lo que se trata es de realizar un juicio normativo. De este modo, se puede llegar a plantear el estudio de la intervención de los partidos políticos ante una determinada crisis, con la intención de indicar de antemano que uno de ellos es negativo para la democracia. No es incorrecto y puede ser incluso deseable que los investigadores tengan intereses normativos, pero cada una de estas producciones posee formatos y campos de reglas diferentes.

Ahora bien, también dentro del tipo de investigaciones con orientación empírica podemos encontrar diferentes alcances en los tipos de respuestas:

se podrían agrupar entre trabajos exploratorios, descriptivos y explicativos.

Se considera como exploratorias las indagaciones que preparan el terreno para una investigación posterior, pues tienen como objetivo examinar un tema de investigación que no ha sido explorado o que lo ha sido de manera muy vaga (cuestión que deberá chequearse rigurosamente con antelación). La investigación exploratoria tiene como fin identificar las variables o dimensiones relevantes de un problema antes que su medición o la comprensión de sus vínculos.

Por su parte, los estudios descriptivos tienen como objetivo la medición de una o más variables. King, Keohane y Verba (2005) sugieren que “la acumulación de hechos no es, en sí misma, suficiente” (King, Keohane y Verba, 2005: 18) para una investigación empírica. Sino que la indagación debe trascender lo que se observa y servir para conocer aquello que no es posible observar, es decir, realizar un proceso de tipo inferencial. Así, siguiendo a estos autores, es preciso distinguir entre la descripción (centralmente, la recolección de datos) y la inferencia descriptiva. Esta última utiliza observaciones del mundo para observar otros hechos que no lo han sido hasta el momento. Siguiendo a Gerring (2012) dentro de las principales estrategias para argumentar en este tipo de investigaciones se encuentran:

- *los indicadores*: también conocidos como atributos, dimensiones, factores, medidas, parámetros, propiedades, etcétera. Se trata de una medida unidimensional que puede estar compuesta de un solo fenómeno (por ejemplo, la respuesta a una pregunta en una encuesta) o de múltiples fenómenos (por ejemplo, la respuesta a varias preguntas en una encuesta). Sin embargo, si múltiples componentes contribuyen a un indicador deben ser reducibles, sin demasiada pérdida de información, a una sola dimensión, es decir, a un índice. Un ejemplo es el índice de la volatilidad partidaria (índice de Pedersen), que se estima como la media de la diferencia absoluta del porcentaje de votos obtenidos por un partido en dos tiempos diferentes (elecciones);
- *la síntesis*: se trata de una categoría multidimensional en la que se sintetizan los principales atributos de un fenómeno. Este, generalmente expresado en un solo concepto, unifica los atributos, dando así coherencia a un conjunto de fenómenos de otro modo

disparos. Continuando el ejemplo anterior, la institucionalización partidaria, en el sentido establecido por Mainwaring y Scully (1995), sería una categoría multidimensional que incluye la volatilidad partidaria junto a otros como la fortaleza del vínculo entre partidos y sociedad, legitimidad de los partidos y estructura de la organización partidista;

- *las tipologías*: que asignan los casos en categorías discretas que son mutuamente excluyentes y exhaustivas sobre la base de un principio o de principios de categorización uniformes. Las tipologías pueden ser de diferente tipo: simple, temporal, matricial, taxonómica, configuracional, secuencial. Simples son aquellas que no requieren criterios adicionales a los principios antes nombrados, por ejemplo: la distinción de Duverger (2002) entre sistemas partidarios monopartidistas, bipartidistas y multipartidistas. Las tipologías temporales refieren a sucesiones cronológicas, tal como por ejemplo Huntington (1994) propone distinguir entre primera, segunda y tercera ola democrática. Una tipología matricial involucra una intersección entre varias categorías. Por ejemplo, la que establece Leiras (2010) acerca de las dimensiones de nacionalización partidaria y tipos de sistemas de partidos resultantes. La dimensión vertical refiere a la semejanza entre el nivel nacional y el provincial, y la horizontal entre las unidades subnacionales, resulta la siguiente matriz:

		Vertical	
H o r i z o n t a l		<i>Alta</i>	<i>Baja</i>
	<i>Alta</i>	Nacionalizado	Segmentado
	<i>Baja</i>	Federalizado	Disperso

Las tipologías taxonómicas presuponen una jerarquía, las configuracionales implican la sustracción de atributos a un concepto central y las secuenciales involucran una relación temporal con

implicancias para cada categoría, es decir no únicamente el tiempo las diferencia, sino que el orden afecta las siguientes etapas.

- *las diferentes formas de asociación*: dentro de ellas se encuentran los *trends*, es decir la asociación entre un fenómeno y el tiempo, como por ejemplo establecer tendencias cíclicas, incrementales, etcétera. También las redes que implica observar la interacción de unidades a modo espacial, temporal o funcional. Un ejemplo puede ser el estudio de las interacciones políticas en *Twitter* de Ernesto Calvo (2015), en el que establece el grado de interacción y polarización entre quienes participan de los debates políticos en esa red social. Finalmente, las correlaciones son argumentos en los que el esfuerzo es demostrar un patrón asociativo multidimensional sin suposiciones causales. Por ejemplo: ¿es la democracia más estable en condiciones de crecimiento económico? Así, establecer la asociación entre dos variables puede ser una inferencia descriptiva válida y relevante, pero no implica una relación causal. Podemos establecer una relación entre desarrollo y democracia, pero aún no podríamos establecer si esa correlación es meramente casual o si, por ejemplo, ambas son a su vez causadas por otra variable. Tampoco se puede establecer a partir de la correlación el sentido que tendría la causalidad ni captar explicaciones que podrían ser más complejas e involucrar más variables.

Por su parte, la investigación explicativa es aquella que no solamente pretende medir y observar variables, sino estudiar las relaciones de influencia entre ellas. Un ejemplo en este caso es la llamada “teoría de la modernización”, según la cual el desarrollo económico afecta el nivel de democracia que tienen los países. De acuerdo con esta perspectiva teórica, cuanto mayor sea el desarrollo económico de un país, más esperable es que este último sea democrático. Ahora bien, es importante tener presente una cuestión: las explicaciones causales no pueden basarse únicamente en evidencia empírica (ya sea cualitativa o cuantitativa) sino que además debe tener sentido teórico. Detrás de estas investigaciones existe una teoría causal, que puede a su vez ser operacionalizada en hipótesis específicas que involucran efectos causales y resultados empíricos (Gerring, 2012). Es decir, toda explicación implica una serie de supuestos sobre qué observar, cómo observarlos y los sentidos esperables que impregnan los resultados y

los hace verosímiles. En general, una explicación cuenta con una teoría acerca de los mecanismos que conectan las variables, lo cual se explicará en la sección del marco teórico.

Los diseños, además de sus alcances, muchas veces se encuentran definidos por el tipo de información clave sobre la que construyen su evidencia: simplificando los podemos distinguir entre cuantitativos y cualitativos. En general, se sostiene que aquellos diseños que se sustentan en datos numéricos son cuantitativos y los que no, son cualitativos (Babbie, 2000). De este modo se asocia una serie de técnicas a cada uno de ellos. Por ejemplo, el estudio de caso, la etnografía o la investigación participativa suelen estar asociadas a diseños cualitativos, y los estudios experimentales y estadísticos a los cuantitativos. Sin embargo, al llevar adelante una investigación puede resultar insuficiente limitar las opciones a una sola, sino que es posible que se recurra a diferentes métodos. Esta combinación es denominada triangulación metodológica o métodos mixtos.

Siguiendo a Ragin (2007) podría incorporarse el estudio comparativo como una estrategia diferenciada. Así, según sus fines y centralmente el número de casos y sus dimensiones, se diferenciarían los estudios cualitativos, los comparados y los cuantitativos. “En su aproximación a los casos, las tres diferentes estrategias van de lo exhaustivo (el estudio cualitativo de los aspectos comunes) a lo detallado (el estudio comparativo de la diversidad) pasando por lo general (el estudio cuantitativo de las relaciones entre variables)” (Ragin, 2007: 99). Siguiendo esta imagen los estudios cuantitativos tienden a utilizar muchos casos y pocas dimensiones, los cualitativos pocos casos y muchas dimensiones, y los comparados ambos en cantidades moderadas. De acuerdo con esta línea, los estudios cuantitativos generarían resultados con mayor capacidad de generalización y parsimonia, es decir, centrando la explicación en pocas y robustas causas. Los investigadores cualitativos tienen como propósito antes que la generalidad y parsimonia, el estudio en profundidad de sus objetos de estudio con el fin de descubrir sus irregularidades y matices. Los investigadores comparativos nuevamente se encuentran en un punto intermedio. En este marco, es una tendencia reiterada señalar que los estudios cuantitativos tienden a la deducción y los cualitativos a la inducción. Es decir, los primeros derivan pruebas empíricas desde esquemas teóricos generales, en tanto que los segundos (re) formulan ideas generales

desde pruebas empíricas. No obstante, ambas estrategias presuponen un cierto grado de ambos razonamientos (Ragin, 2007).

Por otra parte, las investigaciones pueden ser caracterizadas por su finalidad y la dimensión temporal. Con relación a lo primero, se denomina como básica aquella indagación que tiene como finalidad mejorar el conocimiento y la comprensión de los fenómenos sociales, en tanto que se denomina aplicada a aquella que busca resolver problemas específicos de la sociedad y se orienta a facilitar la intervención social. En relación con la dimensión temporal se pueden distinguir entre aquellas de carácter transversal o de carácter longitudinal. Los primeros pretenden realizar el estudio de un fenómeno en un momento dado; los segundos, en cambio, abordan un fenómeno a lo largo del tiempo con el propósito de observar su dinámica.

6. La selección de los casos: su implicación con la teoría y la estrategia metodológica

Todo proyecto de investigación debe dar cuenta de una estrategia metodológica que no se limita a elaborar un listado de técnicas, sino que explica cómo, cuándo, por cuánto tiempo y en qué condiciones se van a instrumentalizar a las anteriores. La estrategia metodológica debe ser clara y específica, elaborando detalladamente cómo se espera producir los “datos” requeridos para responder a la pregunta de investigación.

Para ello resultan centrales tres tareas. Primero, como ya se anticipó, la operacionalización de los conceptos incluidos en el marco teórico, es decir, cómo se van a observar y a través de qué indicadores. Esto implica también, dar cuenta de las fuentes (como se recordará en la última sección) y técnicas de recolección de información: identificar qué cosas se observaron, qué variables se midieron y cómo. Finalmente, se debe justificar la selección de casos. Explicar por qué se toma cierta cantidad de casos, ya sea uno, varios o muchos y por qué esos y no otros. Existen diferentes justificaciones también según el tipo de estudio, es decir si se trata de un estudio de caso, comparado, estadístico, experimental, etcétera. En general, como se explicó más arriba, cada estrategia metodológica tiene un presupuesto y exigencia

sobre cantidad de casos y dimensiones a tomar. Pero no es la estrategia la que determina la elección de los casos, sino más bien el objeto de estudio (del que se deriva la pregunta de investigación) muchas veces lo que guía el procedimiento. Si la pregunta implica una comparación entre la Argentina y Brasil sobre su desarrollo económico, es evidente que los casos a estudiar son ambos países. Si en cambio la pregunta versa sobre la misma temática pero evalúa a los “países del mundo”, el escenario es más complejo. Si la o el investigador no puede estudiar a todos los países, lo mejor que podría hacer es llevar adelante un estudio de muchos casos, seleccionando una cantidad determinada mediante algún procedimiento al azar (muestra aleatoria), por ejemplo, un sorteo (Della Porta, 2013). De lo indicado aquí, se desprende un elemento central en toda investigación: la unidad de análisis. Como señala Marradi (2018), la unidad de análisis es “el tipo de objeto acerca del cual se busca información en una investigación” (Marradi, 2018: 101). Así tomando como ejemplos los mencionados recién, en ambos la unidad de análisis en el estudio sobre desarrollo económico es “país” (no provincias o ciudades), pues son países los objetos de los cuales se obtendrá información para la investigación. En el primer ejemplo, los casos de estudio son la Argentina y Brasil. En el segundo, pueden serlo cualquiera de los anteriores u otros como Francia, Marruecos, Arabia Saudita o Japón, ya que ahí se estudia a “países del mundo”.

De este modo y siguiendo a Sautu, Boniolo, Dalle y Elbert (2005) podemos decir que las decisiones teóricas y conceptuales tienen implicancias metodológicas. De manera similar, Archenti dice: “teoría y método conforman una unidad constitutiva del quehacer científico, en el cual la primera establece el marco conceptual dentro del que se desarrolla el segundo, y este fija el horizonte de aplicabilidad de la primera, en el marco del desarrollo técnico y tecnológico alcanzado” (Archenti, 2018: 74).

Así, una o un investigador puede tener una predisposición cuantitativa, pero si el objeto es de difícil cuantificación o de N (cantidad de casos) bajo, difícilmente pueda realizar un estudio de regresión estadística. Entonces, aquellos fenómenos que permitan un fuerte control de las variables podrán dar lugar a un modelo experimental, frecuente en las ciencias naturales, pero más infrecuente en las ciencias sociales. Un ejemplo de esta aplicación lo encontramos en Calvo, Escolar y Pomares (2009) quienes para medir el efecto del diseño de la boleta electrónica sobre el “corte de boleta”, generaron un diseño experimental a partir de probar al menos tres

dispositivos de voto electrónico diferentes en cada sitio de votación, con votantes asignados aleatoriamente a solo una de las máquinas.

Por otra parte, cuando no es posible tener un control tan extenso de variables, pero se cuenta con un número de observaciones muy alto, se puede trabajar con modelos estadísticos. Estos permiten el control de variables sobre el principio de aleatoriedad y otros controles estadísticos sobre las muestras. El método comparado precisa de principios de semejanza y diferencias. Así, apelando al esquema clásico, podemos dar cuenta del modelo de casos diferentes con resultados similares, y casos similares con resultados diferentes. En la primera posibilidad, se trata de encontrar aquella dimensión en común que generaría un resultado similar a pesar de las diferencias y, en la segunda, el atributo diferencial que ocasiona que casos similares tengan desenlaces opuestos (Landman, 2011).

Finalmente, los estudios de caso pueden apelar a su “tipicidad” o por el contrario a su carácter atípico. En términos de la tipicidad, se trata de un caso que por ser similar a otro conjunto de casos resulta de interés (potencialmente, lo que se observe allí podría tener aplicabilidad a otros ejemplos similares). En lo que hace al carácter atípico, un caso con esta particularidad puede ser de utilidad para reafirmar o refutar (al menos parcialmente) una teoría preexistente. Se puede tomar un nuevo caso bajo estudio, diferente en algún aspecto a los que ya se utilizaron para testear una teoría y observar que allí también ocurre. Por ejemplo, retomando el estudio de Lewis-Beck y Ratto (2013) bien vale para observar si el voto económico, ampliamente testado en las democracias de alto ingresos, también resulta determinante para explicar el comportamiento electoral en democracias de menores ingresos (en particular América Latina). Una respuesta favorable ratifica la importancia de la teoría del voto económico. Por el contrario, una respuesta negativa hubiese puesto en duda el alcance de dicha perspectiva teórica en contextos de países de bajo desarrollo.

7. Los datos: base indispensable para una investigación empírica

Cuando el trabajo de la o el investigador tiene un carácter empírico (esto es, la vinculación del argumento planteado con observaciones provenientes del mundo real), se requiere de datos, los cuales representan la información proveniente del mundo y que pueden tener un carácter cualitativo (entrevistas por ejemplo) o cuantitativo (estadísticas poblacionales por ejemplo) (King, Keohane y Verba, 2005).

Producto de lo anterior, quien investiga sabe que para su trabajo en estos casos debe acudir a fuentes de datos desde las cuales va a surgir la información necesaria para llevar adelante la investigación. En estos casos, sea al momento de presentar un proyecto o los resultados del estudio realizado (plasmados en una presentación de congreso académico, en un artículo, en un libro o capítulo de este último), es necesario que la o el autor o las o los autores documenten el origen de los datos (las fuentes utilizadas), el proceso de obtención de estos (por ejemplo, entrevistas o acudiendo a bases de datos existentes), la estrategia para su sistematización (estableciendo una escala de medición) y con qué fin (el sentido de dichos datos para el argumento de la investigación). Esto es así, en tanto los procedimientos para generar un conocimiento científico son públicos y por tanto, la o el investigador deberá informar cómo obtuvo, cómo procesó y cómo utilizó los datos. Solo de esta manera, la comunidad científica puede evaluar la calidad de las investigaciones realizadas y en caso de considerarlo necesario, reproducir los procesos de obtención y análisis de la información (King, Keohane y Verba, 2005; Collier, Seawright y Munck, 2010).

Lo indicado reviste de relevancia, en tanto la o el investigador debe demostrar la confiabilidad de la fuente de datos utilizados, así como el adecuado uso (de acuerdo con el argumento y la teoría presentada en la investigación) de la información obtenida. En otras palabras, sería perjudicial tanto para el proyecto como para la presentación de los resultados alcanzados, el utilizar fuentes de dudosa credibilidad (por ejemplo, aquí puede importar el prestigio y conocimiento del lugar de procedencia de la información) o datos que no tienen sentido en términos del argumento de la investigación. Un lugar donde se observa la relevancia de lo aquí mencionado refiere a los conceptos que la o el investigador presenta como parte de su marco teórico. Los conceptos se definen, se operacionalizan (a partir de indicadores) y posteriormente se miden (indicando las fuentes y el proceso de recolección de los datos, tal como se

indicó recién) cuando estos son empíricos. Al momento de la medición, el investigador debe lograr dos grandes objetivos: la confiabilidad y la validez (King, Keohane y Verba, 2005; Gerring, 2012). Un indicador es confiable cuando arroja el mismo resultado en múltiples mediciones (obviamente, utilizando los mismos datos). Un indicador es válido, cuando este mide lo que se quiere evaluar con el mismo en el concepto. En línea con esto último, Philippe Schmitter (2013) es tajante respecto a su relevancia: “Por muy precisas que sean las observaciones, por muy comparables que sean las unidades, por mucho que pueda reproducirlas otro investigador, si no son válidas, la investigación se atasca en uno de sus puntos más vulnerables” (Schmitter, 2013: 299).

Para que la o el investigador pueda, entonces, demostrar que sus mediciones van a ser o fueron no solo confiables sino también válidas, debe dar cuenta entre otros aspectos de la fuente de procedencia de los datos. Retomando el ejemplo de la medición de la democracia, si para señalar si un país es democrático, la fuente de datos remite a una entrevista con un funcionario de gobierno, podría considerarse que esta no es confiable por su carácter subjetivo y de estrecha relación con aquellos que administran el poder en dicho escenario. Fuentes más confiables podrían ser bases de datos que son reconocidas internacionalmente como *Freedom House* o *Varieties of Democracy*. En términos de la validez, si la definición de democracia involucra dimensiones vinculadas a la presencia de elecciones competitivas, de una oposición así como de derechos y libertades, tomar como indicador el día de realización de la elección (es decir, si se desarrolló un domingo o un martes) no tendría ningún sentido pues este aspecto no se vincula con ninguno de los aspectos recién mencionados (esto es, no sería un indicador válido pues no ofrecería información necesaria para evaluar si hubo elecciones competitivas, una oposición, derechos o libertades). En cambio, sería un indicador válido documentar mediante resultados electorales (si son oficiales mejor, en términos de la calidad de la fuente de datos de la que provienen), la presencia de más de una fuerza política en competencia en pos de demostrar que no solo hay gobierno, sino también una oposición política.

Vemos, pues, que una investigación empírica involucra datos provenientes de la realidad. Así, en estos casos no solo basta con un argumento, también son necesarias las observaciones del mundo real que ratificarán o no lo planteado teóricamente (Sartori, 2012). Por ende, la

fortaleza del trabajo va a estar en parte vinculada con la calidad de los datos que se recaben y estudien. Es esto lo que lleva a la necesidad de su documentación explícita en todo tipo de investigación (proyecto, artículo, tesis, etcétera).

8. Conclusiones

Este capítulo tuvo el objetivo de indicar algunos elementos fundamentales que toda o todo investigador debe contemplar a la hora de diseñar su trabajo, así como al momento de presentarlo al público. Para una o un estudiante puede representar una introducción pensando en una futura tesis (sea de grado o de posgrado). Para investigadores con mayor formación, estas páginas pueden resultar de interés para repasar o recordar aspectos importantes, algunos de los cuales muchas veces se confunden erróneamente (por ejemplo, la distinción entre estado de la cuestión y marco teórico).

Teniendo en consideración lo dicho en el párrafo anterior, se indicó que una investigación comienza con el planteamiento de un problema o pregunta de investigación. Esta es clave, pues de ella se derivan todas las demás decisiones que la o el investigador debe tomar (desde los casos posibles de abordaje, pasando por aspectos como la literatura a analizar, la metodología y las fuentes de datos). Una investigación, entonces, involucra decisiones, las cuales se ven plasmadas en las diferentes etapas por las que la primera debe transitar. Más arriba, en el cuerpo del capítulo, señalamos que dichas etapas si bien no deben obviarse, no involucran un proceso lineal. La o el investigador puede ir y venir entre ellas en la medida que ello signifique una mejora para su trabajo y posterior presentación al público.

Un aspecto importante que buscamos señalar es que toda investigación debe aportar un conocimiento novedoso al previamente existente. Ahí es donde aparece con toda claridad la distinción, pero al mismo tiempo la relación entre el estado de la cuestión y el marco teórico. El primero refiere a qué se ha dicho hasta el momento sobre el problema de investigación. Dicha sección (recomendamos), debe finalizar con la indicación explícita de cuál va a ser el aporte de la investigación en curso respecto a lo que otros investigadores han dicho en el pasado. A partir de ello, aparece el rol del

marco teórico, pues aquí se indica el cómo (en términos teóricos) se pretende abordar ese aporte que se pretende realizar al conocimiento científico. En pocas palabras, no debe confundirse estado de la cuestión y marco teórico.

Ahora bien, es importante también recordar que una investigación no debe ser necesariamente explicativa para generar un aporte al conocimiento científico. Como se abordó en este capítulo, pueden desarrollarse diferentes tipos de trabajos en este sentido. Además de los explicativos, podemos encontrar los descriptivos y los exploratorios. Cada uno de ellos con sus objetivos y respectivos alcances teóricos y empíricos. Por supuesto que una investigación tenga un carácter más descriptivo o más explicativo, dependerá en gran parte del tipo de pregunta con el que la primera de inicio. Observemos estas dos preguntas adicionales a las ya vistas: ¿Qué es el estado de bienestar? y ¿Qué condiciones favorecieron el establecimiento del estado de bienestar en el Reino Unido y en Alemania? El “qué es” implica una descripción y llevará a que la investigación tendiente a responder dicha pregunta adquiera ese tenor. En cambio el “qué condiciones favorecieron el establecimiento” está indicando la presencia de unas precondiciones que posibilitarían la aparición del fenómeno de estudio (el estado de bienestar) y que por tanto, podrían ser vistas como sus causas. Por lo tanto, la investigación es explicativa.

De la pregunta no solo se deriva si la investigación será o no explicativa. También de ella pueden desprenderse los casos de estudio y el tipo de metodología que mejor ajusta. Retomando la pregunta ¿Qué condiciones favorecieron el establecimiento del estado de bienestar en el Reino Unido y en Alemania?, podemos decir que en ella se entiende que el estudio estará centrado en dos países europeos y por tanto, podrá realizarse un estudio comparativo y en profundidad entre ellos. El análisis y las conclusiones, por tanto, se limitarán al Reino Unido y a Alemania. Por otro lado, si la pregunta es ¿El desarrollo económico ha favorecido la emergencia y el sostenimiento en el tiempo de las democracias a nivel mundial?, la investigación no puede limitarse a pocos casos, pues refiere a un fenómeno de “nivel mundial”, por lo tanto, debería estudiar muchos casos. Si el investigador no puede incluir a todos los países del mundo en su estudio, debería realizar una muestra de estos (indefectiblemente aleatoria). Las investigaciones de muchos casos suelen utilizar datos estadísticos en el momento del análisis empírico de sus argumentos.

Un último aspecto que se mencionó y que la o el investigador debe tener presente, es el buen uso de los datos y de las fuentes de las cuales proceden. Una investigación empírica no puede desarrollarse sin datos. Por lo tanto, hay que asegurarse de que estos sean de la mejor calidad posible, que sean accesibles y a partir de ello, ser procesados para su utilización en la investigación. Es importante que uno pueda documentar en su trabajo el cumplimiento de todos estos requisitos para los datos. Esto es así, en tanto impacta en la confiabilidad y la validez de las investigaciones.

Bibliografía

- Archenti, Nélica (2018). “El papel de la teoría en la investigación social”, en Alberto Marradi, Nélica Archenti y Juan Ignacio Piovani, *Manual de metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 69-79.
- Babbie, Earl (2000). *Fundamentos de la investigación social*. México, Thomson.
- Bartolini, Stefano (1995). “Metodología de la investigación en la ciencia política”, en Gianfranco Pasquino (comp.), *Manual de Ciencia Política*. Madrid, Alianza, pp. 39-78.
- Calvo, Ernesto (2015). *Anatomía política de Twitter en Argentina. Tuiteando# Nisman*. Buenos Aires, Capital Intelectual.
- Calvo, Ernesto; Marcelo Escolar y Julia Pomares (2009). “Ballot design and split ticket voting in multiparty systems: Experimental evidence on information effects and vote choice”, en *Electoral Studies*, Vol. 28 (2), pp. 218-231.
- Collier, David; Jason Seawright y Gerardo Munck (2010). “The Quest for Standards: King, Keohane, and Verba’s Designing Social Inquiry”, en Henry Brady y David Collier (eds.), *Rethinking Social Inquiry. Diverse Tools, Shared Standards*. Maryland, Rowman & Littlefield Publishers Inc., pp. 33-63.
- Della Porta, Donatella (2013). “Análisis comparativo: la investigación basada en casos frente a la investigación basada en variables”, en Donatella Della Porta y Michael Keating (eds.), *Enfoques y*

- metodologías de las ciencias sociales. Una perspectiva pluralista.* Madrid, Akal, pp. 211-236.
- Duverger, Maurice (2002). *Los partidos políticos.* México, Fondo de Cultura Económica.
- Gerring, John (2012). *Metodología de las ciencias sociales.* Madrid, Alianza.
- Hernández Sampieri, Roberto, Carlos Fernández Collado y Pilar Baptista Lucio (2006). *Metodología de la investigación.* México, McGraw-Hill.
- Huntington, Samuel (1994). *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX.* Buenos Aires, Paidós.
- King, Gary, Robert Keohane y Sidney Verba (2005). *El diseño de la investigación social. La inferencia científica en los estudios cualitativos.* Madrid, Alianza.
- Landman, Todd (2011). *Política Comparada. Una introducción a su objeto y métodos de investigación.* Madrid, Alianza.
- Leiras, Marcelo (2010). “Los procesos de descentralización y la nacionalización de los sistemas de partidos en América Latina”, en *Política y Gobierno*, Vol. 17 (2), pp. 205-241.
- Levitsky, Steven y Lucan Way (2010). *Competitive Authoritarianism. Hybrid Regimes after the Cold War.* Nueva York, Cambridge University Press.
- Lewis-Beck, Michael y María Celeste Ratto (2013). “Economic voting in Latin America: A general model”, en *Electoral Studies*, Vol. 32 (3), pp. 489-493.
- Mainwaring, Scott y Timothy Scully (1995). *Building Democratic Institutions: Party Systems in Latin America.* Stanford, Stanford University Press.
- Marradi, Alberto (2018). “Conceptos de objeto y unidad de análisis”, en Alberto Marradi, Nélica Archenti y Juan Ignacio Piovani, *Manual de metodología de las ciencias sociales.* Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 101-112.
- Negretto, Gabriel (2009). “La reforma electoral en América Latina: entre el interés partidario y las demandas ciudadanas”, *Reforma del sistema electoral chileno*, Santiago de Chile, PNUD, CEP, Libertad y Desarrollo, Proyectamérica y Cieplan.
- Piovani, Juan Ignacio (2018). “El diseño de la investigación”, en Alberto Marradi, Nélica Archenti y Juan Ignacio Piovani, *Manual de*

- metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 81-100.
- Ragin, Charles (2007). *La construcción de la investigación social*. Bogotá, Siglo del Hombre.
- Sartori, Giovanni (2012). *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Sautu, Ruth, Paula Boniolo, Pablo Dalle y Rodolfo Elbert (2005). *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Buenos Aires, Clacso Libros.
- Schmitter, Philippe (2013). “El diseño de la investigación social y política”, en Donatella Della Porta y Michael Keating (eds.), *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales. Una perspectiva pluralista*. Madrid, Akal, pp. 281-312.
- Van Evera, Stephen (2013). *Guía para estudiantes de ciencia política. Métodos y recursos*. Barcelona, Gedisa.
- Wainerman, Catalina (2001). “Introducción. Acerca de la formación de investigadores en ciencias sociales”, en Catalina Wainerman y Ruth Sautu (comps.), *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires, Lumiere, pp. 15-40.

-
1. La discusión sobre qué son las elecciones competitivas es un poco más compleja que el solo hecho de la presencia de gobierno y oposición. Nos limitamos a destacar este aspecto con el fin de la ilustración del ejemplo. Para ampliar la perspectiva sobre este debate, se recomienda leer, por ejemplo, Levitsky y Way (2010).
 2. Para la elaboración del ejemplo se tiene presente el trabajo de Negretto (2009).

Capítulo 4

Diseños de investigación en las ciencias sociales: estudios cualitativos, cuantitativos y comparativos

Verónica Pérez Bentancur

En 1988, Gabriel Almond utilizó la metáfora de las “mesas separadas” para describir el apartamiento que, a su juicio, primaba entre las distintas corrientes de la ciencia política. Según Almond (1988) los politólogos estaban divididos por dos dimensiones: una ideológica y otra metodológica. La ideológica aludía a las teorías que usaban: unos eran conservadores o defendían las teorías del libre mercado (“derecha”), otros eran marxistas, neomarxistas o aspiraban al socialismo (“izquierda”). La dimensión metodológica aludía a los procedimientos y herramientas con las que los académicos pretendían conocer la vida social. En un extremo estaban quienes usaban una metodología “blanda”; trabajos “densamente descriptivos”, algunos de naturaleza etnográfica e interpretativa. Según Almond estos eran trabajos casi carentes de conceptualización, de hipótesis o intentos por demostrar proposiciones. Parecían “carentes de metodología”, sin embargo, algunos de esos estudios estaban llenos de implicancias teóricas relevantes. En el otro extremo metodológico estaban los estudios de carácter cuantitativo y econométrico, que utilizaba modelos matemáticos más o menos refinados. Lo más extremo del lado de los “duros” metodológicos, este lado del continuo era la combinación de modelos estadísticos, matemáticos y experimentos.

Según Almond en esta “gran cafetería”, las mesas más visibles eran las de los extremos, pero existían posiciones (“mesas”) intermedias. El autor afirmaba que estas divisiones daban cuenta de “una incómoda

fragmentación” en la disciplina, debido al escaso diálogo que existía entre ellas (Almond 1988). Sin embargo, también afirmaba que los académicos debían estar abiertos a todos los métodos que permitieran conocer (objetivamente) el mundo.

Aunque Almond (1988) se refería a las divisiones que primaban en la ciencia política, su planteo es extensible a las discusiones que existen en otras ciencias sociales respecto a cómo abordar el estudio de los fenómenos económicos, sociales y políticos. Numerosos artículos publicados anualmente en revistas de las disciplinas sociales, así como presentaciones en congresos y reuniones científicas están dedicados a analizar cómo se investiga, mediante qué marcos analíticos y, en particular, mediante qué métodos.

A diferencia de otras ciencias, en las ciencias sociales conviven (muchas veces de manera no armónica) distintas posturas epistemológicas, ontológicas y, en especial, muy diferentes métodos. Esta diversidad esconde muchas veces una tensión sobre cuál debe ser el método de las ciencias sociales, o si existe un método mejor o superior.

Sin intenciones de entrar en debates epistemológicos, este capítulo hace foco en los diseños de cuantitativos, cualitativos y comparados (en tanto sub-set de estos últimos) de la tradición positivista en ciencias sociales, es decir, aquellos preocupados por el análisis causal. El capítulo busca dar cuenta de la lógica detrás de cada método de forma de saber cuándo usar uno u otro. En este sentido, se presenta como una guía general que ayuda a identificar los rasgos distintivos, las limitaciones y las fortalezas de los diseños de investigación dominantes en las ciencias sociales, algunos de los cuales serán tratados en profundidad en capítulos posteriores de este volumen. El capítulo pretende ser de utilidad para estudiantes de ciencias sociales que deben entender la metodología de los trabajos que leen o hasta comenzar la escritura de sus propios proyectos de investigación.

En la primera y segunda sección del capítulo se ubican los diseños de investigación cuantitativos y cualitativos dentro de los dos grandes paradigmas de las ciencias sociales: el positivista y el interpretativista. En la tercera parte se plantea el debate entre los diseños cuantitativos y cualitativos del paradigma positivista. En la cuarta sección se discuten las principales características de estos diseños a partir de cuatro aspectos: el control, las nociones de causalidad, la selección de los casos y la validez. Finalmente, se extraen algunas conclusiones.

1. Paradigmas y métodos en las ciencias sociales

Cuando se alude a las divisiones entre las posturas metodológicas de las ciencias sociales, es preciso tener en cuenta, en primer lugar, que las ciencias sociales, son “multiparadigmáticas” (Corbetta, 2007). Los paradigmas son “visiones del mundo” compartidas por una comunidad científica. Los paradigmas llevan a los científicos a adquirir teorías, métodos y criterios para analizar el mundo. En el influyente libro *La estructura de las revoluciones científicas*, Thomas Kuhn afirmaba que sin paradigmas la ciencia no tendría orientación para el estudio de los problemas y que era necesario un consenso académico en torno a una visión para observar el mundo (Kuhn, 1971). Las ciencias sociales son multiparadigmáticas, pues no existe un consenso respecto a una visión común, sino que en ellas conviven varias concepciones para analizar los fenómenos sociales (Corbetta, 2007).

En las ciencias sociales es posible identificar dos grandes paradigmas: el positivista y el interpretativista. Cada uno de ellos aborda de manera diferente la naturaleza de la realidad investigada (supuesto ontológico), la relación entre el investigador y la realidad investigada (supuesto epistemológico), y la cuestión de cómo conocer la realidad (supuesto metodológico) (Corbetta, 2007).

Para los académicos positivistas, los fenómenos sociales son siempre externos al investigador, son medibles, y pueden ser conocidos de manera totalmente objetiva. Los investigadores positivistas construyen hipótesis y usan datos para poner a prueba esas hipótesis. Dicho de otro modo, estos académicos están preocupados por hacer inferencias descriptivas (afirmar con cierto grado de certeza cómo es un fenómeno, cuáles son sus atributos constitutivos) y, en particular, por hacer inferencias causales (afirmar por qué y cómo ocurre un fenómeno, cuáles son sus causas). Debido a esto, los investigadores positivistas tienen pretensiones de generalización de sus explicaciones y teorías (Corbetta, 2007; King *et al.*, 1994).

Para quienes asumen posiciones interpretativistas, en cambio, la realidad no puede ser observada, sino interpretada (subjetivamente). Los interpretativistas construyen una interpretación de un fenómeno basada en la forma en que los actores entienden la realidad e incluso postulan que el investigador está comprometido en la construcción del significado de esa

realidad. Esto implica que la separación entre investigador y fenómeno investigado es más difusa que en la posición positivista (Corbetta, 2007). Pero quizás la diferencia más relevante entre positivistas e interpretativistas es que las preocupaciones de estos últimos no están centralmente vinculadas al análisis causal (a la producción de inferencias). Para los interpretativistas, más importante que entender las causas de los fenómenos es comprender el significado de las prácticas culturales y realizar una crítica a las relaciones de poder. Por ello, tampoco creen que se puedan construir teorías generales, sino solo comprender los casos en su contexto (Goertz y Mahoney, 2012; Koivu y Damman, 2015).

El paradigma interpretativista se asocia, comúnmente, a la investigación cualitativa, en particular a la etnográfica y al análisis de discurso, mientras el paradigma positivista, a la investigación cuantitativa. Sin embargo, el positivismo también es la base de la extensa tradición comparativa de pocos casos y de los estudios en profundidad de caso, un subconjunto de estudios cualitativos muy diferentes a los interpretativistas. Como se verá enseguida, aunque los estudios comparados de pocos casos y los estudios en profundidad de caso tienen muchas diferencias con los estudios cuantitativos (Goertz y Mahoney, 2012), la característica que los une a ellos, y la vez los separa del interpretativismo, es la aspiración por el análisis causal; es decir la búsqueda de inferencias (George y Bennett, 2005; Goertz y Mahoney, 2012).

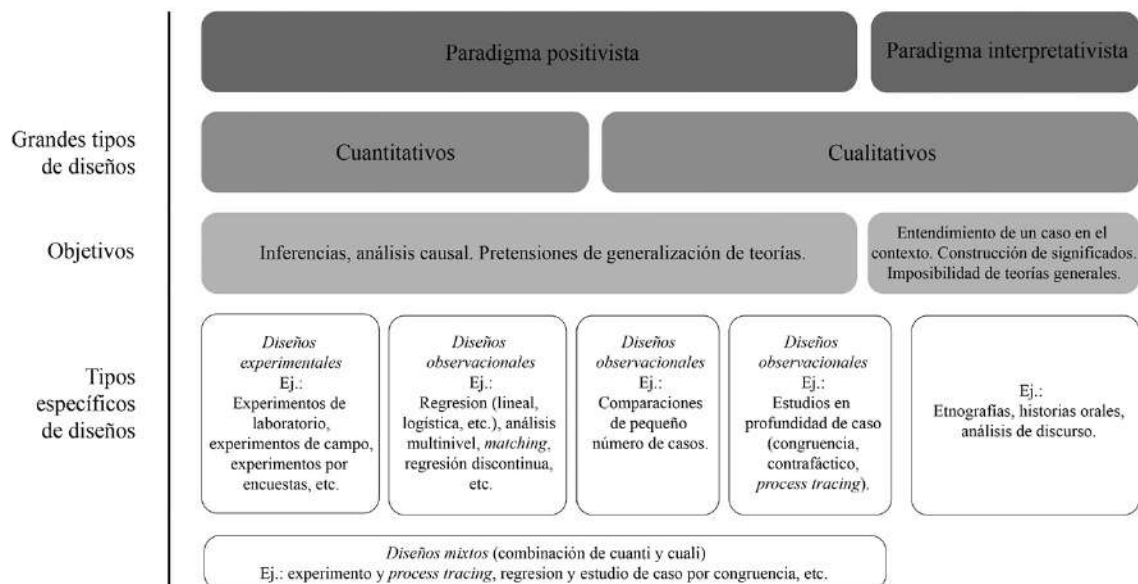
La Figura 1 resume estas distinciones. Dentro de los estudios cuantitativos se han considerado los experimentos (los diseños más potentes para hacer inferencias causales), así como una variedad de estudios observacionales que trabajan con muchos casos (N grande): regresiones multivariadas, análisis multinivel, *matching*, regresión discontinua, etcétera. Aunque se ha señalado que los experimentos deben colocarse en categorías separadas a los estudios observacionales de N grande (Brady y Collier, 2010), a los efectos de simplificar, aquí se los coloca bajo el “paraguas” de los diseños cuantitativos, por analizar los datos mediante análisis estadístico. No obstante, como se verá enseguida, los experimentos son la herramienta más potente para extraer inferencias causales, aunque tienen otras limitaciones (Seawright, 2016).

Dentro de los diseños cualitativos también hay dos grupos: por un lado, los que comparan pocos casos (comparaciones de N pequeño). Los diseños más conocidos aquí son las comparaciones de “casos más diferentes” y

“casos más similares. Estos diseños extraen inferencias de la comparación entre los casos (*cross-case analysis*). Por otro lado, los estudios en profundidad de caso extraen inferencias causales a partir del análisis al interior de los casos (*within-case analysis*). Los estudios en profundidad de caso incluyen al rastreo de procesos (*process tracing*), los estudios de congruencia y los estudios contrafácticos (Goertz y Mahoney, 2012). A diferencia de las investigaciones cuantitativas, los estudios cualitativos de N pequeño se preocupan por la conceptualización y la generación de descripciones sistemáticas “densas” contextualizadas dentro de un marco conceptual comparativo. Aunque los estudios de caso se usan para testear teorías, son particularmente útiles para construir teorías. Como señaló Gerring (2007) las teorías más importantes en las ciencias sociales se originaron en estudios de caso.

Cuando se combinan métodos cuantitativos y cualitativos en un mismo estudio se está ante la presencia de un diseño mixto o multimétodo. Estos diseños intentan aprovechar las fortalezas de los métodos cuantitativos y cualitativos y son cada vez más usados para mejorar el análisis causal (Seawright, 2016).

Figura 1. Diseños de investigación en las ciencias sociales



2. La tensión positivista

La preocupación por el análisis causal entre los positivistas no ha implicado, sin embargo, que la división entre cuantitativistas y cualitativistas esté libre de tensiones. Los métodos cualitativos han sido (y son) considerados por algunos como imprecisos. En particular, se ha señalado como problemático que los estudios de pequeño número de casos tienen más variables que casos y que muchas veces seleccionan solo casos positivos, es decir, solo casos donde aparece la variable dependiente o resultado (Y). Al no considerar casos negativos, se afirma, las inferencias causales están sesgadas (King *et al.*, 1994).

Aunque algunos críticos intentaron reivindicarse con los diseños de investigación de pequeño número de casos, también consideraron que estos diseños adecuados para investigaciones que disponen de pocos recursos, que podían ser un paso previo a una investigación de N grande (Lijphart, 1971) se beneficiarían si sus inferencias estuviesen basadas en los modos formales de pensamiento de la tradición cuantitativa (King, Keohane y Verba, 1994).

Desde posiciones cualitativistas se respondió a estas críticas diciendo que se intentaba imponer una la lógica cuantitativa sobre la cualitativa, cuando en realidad lo que existía era “un choque de culturas”. Cada cultura (la cualitativa y la cuantitativa) tendrían sus propias formas de concebir la causalidad, sus formas de seleccionar los casos y sus métodos (Goertz y Mahoney, 2012).

Para otros autores, en tanto, la verdadera distinción en las ciencias sociales no estaba entre estudios cualitativos y cuantitativos, sino entre estudios observacionales y experimentales. Los experimentos, señalaron, son los únicos diseños capaces de controlar la hipótesis principal por explicaciones alternativas. Dado que tanto las investigaciones cuantitativas como cualitativas tienen limitaciones para realizar inferencias, desde estas posiciones se ha afirmado que los investigadores deben reconocer las ventajas y limitaciones de cada enfoque y aprender mutuamente (Brady y Collier, 2010). Esta idea está en la base de la tendencia creciente al uso de métodos mixtos en investigación social (Seawright, 2016).

Más allá de esta polémica, lo cierto es que recientemente los investigadores cualitativos se han preocupado por la búsqueda de estándares

comunes. Esto ha llevado a enfatizar aspectos relacionados con la transparencia, publicidad de todo el proceso de investigación, el prerregistro, la sistematización de buenas prácticas y la construcción de medidas de incertidumbre (Bennett y Checkel, 2015; Elman *et al.*, 2020; Lupia y Elman, 2014; Piñeiro y Rosenblatt, 2016). En la sección que sigue se describen las principales diferencias de los diseños de investigación cuantitativos y cualitativos de la tradición positivista.

3. Características de los diseños cuantitativos y cualitativos

Todo diseño de investigación comienza con una pregunta, tiene una revisión de la literatura que contextualiza la pregunta, plantea una teoría y una o más hipótesis en tanto respuestas tentativas a la pregunta de investigación y en función de estas hipótesis estipula un método, es decir, una estrategia para recolectar los datos y analizarlos. El diseño de investigación es, por lo tanto, anterior a los datos, es “primario” (Gerring, 2011). Para producir investigaciones de calidad es importante dedicar tiempo al diseño de investigación.

La elección del diseño de investigación depende, en primer lugar, de la pregunta de investigación. El diseño de investigación no es un fin en sí mismo, sino la estrategia para resolver el problema de investigación. En segundo lugar, la elección de un diseño de investigación puede depender de consideraciones prácticas como la base empírica disponible o los recursos para investigar. Esto implica que se debería estar abierto a usar cualquier tipo de diseño que sea funcional a la pregunta y a las limitaciones prácticas que enfrenta quien investiga. Bajo cualquier circunstancia, para elegir un diseño es preciso conocer la lógica de cada uno de ellos, sus fortalezas y limitaciones. En lo que sigue se abordan cuatro características de los diseños de investigación cuantitativos y cualitativos del paradigma positivista que deben tenerse en cuenta en el momento de optar por uno u otro: el control de explicaciones alternativas, las nociones de causalidad, la selección y el número de casos, y la validez.

3.1. El control de explicaciones alternativas

Un aspecto que distingue a los diseños cuantitativos de los cualitativos es la capacidad para controlar por explicaciones alternativas. Al controlar, se busca establecer relaciones empíricas generales entre una variable dependiente (fenómeno a explicar o resultado) y dos o más variables independientes (causas atribuidas en la hipótesis a la variable dependiente),¹ mientras el resto de las variables que pueden estar influyendo en la explicación (explicaciones alternativas) se mantienen constantes o están “controladas”.² El control está directamente vinculado al poder de análisis causal que permite un diseño de investigación. Es decir, si un diseño de investigación es fuerte en su capacidad para controlar por explicaciones alternativas quiere decir que se puede tener bastante certeza de que la relación que postula entre la variable dependiente y la independiente es verdadera. No obstante, el poder para realizar inferencias causales también puede obtenerse de otros modos como mediante la búsqueda de mecanismos causales en los estudios de caso (véase más adelante).

Los diseños más efectivos para controlar por explicaciones alternativas son los experimentos. Los experimentos –en cualquiera de sus tipos– son diseños particularmente potentes en la producción de inferencias causales (son fuertes en validez interna) por su capacidad para controlar. Los experimentos derivan esta potencia de la composición aleatoria (al azar) de los casos a los grupos de tratamiento (grupo expuesto a la variable independiente o tratamiento) y control (grupo igual al anterior pero no expuesto a la variable independiente). La composición aleatoria de los grupos de tratamiento y control estos sean, en promedio, idénticos. Debido a esto, la gran ventaja de los diseños experimentales radica en su efectividad para eliminar problemas de variables omitidas y factores de confusión (Gerber y Green, 2012). Esto garantiza que cualquier diferencia entre los grupos de tratamiento y control se pueda atribuir a la variable independiente.

Por ejemplo, en un estudio sobre el activismo cívico Han (2016) se preguntaba por qué la gente se involucra en asuntos colectivos y dedica tiempo a participar en organizaciones cívicas voluntarias como ONG, asociaciones profesionales, etcétera. Las teorías previas (explicaciones alternativas) señalaban que el activismo era un fenómeno que dependía de

características individuales (socio-económicas) o de un cálculo de costo beneficio por parte de los individuos. En cambio, la hipótesis de Han (2016) es que las motivaciones para participar no se forman en solitario, sino que son producto de interacciones sociales. Por lo tanto, si las organizaciones presentan un ambiente propicio (“relacional”) para las interacciones sociales los individuos aumentarán su involucramiento con la organización.

Para testear esta hipótesis, la autora desarrolla una serie de experimentos en la Asociación Nacional de Médicos de Estados Unidos, una asociación progresista de médicos y estudiantes de medicina a favor de la reforma estatista de salud del presidente Obama. La Asociación buscaba promover la participación de sus miembros y generar apoyo en favor de la reforma de Obama en un contexto en el que varios Estados se oponían a su implementación. La variable dependiente de Han (2016) fue la disposición a participar en organizaciones cívicas y en uno de los experimentos, esta variable fue medida como la disposición a firmar una petición.

En el experimento se enviaron tres tipos de mails a la lista de afiliados a la Asociación que habían realizado comentarios (al menos una vez) a las preguntas abiertas de las encuestas periódicas que hacía la Asociación relevando intereses de sus afiliados. El mail “mensaje estándar” hablaba sobre la ideología y los valores de la Asociación y culminaba con el pedido de firmar la petición. Este era el grupo de control. Había dos grupos de tratamiento. El grupo “mensaje objetivos compartidos” era igual al anterior, pero sumaba un párrafo que hacía referenciar al pasado del afiliado recordándole que en otras oportunidades él o ella había compartido sus opiniones con la Asociación y, por lo tanto, ahora tenía la oportunidad de realizar una acción consistente con ello y se le pedía que firmara la petición. El segundo grupo de tratamiento “mensaje personalizado” era igual al mensaje estándar, pero agregaba un párrafo que decía que firmar la petición le brinda la oportunidad de defender los valores que había compartido alguna vez con la organización y a continuación se insertaba una cita vertida por el afiliado (en los cuestionarios periódicos de la Asociación) en la que hablaba de la necesidad de un sistema de salud más justo, más igualitario, etcétera. Finalmente, se lo invitaba a firmar la petición (Han, 2016).

A cada persona de la base de datos se le envió uno de estos mails al azar: un tercio recibió el mensaje estándar, un tercio el mensaje de objetivos compartidos y un tercio el mensaje personalizado. Al comparar medias

entre los tres grupos, Han (2016) encontró evidencia a favor de su hipótesis: las personas que recibieron los mensajes de objetivos compartidos y el personalizado tendían a firmar la petición en una proporción significativamente mayor que las personas que solo recibían el mensaje estándar. Como los grupos de afiliados que recibieron los mensajes fueron conformados por sorteo, se garantizaba que fuesen idénticos. Por lo tanto, cualquier otra explicación que pudiese estar influyendo sobre la disposición a firmar una petición (como las características sociodemográficas de los individuos o cálculos racionales) estaba controlada por el diseño de investigación.

En los diseños observacionales, cuantitativos o cualitativos, en cambio, el control es un desafío o directamente no existe (Brady y Collier, 2010). En los diseños observacionales cuantitativos aspiran al control estadístico, aunque en algunos de ellos, como las regresiones multivariadas, el control es un desafío. En la regresión multivariada, el investigador o la investigadora interpreta un coeficiente significativo en una de sus variables independientes (X) como un factor que está influyendo sobre su variable dependiente (Y), mientras el resto de los factores (otras las variables independientes incluidas en el modelo) permanecen constantes. Sin embargo, una desventaja de los modelos de regresión para hacer análisis causal es que las variables independientes consideradas –ya sea las variables independientes principales o como aquellas que se ingresan como variables de control– son incluidas a partir de la teoría. Esto implica que si quien investiga omitió alguna variable relevante en su modelo podría estar realizando inferencias causales erróneas o distorsionadas sobre el fenómeno que quiere explicar.

Este problema puede ser ilustrado con los trabajos de Cherif (2015) y Htun y Weldon (2018) sobre el avance de los derechos de las mujeres en el mundo. En ambos trabajos las autoras buscan estimar las causas de la adopción de reformas que permiten el aborto legal en el mundo. Mientras ambos trabajos encuentran que la religiosidad de los países es un factor que disminuye las chances de que se adopten este tipo de leyes, el resto de los resultados de sus análisis son divergentes. Cherif (2015) encuentra que los factores que denomina “*core rights*” (acceso de las mujeres a la educación y al mercado de empleo) aumentan las probabilidades de adoptar reformas sobre aborto legal. Htun y Weldon (2018), en tanto, señalan que el aborto legal está influido por la existencia de partidos de izquierda en el gobierno.

Más allá de diferencias en los tipos de modelos de regresión utilizados en cada estudio, así como de diferencias en las formas en que se midieron las variables, es probable que la divergencia de resultados devenga de considerar variables diferentes.

Otros diseños observacionales han intentado superar estos problemas mediante el desarrollo de modelos como *matching* o la regresión discontinua. Estos diseños intentan acercarse a la lógica de los experimentos mediante una selección de casos “como si fuese al azar” lo que los hace mejorar su capacidad para controlar por explicaciones alternativas (Cattaneo *et al.*, 2019; Ho *et al.*, 2007).

En los diseños cualitativos la idea de control está presente en los diseños que comparan pocos casos. En los estudios en profundidad de caso, en cambio, la idea de control no existe. Las inferencias casuales se obtienen de la búsqueda de mecanismos causales y el análisis denso de los casos (*whithin case analysis*).

Las comparaciones de pocos casos tienen una larga tradición en las ciencias sociales, en particular en la ciencia política y la sociología política. Estos estudios buscan hacer un análisis sistemático de los casos que comparan (como mínimo dos, por ejemplo dos países, dos provincias, etcétera.) y extraen las inferencias causales de la comparación (Collier, 1993; Seawright, 2018). Mediante la comparación de casos más similares o más diferentes se intenta aislar los factores causales eliminando otras variables como causas posibles (aquí subyace la idea de control).

En los diseños de casos más similares se seleccionan casos similares en todos los aspectos, excepto en las variables de interés: la variable independiente (X) y la variable dependiente (Y). Piénsese en un diseño con solo dos casos, si estos casos son similares en todo, pero en uno de ellos está presente la variable independiente (X1) y la variable dependiente (Y), y en el otro están ausentes, entonces se puede afirmar que la causa de Y es X1, pues es la única diferencia entre los casos (Tabla 1).

Tabla 1. Comparaciones de pocos casos: diseño de casos más similares

Casos	Variables independientes				Variable dependiente
	X1	X2	X3	X4	Y
A	1	1	1	1	1

B	0	1	1	1	0
---	---	---	---	---	---

En los diseños de casos más diferentes se trata de encontrar casos en los que una variable independiente (X1) y la variable dependiente (Y) covarían, y todas las demás variables independientes muestran valores diferentes. De esta forma se eliminan explicaciones alternativas (X2, X3, X4) y se aporta evidencia a favor de que la causa de Y es X1 (Tabla 2).

Tabla 2. Comparaciones de pocos casos: diseño de casos más diferentes

Casos	Variables independientes				Variable dependiente
	X1	X2	X3	X4	Y
A	1	0	0	0	1
B	1	1	1	1	1

Las comparaciones de pocos son débiles en su capacidad para controlar por explicaciones rivales. Si bien se ha señalado que la selección de casos que hacen estos trabajos emula la lógica de los estudios por “*matching*”, el control que logran es siempre artesanal y más débil que en una regresión (Gerring, 2007; Seawright, 2018). La debilidad radica en que la causa no puede ser aislada en la mayoría de las instancias, ya que otras condiciones causales relevantes son también diferentes entre los casos y probablemente no se estén teniendo en cuenta. En los diseños de comparaciones de casos más similares, por ejemplo, es muy difícil encontrar casos en los que “todo sea igual” salvo las variables de interés.

No obstante lo anterior, la defensa del método comparado se sustenta por lo menos en tres argumentos. En primer lugar, muchas veces no existen muchas instancias del fenómeno de interés (Y) porque los fenómenos que se estudian son raros o excepcionales, por ejemplo, las revoluciones en el siglo XX. En segundo lugar, quienes defienden el método comparado argumentan que los estudios de pequeño número de casos permiten mejores conceptualizaciones de las variables de interés y que hay fenómenos que son mejor comprendidos a través de “descripciones densas” dentro de un marco conceptual comparativo, y esto solo puede ser posible cuando se analizan pocos casos (Collier, 1993). Finalmente, también se señala que la

potencia del análisis causal que brindan las comparaciones de pocos casos aumenta cuando se combinan con estudios en profundidad de casos (Bennett y Checkel, 2015; George y Bennett, 2005). Los estudios en profundidad de caso permiten especificar mejor la conexión entre las causas (X) y los efectos (Y) a partir de la identificación de mecanismos causales (Brady y Collier, 2010). Por lo tanto, aunque la identificación de correlaciones entre variables puede ser el primer paso para el análisis causal, y esto se logra mediante la comparación, es más importante la identificación del o los mecanismos que están detrás esas correlaciones (George y Bennett, 2005; Goertz y Mahoney, 2012). Cuando se procede de este modo, la búsqueda de control sistemático queda desplazada por la identificación de mecanismos causales y la comparación pasa a tener valor analítico.

Un ejemplo de esta combinación es el trabajo de Pribble (2013) sobre la ampliación de las políticas sociales en América Latina. La autora intenta explicar por qué los países más avanzados de América Latina variaron en su capacidad para alcanzar mayores grados de universalismo de sus estados de bienestar. Según Pribble (2013) la capacidad para expandir la protección social depende de tres variables: el tipo de organización partidaria, en particular los vínculos entre las elites, las bases del partido y las organizaciones sociales, los legados previos en materia de políticas públicas y la competencia electoral.

Para testear su hipótesis, la autora utiliza un diseño comparado de casos más similares (Uruguay y Chile) que combina con rastreo de procesos (*process tracing*). Según Pribble (2013), Uruguay y Chile son casos “más similares” en una variedad de aspectos que hacen a la explicación de la expansión de la protección social: son dos casos de alto desarrollo socioeconómicos en América Latina, tienen democracias consolidadas, instituciones políticas fuertes y son estados unitarios con baja diversidad étnica. En cambio, los dos países difieren en las variables explicativas (X): mientras Chile tiene un legado de privatizaciones en las principales políticas sociales producto del gobierno del dictador Pinochet, Uruguay tiene un legado estatista. En relación con la competencia electoral, durante el período que estudia Pribble (2013) la centroizquierda gobernante en Chile (Concertación) enfrentó una competencia electoral intensa desde la derecha. En cambio, en Uruguay, la centro derecha gobernante durante la década de 1990 y los primeros años de la década del año 2000 (el Partido

Nacional y el Partido Colorado) enfrentó la competencia de un partido de centroizquierda (el Frente Amplio). En 2004, cuando el Frente Amplio (FA) ganó las elecciones lo hizo bajo un escenario de mayoría absoluta y con un Partido Colorado (PC) fuertemente debilitado. Por último, con relación al carácter de las organizaciones partidarias, Pribble (2013) señala que en Chile todos los partidos tienen organizaciones profesionales electorales con vínculos débiles con sus bases y los actores sociales, en particular los partidos de izquierda. En Uruguay, en cambio, mientras el Partido Colorado y el Partido Nacional asumen esta estructura, el FA es un “*constituency-coordinating party*”, es decir, un partido con una estructura densa de militantes y fuertes vínculos con los sindicatos (Pribble, 2013). Ambos países también varían en los grados de universalismo alcanzado (Y) en tres áreas de política pública: salud, políticas sociales y educación.

Mediante el estudio intenso de los dos casos y la comparación entre ellos, la autora logra establecer la conexión entre sus variables independientes y el camino por el que estas conducen a reformas exitosas o no exitosas en términos de avances en universalismo en los estados de bienestar. Sus conclusiones son fuertes porque no solo presenta correlaciones de variables entre los casos, sino porque a partir del análisis histórico mediante rastreo de procesos detecta el camino causal que lleva de las variables independientes al resultado.

3.2. *Nociones de causalidad*

Los diseños cuantitativos y cualitativos también se diferencian en la forma en que conciben la causalidad. Mientras en los diseños cuantitativos de N grande (como los modelos de regresión) la noción de causalidad es probabilística o de efectos promedio, en los estudios cualitativos de N pequeño la noción de causalidad es determinística y está basada en causas suficientes, causas necesarias y mecanismos causales (Beach y Pedersen, 2016; Goertz y Mahoney, 2012).

Cuando una causa se entiende en términos probabilísticos se asume que un determinado factor (X) aumenta/disminuye las probabilidades de un fenómeno (Y), pero no lo asegura, pues en la explicación existen tanto elementos sistemáticos como no sistemáticos, estos últimos forman parte del error del modelo (Beach y Pedersen, 2016). En los estudios

cuantitativos se parte de las causas potenciales (X1, X2, X3, etcétera) para preguntarse cuál es el impacto promedio de cada una de estas causas sobre la variable dependiente (Y). Por ejemplo, cuando Htun y Weldon (2018) afirman, a partir de un modelo de regresión, que tener religión oficial en un país impacta negativamente sobre la existencia de leyes que permitan el aborto voluntario, están asumiendo un tipo de causalidad probabilística entre estas dos variables. Las autoras están afirmando que como tendencia la relación que postulan es verdadera; o que es verdadera bajo un determinado porcentaje de confianza (en su caso 95%). Este modo de entender las relaciones causales solo tiene sentido en estudios de muchos casos, porque se está buscando el efecto causal promedio de una variable a lo largo de una población (Beach y Pedersen, 2016).

En los estudios cualitativos, en cambio, la causalidad es determinista y mecanicista. Esto implica que una determinada causa (X) es la razón por la que sucede un fenómeno (Y) y no que aumenta las chances de Y (Beach y Pedersen, 2016). Esta forma de concebir la causalidad implica hablar de causas suficientes y necesarias. Una causa (X) es suficiente cuando su presencia garantiza o asegura la aparición del fenómeno de interés (Y). Esto no implica que Y no pueda aparecer ante otras circunstancias, por ejemplo, bajo la presencia de Z. Un ejemplo de identificación de causas suficientes es el estudio de Sebastián Etchemendy sobre corporativismo segmentado en América Latina. Mediante una comparación en profundidad de la Argentina y Uruguay, el autor encuentra que los legados institucionales, así como la existencia de sindicatos con fuertes vínculos con el Partido Justicialista y el Frente Amplio fueron condiciones (conjuntamente) suficientes para la instauración de ámbitos tripartitos de negociación salarial en ambos países durante el giro a la izquierda (Etchemendy, 2019).

Una causa (X) es necesaria cuando tiene que estar presente para que ocurra el fenómeno (Y). Esto implica que X es un requisito de Y, si X no aparece Y tampoco (Beach y Pedersen, 2016). Por ejemplo, Johnson (1987) en su estudio sobre el crecimiento acelerado de los NIC³ del Este Asiático en la década de 1960 señaló que uno de los factores del éxito económico de estos países fue el rol del gobierno creando una fuerza de trabajo disciplinada, es decir reprimiendo. Aunque Johnson también aludía a otros factores, consideraba que este era un requisito para el crecimiento: la represión de los sindicatos “era una verdadera ventaja comparativa en la economía internacional” (Johnson, 1987: 377-378). El autor argumentaba

que el autoritarismo lograba dotar a estos sistemas de estabilidad política y previsibilidad a largo plazo lo que se configuraba como una condición necesaria del crecimiento en estos países (Goertz y Mahoney, 2012).

Los mecanismos causales son la forma de concebir la causalidad en los estudios en profundidad de caso, en particular en los estudios que usan *process tracing*. Cuando los investigadores pretenden identificar mecanismos, no se están preguntando tanto sobre por qué ocurre un fenómeno (Y), sino cómo este se produce. Buscan identificar el “tejido conectivo” entre las variables de interés (Tarrow, 2012), o los factores intermedios (la “caja negra”) entre una supuesta causa y su resultado (George y Bennett, 2005).

Un ejemplo de mecanismo causal es el clásico trabajo de Tannenwald (1999) sobre el tabú nuclear. En el estudio la autora intenta explicar por qué Estados Unidos no volvió a usar bombas nucleares en otros conflictos bélicos en los cincuenta años posteriores al ataque nuclear de Hiroshima y Nagasaki. Según Tannenwald este hecho es sorprendente porque había capacidad para desarrollar bombas nucleares y usarlas. La explicación de Tannenwald es que existía una “prohibición normativa” basada en un “tabú” hacia el uso de esta arma. La autora se pregunta cómo opera el tabú y luego de analizar voluminosa información de archivos desclasificados encuentra que el tabú nuclear opera constriñendo la acción de los decisores mediante dos vías: una vía que llama instrumental y otra que denomina constitutiva. Mediante la primera vía el tabú operó como una restricción para actores políticos autointeresados (la norma cambia la evaluación costo-beneficio) debido a restricciones que surgen de la opinión pública doméstica e internacional. En la segunda vía, el tabú operó activando la creencia en la ilegitimidad del uso de normas nucleares debido al enaltecimiento de los “valores americanos” en tanto concepciones sobre el comportamiento adecuado de naciones civilizadas. De esta forma, el trabajo de Tannenwald (1999) no solo muestra por qué Estados Unidos no volvió a usar una bomba atómica, sino cómo fue que eso fue posible.

3.3. Selección de casos

Un aspecto crucial que diferencia los diseños cuantitativos de los cualitativos es la forma en que se seleccionan los casos. En la investigación

cuantitativa los casos se seleccionan al azar o se trabaja con todos los casos. Por ejemplo, en el estudio de Han (2016) sobre el activismo cívico los casos fueron todos los afiliados a la Asociación Nacional de Médicos de Estados Unidos que habían realizado comentarios (al menos una vez) a las preguntas abiertas de las encuestas periódicas de la Asociación. En total Han (2016) incluyó en su estudio 3.750 afiliados que fueron divididos al azar en tres grupos (dos de tratamiento y uno de control). La selección al azar asegura que los casos seleccionados no están correlacionados con ninguna variable que forme parte del modelo causal. Los 3.750 casos tenían las mismas probabilidades de ser seleccionados para cualquiera de los grupos. En el estudio de Htun y Weldon (2018) sobre el avance de los derechos de las mujeres (un estudio observacional) los casos incluidos en el análisis fueron setenta países de diferentes regiones del mundo considerados en cuatro puntos en el tiempo. Las autoras afirmaron que los casos seleccionados representaban el 85% de la población mundial. Los países incluidos en el estudio no fueron seleccionados al azar, pero las autoras señalaron que su muestra era razonablemente representativa del total de países del mundo (Htun y Weldon 2018, apéndice A).

En los estudios cualitativos, en cambio, la selección de casos es deliberada, y los casos cumplen una función “heroica” (Seawright y Gerring, 2008). En investigación cualitativa se seleccionan casos a partir de los valores de algunas variables. Recientemente se ha enfatizado en la selección de “casos por conveniencia” debido a que muchas veces los investigadores seleccionan casos por cuestiones pragmáticas como el acceso a financiamiento, la disponibilidad de datos, etcétera (Koivu y Hinze, 2017). Sin embargo, los investigadores cualitativos siempre deberían justificar (por lo menos *expos*) qué función cumplen los casos seleccionados en su teoría (Seawright y Gerring, 2008). Mientras los estudios cuantitativos están centrados en variables, los cualitativos están centrados en casos. Esto obliga a los investigadores a justificar un caso de qué tipo es su caso.

En los estudios cuantitativos se seleccionan casos en todo el rango de variación de la variable dependiente (Y), es decir, tanto casos positivos como negativos. En los estudios cualitativos, en cambio, es usual “seleccionar casos por variable dependiente”; es decir, solo casos donde el fenómeno que se quiere explicar aparece (Y=1). Por ejemplo, Johnson (1987) quiere explicar el éxito económico de los países del Este Asiático

durante la segunda mitad del siglo XIX y para esto solo estudia casos de países que se industrializaron aceleradamente: Japón, Corea del Sur y Taiwán. El autor no compara con países similares a estos y que no tuvieron tanto éxito o no se industrializaron. Esta estrategia ha sido muy criticada por exponentes de la investigación cuantitativa. Los cuantitativistas señalan que al no incluir casos negativos, no se puede saber si las variables independientes que se atribuye como cruciales para explicar la variable dependiente en el *subset* de casos elegidos son también cruciales en el conjunto más grande de casos a los que pertenece el *subset* (King *et al.*, 1994).

La respuesta de los cualitativistas a esta crítica fue que la selección de casos es “modelo dependiente”. Esto significa que una buena selección de casos para una investigación que busca testear hipótesis estimando efectos promedios, puede no ser una buena selección para una investigación que busca testear hipótesis basadas en nociones de determinismo. En este sentido, los diseños de investigación que solo estudian casos positivos han sido defendidos para estudiar causas necesarias, así como mecanismos causales (Goertz y Mahoney, 2012).

Esto no implica que los investigadores cualitativos no incluyan también casos negativos en sus diseños. Como ya se vio, esta es una característica de los diseños comparados de casos más similares. Otra estrategia para seleccionar casos negativos que sigue la lógica de los diseños basados en la comparación de casos más similares, es seleccionar casos que se ajusten al “principio de posibilidad”. Según este, los casos negativos deben seleccionarse de entre aquellos donde estén presentes por lo menos una de las variables independientes de interés, pero no el resultado (Y). Es decir, los casos negativos son aquellos donde existe alguna posibilidad de que el resultado ocurra (Mahoney y Goertz, 2004). Los casos donde el resultado no tiene ninguna posibilidad de ocurrir porque no están presentes la variable dependiente (Y) ni la independiente (X) son irrelevantes. De ellos no es posible aprender nada en términos de condiciones necesarias, suficientes o de mecanismos. Siguiendo el ejemplo de Johnson (1987), se podría afirmar que no se puede decir nada sobre la relación entre crecimiento económico acelerado y represión laboral si se observan casos donde no hay represión laboral ni crecimiento económico.

Otro tipo de caso común en investigación cualitativa es el estudio de casos desviados. La selección de casos desviados está relacionada con

explicar anomalías en una teoría. El propósito de estudiar casos desviados es generar nuevas explicaciones sobre un fenómeno. Por ejemplo, Pérez Bentancur *et al.* (2020) estudian el caso del Frente Amplio en Uruguay (un partido de centroizquierda exitoso) como un caso de estructura partidaria que surge como un partido de masas y se reproduce como tal, es decir no se oligarquiza. Los partidos de masas (partidos con militantes) fueron estructuras frecuentes hacia mediados del siglo XX. Sin embargo, con el desarrollo de los medios masivos de comunicación primero, y luego de las comunicaciones por internet, estos partidos fueron perdiendo sus bases militantes y se transformaron en estructuras elitizadas (Pérez Bentancur *et al.*, 2020). La teoría predice que los partidos que surgieron como partidos de masas, sometidos a los shocks externos mencionados, deberían oligarquizarse. El Frente Amplio enfrentó esos shocks, pero no se oligarquizó. Esta característica lo convierte en un caso desviado y su estudio permite perfeccionar la teoría sobre la oligarquización partidaria.⁴ A partir de un análisis histórico comparado, los autores muestran las razones de la no oligarquización del partido.

Finalmente, también son comunes en los diseños cualitativos los estudios de casos cruciales, “más probables” (*most-likely*) y “menos probables” (*less-likely*). Los casos cruciales más probables son aquellos en los que en todo indicaría que el resultado (Y) debería aparecer, pero este no aparece. Este tipo de casos se suelen usar para rechazar teorías establecidas o debilitarlas (Gerring, 2007). Por ejemplo, se ha señalado que la movilización feminista es el factor más importante para adoptar leyes que permiten el aborto voluntario. Pérez Bentancur (2019) utiliza el caso argentino para debilitar esta teoría. La Argentina es el país de América Latina que cuenta con el movimiento feminista por el aborto legal más grande y extenso. En 2018, en el pico de la movilización feminista, el Congreso argentino intentó aprobar una ley sobre este tema y fracasó. La Argentina es utilizada en el estudio como un caso crucial más probable (*most-likely*) para testear la hipótesis de la movilización feminista, pues si este factor fuese una condición suficiente para generar la reforma, entonces esta debería haberse aprobado en ese año (Pérez Bentancur, 2019). A partir de un análisis detallado del caso, el estudio muestra por qué no se alcanzó la reforma.

Los casos cruciales menos probables son aquellos donde todas las variables menos la variable independiente (teorizada por el o la

investigadora) predicen que el resultado (Y) no debería aparecer, pero este aparece. Esto casos se usan para confirmar teorías (Gerring, 2007). Por ejemplo, Wendy Hunter (2007) construye una teoría sobre adaptación partidaria y utiliza al caso del Partido de los Trabajadores (PT) en Brasil para testarla. La autora plantea que el PT pasó por un proceso de moderación de su plataforma programática desde su creación en 1979 hasta que ganó la presidencia en 2002. En este proceso de moderación el PT realizó un movimiento de partido “buscador de políticas” a partido “maximizador de votos”. Sin embargo, esto no debería haber ocurrido porque el PT era un “partido de izquierda radical”, es decir, un partido altamente ideologizado que durante mucho tiempo se resistió a adoptar estrategias maximizadoras de votos. La adaptación del PT no se esperaba pero ocurrió (Hunter, 2007). La autora construye una teoría sobre adaptación estrategia de los partidos políticos y muestra cómo esta adaptación ocurrió en el caso del PT.⁵

3.4. Validez externa e interna

Los diseños cualitativos y cuantitativos se diferencian en la validez externa e interna. La validez externa alude a capacidad para generalizar los resultados obtenidos a partir de los casos observados a otros casos no observados. La validez externa es una propiedad de los estudios de N grande (comparan muchos casos). Así por ejemplo, en función de su muestra de setenta países Htun y Weldon (2018) señalan que los resultados de su trabajo sobre el avance de los derechos de las mujeres son representativos de otros países del mundo. Los experimentos y los estudios de N pequeños son débiles en validez externa. Los estudios cualitativos también tienen pretensiones de generalización, sin embargo, sus inferencias se dirigen a poblaciones pequeñas, relativamente acotadas y homogéneas. Estos estudios asumen que un factor causal puede tener efectos muy distintos en diferentes contextos, esto se conoce como “condiciones de alcance” (*scope conditions*). Un ejemplo de este tipo de generalización acotada aparece en el trabajo de Pribble (2013) cuando afirma que:

La explicación que surge de este libro no busca establecer una teoría que pueda generalizarse a todo el mundo en cualquier período de

tiempo. Por el contrario, la teoría se aplica a un pequeño número de países, más específicamente a los países latinoamericanos más avanzados en protección social durante las décadas de 1990 y 2000. Estos países incluyen a la Argentina, Brasil, Chile, Costa Rica, México y Venezuela (Pribble, 2013: 23-24).

La autora entiende que fuera del contexto que delimita (los países más avanzados en términos de protección social en los años de 1990 y 2000) la expansión del estado de bienestar quizás tenga otros determinantes.

La validez interna refiere a la capacidad del diseño para afirmar que la relación que postula entre la variable dependiente y la independiente es verdadera. Como se vio, los diseños más fuertes en validez interna son los experimentales. Sin embargo, los estudios en profundidad de caso también son fuertes en este aspecto cuando establecen mecanismos causales.

Tabla 3. Principales diferencias entre los diseños de investigación cuantitativos y cualitativos

	Diseños cuantitativos	Diseños cualitativos
Control	Fuerte en los experimentos, más débil en el resto, en particular en la regresión	Muy débil
Noción de causalidad	Estimación de efectos promedios/probabilística	Condiciones necesarias y suficientes/mecanismos/
Selección de casos	Al azar o todos los casos	Deliberada: selección por variable dependiente/caso desviado, caso crucial/casos más similares y más diferentes, etcétera.
Cantidad de casos	N grande, muchos casos	N pequeño, análisis en profundidad de un caso o comparaciones de pocos casos
Validez	Fuertes en validez externa (salvo en los experimentos); débiles en validez interna (salvo los experimentos)	Débiles en validez externa (acotada a contextos homogéneos); fuertes en validez interna

4. Conclusiones

Este capítulo ha resumido las principales distinciones entre la investigación cuantitativa y cualitativa orientada por la producción de inferencias. Como se vio, todos los diseños de investigación tienen debilidades y fortalezas para el análisis causal. En este sentido, más allá de que algunos académicos se sientan más cercanos a la tradición cuantitativa y otros a la cualitativa, nunca debería despreciarse la utilidad de ningún diseño para comprender los fenómenos de la vida social.

Esta postura ha inspirado el desarrollo de métodos mixtos como la integración de métodos cuantitativos y cualitativos para eliminar diferentes aspectos de un diseño de investigación. Recientemente, algunos trabajos mostraron que, por ejemplo, combinar experimentos o modelos de regresión con estudios de caso puede ser de utilidad para buscar mecanismos causales, aspecto que no puede ser captado con los métodos cuantitativos. A la inversa, también se ha señalado que los investigadores que parten de estudios de caso con el objetivo de construir una teoría o ajustarla, pueden beneficiarse de un diseño de N grande en busca de un “test de generalidad” en un número de casos mayor (Dunning, 2015; Lieberman, 2005; Seawright, 2016). En cualquier caso, ya sea que se acuda a estrategias cuantitativas, cualitativas, mixtas o comparadas, lo más importante es poner el diseño al servicio de la resolución de la pregunta de investigación y justificar por qué la estrategia elegida es adecuada.

Bibliografía

- Almond, Gabriel A. (1988) “Separate Tables: Schools and Sects in Political Science”, en *Political Science & Politics* 21 (4) (pp. 828-42).
- Beach, Derek y Rasmus B. Pedersen (2016). *Causal Case Study Methods: Foundations and Guidelines for Comparing, Matching, and Tracing*. Michigan, University of Michigan Press.
- Bennett, Andrew y Jeffrey T. Checkel (2015). *Process Tracing*. Cambridge, Cambridge University Press.

- Brady, Henry y David Collier (2010). *Rethinking Social Inquiry: Diverse Tools, Shared Standards*. Maryland, Rowman & Littlefield Publishers.
- Cattaneo, Matías, Nicolás Idrobo y Rocío Titiunik (2019). *A Practical Introduction to Regression Discontinuity Foundations*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Cherif, Feryal M. (2015). *Myths about Women's Rights: How, Where, and why Rights Advance*. Oxford, Oxford University Press.
- Collier, David (1993). "The Comparative Method", en A. W. Finifter (ed.), *Political Science: The State of the Discipline (II)*. American Political Science Association, Michigan, University of Michigan, pp. 105-119.
- Corbetta, Piergiorgio (2007). *Metodología y Técnicas de Investigación Social, 2a ed.* Madrid, McGraw-Hill Interamericana de España S.L.
- Dunning, Thad (2015). "Improving process tracing: The case of multi-method research", en Andrew Bennett y Jeffrey T. Checkel (eds.), *Process Tracing. From Metaphor to Analytic Tool*. Cambridge, Cambridge University Press, pp. 211-236.
- Elman, Colin, John Gerring y James Mahoney (2020). *The Production of Knowledge: Enhancing Progress in Social Science*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Etchemendy, Sebastián (2019). "The Rise of Segmented Neo-Corporatism in South America: Wage Coordination in Argentina and Uruguay (2005-2015)", en *Comparative Political Studies*, 52(10), pp. 1427-1465.
- George, Alexander L. y Andrew Bennett (2005). *Case Studies and Theory Development in the Social Sciences*. Cambridge, MIT Press.
- Gerber, Alan S. y Donald P. Green (2012). *Field Experiments: Design, Analysis, and Interpretation*. Nueva York, W. W. Norton.
- Gerring, John (2007). *Case Study Research: Principles and Practices*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Gerring, John (2011). *Social Science Methodology: A Unified Framework*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Goertz, Gary y James Mahoney (2012). *A Tale of Two Cultures: Qualitative and Quantitative Research in the Social Sciences*. Princeton, Princeton University Press.
- Han, Hahrie (2016). "The Organizational Roots of Political Activism: Field Experiments on Creating a Relational Context", en *American Political Science Review*, 110(2), pp. 296

- Ho, Daniel E., Kosuke Imai, Gary King y Elizabeth A. Stuart (2007). “Matching as Nonparametric Preprocessing for Reducing Model Dependence in Parametric Causal Inference”. *Political Analysis*, 15(3), pp. 199-236.
- Htun, Mala y S. Laurel Weldon (2018). *The Logics of Gender Justice: State Action on Women’s Rights Around the World*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Hunter, Wendy (2007). “The Normalization of an Anomaly: The Workers’ Party in Brazil”, en *World Politics*, 59(3), pp. 440-475.
- Johnson, Chalmers (1987) “Political Institutions and Economic Performance: the Government-Business Relationship in Japan, South Korea and Taiwan”, en Frederic C. Deyo (ed.), *The Political Economy of the New Asian Industrialism*, Ithaca, Cornell University Press.
- King, Gary, Robert O. Keohane y Sidney Verba (1994). *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in Qualitative Research*. Princeton, Princeton University Press.
- Koivu, Kendra L. y Erin K. Damman (2015). “Qualitative variations: The sources of divergent qualitative methodological approaches”, en *Quality & Quantity*, 49(6), pp. 2617-2632.
- Koivu, Kendra L. y Annika M. Hinze (2017). “Cases of Convenience? The Divergence of Theory from Practice in Case Selection in Qualitative and Mixed-Methods Research”, en *PS: Political Science & Politics*, 50(4), pp. 1023-1027.
- Kuhn, Thomas S. (1971). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Lieberman, Evan S. (2005). “Nested Analysis as a Mixed-Method Strategy for Comparative Research”, en *American Political Science Review*, 99(3), pp. 435-452.
- Lijphart, Arend (1971). “Comparative Politics and the Comparative Method”, en *American Political Science Review*, 65(3), pp. 682-693. Disponible en: <https://doi.org/10.2307/1955513>
- Lupia, Arthur y Colin Elman (2014). “Openness in Political Science: Data Access and Research Transparency: Introduction”, en *PS: Political Science & Politics*, 47(1), pp. 19-42.
- Mahoney, James y Goertz, Gary (2004). “The Possibility Principle: Choosing Negative Cases in Comparative Research”, en *The American Political Science Review*, 98(4), pp. 653-669.

- Pérez Bentancur, Verónica (2019). *La política del aborto legal en América Latina* [Disertación del Programa de Doctorado en Ciencia Política]. Buenos Aires, Universidad Torcuato Di Tella.
- Pérez Bentancur, Verónica, Fernando Rosenblatt y Rafael Piñeiro Rodríguez (2020). *How Party Activism Survives. Uruguay's Frente Amplio*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Piñeiro, Rafael y Fernando Rosenblatt (2016). “Pre-Analysis Plans for Qualitative Research”. *Revista de Ciencia Política (Santiago)*, 36(3), pp. 785-796.
- Pribble, Jennifer (2013). *Welfare and Party Politics in Latin America*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Seawright, Jason (2016). *Multi-Method Social Science: Combining Qualitative and Quantitative Tools*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Seawright, Jason (2018). “Beyond Mill: Why Cross-Case Qualitative Causal Inference Is Weak, and Why We Should Still Compare”, en *Qualitative and Multi-Method Research*, 16(1), pp. 8-14.
- Seawright, Jason y John Gerring (2008). “Case Selection Techniques in Case Study Research: A Menu of Qualitative and Quantitative Options”. *Political Research Quarterly*, 61(2), pp. 294-308.
- Tannenwald, Nina (1999). “The Nuclear Taboo: The United States and the Normative Basis of Nuclear Non-Use”, en *International Organization*, 53(3), pp. 433-468.
- Tarrow, Sidney (2012). *El Poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza.

-
1. Comúnmente la variable dependiente se simboliza mediante “Y” y las variables dependientes como “X1”, “X2”, “X3”, etcétera.
 2. A esto se le llama supuesto *ceteris paribus*.
 3. NIC: Newly Industrialized Countries. “Países de nueva industrialización” por su sigla en inglés, también llamados Tigres asiáticos”.
 4. Aunque Pérez Bentancur *et al.* (2020) seleccionan a su caso de acuerdo con la teoría, en diseños mixtos que empiezan con un componente de N grande, por ejemplo, un modelo de regresión lineal, un caso desviado sería aquel con más residuos en relación con la línea de regresión (Gerring, 2007).

5. A diferencia de los casos desviados, la identificación de casos cruciales siempre es deductiva, esto es, depende de la teoría. No hay posibilidad de identificar un caso crucial en el contexto de N grande (Gerring, 2007).

Capítulo 5

Métodos mixtos: diseñando investigaciones que combinan enfoques cualitativos y cuantitativos

Julieta Suárez-Cao¹ y Federica Sánchez Staniak

Los métodos son las herramientas que permiten evaluar si nuestras hipótesis y teorías se corresponden con la realidad. Diferentes métodos utilizan distintas técnicas para analizar datos o procesar evidencia y para determinar si las hipótesis planteadas se condicen con la realidad. Muchas investigaciones emplean simultáneamente diferentes tipos de métodos para examinar empíricamente las proposiciones teóricas. Por ejemplo, hay estudios que combinan experimentos de laboratorio con encuestas, y otros que combinan grupos focales con observación participante (Seawright, 2016). Esto quiere decir que es posible tener diseños de investigación basados en métodos múltiples que involucren diferentes técnicas de análisis dentro de una misma tradición o que empleen distintos diseños de tradiciones complementarias como en el caso de la investigación observacional y la experimental.² Este capítulo entenderá por métodos mixtos un subtipo de métodos múltiples caracterizado por la combinación o yuxtaposición de técnicas cualitativas y cuantitativas en estudios de diseño observacional.

La discusión sobre métodos cualitativos y cuantitativos en las ciencias sociales se ha caracterizado por un largo debate que contrastó siempre estas dos formas de abordar la investigación científica dentro de sus distintas disciplinas. Los paradigmas tradicionales, entendidos como formas de ver el mundo o como epistemologías complejas, incorporan ideas de la filosofía de la ciencia como la ontología y la metodología, representando un sistema

de valores compartido por una determinada comunidad científica (Morgan, 2007). El enfoque de métodos mixtos para la investigación científica ha sido recientemente presentado como un tercer paradigma, desarrollado por los sociólogos y los antropólogos culturales como una posición intermedia entre los enfoques cuantitativo y cualitativo (Johnson *et al.*, 2007). En este sentido, si el neopositivismo ha sido entendido como el paradigma propio de la metodología cuantitativa y el constructivismo como el propio de la metodología cualitativa, el pragmatismo se postula hoy como el paradigma que subyace a la investigación científica basada sobre métodos mixtos (Johnson *et al.*, 2007; Greene, 2008; Creswell, 2009).

Ahora bien, ¿de qué hablamos concretamente cuando hablamos de métodos mixtos? Los primeros en introducir la idea de usar más de un método en el proceso de validación de resultados de una investigación fueron Campbell y Fiske (1959) al hablar de operacionalización múltiple. Esto muestra que no es necesariamente una innovación actual. Lo que es contemporánea es la “decisión consciente, tomada por una o un investigador de usarlos en un mismo trabajo relacionado con una misma pregunta de investigación, basada en el supuesto de que el uso de diferentes métodos producirá mejores resultados para responder dicha pregunta” (Ahmed y Sil, 2012: 2).

En esta decisión consciente, pensar en términos de métodos mixtos se entiende, así, como una orientación hacia la investigación y producción científica que busca entablar un diálogo entre diferentes formas de observar y experimentar la realidad social. Esta visión se sostiene sobre el supuesto de que cualquier enfoque es por sí solo parcial y que, en verdad, son simultáneamente legítimas varias cosmovisiones en el complejo proceso de la investigación académica. El potencial para ser considerada una metodología independiente dentro de las ciencias sociales está dado por su capacidad para abarcar los diferentes paradigmas dominantes y, a la vez, mantener componentes metodológicos distintivos y propios en cuanto refiere a métodos de recolección de datos, métodos de investigación y su filosofía de la ciencia (Greene, 2008).

El presente capítulo expone las diferentes visiones sobre la conveniencia de utilizar diseños de investigación basados en métodos mixtos, discutiendo la noción de la posibilidad y deseabilidad de combinar métodos cuantitativos y cualitativos. Desde esta noción, se distinguen dos formatos de métodos mixtos que han sido predominantes en la investigación en

ciencias sociales. Estos formatos pertenecen a visiones distintas sobre la metodología en ciencia social. Por un lado, en la que denominaremos perspectiva clásica se reconoce que existe una única forma de hacer inferencia causal y dos estilos de investigación, uno basado en la metodología cuantitativa y otro en la cualitativa (King, Keohane y Verba, 1994). La primera, basada en números, usa la estadística para poner a prueba hipótesis causales y encontrar generalizaciones a sus explicaciones. La segunda utiliza diversas técnicas no numéricas para explicar fenómenos particulares con un objetivo de generalización de rango medio. Así, la ciencia se define por su poder de control para generalizar. Esta perspectiva distingue diferentes métodos que ordena según su capacidad de control: el método experimental, el estadístico, el comparado y el histórico (Sartori, 1991). La metodología cuantitativa suele ser entonces considerada superior debido a que permite realizar generalizaciones más robustas, mientras que el método comparado, más afín a la metodología cualitativa, se emplea cuando no tenemos la suficiente cantidad de casos. Esta situación se ilustra en el famoso adagio de Lijphart (1971) que sostiene que el problema de las ciencias sociales es el de “pocos casos, muchas variables”.

En la perspectiva contemporánea, se reconoce que las dos tradiciones metodológicas tienen diferencias estructurales que las distinguen y generan enfoques alternativos (Brady y Collier, 2010; Goertz y Mahoney, 2012). La crítica a la perspectiva clásica remarca que esta propone una comprensión demasiado acotada del proceso de investigación, basándose exclusivamente en el marco cuantitativo sin prestar suficiente atención a sus limitaciones, ni reconociendo las contribuciones del método cualitativo a la investigación científica. En este sentido, consideran que el objetivo debe ser desarrollar un marco de referencia común a las dos metodologías que permita superar las diferencias, garantizando a los y las investigadores la posibilidad de usar técnicas analíticas alternativas que resulten convincentes para quienes desarrollan sus investigaciones centrándose en una u otra metodología.

Brady y Collier (2010) proponen así una visión alternativa que desarrolla argumentos constructivos para alcanzar un equilibrio entre ambas tradiciones, sin caer en el reduccionismo de asumir que el método cuantitativo es simplemente mejor porque se sostiene en la regresión estadística. Si la inferencia causal –esto es, la posibilidad de establecer relaciones causales entre las variables– es fundamental para la investigación científica, es importante poder identificar las contribuciones y la influencia

que tienen en este proceso los diferentes tipos de datos que aportan una y otra tradición. La metodología cualitativa es capaz de aportar información de una riqueza desconocida en el mundo de la estadística; el conocimiento en detalle de los casos de estudio, de los procesos y de los contextos en los cuales se enmarcan las investigaciones no pueden conocerse exclusivamente a partir de cifras y observaciones numéricas en una base de datos (lo que ellos denominan *data-set observations*). En cambio, las observaciones de procesos causales (conocidas como *causal-process observations*) típicas de los métodos cualitativos representan un conocimiento, dato o información acerca del proceso, contexto o mecanismo causal que contribuye distintivamente a la inferencia causal (Brady, Collier y Seawright, 2010). La importancia de este tipo de observaciones no radica en su alcance o potencial de generalización, sino más bien en la profundidad de la información que aporta al proceso de investigación.

En contraste con el enfoque de regresión clásico que domina la tradición cuantitativa y donde se busca obtener la mayor cantidad de observaciones numéricas para reforzar la validez y la aplicabilidad de las teorías, en la metodología cualitativa es factible encontrar pocas pero buenas observaciones de procesos causales que pueden sumarse como evidencia diagnóstica y que, de forma indirecta, contribuyen a la inferencia causal.³ Existen críticas, sin embargo, que postulan dudas sobre si la información que se obtiene de la observación de procesos causales puede tener la capacidad de resolver problemas críticos de diseño. Si para Brady y Collier (2010) los investigadores sociales se asemejan a detectives que buscan pistas para resolver un caso específico sobre la base de la información disponible, para Beck (2006) en cambio, los científicos sociales se parecen más a los criminólogos que buscan establecer principios generales para una teoría.

En lo relativo a los métodos mixtos propiamente dichos, es posible distinguir dos formatos de diseño: la *triangulación*, más cercana a la perspectiva clásica de la metodología social, y la *integración*, correspondiente a la perspectiva contemporánea. Esta distinción se basa principalmente en que si bien ambas perspectivas sostienen la validez y la ventaja de aproximarse empíricamente al mismo fenómeno a investigar desde distintas modalidades, que van desde el tipo de evidencia a analizar a los métodos empleados para tal fin, la perspectiva clásica no problematiza

las diferencias ontológicas entre la tradición cuantitativa y la cualitativa de la manera en que sí lo hace la perspectiva contemporánea. En este sentido, la perspectiva contemporánea reconoce expresamente las limitaciones de la combinación de métodos en tanto estos deben ser congruentes con las teorías que buscamos evaluar (Hall, 2003).

El punto de la congruencia es relevante porque que no existe un acuerdo generalizado sobre las ventajas de realizar investigaciones con métodos mixtos; de hecho, un libro canónico de la literatura especializada considera que las metodologías cualitativas y cuantitativas pertenecen a dos “culturas” diferentes (Goertz y Mahoney, 2012). Así, como se reconoce que aun en aquellos casos en que se comparte una epistemología neopositivista se acuerda en que ontológicamente el mundo de lo social está atravesado por lógicas causales que pueden ser cognoscibles y que existen realmente más allá de la perspectiva de la persona que observa el fenómeno, los postulados teóricos que proponemos para entender estas fuerzas causales no siempre son congruentes con los métodos que utilizamos para evaluar las hipótesis. Si las metodologías cuantitativas y cualitativas están preparadas para evaluar distintos tipos de causalidad, las ventajas de combinar métodos en un mismo diseño se verían reducidas.

Sin embargo, otras investigaciones sostienen que “la investigación de métodos múltiples bien diseñada y bien ejecutada tiene ventajas inferenciales sobre la investigación que se basa en un solo método” (Seawright 2016: 19). Aun si no hay una respuesta definitiva respecto de los beneficios o detrimentos de este camino, la tendencia que apunta a incorporar procedimientos y enfoques de métodos mixtos no solamente está en alza, sino también se está expandiendo a diferentes disciplinas (Creswell, 2009). Es posible, sin embargo, establecer entonces que los métodos mixtos requieren de preguntas de investigación cuya respuesta tentativa, las hipótesis, postulen una relación causal susceptible de ser evaluada con metodologías cuantitativa y cualitativa.

El capítulo se organiza de la siguiente manera. A continuación, se releva el argumento que postula que las metodologías cualitativas y cuantitativas pertenecen a “dos culturas” y por lo tanto se vuelve más difícil, y menos deseable, la combinación de métodos. En el segundo apartado se discuten las opciones de diseños de métodos mixtos usualmente empleados. Así, se distingue el uso de métodos mixtos en la perspectiva metodológica clásica y en la contemporánea, contrastando las estrategias de triangulación y de

integración. El tercer apartado presenta ejemplos hipotéticos para ayudar a pensar preguntas de investigación susceptibles de ser analizadas con métodos mixtos integrados. El cuarto apartado concluye.

1. ¿Métodos mixtos o dos culturas?

Si las diferencias entre la investigación cuantitativa y la cualitativa son tan sistemáticas y coherentes, debemos hablar en verdad de dos culturas independientes (Goertz y Mahoney, 2012). En este caso, no existiría una única lógica inferencial tal como lo planteaban King, Keohane y Verba (1994). La identidad cultural de los métodos cualitativos y cuantitativos no tiene que ver entonces con que a una le sean propios los números y a la otra las palabras, sino más bien con sus orientaciones básicas respecto de la investigación y las diferentes tradiciones matemáticas que les dan forma, cada una apropiada para afrontar diferentes tareas y diseñadas para alcanzar objetivos diversos.

Así, mientras la metodología cuantitativa se sostiene sobre la base de la estadística inferencial y el análisis de múltiples casos, la metodología cualitativa se basa en la lógica, la teoría de sets y el estudio de casos individuales. Sin embargo, como argumentan los autores, las diferencias no terminan aquí, sino que también alcanzan un aspecto tan fundamental en la investigación como es la forma de entender la causalidad. Tanto el enfoque de *causas-de-efectos* como el enfoque de *efectos-de-causas* son válidos e importantes para la producción científica, pero cada uno acarrea consecuencias metodológicas significativas para las ciencias sociales (Goertz y Mahoney, 2012).

Por un lado, la cultura cuantitativa, cuyo estándar es el método experimental, se concentra en la búsqueda de efectos promedio de ciertas variables sobre una población específica de casos (*efectos-de-causas*). Por el otro, los investigadores cualitativos están interesados en explicar resultados en casos individuales proveyendo explicaciones en las cuales buscan identificar aquella combinación de condiciones que es suficiente para observar un determinado desenlace en un caso particular o en un número pequeño de casos (*causas-de-efectos*). Mientras en la investigación cuantitativa el estudio intensivo de un solo caso juega un rol meramente

secundario, en la comunidad de investigadores cualitativos la estimación del efecto promedio de una variable no es un objetivo preferible en comparación a poder desarrollar un argumento causal sólido que sea capaz de explicar de forma sistemática y satisfactoria el resultado de un único caso de estudio. En este sentido, una buena explicación de un resultado debería ser también una buena explicación para cualquier otro caso en el cual ese mismo resultado se observe.

A pesar de las diferencias, en ciertas ocasiones ambos enfoques pueden ser complementarios; una buena explicación cualitativa sobre un resultado específico en un número reducido de casos puede abrir la puerta a preguntarse si los mismos factores llevan a idénticas conclusiones cuando se amplía el universo de aplicación. De la misma manera, también tiene sentido preguntarse si los resultados obtenidos en términos de efectos promedios concuerdan con lo observado en la historia de casos individuales.

Ambas culturas son incluso diferentes en su forma de abordar la complejidad causal. En la investigación cuantitativa, aun si el interés se centra en el efecto principal de cierta variable explicativa, se asume que puede haber múltiples causas para observar un resultado en la variable dependiente. El desafío es desarrollar una buena estimación de los efectos promedio de la variable de interés, considerando que existen a su vez otras influencias que pueden introducir ruido en la relación propuesta por los y las investigadoras. Así, la noción de causalidad subyacente es múltiple (existe más de una causa relevante) pero la relación entre estas causas es aditiva; la suma de los efectos individuales de las variables independientes indica el porcentaje de variación de la variable dependiente explicado por el modelo utilizado.

En el análisis estadístico, los potenciales problemas de sesgo por omisión de variables y la amenaza de relaciones espurias están siempre presentes, incluso si parte de estos se recogen en el término de error de los modelos. Por el contrario, la metodología cualitativa busca modelar la complejidad causal dado que tiene un interés genuino por descubrir y comprender las combinaciones causales que producen un determinado resultado. En estos casos, la causalidad se entiende en cambio como un conjunto de causas que producen, o son suficientes, para un desenlace observado. De este modo, la causalidad también es múltiple pero la relación entre los factores explicativos es combinatoria y no aditiva, los efectos no

son independientes entre sí, sino que es precisamente su interacción la que determina el resultado de interés.

Las diferencias no implican necesariamente contradicciones en tanto cada cultura se presenta como un sistema coherente atrayendo regularmente a los y las investigadoras que se sienten identificadas con esta. De todos modos, las culturas funcionan también como sistemas permeables que son accesibles a influencias cruzadas. Existen varias formas en las que los métodos y las estrategias de una tradición pueden ser beneficiosas para la otra. El enfoque de métodos mixtos es una de estas opciones, aunque la extensión de las mezclas culturales pueda variar según los proyectos. Desde la perspectiva de Goertz y Mahoney (2012), la investigación con métodos mixtos implicaría que se aborden de forma completa y simultánea objetivos característicos de ambas metodologías. Esto es, por ejemplo, estimar los efectos promedio de variables de interés en grandes poblaciones y, al mismo tiempo, explicar los resultados específicos para casos particulares dentro de esa misma población. Esto involucra la utilización de análisis multivariados y longitudinales, junto a modelos estadísticos y otras herramientas cuantitativas a la vez que se utilizan técnicas de análisis de casos singulares, modelos causales configuracionales y otros recursos propios de la metodología cualitativa. El objetivo final es, eventualmente, la generación de una ciencia social más pluralista sobre la base de la combinación constructiva de las diferentes culturas.

2. Métodos mixtos: ¿La solución a todos los problemas?

El trabajo de King, Keohane y Verba (1994) ha sido ampliamente criticado por la forma en la que, no tan sutilmente, subestima la capacidad de la metodología cualitativa de hacer inferencia causal válida por tratarse particularmente de un enfoque de pocos casos cuyo fuerte podría ser en cambio la inferencia descriptiva. A lo largo de toda su propuesta, los autores sugieren que el potencial de la metodología cualitativa podría explotarse si los investigadores se concentraran en aumentar la cantidad de observaciones que tienen en un mismo caso, utilizando diferentes

estrategias para extender las unidades de análisis o reducir las variables de interés.⁴ La triangulación, es decir el uso conjunto de métodos cuantitativos y cualitativos, solamente es posible en tanto el enfoque cualitativo se adapte a los requisitos formales que estipula el formato cuantitativo, especialmente en términos de diseños de investigación.

Para estos autores, las aproximaciones a la causalidad en función de enfoques tradicionalmente cualitativos, como el rastreo de procesos, son en verdad contribuciones complementarias al proceso de inferencia causal, cuyo peso fundamental recae sobre la metodología cuantitativa del estudio. En sus palabras, “el rastreo de procesos y otros análisis basados en subunidades son útiles para encontrar hipótesis plausibles acerca de mecanismos causales que pueden, a su vez, contribuir a generalizaciones descriptivas y pavimentar el camino para la inferencia causal” (King, Keohane y Verba 1994: 228). Como explica Sil (2018), el valor de la investigación cualitativa termina así dependiendo de si refleja o no las proposiciones derivadas de modelos formales y/o de análisis estadísticos, pero pierde su individualidad como forma de contribuir a la verificación de hipótesis o teorías.

En la perspectiva cuantitativa clásica, la causalidad se entiende en términos contrafactuales en tanto se compara el “efecto causal” que tiene una determinada variable de interés sobre un resultado cualquiera en comparación con el resultado que se habría observado si esa variable no hubiese existido o no hubiese adoptado determinado valor.⁵ Para King, Keohane y Verba (1994) el enfoque cualitativo de la causalidad centrado en los mecanismos causales (propia de los rastreos de procesos, el análisis histórico y los estudios de caso) no puede entenderse sin remitirse a la definición cuantitativa de causalidad porque es la única forma por medio de la cual se alcanza, en efecto, la inferencia causal. En cierta forma, la causalidad cualitativa termina, de esta manera, subordinada a una causalidad experimentalista que está relativamente alejada de su naturaleza. Como consecuencia de esto mismo, la triangulación en la investigación social nunca puede utilizar las lógicas de forma combinatoria porque no están puestas al mismo nivel. Es así que, en esta forma de mezclar métodos, lo que se da son diferentes aproximaciones independientes a un mismo objeto de estudio o a una misma pregunta. El objetivo es, en última instancia, comprobar si estas aproximaciones que vienen de lógicas diversas llegan a las mismas conclusiones sustantivas; “la metáfora es la técnica

geométrica de estimar una distancia midiendo el ángulo de visión hacia el objeto desde dos puntos de vista diferentes” (Seawright 2016: 4).

La debilidad fundamental de la triangulación reside en cómo desempatar cuando las lógicas llegan a conclusiones diferentes. Seawright (2016), que es uno de los más críticos de esta aproximación, argumenta que las limitaciones tienen que ver más bien con ciertas incoherencias propias de esta. En términos más generales, la pregunta que se hace es si realmente el enfoque cuantitativo y el enfoque cualitativo *pueden* responder las mismas preguntas, y qué significa que lo hagan o lo intenten. Siendo que se trata de lógicas cuyos idiomas son tan diferentes, ¿cómo se determina concretamente si están de acuerdo o si sus resultados difieren cuando, de un lado, tenemos un coeficiente que indica el efecto promedio de una variable sobre otra y, del otro lado, tenemos un análisis detallado de procesos y contextos de corte más bien etnográfico?

Parte de este dilema viene a ser resuelto con el formato de integración de métodos mixtos. Como se explicó anteriormente, la perspectiva contemporánea reconoce que los cimientos metodológicos de los métodos cuantitativos y cualitativos no operan necesariamente bajo una misma lógica causal. Desde esta perspectiva, los métodos mixtos presentan entonces una serie de dilemas. En particular, si los métodos cuantitativos se ocupan de buscar relaciones probabilísticas en causalidades aditivas y los cualitativos de indagar relaciones determinísticas en causalidades combinatorias, ¿cómo combinar herramientas que están diseñadas para responder diferentes tipos de preguntas? En este caso, hay que reconocer entonces que no todas las preguntas podrán ser evaluadas con diseños de métodos mixtos, ya que para ello es necesario que la causalidad subyacente hipotetizada sea compatible con ambas estrategias metodológicas. En este caso, ya no es la triangulación la forma de combinar estrategias, sino la integración.

En los modelos integrados, los métodos cumplen diferentes funciones: uno de ellos cumple la función de realizar la inferencia final, mientras que el otro se emplea para diseñar, refinar, evaluar o reforzar dicha inferencia (Seawright, 2016). Así, se combinan los métodos para generar una única inferencia causal que puede responder a la lógica cualitativa o cuantitativa según la secuencia de los métodos utilizados. Esta idea se basa en que, más allá de las diferencias de las lógicas causales entre la tradición cuantitativa y la cualitativa, ambas pueden compartir el enfoque de los resultados

potenciales. Este enfoque postula simplemente que el efecto causal es la diferencia entre lo que realmente sucede en un caso dado y lo que hubiera sucedido si ese caso hubiera sido asignado a una categoría de tratamiento diferente (Seawright, 2016).

Un elemento crucial al pensar este tipo de diseños integrados viene dado por la secuencia de los métodos a emplear: ¿qué método usar primero? La combinación más tradicional suele comenzar con un diseño cuantitativo de N grande para evaluar nuestras hipótesis de manera cuantitativa y, a partir de esos resultados, seleccionar una serie de casos para realizar un estudio cualitativo en profundidad. A esta estrategia se la conoce como “análisis anidado” (Lieberman, 2005). Si el análisis cuantitativo es robusto, se procede a continuar la evaluación con el análisis de algunos casos en profundidad seleccionados entre aquellos que están en la línea de regresión, esto es, que son cabalmente explicados por el modelo estadístico, o seleccionados al azar. Si el análisis de N pequeño corrobora los hallazgos del de N grande, es posible terminar el estudio; de lo contrario, hay que evaluar la selección de los casos y realizar de nuevo el estudio cualitativo.

Si se encuentran problemas en la teoría evaluada con el N grande, se puede realizar un estudio cualitativo con casos diversos, seleccionados entre casos que son explicados por la teoría testeada en el análisis cuantitativo y otros que no lo son para realizar un estudio exploratorio con miras a construir un nuevo modelo a ser evaluado cuantitativamente en un N grande. Esta última estrategia de construcción de modelo a partir de un estudio cualitativo también se emplea cuando el primer estudio cuantitativo no arrojó resultados robustos.

En este sentido, la propuesta de Lieberman cumple con las recomendaciones del análisis integrador de Seawright (2016), el método cuantitativo realiza la inferencia causal y el cualitativo funciona para evaluar, refinar y reforzar la calidad de la misma. Sin embargo, la secuencia opuesta también es posible. En esta propuesta, el método cualitativo realiza la inferencia causal y el cuantitativo examina su posibilidad de generalización en otros casos de estudios (Mahoney, 2008). Así, en estudios cualitativos es posible investigar las combinaciones causales en un caso o en pocos casos y establecer además el mecanismo causal que produce el fenómeno que se busca explicar. Este resultado puede luego ser evaluado en una muestra más grandes de casos, para ver si se sostiene o si el efecto se da solo contextualizado.6

3. Ejemplos hipotéticos de análisis con métodos mixtos integradores

Un ejemplo de secuencia cuantitativa-cualitativa podría venir de la literatura de participación electoral. Las teorías actitudinales, por ejemplo, suponen que cuanto más identificados se encuentran los ciudadanos con un partido político y mayor interés en la política tienen, mayores son las probabilidades de que concurran a votar (Campbell, Converse, Miller y Stokes, 1960; Green, Palmquist y Schickler, 2002). En un estudio de regresión clásico, la relación entre estos conceptos puede estudiarse considerando datos de encuestas de opinión pública usando la participación reportada como variable dependiente, y el interés en la política y la identificación partidaria como variables independientes (Carreras y Castañeda-Angarita, 2014).⁷ Este estudio arrojaría el efecto promedio de cada una de estas variables independientes, cuya sumatoria serviría para explicar una parte del fenómeno de interés representado en la variable dependiente. Una segunda instancia puede hacer uso de entrevistas con diferentes individuos en las cuales el investigador o la investigadora pregunte acerca de la identificación de estos con los partidos políticos, indague cuán interesados están en la política y además averigüe sobre los patrones de votación de los entrevistados para comprender los distintos patrones de socialización política que se asocian a diferentes dinámicas de comportamiento electoral.

Un ejemplo de la secuencia opuesta, la cualitativa-cuantitativa, podría querer preguntarse sobre el rol del Estado en el desarrollo económico. Es posible postular, en contra de las teorías más economicistas que subrayan la relevancia del libre mercado por sí solo, que hay países en los cuales el Estado ha asumido un papel protagónico en la consolidación de una industria poderosa. En un análisis de N pequeño, Brasil, India, Corea del Sur y Zaire, Peter Evans encuentra que las condiciones para que esto ocurran son la presencia de una burocracia autónoma y de fuertes lazos con la sociedad civil (Evans, 1995). Evans analiza cuatro tipos de Estado diferentes, el surcoreano es el tipo ideal de “autonomía enraizada”, el de Zaire el caso negativo de “Estado predatorio”, mientras Brasil e India se ubican como casos intermedios. La causalidad combinatoria es factible de ser expandida a otras latitudes para evaluar, por ejemplo, si esta es

generalizable para todos los países de desarrollo tardío. Un análisis cuantitativo también podría examinar el impacto promedio de estas dos variables para desentrañar si alguna es más relevante que otra.

4. Conclusiones

Este capítulo ha indagado en los usos de los métodos mixtos en las ciencias sociales. Partiendo de una definición de métodos mixtos que denota solamente a los diseños de investigación que incluyen técnicas cualitativas y cuantitativas, se exploran las posiciones respecto de las ventajas y limitaciones de esta metodología para la validación de las hipótesis y la inferencia causal. Es posible encontrar tanto literatura especializada que resalta la fortaleza de la combinación, como estudios que se muestran más escépticos al respecto.

Una breve reseña de la estrategia de métodos mixtos muestra que el formato de combinación cuantitativa y cualitativa ha cambiado a través del tiempo. Así, es posible encontrar que los primeros análisis de métodos mixtos utilizaban una estrategia de triangulación donde diferentes métodos se usaban como diferentes instancias para recolectar evidencia y procesar datos sobre una misma pregunta, mientras que los diseños más contemporáneos abogan por la integración de metodologías cualitativas y cuantitativas, de manera tal que uno de los métodos se encarga de la inferencia causal y el otro se utiliza de manera suplementaria con el objetivo de otorgar mayor robustez al análisis.

Es posible resumir la idea principal en que los métodos mixtos no son adecuados para cualquier tipo de investigación o para responder todas las preguntas. Cualquier diseño que incluya la integración de enfoques cualitativos y cuantitativos tiene que reflexionar sobre la causalidad postulada en las hipótesis con miras a seleccionar el mejor método para la inferencia causal y sobre la secuencia de aplicación los métodos. Así, la metodología mixta no es la panacea que generará *per se* teorías más sólidas, sino que es otra herramienta más del arsenal metodológico de las ciencias sociales, cuyo valor va a depender de la solidez del diseño de investigación, de la pregunta a investigar, de las hipótesis postuladas y de los casos seleccionados.

Bibliografía

- Ahmed, Amel y Rudra Sil (2012). “When Multi-Method Research Subverts Methodological Pluralism: or Why We Still Need Single Method Research”, en *Perspectives on Politics*, Vol. 10 (4), pp. 935-953.
- Beck, Nathaniel (2006). “Is Causal-Process Observation an Oxymoron?”, en *Political Analysis*, Vol. 14 (3), pp. 347-352.
- Brady, Henry E. y David Collier (2010). *Rethinking Social Inquiry: Diverse Tools, Shared Standards*. Plymouth, Rowman & Littlefield Publishers.
- Brady, Henry E., David Collier y Jason Seawright (2010). “Refocusing the Discussion of Methodology” en Brady, Henry E. y David Collier (eds.), *Rethinking Social Inquiry: Diverse Tools, Shared Standards*. Plymouth, Rowman & Littlefield Publishers.
- Campbell, Angus, Phillip E. Converse, Warren E. Miller y Donald E. Stokes (1960). *The American Voter*. Chicago, The University of Chicago Press.
- Campbell, Donald T. y Donald W. Fiske (1959). “Convergent and Discriminant Validation by the Multitrait-Multimethod Matrix”, en *Psychological Bulletin*, Vol. 56 (2), pp. 81-105.
- Carreras, Miguel y Néstor Castañeda-Angarita (2014). “Who Votes in Latin America? A Test of Three Theoretical Perspectives”, en *Comparative Political Studies*, Vol. 47 (8), pp. 1079-1104.
- Creswell, John (2009). “Mapping the Field of Mixed Methods Research”, en *Journal of Mixed Methods Research*, Vol. 3 (2), pp. 95-108.
- Evans, Peter (1995). *Embedded Autonomy*. Princeton, Princeton University Press.
- Freedman, David A. (2010). “On Types of Scientific Inquiry: The Role of Qualitative Reasoning”, en Brady, Henry E. y David Collier (eds.), *Rethinking Social Inquiry: Diverse Tools, Shared Standards*. Plymouth, Rowman & Littlefield Publishers.
- Gerber, Alan S., Donald P. Green y Christopher W. Larimer (2008). “Social Pressure and Voter Turnout: Evidence from a Large-Scale Field Experiment”, en *American Political Science Review*, Vol. 102 (1), pp. 33-48.
- Goertz, Gary y James Mahoney (2012). *A Tale of Two Cultures: Qualitative and Quantitative Research in the Social Sciences*. Princeton, Princeton

University Press.

Green, Donald, Bradley Palmquist y Eric Schickler (2002). *Partisan Hearts and Minds: Political Parties and the Social Identities of Voters*: Yale, Yale University Press.

Greene, Jennifer C. (2008). "Is Mixed Methods Social Inquiry a Distinctive Methodology?", en *Journal of Mixed Methods Research*, Vol. 2 (1), pp. 7-22.

Hall, Peter (2003). "Aligning Ontology and Methodology in Comparative Research", in Mahoney y Rueschemeyer (eds.) *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Cambridge, Cambridge University Press.

Johnson, R. Burke, Anthony J. Onwuegbuzie y Lisa A. Turner (2007). "Toward a Definition of Mixed Methods Research", en *Journal of Mixed Methods Research*, Vol. 1 (2), pp. 112-133.

King, Gary, Robert O. Keohane y Sidney Verba (1994). *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in Qualitative Research*. Princeton, Princeton University Press.

Lieberman, Evan S. (2005). "Nested Analysis as a Mixed-Method Strategy for Comparative Research", en *The American Political Science Review*, Vol. 99 (3), pp. 435-452.

Lijphart, Arend (1971). "Comparative Politics and the Comparative Method", en *American Political Science Review*, Vol. 65 (3), pp. 682-693.

Mahoney, James (2008). "Towards a Unified Theory of Causality", en *Comparative Political Studies*, Vol. 41 (4/5):, pp. 412-436.

Morgan, David L. (2007). "Paradigms Lost and Pragmatism Regained: Methodological Implications of Combining Qualitative and Quantitative Methods", en *Journal of Mixed Methods Research*, Vol. 1 (1), pp. 48-76.

Sartori, Giovanni (1991). "Comparing and Miscomparing", en *Journal of Theoretical Politics*, Vol. 3 (3), pp. 243-257.

Seawright, Jason (2016). *Multi-Method Social Science: Combining Qualitative and Quantitative Tools*. Cambridge, Cambridge University Press.

Sil, Rudra (2018) "Triangulating Area Studies, Not Just Methods: How Cross-Regional Comparison Aids Qualitative and Mixed-Method Research", en Ariel Ahram, Patrick Köllner y Rudra Sil (eds.), *Comparative Area Studies: Methodological Rationales and Cross-Regional Applications*. Oxford, Oxford University Press.

Sil, Rudra, Ariel Ahram y Patrick Köllner (eds.) (2018). *Comparative Area Studies: Methodological Rationales and Cross-Regional Applications*. New York, Oxford University Press.

Skocpol, Theda (1984). *Los Estados y las revoluciones sociales. Un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*. México DF, Fondo de Cultura Económica.

-
1. Julieta Suárez Cao agradece el financiamiento del Proyecto Fondecyt Regular #1191083.
 2. Los diseños experimentales se basan en la manipulación del tratamiento. Es decir, la distribución de los grupos a los cuales se les aplica o no el tratamiento de la variable independiente es aleatoria, en tanto algunas unidades de observación recibirán el tratamiento y otras no. Por el contrario, en los diseños observacionales la distribución de las variables está dada desde el inicio. Por ejemplo, en un famoso experimento realizado en Estados Unidos, Gerber *et al.* (2008) buscaron saber si la presión social tenía un efecto sobre la participación electoral. En su investigación, aleatorizaron el tratamiento, que consistía en una serie de cartas que incluía información sobre la participación electoral pasada y futura de toda la cuadra del elector seleccionado. Lo que encuentran es que las personas que recibieron este tratamiento fueron a votar en una mayor proporción de quienes no lo hicieron. Un estudio observacional sobre el mismo tema podría evaluar el efecto de la presión social a partir de datos de encuesta, correlacionando distintas actitudes vinculadas a la presión social con la participación electoral reportada por las personas de la muestra (si vive en un entorno politizado, si se discute de política en su trabajo, por ejemplo). En este caso la distribución de las variables de interés, las actitudes, no son manipuladas por la asignación a un grupo de tratamiento, sino que vienen dadas por las respuestas en la encuesta.
 3. Freedman (2010) explica cómo la evidencia cualitativa en la epidemiología funcionó como la metodología de investigación base para el descubrimiento del cólera por John Snow.
 4. Por ejemplo, el número de observaciones se puede incrementar al considerar la dimensión temporal y observar una misma unidad a través del tiempo, al tener en cuenta las subunidades como estados o provincias en estados federales o utilizar medidas alternativas de que combinen en un índice muchas variables de interés.
 5. Esta comprensión de la causalidad se basa en el método experimental que observa los resultados en función de la aplicación o ausencia de un determinado tratamiento a un grupo en comparación con otro.
 6. Esta secuencia es ideal para evaluar el ámbito (*scope*) de la teoría que indica las condiciones donde se espera que la teoría sea aplicable. En un ejemplo paradigmático para la tradición cualitativa de las ciencias sociales, Theda Skocpol (1984) en su famoso trabajo *Los Estados y las revoluciones sociales* propone que las causas de la revolución, que ella identifica en los casos de Francia, Rusia y China, solo son válidas en los casos de países que no hayan pasado por una experiencia colonial. En la práctica esto supone que la revolución en Cuba no debería ser explicada por las mismas configuraciones causales, puesto que existen otros factores que distinguen a estos casos.
 7. Existen bases de datos comparadas y de acceso gratuito donde este tipo de variables están disponibles como por ejemplo LAPOP y Latinobarómetro.

Capítulo 6

Experimentos en las ciencias sociales

*Emilia Simison*¹

Los experimentos se distinguen de otros diseños de investigación porque el o la investigadora interviene en el proceso por el cual se genera la información. Esto implica que, en lugar de utilizar datos que se forman en el mundo de manera independiente de quienes investigan, se manipula alguna variable de interés para mejor evaluar sus efectos. La idea es la misma que en un experimento de física o química y su uso ya es común en investigaciones con seres humanos en áreas como la medicina. Sin embargo, ¿es posible para quienes investigamos la sociedad alterar las variables que nos interesan?, ¿cómo?

Esta pregunta encontró al menos cuatro respuestas. Una primera son los experimentos de laboratorio donde los participantes responden a algún estímulo en un entorno controlado. Por ejemplo, se puede convocar a voluntarios a un salón donde se exhiba cierta propaganda política y luego medir cómo haber visto dicha propaganda afecta las preferencias de los sujetos. También es posible modificar los estímulos en experimentos de encuestas. En estos experimentos, distintos sujetos reciben distintas preguntas o las mismas preguntas en distinto orden y luego se evalúa cómo eso afecta sus respuestas. Una tercera respuesta son los experimentos de campo donde el investigador interviene en la vida cotidiana de los sujetos. Por ejemplo, durante una campaña se puede modificar quién es contactado y cómo, y luego evaluar cómo eso afecta la intención de voto. Por último, también hay maneras de extender la lógica experimental a esas áreas en las que intervenir es más complejo o, incluso, imposible. En suma, las ciencias

sociales también pueden aprovechar los beneficios de los experimentos y la lógica experimental.

De hecho, el uso de experimentos en ciencias sociales tiene una larga historia con ejemplos que se remontan a las décadas de 1940 y 1950 (Druckman, Green, Kuklinski y Lupia, 2011a). Sin embargo, dicho uso ha aumentado significativamente desde la década de 1980 y, especialmente, desde fines de los años 90 (Dunning, 2012; Morton y Williams, 2008). Este aumento se debe a varios factores entre los que se encuentran una mayor aceptación de dichos métodos en la disciplina, una mayor disponibilidad de datos y desarrollos tecnológicos que posibilitan o hacen más sencilla su implementación (Morton y Williams, 2010). Además, una mayor preocupación por la inferencia causal ha llevado a que los investigadores sociales busquen acercarse lo más posible a este tipo de métodos. Esto se debe a que los experimentos, al permitirnos aislar el efectos de variables específicas, son vistos como más aptos para la evaluación de relaciones causales (Morton y Williams, 2010).

Asimismo, el uso de experimentos permite cumplir tres objetivos que son propios de las ciencias sociales (Roth, 1995 para el caso de la economía, luego extendido a la ciencia política por Druckman *et al.*, 2006). Un primer objetivo es generar información, es decir, datos que aumentan lo que sabemos sobre el mundo que nos rodea. Un segundo objetivo implica poder evaluar la validez de las teorías existentes. Si construimos un entorno experimental en que podamos manipular las variables de interés y definir si ciertos supuestos de una teoría son ciertos o no, ¿vamos a observar resultados que sean consistentes con las proposiciones teóricas? (Druckman, Green, Kuklinski y Lupia, 2006). El último objetivo es “susurrar en los oídos de los príncipes” (Roth, 1995), es decir, identificar relaciones causales que puedan tener un impacto en la producción e implementación de políticas públicas y comunicar esto de manera convincente a quienes intervienen en dichos procesos. De esta manera, el uso de técnicas experimentales nos puede ayudar a cumplir con los objetivos de las ciencias sociales y a identificar mejor las relaciones causales entre variables.

Dada su relevancia para las investigaciones sociales, entonces, este capítulo realiza una introducción a las técnicas experimentales aplicadas a estas disciplinas y evalúa sus potenciales y limitaciones. Primero, la Sección 1 define qué es un experimento y analiza sus usos en las ciencias

sociales con foco en los tipos de experimentos puros, donde el investigador puede manipular las variables de interés. Sin embargo, ¿está todo perdido cuando no podemos hacerlo? La Sección 2 muestra que no y da cuenta de cómo es posible extender la lógica experimental a estudios observacionales. Por último, la Sección 3 se enfoca en las ventajas y desventajas de las técnicas experimentales aplicadas a las ciencias sociales y evalúa qué medidas se pueden tomar para potenciar las primeras y disminuir las segundas.

1. ¿Qué es un experimento?

Cuando pensamos en experimentos lo más probable es que nos imaginemos a un grupo de investigadores e investigadoras de guardapolvo blanco o que recordemos alguna experiencia de laboratorio de la escuela secundaria. Ambos casos tienen en común el hecho de que alguien interviene mediante la manipulación de alguna variable y luego observa el resultado. Los experimentos en ciencias sociales son un poco distintos a las experiencias de laboratorio, es cierto, pero la lógica detrás es la misma. En definitiva, la principal característica de la investigación experimental es la intervención de quienes investigan en el proceso de generación de la información (Morton y Williams, 2008). Detrás de toda información hay un proceso por medio del cual dicha información fue generada. Por ejemplo, hay un proceso por el que se establecen los precios en un mercado o por el que una determinada persona elige votar por un candidato y no otro. Lo que distingue a los experimentos es la capacidad de intervenir en dicho proceso (Méndez Méndez, 2013). Por ejemplo, si con fines científicos repartimos distintas sumas de dinero a los habitantes de determinado barrio somos quienes investigamos los que estamos dando forma al proceso mediante el cual las sumas son asignadas. De esta manera, cuando intervenimos en el proceso de producción de la información se trata de datos experimentales, mientras que cuando solo observamos datos que se producen sin nuestra intervención se trata de datos observacionales (Morton y Williams, 2008).

Otro concepto fundamental de los experimentos es la selección aleatoria de los sujetos que en una población de interés serán asignados a los grupos de control y tratamiento (Méndez Méndez, 2013). Normalmente, los

experimentos cuentan con dos grupos, uno que recibe un estímulo y otro que no. La idea es garantizar que cada observación tenga la misma probabilidad de ser asignada al grupo de tratamiento que el resto. Así, ambos grupos van a ser parecidos en el resto de sus características y nos será posible compararlos (Gerber y Green, 2008). ¿Por qué nos interesa que esta asignación sea aleatoria?

Una manera de responder a esta pregunta es mediante el modelo de resultados potenciales, normalmente conocido como modelo causal de Neyman-Rubin por dos de los investigadores que lo desarrollaron. La idea es que cada unidad tiene dos resultados potenciales, uno si la unidad es tratada y otro, si no lo es. Para hacer esta idea más concreta, Neyman proponía pensar en una urna en que para cada unidad hay una boleta con dos valores. Uno de estos valores es el resultado que se obtendría si la unidad fuera asignada al grupo de tratamiento, mientras que el otro valor es el resultado si la unidad fuera asignada al grupo de control. El efecto causal del tratamiento en cada unidad, entonces, se puede definir como la diferencia entre estos dos resultados potenciales (Sekhon, 2008). Es decir, que la diferencia entre el resultado con el tratamiento y el resultado sin él es el efecto causal de ese tratamiento. Sin embargo, hay un problema. Siguiendo con la analogía de la urna de Neyman, cada vez que sacamos una boleta de la urna, solo uno de los valores es visible. Este valor, denominado valor realizado, es el resultado potencial bajo tratamiento para aquellas unidades que reciben el tratamiento, pero el valor potencial bajo control para aquellas unidades que no lo reciben. En definitiva, solo uno de los dos resultados potenciales se realiza y es, por lo tanto, observable. De esta manera el problema de la inferencia causal es un problema de falta de información (Sekhon, 2008). ¿Cómo podemos recuperar el valor de los resultados potenciales que no observamos?

Como ya vimos, en un determinado momento en el tiempo, cada unidad es tratada o no, por lo que es imposible observar ambos resultados potenciales al mismo tiempo. Por ejemplo, si estamos interesados en evaluar si un candidato a intendente va a obtener más votos si ya es el intendente al momento de la elección, no podemos al mismo tiempo observar los votos que obtendría un intendente corriendo por la reelección y el mismo candidato si no fuera intendente en ese momento. Una manera de resolver este problema es la asignación aleatoria. Tal asignación genera dos grupos similares. Esto permite usar el grupo de control como proxy del de

tratamiento (Gerber y Green, 2008). De esta manera, el promedio de los resultados realizados que observamos en el grupo de control se puede usar como punto de comparación para el promedio de los resultados obtenidos en el grupo que recibió el tratamiento.

Puede ser que en este punto pensemos que no es necesaria la asignación aleatoria para generar dos grupos similares. Sin embargo, dos grupos que se parecen pueden diferir en variables que no estamos midiendo o incluso que no observamos (Druckman, Green, Kuklinski, y Lupia, 2011b).² La asignación aleatoria de tratamiento, por ser estadísticamente independiente del resto de las características de las unidades, nos garantiza simetría *ex ante* entre los grupos (Dunning, 2012). Esto genera balance entre ambos grupos, no solo en aquellas variables que observamos y medimos, sino también en aquellas que no (Sekhon, 2008).

Lo más usual, entonces, es que se divida a los sujetos en dos grupos de manera aleatoria generando un grupo de tratamiento y otro de control. A las unidades del primero de estos grupos se les aplica el tratamiento, y a las otras no. Luego se comparan los resultados de ambos grupos. Otra posibilidad es el diseño intraunidades. En este caso se miden los resultados de una determinada unidad antes y después de recibir un tratamiento (Morton y Williams, 2010). O sea, los mismos sujetos conforman el grupo de control antes de recibir el tratamiento, y el de tratamiento luego de recibirlo. Intuitivamente este diseño es bastante atractivo, ya que deja constante prácticamente todo. Sin embargo, cuando nuestras unidades son personas, el mismo hecho de ser parte de un experimento puede resultar en aprendizaje por parte de los sujetos cambiando su comportamiento, al tiempo que ser sometido a distintos estatus experimentales aumenta la posibilidad de que infieran el propósito de la investigación y actúen en consecuencia (Rauhut y Winter, 2012). En cualquier caso, el componente aleatorio nos permite comparar ambos grupos sin preocuparnos por posibles variables no medidas u observadas que puedan estar afectando la relación entre el tratamiento y el resultado en que estamos interesados.

1.1. Usos y tipos de experimentos en ciencias sociales

Los experimentos puros en ciencias sociales, es decir aquellos donde intervenimos en el proceso de producción de los datos y donde asignamos

aleatoriamente el tratamiento, se pueden organizar en tres tipos: experimentos de laboratorio, de encuestas y de campo.

Los experimentos de laboratorio son los que más se aproximan a la idea de experimento a que hacíamos referencia al comienzo de esta sección. Los sujetos son reclutados en un lugar específico donde se realiza el experimento y el o la investigadora controla casi todos los aspectos del entorno. Son estos los experimentos en ciencias sociales donde contamos con un mayor nivel de control sobre el proceso de producción de la información (Morton y Williams, 2008). Esta es una de sus principales ventajas ya que permite dejar constantes las demás variables que pueden afectar un resultado y aislar el efecto de la variable de interés (Méndez Méndez, 2013). Además, se puede introducir un mayor rango de variación en la variable de interés y se pueden crear entornos que no existen fuera del laboratorio, como cuando se experimenta con sistemas electorales poco o nunca usados (Morton y Williams, 2008). Un ejemplo interesante de la economía es aquel en que Quattrone y Tversky (1988, en Druckman *et al.*, 2006) observan cómo los sujetos son más sensibles a las pérdidas que a las ganancias. Planteando de distintas maneras un mismo programa económico, los investigadores encuentran mayor apoyo si se informa a los sujetos que el plan va a resultar en un 90% de ocupación que si les informa que resultará en un 10% de desocupación.

Una crítica usual a este tipo de experimentos, no obstante, es que son demasiado artificiales y que los actores probablemente actúen de manera distinta frente a un escenario hipotético en un laboratorio que frente a un escenario real fuera de este. Sin embargo, esta crítica se ha visto debilitada por desarrollos recientes incluyendo el uso de diseños más realistas e intervenciones no intrusivas en entornos más similares a la vida cotidiana (Iyengar, 2011). Por ejemplo, algunos estudios sobre campañas políticas se realizan en laboratorios que imitan *livings* durante campañas reales.

Por otro lado, los experimentos de encuesta son cada vez más populares (Morton y Williams, 2008), especialmente con el surgimiento y desarrollo de plataformas compartidas como el proyecto de *Time-sharing Experiments in the Social Sciences* en Estados Unidos (Sniderman, 2011) o la posibilidad de incluir experimentos en rondas de la Encuesta Nacional Permanente Electoral Argentina (ENPEA) de la Universidad de San Martín en la Argentina. En este tipo de experimentos, la intervención en el proceso

de producción de la información está dada por modificaciones en el formato, redacción u orden de las preguntas en una encuesta.

Siguiendo la clasificación hecha por Sniderman (2011), un pionero en este tipo de experimentos, es posible distinguir diferentes tipos de experimentos de encuestas. En un primer tipo, llamado manipulativo, se busca que los que responden lo hagan de una manera distinta a como responderían voluntariamente. El ejemplo más claro es cuando se cambia la redacción de una pregunta para condicionar la respuesta. Otro tipo, los permisivos, busca remover presiones que podrían llevar a que el entrevistado no conteste con lo que realmente piensa. Un ejemplo de este tipo de experimento de encuesta son los experimentos de listas que se usan normalmente para investigar temas donde los entrevistados tienen incentivos para no ser completamente sinceros con sus respuestas. Por ejemplo, supongamos que incluimos en una lista una serie de puntos y le pedimos al entrevistado que nos diga no cuáles sino con cuántos de esos ítems está de acuerdo. En la lista que le damos a aquellos en el grupo experimental incluimos un ítem que normalmente se consideraría políticamente incorrecto y que no incluimos en la lista proporcionada al grupo de control. Luego de realizada la encuesta, podemos inferir la proporción de entrevistas que coinciden con dicho ítem sustrayendo el número promedio de ítems indicado por el grupo que recibió una lista con el ítem con el número promedio indicado por aquellos que recibieron la lista sin ese ítem. En economía política, por ejemplo, este tipo de experimento se ha usado para estudiar el uso de sobornos por empresas locales y extranjeras en Vietnam (Malesky, Gueorguiev y Jensen, 2015).

Por último, los experimentos de campo son aquellos donde la intervención tiene lugar en un entorno natural donde, más allá de la intervención puntual, tenemos un control limitado del entorno (Morton y Williams, 2008). Los mismos buscan combinar la validez interna de los experimentos aleatorios con una mayor posibilidad de generalización dada por la conducción del experimento en un entorno real (Gerber, 2011). En estos experimentos hay que tener en cuenta cuatro cuestiones básicas. Primero, que los participantes se enfrenten a un problema real; segundo, que el diseño sea lo suficientemente limpio y claro para poder sacar conclusiones útiles; tercero, se deben evitar efectos no controlados en la medida de lo posible; y cuarto, especialmente en aquellos de carácter económico, se deben proporcionar los incentivos apropiados (Garza y

Barreda Tarrazona, 2011). Asimismo, estos varían dependiendo cuánto se aproximan a una situación natural. Esta variación puede ir desde experimentos cercanos a los de laboratorio hasta experimentos en donde se miden sin obstrucción los efectos de tratamientos realistas en sujetos que ordinariamente podrían estar sujetos a ellos (Gerber y Green, 2008; Harrison y List, 2004).³

Dos ejemplos cercanos a un contexto “natural” son los realizados por Dal Bó, Finan y Rossi en México y por López Bóo, Rossi y Urzúa en la Argentina, ambos sobre los mercados laborales. En el primero de estos, se aleatorizaron ofertas de trabajo para el sector público publicadas en distintos sitios web mediante la modificación del salario ofrecido. Al hacerlo se encuentra que salarios más altos atraen postulantes más capaces, según coeficiente intelectual, personalidad y propensión hacia el trabajo en el sector público, y que también redundan en mayores tasas de aceptación (Dal Bóo, Finan, y Rossi, 2013). En el segundo experimento, se manipularon fotos para hacerlas progresivamente más o menos atractivas y se las adjuntó a los mismos CV que fueron luego enviados a búsquedas reales de empleo. Como resultado, encontraron que aquellos CV con fotos más atractivas obtuvieron un 36% más de respuestas y en menor tiempo que aquellos con fotos menos atractivas (López Bóo, Rossi y Urzúa, 2013).

Actualmente, la forma más común de los experimentos de campo en ciencias sociales son las denominadas pruebas controladas aleatorizadas (*randomized controlled trial*, RCT). Este tipo de experimento busca producir evidencia sobre el efecto causal de políticas públicas y ha crecido mediante la colaboración de científicos sociales, gobiernos de países en desarrollo, ONG y organismos internacionales, en muchos casos en torno a cuestiones de desarrollo económico (Humphreys y Weinstein, 2009).⁴

Los ejemplos de este tipo de experimento son muchos y cubren varias áreas relacionadas con el desarrollo económico. En uno realizado en Kenia en asociación con la ONG *Give Direct*, por ejemplo, se asignaron aleatoriamente al nivel de la comunidad y de la familia transferencias monetarias no condicionadas. Además, se varió el género del miembro de la familia recibiendo la transferencia y el cronograma y monto de esta. Como resultado, se observó un aumento en el consumo y mejoras en el bienestar psicológico (medido con niveles de cortisol) en todos aquellos que recibieron transferencias. También se observaron elasticidades positivas en los gastos realizados en comida, educación, gasto médico y social y

negativas para alcohol y tabaco y un sentimiento de empoderamiento de las mujeres cuando ellas fueron las que recibieron las transferencias. Además, aquellos que recibieron el monto total en una misma transferencia tendieron a gastarlas más en bienes durables que aquellos que recibieron los mismos montos en varios pagos (Haushofer y Shapiro, 2014).

En otro caso, este realizado en Indonesia, se experimentó con distintas maneras de distribuir un programa de transferencias condicionadas. Para eso, se comparó la efectividad de tres enfoques. En un primer enfoque, se identificó a la población objetivo mediante un proxy por activos, es decir, mediante la medición de las propiedades de cada uno de los habitantes de la comunidad. En un segundo enfoque, en cambio, se le solicitó a la comunidad que generara un ranking. Los resultados muestran que, si bien el primer enfoque es el que mejor identifica a los que menos tienen en términos de ingresos, el ranking elaborado por la comunidad resulta en un mayor nivel de satisfacción con el programa. (Alatas, Banerjee, Hanna, Olken y Tobias, 2012). Tanto en este caso como en el de las transferencias no condicionadas los resultados pueden ser usados directamente para informar la producción de políticas públicas.

También hay casos donde los distintos tipos de experimentos se combinan. Por ejemplo, Cárdenas (2013) realizó una serie de experimentos de laboratorio con un grupo de interés identificado en el campo. Este tipo de combinación suele denominarse como de “laboratorio en el campo”.

Los experimentos, entonces, son posibles en ciencias sociales. Estos pueden ocurrir en entornos controlados, más cercanos a los del ideal de experimento que todos tenemos en mente, mediante encuestas o en el campo, mediante la intervención de las y los investigadores en contexto natural de los sujetos. Sin embargo, es probable que a esta altura ya estén pensando que hay muchas variables de interés para las ciencias sociales que no se pueden manipular fácilmente. No podemos, por ejemplo, asignarle ciertas instituciones a un país o decidir cuántos años de escolaridad formal reciben ciertos habitantes, ¿no? ¿Significa esto que los experimentos ya no nos sirven? Por suerte no, como veremos en la próxima sección.

2. Lógica experimental en estudios observacionales

La lógica experimental se ha extendido a otros diseños de investigación normalmente denominados cuasiexperimentales en donde se utilizan datos de carácter observacional, es decir, aquellos en cuya producción no interviene quien investiga. Por ejemplo, supongamos que estamos interesados en evaluar si las y los políticos distribuyen bienes de manera distinta. Decidir qué lugares son gobernados por hombres y cuáles por mujeres está por fuera de nuestras posibilidades. Podríamos, entonces, comparar los bienes que se distribuyen en países con mayor representación femenina con países donde esa representación es menor. Sin embargo, es posible pensar que las preferencias de los electores que eligen un mayor número de mujeres son distintas que las preferencias de aquellos electores que prefieren elegir hombres. Entonces, si encontramos diferencias en la distribución de bienes en ambos casos, no podemos saber si eso se debe al género de los gobernantes o a las preferencias del electorado. Modificar el género de un político es definitivamente algo que está por fuera de nuestras posibilidades. ¿Significa esto que no podemos evaluar las diferencias entre los bienes que políticos de distinto género distribuyen? Los investigadores Raghavendra Chattopadhyay y Esther Duflo (2004) aprovecharon el hecho de que, desde mediados de los 90, un tercio de los puestos en los consejos de aldeas en la India han sido aleatoriamente reservados para mujeres para evaluar las diferencias en los bienes distribuidos por políticos de ambos géneros. Lo que sucede en este caso es que, de manera aleatoria, se selecciona un tercio de los consejos de aldea donde el puesto de líder solo podrá ser ocupado por una mujer durante ese período. Estos consejos son relevantes para la pregunta de investigación ya que son responsables de proveer muchos bienes públicos en las zonas rurales de la India. Por lo tanto, usando información sobre la asignación de consejos a tratamiento (o sea, a ser liderados por una mujer) y gastos en bienes públicos, encuentran que los líderes asignan mayores fondos a inversiones en infraestructura que son más relevante para las necesidades de su género.

De esta manera, la cuestión clave en estos diseños es conocer del proceso por el que se generan esos datos y que la variable de interés, o sea, nuestro “tratamiento”, no esté relacionada con otras variables que afecten nuestro resultado de interés (Gerber y Green, 2008). Si no podemos modificar el proceso de producción de la información nosotros mismos, al menos sí podemos intentar saber todo lo posible sobre cómo se produjo dicha información e identificar condiciones en donde la distribución de

nuestra variable de interés se aproxime a la distribución aleatoria que hubiéramos implementado si pudiéramos.

Esta idea ha dado origen a la denominada investigación basada en diseño que busca eliminar o mitigar la posibilidad de que variables que no observamos o medimos afecten la relación de interés aprovechando las asignaciones “como si” aleatorias de tratamiento hechas por la naturaleza (Dunning, 2010). Qué tan plausible sea el carácter aleatorio de la asignación a tratamiento dependerá de nuestro conocimiento del proceso de producción de la información y de los presupuestos que estemos dispuestos a aceptar (Gerber y Green, 2008). De esta manera, será importante para la credibilidad de este tipo de diseños que validemos el carácter “como si” aleatorio mediante el uso de razonamientos a priori e informados y diversas clases de evidencia cualitativa y cuantitativa (Dunning, 2010). En las siguientes subsecciones se presentan una serie de metodologías con estas características y se analiza la medida en que se aproximan al ideal de asignación aleatoria del tratamiento.

2.1. Experimentos naturales

Aunque la misma idea de experimentos naturales sugiere una contradicción en los términos, ya que la particularidad de los experimentos es que, precisamente, la o el investigador altera el curso natural de los acontecimientos, los llamados experimentos naturales son el tipo de estudio observacional que más se aproxima a los experimentales. Se trata de casos donde la naturaleza actúa en una manera similar a como lo hubiéramos hecho si pudiéramos introducir una asignación aleatoria de tratamiento (Morton y Williams, 2008). La idea central es que si el proceso de asignación del tratamiento en un determinado proceso de producción de datos se asemeja a una asignación aleatoria, debería haber balance *ex ante* entre los grupos, como en los casos en que el o la investigadora asigna aleatoriamente el tratamiento (Dunning, 2012). Desde ya, como no elegimos los tratamientos ni cuándo ni dónde se imponen, tenemos que poder identificar los experimentos naturales cuando ocurren, para lo que necesitamos conocimiento del contexto y un poco de serendipia (Harrison y List, 2004).

Aunque visto así pueda parecer que es casi imposible encontrar casos donde podamos decir que la asignación al tratamiento fue “como si” aleatoria, los ejemplos abundan.⁵ Algunos, incluso, se basan en fenómenos donde efectivamente el azar jugó un rol, como los estudios sobre el efecto de servir en el ejército en el futuro laboral que utilizan la lotería que definía la conscripción durante la guerra de Vietnam (Angrist, 1990). Sin embargo, este no es necesariamente el caso y lo importante es que podamos justificar que la asignación al tratamiento es independiente de las características de los grupos de tratamiento y control. Un claro ejemplo es el estudio sobre formación de creencias realizado por Di Tella, Galiani y Schargrotsky (2007). En ese estudio, los investigadores hacen uso de una asignación de derechos de propiedad exógena a las características de los pobladores de un asentamiento informal en el Conurbano bonaerense. Como resultado, encuentran que aquellos pobladores con título de propiedad están más a favor del libre mercado y sus creencias son más cercanas a las creencias del resto de la población de Buenos Aires. Para justificar el carácter “como si” aleatorio del tratamiento, describen el proceso por el que este tratamiento fue asignado. En la década de 1980, un grupo de familias ocupó de manera simultánea unas tierras que creían eran propiedad del Estado y las dividieron en parcelas para edificar sus viviendas. Sin embargo, diferentes secciones de estas tierras pertenecían a distintos dueños. Luego de intentos infructuosos de desalojo, el congreso provincial aprobó una ley que estableció la expropiación de los terrenos por una compensación económica con el objetivo de transferir la tierra a los ocupantes. Sin embargo, solo algunos de los dueños originales aceptaron los términos, mientras que otros iniciaron acciones legales que al tiempo del estudio todavía no habían sido resueltas. Así, aquellos que se instalaron en esas tierras cuyos dueños originales no iniciaron acciones legales tienen derechos de propiedad completos mientras que el resto no, aunque ambos grupos viven en gran proximidad geográfica y con similares condiciones de vida. Esto permite comparar las creencias de ambos grupos y estimar el efecto que tener título de propiedad pueda tener en estas. La idea es que, dado que los miembros de ambos grupos viven en condiciones similares y son similares en muchas variables, todas las diferencias que observemos en sus creencias deben ser producto de aquello en lo que difieren, es decir, en el hecho de tener o no derechos de propiedad.

Otro ejemplo para el caso argentino combina un experimento natural con un experimento de encuesta para intentar responder cuándo los ricos apoyan la redistribución y que rol juegan las comparaciones interpersonales en dicho apoyo. La parte de experimento natural del diseño se basa en hacer uso de un shock real al ingreso producido cuando, en 2012, el gobierno quitó subsidios al gas, la electricidad y el agua en algunas zonas ricas de la Ciudad de Buenos Aires, pero no en otras zonas igualmente ricas. Teniendo esa diferencia en mente al momento de elaborar la muestra, German Feuerherd, Luis Schiumerini y Susan Stokes (2017) suministraron un experimento de encuesta que inducía a una muestra representativa de individuos pudientes a hacer comparaciones intra y entre clases, encontrando que los individuos tendieron a quitarle el apoyo a la redistribución cuando les recordaban que ellos estaban pagando por ella, mientras que otros no, pero el efecto en el bolsillo por sí mismo no pareció tener ese efecto.

2.2. *Macheo estadístico*

El macheo estadístico (usualmente denominado como *matching*) busca contar con grupos de control y tratamiento comparable de una manera algo diferente. De manera similar a los famosos métodos de Mill (Przeworski y Teune, 1970) la idea es buscar unidades de comparación apropiadas. Esta búsqueda se realiza con métodos estadísticos con el objetivo de comparar unidades que recibieron el tratamiento con unidades lo más similares posibles que no lo hayan recibido. Como encontrar unidades con exactamente los mismos valores en cada variable se vuelve cada vez más difícil cuando el número de variables aumenta, se han desarrollado diversas opciones como usar la distancia de Mahalanobis o el nivel de propensión (Sekhon, 2008).

Un ejemplo es el artículo de Sebastian Galiani, Paul Gertler y Ernesto Schargrotsky (2005) sobre los efectos en la salud de la privatización de los servicios de agua potable. En dicho artículo, los autores aprovechan el hecho de que en la Argentina las municipalidades son las encargadas de proveer los servicios de agua y que en la ola de privatizaciones de la década de 1990 solo algunas decidieron privatizar dicha provisión, para comparar la evolución de las tasas de mortalidad infantil en ambos grupos de

municipalidades. Sin embargo, es probable que ciertas variables propias de las municipalidades que afectan los niveles de mortalidad infantil también afecten la decisión de privatizar la provisión de agua potable. Por ejemplo, puede ser que las municipalidades con menores recursos tengan mayores tasas de mortalidad infantil y también sean más propensas a privatizar los servicios. Para superar este obstáculo, entonces, los autores utilizan técnicas de *macheo* para comparar municipalidades donde se privatizó el servicio con municipalidades donde no similares en aquellas características que pueden afectar la probabilidad de privatizar el servicio de agua.

Sin embargo, varias críticas a este método se basan en el hecho de que asume que podemos identificar y medir todas las variables relevantes para establecer grupos de control y tratamiento equivalentes (Dunning, 2012). Por ejemplo, ¿podemos estar seguros de que Galiani, Gertler y Schargrotsky fueron capaces de medir e incluir en sus modelos estadísticos todas las variables que afectan que una municipalidad decida privatizar el servicio de agua potable?

2.3. Variables instrumentales

Otro enfoque, muy usado en economía, se basa en encontrar una variable adicional, denominada instrumento, que esté correlacionada con la variable independiente pero que no pueda estar influenciada por el resultado que nos interesa o correlacionada con alguna de sus otras causas. Es decir, el instrumento tiene que afectar nuestro resultado de interés solo a través de su efecto en el tratamiento que nos interesa (Gerber y Green, 2008). Por ejemplo, supongamos que nos interesa estimar el efecto de las condiciones económicas en la posibilidad de que se desate un conflicto civil. Podríamos usar información sobre cambios en el PBI y conflictos, pero ¿cómo podemos descartar la posibilidad de que la misma posibilidad de que se desate un conflicto civil haga que los ciudadanos de un país inviertan y produzcan menos disminuyendo el PBI? Una opción, entonces, es usar la cantidad de lluvia en un determinado lugar como instrumento del PBI (Miguel, Satyanath, y Sergenti, 2004). En economías dependientes de la agricultura la cantidad de lluvia influye fuertemente la situación económica del país, pero probablemente no cause que estalle un conflicto civil por ningún otro mecanismo que no sea por su efecto en la economía. Asimismo,

es bastante complicado pensar que la posibilidad de un conflicto esté afectando la cantidad de lluvia. La variable instrumental, entonces, se piensa como si “asignara” a las unidades el tratamiento o no de manera “como si” aleatoria (Dunning, 2010). Los presupuestos en que descansa este método, entonces, son que el instrumento tiene un efecto claro en el tratamiento y que el único motivo para la relación entre instrumento y resultado es el tratamiento (Angrist y Pischke, 2008).

Un ejemplo famoso es el estudio de Joshua Angrist y Alan Krueger (1991) que analiza los efectos de un mayor tiempo de educación formal en el ingreso futuro. Aunque normalmente consideramos que el tiempo de educación formal aumenta nuestras posibilidades de tener ingresos más altos en el futuro, los motivos que llevan a que algunos tengamos más años de escolarización que otros también puede estar afectando nuestros ingresos futuros por otros medios. Por ejemplo, provenir de una familia con menores ingresos puede implicar menores ingresos en el futuro por contar con menos conexiones que nos puedan facilitar un trabajo mejor pago o puede implicar terminar antes nuestros estudios formales por la necesidad de trabajar. ¿Cómo podemos aislar el efecto del tiempo de educación formal? Dado que la edad desde y hasta cuándo es obligatorio asistir a la escuela están fijadas por ley, en Estados Unidos aquellos individuos que nacen al comienzo del año empiezan la escuela a una edad mayor y pueden dejar de asistir habiendo completado un menor tiempo de escolaridad que aquellos que nacen hacia el final del año. De esta manera, los investigadores utilizan el cuatrimestre del año en que nacieron los individuos como un instrumento del tiempo de educación formal para estimar los efectos en los niveles salariales futuros.

Otro icónico ejemplo es el artículo de Daron Acemoglu, Simon Johnson y James Robinson (2001) sobre el efecto de las instituciones en el desarrollo económico. Si observamos los países del mundo en la actualidad, aquellos con mejores instituciones suelen también ser más ricos. Sin embargo, ¿cómo podemos saber si esto es así porque las buenas instituciones generan desarrollo o porque el desarrollo económico genera buenas instituciones? Estos autores encontraron una manera bastante original de responder esa pregunta usando las diferencias en la tasa de mortalidad de los colonizadores europeos para estimar el efecto de las instituciones en los resultados económicos. La idea es que las instituciones estables que protegen los derechos de propiedad son costosas de establecer

y, entonces, los colonizadores solo hicieron la inversión cuando decidieron quedarse. En consecuencia, donde las tasas de mortalidad fueron más altas, los colonizadores no se quedaron a vivir y establecieron solo instituciones extractivas. Como las instituciones son durables, los efectos deberían ser observables hoy en día y, en efecto, los autores encuentran que, usando la tasa de mortalidad como instrumento para las instituciones actuales, estas tienen efectos significativos en los ingresos per cápita actuales. A diferencia del caso del mes de nacimiento, es posible pensar en otras variables, como la presencia de enfermedades endémicas que puedan causar tanto una mayor tasa de mortalidad de los colonizadores como un menor ingreso per cápita actual. Por ese motivo, los autores incluyen una serie de controles estadísticos luego de los cuales pueden afirmar que el efecto de la tasa de mortalidad en el ingreso per cápita se produce solo a través del establecimiento o no de instituciones fuertes.

2.4. *Explotando discontinuidades*

Otra técnica de investigación basada en el diseño aprovecha las discontinuidades usualmente generadas por las políticas públicas. Los denominados diseños de regresión discontinua (RDD por sus siglas en inglés), utilizan puntos de quiebre abruptos que generan distinciones cuasialeatorias entre las unidades que reciben tratamiento y las que no (Gerber y Green, 2008). La idea es que las unidades son asignadas a tratamiento o control solo dependiendo si están debajo o por sobre cierto umbral y, entonces, para aquellos individuos cercanos al umbral, el proceso que determina su ubicación es “como si” aleatorio, asegurando que los individuos sean parecidos con respecto al resto de sus variables (Dunning, 2010).

Un ejemplo ya clásico utiliza la Ley de Maimonides, utilizada por las escuelas públicas en Israel, para estimar el efecto de la cantidad de estudiantes por aula en el desempeño educativo. En este caso, el problema está dado por el hecho de que normalmente aquellas escuelas que tienen cursos más pequeños lo hacen porque tienen mayores recursos para contratar docentes, recursos que pueden afectar el desempeño de los estudiantes mediante otros canales diferentes del tamaño del curso. En Israel, sin embargo, la ley establece un máximo de 40 estudiantes por curso lo

que hace que un curso de 41 sea automáticamente dividido en dos. Utilizando esta discontinuidad, Joshua Angrist y Victor Lavy (1999) encuentran que reducir el tamaño del curso produce un aumento sustantivo en el desempeño escolar.⁶

Las discontinuidades también puede ser de carácter geográfico (Keele y Titiunik, 2015). Por ejemplo, aprovechando un fenómeno peculiar en las fronteras administrativas de la provincia de Buenos Aires, analizamos en una nota de investigación en coautoría con Lukas Wolters (Simison y Wolters, 2019) el efecto del conflicto intra partidario en el desempeño electoral en las elecciones 2015 para gobernador y presidente. Para eso nos basamos en el hecho de que algunas entidades locales de la provincia (i.e., ciudades y pueblos) se sitúan en el límite entre dos municipalidades distintas, perteneciendo entonces a dos unidades administrativas, pero siendo una única unidad para otros propósitos. Utilizando información electoral al nivel de las mesas de votación para tres de estas localidades, encontramos que el conflicto intra partidario afectar el comportamiento de los votantes.

2.5. *Diferencias en diferencias*

Otro conjunto de estrategias utiliza datos con un componente temporal para controlar por variables omitidas no observadas pero constantes en el tiempo. De esta manera, se comparan cambios en niveles de la variable de interés usando como contrafáctico una tendencia de tratamiento (Angrist y Pischke, 2008). Un ejemplo pionero es el famoso estudio de John Snow (uno que sí sabía algunas cosas) sobre las causas del cólera. En dicho estudio, Snow compara los cambios en la tasa de muertes por cólera en distritos con agua provista por distintas compañías. En 1849 ambas compañías obtenían su agua del mismo lugar, pero en 1852 una de ellas movió su punto de extracción río arriba, donde las aguas estaban mucho menos expuestas a desagües. De esta manera, el cambio en las tasas antes y después de la mudanza del punto de extracción en los distritos provistos por esa compañía menos el cambio observado en los distritos provistos por la otra compañía nos permite evaluar la magnitud del cambio que se debió a las diferencias en la calidad del agua y no a otros posibles cambios, como un potencial mejoramiento en los métodos para tratar la enfermedad. Para

que este diseño sea creíble, no obstante, debemos asumir que, en ausencia de un tratamiento, las tendencias en las unidades tratadas y no tratadas hubiesen sido paralelas (Angrist y Pischke, 2008).

Un ejemplo clásico en el campo de la economía política utiliza un aumento en el salario mínimo en New Jersey en 1992 para estimar el efecto que un aumento en el salario mínimo tiene en el nivel de ocupación de una economía. Para eso, David Card y Alan Krueger (1994) comparan los cambios en salarios, nivel de empleo y precios en locales de comida rápida de New Jersey y Pennsylvania antes y después de la implementación del aumento del salario mínimo y no encuentran una reducción en el nivel de empleo. Otros diseños de este tipo han utilizado los aumentos de ingreso de las actividades agrícolas generados por las reformas posmaoistas para estimar la tasa de supervivencia y los logros educativos de las niñas en China (Qian, 2008) o incluso la extensión del alcance de la cadena *O Globo* y sus novelas la fertilidad de las mujeres brasileñas (La Ferrara, Chong y Duryea, 2012).

2.6. *Un poco de placebo no puede hacer mal...*

Normalmente, un placebo es una pastilla que no tienen ningún efecto médico pero que se les da a aquellos que están en el grupo de control de un experimento que busca evaluar el efecto de una droga. Esta pastilla se utiliza para descartar aquellos efectos que puede producir el mero hecho de creer que estamos en el grupo de tratamiento. Cuando no administramos tratamientos, tampoco administramos placebos. Sin embargo, con esta idea como inspiración se han desarrollado una serie de pruebas de placebo adecuadas para los diseños cuasiexperimentales. La idea central de estas pruebas es que si vemos un efecto cuando lo que se administró es un placebo y no el tratamiento, entonces ese efecto no se debe al tratamiento, sino a alguna otra cosa que varía entre los grupos o a través del tiempo.

En los diseños de diferencias en diferencias, por ejemplo, se puede usar un año distinto como placebo. Entonces, si Card y Krueger comparan locales de comida rápida de New Jersey y Pennsylvania antes y después de un año en que no se introdujo ningún cambio de política, no deberían encontrar ninguna diferencia entre lo que pasa en un Estado y en el otro. Si la encuentran, eso probablemente indica que ambos grupos no son tan

comparables como se pensaba. De manera similar en los diseños de regresión discontinúa se puede evaluar qué pasaría si cambiáramos el punto de corte, por ejemplo, usando 30 estudiantes en lugar de 40, o las fronteras. De nuevo, no encontrar un efecto con estas nuevas fronteras “placebo” brindaría evidencia en favor de nuestro diseño de investigación, mientras que encontrarlo sería un problema.

Un último tipo de placebo es evaluar qué sucede con otros resultados que no deberían ser afectados por nuestro tratamiento. Por ejemplo, Galiani, Gerter y Schargrotsky (2005) se fijan si encuentran cambios en la tasa de mortalidad debida a motivos no relacionados con la calidad del agua. Como no los encuentran, podemos tener mayor confianza en que la diferencia que observan entre las municipalidades que privatizaron el servicio y las que no se deben a dicha privatización y no a alguna otra diferencia entre ambos grupos que afecte la salud en términos más amplios.

3. Un mundo de posibilidades y limitaciones

La principal ventaja de los métodos experimentales es que nos permiten establecer relaciones causales al posibilitarnos aislar la relación entre la variable independiente, o tratamiento, y el resultado de interés (Méndez Méndez, 2013). Como afirma Jasjeet S. Sekhon: “sin un experimento, experimento natural, discontinuidad, o algún otro diseño fuerte, ninguna cantidad de modelamiento econométrico o estadístico puede hacer el paso de correlación a causalidad convincente” (2008: 272). Esto se debe a que una asignación aleatoria o “como si” aleatoria del tratamiento implica que el mismo no esté relacionado con otras variables observables o no que puedan estar afectando nuestra relación causal de interés. Además, como el control está dado por el diseño, el análisis de los resultados experimentales puede ser simple y transparente (Dunning, 2012).

Otra ventaja es el grado de descomposición analítica que permiten estas técnicas (Casa-Casas, 2013). Mediante el uso de experimentos es posible aislar y testear el efecto de componentes específicos de una variable causal. Esto implica, por ejemplo, que podemos aislar qué de una campaña política tiene cierto efecto (Iyengar, 2011) o qué componentes de una transferencia

no condicionada importan para que se produzcan ciertos resultados (Haushofer y Shapiro, 2014).

Sin embargo, hay también desventajas y limitaciones. En primer lugar, y pese a los desarrollos recientes, continúa siendo imposible utilizar estas técnicas para responder ciertas preguntas de investigación relevantes para las ciencias sociales. Por ejemplo, la historia ya pasó y no puede modificarse y algunas variables de interés son atributos de los sujetos que no pueden ser modificados (Humphreys y Weinstein, 2009). De hecho, por ese motivo las técnicas experimentales son más usadas en algunas áreas de las ciencias sociales que en otras (Druckman *et al.*, 2006).

El factor tiempo también es un limitante para algunas de estas metodologías, en particular para las puramente experimentales. Dado que la intervención se realiza en tiempo real, los estudios tardan al menos tanto como los procesos que se estudian y es difícil utilizarlos para analizar algunos resultados de interés que son de largo plazo (Humphreys y Weinstein, 2009). Esta limitación ha podido ser atenuada en algunos casos. Por ejemplo, Edward Miguel and Michael Kremer (2004) analizan cómo un tratamiento de desparasitado administrado al nivel de las escuelas en Kenia disminuye las tasas de ausentismo, aumenta la salud y la participación escolar no solo entre los tratados, sino también entre otros niños de la región. Diez años después, en otro estudio realizado con Sarah Baird y Joan Hamory Hicks, efectuaron un seguimiento de esos mismos estudiantes encontrando mayor cantidad de años de escolarización y mayor proporción de empleo autónomo fuera del área agrícola tanto entre hombres como entre mujeres (Baird, Hicks, Kremmer y Miguel, 2016).

Otra limitación son los sesgos experimentales que pueden amenazar las conclusiones de nuestros estudios. El principal de estos sesgos es el efecto expectativa por el que el sujeto se comporta de acuerdo a cómo considera que el experimentador quiere que se comporte. Por este motivo es que, en muchos experimentos médicos, por ejemplo, se suministra un placebo y en experimentos sociales muchas veces se mantiene el objetivo del estudio en secreto. Sin embargo, también los experimentadores pueden tener sesgos que afecten las decisiones de diseño del experimento y, a su vez, los resultados obtenidos (McDermott, 2002).

Pero quizás una de las mayores limitaciones de los experimentos se relacione con cuestiones éticas, ya que la intervención en el proceso de producción de la información en ciencias sociales implica la intervención

en vidas humanas (Morton y Williams, 2010). Las universidades e institutos de investigación tienen, o están desarrollando, códigos de ética para guiar a las y los investigadores. Sin embargo, la mayoría de estos códigos se basan en códigos desarrollados para la investigación médica y no tienen en cuenta las particularidades de la experimentación en ciencias sociales⁷ (Morton y Williams, 2010). En Estados Unidos, por ejemplo, la mayoría de los códigos se basan en el Reporte Belmont elaborado en 1979 por el Departamento de Salud, Educación y Bienestar Social. Este se basa en tres principios éticos fundamentales para la protección de los individuos: el respeto por las personas, la beneficencia o el esfuerzo por mantener el bienestar de los participantes y la justicia (Méndez Méndez, 2013). Un componente central, además, es la idea de consentimiento explícito. Sin embargo, en muchos casos en ciencias sociales ese requisito puede complicarse. Por ejemplo, puede haber problemas culturales en torno a la definición de qué implica consentimiento. También puede haber problemas en cuándo se pide ese consentimiento. Por ejemplo, Brian Fried, Paul Lagunes y Atheendar Venkataramani (2010) analizan cómo policías de tránsito reaccionan a una oferta de soborno dependiendo de las características del infractor. Para eso, un grupo de asistentes de investigación cometió infracciones en diversas regiones de la ciudad y, si los detuvieron, ofrecieron coimas a los policías. Qué policías participarían en el experimento, entonces, era desconocido hasta el momento en que decidían parar al infractor. ¿Cuándo se tendría que pedir el consentimiento? ¿no arruinaría dicha solicitud todo el experimento? Incluso en casos menos extremos, ya vimos que el conocimiento de los sujetos experimentales de los objetivos del experimento puede llevarlos a actuar diferente.

Por estos motivos, algunos investigadores proponen que se revele luego de terminado el experimento su objetivo y si se usó material engañoso (Morton y Williams, 2010). En muchos casos, incluso, los sujetos experimentales pueden expresar su voluntad de que los datos que ellos proveyeron sean eliminados. Por otro lado, algunos investigadores afirman que hay grises en la necesidad de consentimiento explícito y que este no es necesario en aquellos casos en que los participantes no corren riesgo por participar (List, 2011). ¿Cuáles son, sin embargo, los riesgos que deben ser considerados? Entre estos, normalmente se incluyen riesgos físicos, psicológicos, sociales y económicos para los participantes, incluyendo invasión de la privacidad y violación de la confidencialidad, riesgos para

colaboradores, cómplices e investigadores y riesgos para terceras partes y para la sociedad en su conjunto. Sin embargo, no hay consenso en este listado ni en cuál es el punto de comparación que se debe usar para evaluar el nivel de riesgo, ¿es la vida cotidiana, un examen físico, un examen psicológico? (Morton y Williams, 2010).

Por último, uno de los mayores problemas normalmente asociados con el uso de experimentos se relaciona con la posibilidad de generalización de los resultados y cómo esta se ve afectada por cuestiones como la diversidad cultural y las variaciones institucionales (Casa-Casas, 2013). Una manera de analizar esta limitación es mediante los conceptos de validez interna y externa.

La validez interna se refiere a nuestra confianza en que las relaciones encontradas en un determinado estudio son causales y válidas para la población bajo estudio (Morton y Williams, 2008), es decir, a qué tanto confiamos en los resultados de nuestro experimento. De esta manera, se suele considerar que los experimentos y las técnicas inspiradas en la lógica experimental tienen un alto nivel de validez interna ya que permiten aislar mejor el efecto de las variables analizadas. Además, la validez interna puede ser mejorada si los experimentos están bien diseñados, controlados con cuidado y medidos de manera meticulosa y si permiten excluir explicaciones alternativas (McDermott, 2011). Por el contrario, la validez interna puede verse amenazada si los sujetos no cumplen con el tratamiento o abandonan el experimento (McDermott, 2011), si hay fallas en la aleatorización, o en el seguimiento de los protocolos, si los sujetos cambian su comportamiento solo por ser parte del experimento (Méndez Méndez, 2013), o si el comportamiento del investigador o investigadora sesga a los sujetos. Como sostiene Gerald McDermott (2011), la validez interna viene primero tanto en términos secuenciales como prácticos y es un paso necesario antes de que podamos pensar en validez externa.

La validez externa, por su lado, hace referencia a qué tan factible es generalizar los hallazgos de un estudio a otras poblaciones. La pregunta a responder, entonces, es si se mantienen las inferencias causales establecidas en un análisis empírico frente a variaciones en personas, entornos, variables de tratamiento y medida utilizada (Morton y Williams, 2008). Las principales amenazas para este tipo de validez, por lo tanto, son el uso de muestras no representativas y la poca similitud del contexto experimental con el real o del resultado que se mide y el resultado de interés (Druckman

et al., 2011b; Méndez Méndez, 2013). Por este motivo, los experimentos de campo y los naturales son a veces considerados como una manera de mantener las ventajas de las técnicas experimentales en términos de validez interna, pero sin amenazar la validez externa. Otras maneras de aumentar la validez externa y la posibilidad de generalizar los resultados a una escala mayor es hacer más representativas las muestras y los contextos, aunque puede implicar mayores costos y dificultades para controlar las variables que se busca controlar (Al-Ubaydli, List, y Suskind, 2017). Además, para establecer la validez externa los resultados deben mantenerse si se reitera el estudio en distintas poblaciones y contextos (McDermott, 2011).

Con su mayor uso, las técnicas experimentales en ciencias sociales también han ido mejorando y las y los investigadores que hacen uso de estas técnicas continúan buscando maneras de potenciar sus posibilidades y limitar sus desventajas. Por ejemplo, Eszter Czibor, David Jimenez-Gomez y John List (2019) proponen doce acciones para mejorar los experimentos en economía y su reputación. Entre estos incluyen usar los experimentos para complementar análisis con datos observacionales, complementar experimentos en el campo y en el laboratorio, considerar cuestiones de control y generalización desde el principio, realizar más experimentos en el campo, especialmente aquellos de carácter más realista, reiterar experimentos en diversos contextos, hacer mayor uso de la teoría, tratar de analizar efectos de largo plazo además de aquellos de corto plazo, y entender y considerar las posibilidades de extender los resultados desde el comienzo.

La importancia de combinar métodos es una recomendación frecuente. Por ejemplo, Tariq Thachil (2018) muestra en un artículo reciente la importancia del conocimiento cualitativo de los casos para el diseño de experimentos de encuesta. Allí, afirma que el trabajo etnográfico puede ayudar a diseñar estrategias de muestreo sensibles al contexto que mitiguen las preocupaciones de cobertura insuficiente, altas tasas de no respuesta e ineficiencia. También, la etnografía puede ayudar a aumentar la validez de los experimentos de encuesta haciendo viñetas más realistas, y usando conceptos y palabras que suenen menos artificiales para los sujetos. Además, puede ayudar a entender cómo y en qué medida es posible extender los resultados a otras comunidades. Asimismo, el conocimiento del contexto, de carácter etnográfico o histórico, también es fundamental

para identificar posibles experimentos naturales, variables instrumentales y discontinuidades.

4. Comentarios finales

Como hemos visto a lo largo del capítulo, los experimentos nos pueden ayudar a obtener información, testear teorías e influir en la producción de políticas. Además, la lógica experimental puede extenderse a otros diseños mejorando la validez interna de las conclusiones encontradas y haciendo nuestros análisis más claros y transparentes. Las ventajas de este tipo de técnicas vienen acompañadas de ciertas limitaciones, especialmente relacionadas con su validez externa y con cuestiones éticas. Sin embargo, su uso continúa en ascenso al tiempo que la comunidad científica sigue buscando maneras de aprovechar al máximo las posibilidades que ofrecen limitando sus desventajas.

Bibliografía

- Acemoglu, Daron, Simon Johnson y James A. Robinson (2001). “The Colonial Origins of Comparative Development: An Empirical Investigation”, en *American Economic Review*, 91(5), pp. 1369-1401.
- Alatas, Vivi, Abhijit Banerjee, Rema Hanna, Benjamin A. Olken y Julia Tobias (2012). “Targeting the Poor: Evidence from a Field Experiment in Indonesia”, en *The American Economic Review*, 102(4), pp. 1206-1240.
- Al-Ubaydli, Omar, John A. List y Dana L. Suskind (2017). “What Can We Learn from Experiments? Understanding the Threats to the Scalability of Experimental Results”, en *American Economic Review*, 107(5), pp. 282-286.
- Angrist, Joshua D. (1990). “Lifetime Earnings and the Vietnam Era Draft Lottery: Evidence from Social Security Administrative Records”, en *The American Economic Review*, 80(3), pp. 313-336.

- Angrist, Joshua D. y Alan B. Krueger (1991). “Does Compulsory School Attendance Affect Schooling and Earnings?”, en *The Quarterly Journal of Economics*, 106(4), pp. 979-1014.
- Angrist, Joshua D. y Victor Lavy (1999). “Using Maimonides’ Rule to Estimate the Effect of Class Size on Scholastic Achievement”, en *The Quarterly Journal of Economics*, 114(2), pp. 533-575.
- Angrist, Joshua D. y Jörn-Steffen Pischke (2008). *Mostly Harmless Econometrics: An Empiricist’s Companion*. Princeton, Princeton University Press.
- Baird, Sarah, Joan H. Hicks, Michael Kremer y Edward Miguel (2016). “Worms at Work: Long-run Impacts of a Child Health Investment”, en *The Quarterly Journal of Economics*, 131(4), pp. 1637-1680.
- Card, David y Alan B. Krueger (1994). “Minimum Wages and Employment: A Case Study of the Fast Food Industry in New Jersey and Pennsylvania”, en *American Economic Review*, 84(4), pp. 772-793.
- Cárdenas, Juan C. (2013). “Experimentos económicos desde la perspectiva del trabajo de campo”, en Andrés Casa-Casas y Nathalie Méndez Méndez (eds.), *Experimentos en ciencias sociales: usos, métodos y aplicaciones*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, pp. 53-73.
- Chattopadhyay, Raghavendra y Esther Duflo (2004). “Women as Policy Makers: Evidence from a Randomized Policy Experiment in India”, en *Econometrica*, 72(5), pp. 1409-1443.
- Czibor, Eszter, David Jimenez-Gomez y John A. List (2019). “The Dozen Things Experimental Economists Should Do” (More Of) (SSRN Scholarly Paper N° ID 3313734). Rochester, NY, Social Science Research Network. Disponible en: <https://papers.ssrn.com/abstract=3313734>
- Dal Bó, Ernesto, Federico Finan y Martín A. Rossi (2013). “Strengthening State Capabilities: The Role of Financial Incentives in the Call to Public Service”, en *The Quarterly Journal of Economics*, 128(3), pp. 1169-1218.
- Di Tella, Rafael, Sebastián Galiant y Ernesto Schargrodsky (2007). “The Formation of Beliefs: Evidence from the Allocation of Land Titles to Squatters”, en *The Quarterly Journal of Economics*, 122(1), pp. 209-241.
- Druckman, James N., Donald P. Green, James H. Kuklinski y Arthur Lupia (2006). “The Growth and Development of Experimental Research in

Political Science”, en *American Political Science Review*, 100(4), pp. 627-635.

Druckman, James N., Donald P. Green, James H. Kuklinski, Arthur Lupia (2011a). “Experimentation in Political Science”, en James N. Druckman, Donald P. Green, James H. Kuklinski y Arthur Lupia (eds.), *Cambridge Handbook of Experimental Political Science*. New York, Cambridge University Press, pp. 3-11.

Druckman, James N., Donald P. Green, James H. Kuklinski y Arthur Lupia (2011b). “Experiments. An Introduction to Core Concepts”, en James N. Druckman, Donald P. Green, James H. Kuklinski y Arthur Lupia (eds.), *Cambridge Handbook of Experimental Political Science*. New York, Cambridge University Press, pp. 15-26.

Dunning, Thad (2010). “Design-Based Inference: Beyond the Pitfalls of Regression Analysis?”, en Davis Collier y H. E. Brady (eds.), *Rethinking Social Inquiry: Diverse Tools, Shared Standards*. Lanham, MD, Rowman & Littlefield.

Dunning, Thad (2012). *Natural Experiments in the Social Sciences: A Design-Based Approach. Strategies for Social Inquiry*. Cambridge, Cambridge University Press.

Feierherd, Germán, Luis Schiumerini y Susan Stokes, Susan (2017). “When Do the Wealthy Support Redistribution? Inequality Aversion in Buenos Aires”, en *British Journal of Political Science*, pp. 1-13.

Fried, Brian J., Paul Lagunes y Athleendar Venkataramani (2010). “Corruption and Inequality at the Crossroad: A Multi-Method Study of Bribery and Discrimination in Latin America”, en *Latin American Research Review*, 45 (1), pp. 76-97.

Galiani, Sebastian, Paul Gertler y Ernesto Schargrotsky, Ernesto (2005). “Water for Life: The Impact of the Privatization of Water Services on Child Mortality”, en *Journal of Political Economy*, 113(1), pp. 83-120.

Garza, Pablo B. y Iván Barreda Tarrazona (2011). “Experimentos en Economía”, en P. B. Garza (ed.), *Economía experimental y del comportamiento*. Barcelona, Antoni Bosch.

Gerber, Alan (2011). “Field Experiments in Political Science”, en James N. Druckman, Donald P. Green, James H. Kuklinski y Arthur Lupia (Eds.), *Cambridge Handbook of Experimental Political Science*. New York, Cambridge University Press, pp 115-138.

- Gerber, Alan y Donald P. Green (2008). “Field Experiments and Natural Experiments”, en Janet M. Box-Steffensmeier, Henry E. Brady y David Collier (eds.), *The Oxford Handbook of Political Methodology*. New York, Oxford University Press, pp 357-381.
- Harrison, Glenn W. y John A. List (2004). “Field Experiments”, en *Journal of Economic Literature*, 42(4), pp. 1009-1055.
- Haushofer, Johannes y Jeremy Shapiro (2014). *Household Response to Income Changes: Evidence from an Unconditional Cash Transfer Program in Kenya*. Disponible en: <http://citeseerx.ist.psu.edu/viewdoc/citations;jsessionid=55B139362127D6D6208418CE4978F35D?>
- Humphreys, Macartan y Jeremy M. Weinstein (2009). “Field Experiments and the Political Economy of Development”, en *Annual Review of Political Science*, 12(1), pp. 367-378.
- Iyengar, Shanto (2011). “Laboratory Experiments in Political Science”, en James N. Druckman, Donald P. Green, James H. Kuklinski y Arthur Lupia (eds.), *Cambridge Handbook of Experimental Political Science*, New York, Cambridge University Press, pp. 73-88.
- Keele, Luke J. y Rocío Titiunik (2015). “Geographic Boundaries as Regression Discontinuities”, en *Political Analysis*, 23(1), pp. 127-155.
- La Ferrara, Eliana, Alberto Chong y Suzanne Duryea (2012). “Soap Operas and Fertility: Evidence from Brazil”, en *American Economic Journal: Applied Economics*, 4(4), pp. 1-31.
- List, John A. (2011). “Why Economists Should Conduct Field Experiments and 14 Tips for Pulling One Off”, en *Journal of Economic Perspectives*, 25(3), pp. 3-16.
- López Bóo, Florencia, Martín A. Rossi y Sergio S. Urzúa (2013). “The labor market return to an attractive face: Evidence from a field experiment”, en *Economics Letters*, 118(1), pp. 170-172.
- Malesky, Edmund J., Dimitar D. Gueorguiev y Nathan M. Jensen (2015). “Monopoly Money: Foreign Investment and Bribery in Vietnam, a Survey Experiment”, en *American Journal of Political Science*, 59(2), pp. 419-439.
- McDermott, Rose (2002). “Experimental Methods in Political Science”, en *Annual Review of Political Science*, 5(1), pp. 31-61.
- McDermott, Rose (2011). “Internal and External Validity”, en James N. Druckman, Donald P. Green, James H. Kuklinski y Arthur Lupia (eds.),

Cambridge Handbook of Experimental Political Science. New York, Cambridge University Press, pp. 27-40.

Méndez Méndez, Nathalie (2013). “La esencia metodológica del diseño de experimentos para la investigación en ciencias sociales”, en Andrés Casa-Casas y Nathalie Méndez Méndez (eds.), *Experimentos en ciencias sociales: usos, métodos y aplicaciones*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, pp. 25-52.

Miguel, Edward y Kremer, Michael (2004). “Worms: Identifying Impacts on Education and Health in the Presence of Treatment Externalities”, en *Econometrica*, 72(1), pp. 159-217.

Miguel, Edward, Shanker Satyanath y Ernest Sergenti (2004). “Economic Shocks and Civil Conflict: An Instrumental Variables Approach”, en *Journal of Political Economy*, 112(4), pp. 725-753.

Morton, Rebecca B. y Kenneth C. Williams, (2008). “Experimentation in Political Science”, en Janet M. Box-Steffensmeier, Henry E. Brady y David Collier (eds.), *The Oxford Handbook of Political Methodology*. New York, Oxford University Press, pp. 339-356.

Morton, Rebecca B. y Kenneth C. Williams (2010). *Experimental Political Science and the Study of Causality. From Nature to the Lab*. New York, Cambridge University Press.

Przeworski, Adam y Henry Teune (1970). *The Logic of Comparative Social Inquiry*. New York, John Wiley and Sons.

Qian, Nancy (2008). “Missing Women and the Price of Tea in China: The Effect of Sex-Specific Earnings on Sex Imbalance”, en *The Quarterly Journal of Economics*, 123(3), pp. 1251-1285.

Rauhut, Heiko y Fabian Winter (2012). “On the Validity of Laboratory Research in the Political and Social Sciences: The Example of Crime and Punishment”, en Bernhard Kittel, Wolfgang J. Luhan y Rebecca B. Morton (eds.), *Experimental Political Science. Principles and Practices*. Houndmills, Basingstoke, Hampshire, Palgrave Macmillan.

Roth, Alvin E. (1995). “Introduction to Experimental Economics”, en John H. Kagel y Alvin E. Roth (Eds.), *Handbook of Experimental Economics*. Princeton, N. J., Princeton University Press, pp. 3-110.

Sekhon, Jasjeet S. (2008). “The Neyman-Rubin Model of Causal Inference and estimation via Matching Methods”, en Janet M. Box-Steffensmeier, Henry E. Brady y David Collier (eds.), *The Oxford Handbook of*

Political Methodology. New York, Oxford University Press, pp. 271-299.

Simison, Emilia y Lukas Wolters (2019). “Divided Cities, Divided Parties. Measuring the effect of intra-party conflict on electoral performance”, en *Revista SAAP*, 13(1).

Sniderman, Paul M. (2011). “The Logic and Design of the Survey Experiment: An Authodiography of a Methodological Innovation”, en James N. Druckman, Donald P. Green, James H. Kuklinski y Arthur Lupia (eds.), *Cambridge Handbook of Experimental Political Science*. New York, Cambridge University Press, pp. 102-114.

Thachil, Tariq (2018). “Improving Surveys Through Ethnography: Insights from India’s Urban Periphery”, en *Studies in Comparative International Development*, 53(3), pp. 281-299.

1. Agradezco a Lorena Moscovich e Ignacio Puente por sus comentarios y sugerencias. Cualquier error u omisión es de mi exclusiva responsabilidad.

2. Un interesante artículo de Aaron E. Carroll publicado en el New York Times el 6 de agosto de 2018 (“Workplace Wellness Programs Don’t Work Well. Why Some Studies Show Otherwise”, disponible en: <https://www.nytimes.com/2018/08/06/upshot/employer-wellness-programs-randomized-trials.html#>), compara estimaciones sobre la base de datos experimental y observacional, y encuentra diferencias relevantes en los efectos que tienen los programas de bienestar patrocinados por empleadores.

3. John List, profesor de economía de la Universidad de Chicago, compiló en <http://www.fieldexperiments.com/> una serie de artículos que hacen uso de experimentos de campo en economía y los organizó de acuerdo con cuánto se aproximan a una situación natural.

4. El Instituto Jameel Poverty Action Lab (J-PAL) en el MIT es pionero en este tipo de experimentos y su página web tiene muchos recursos y explicaciones útiles al respecto (<https://www.poverty-action.org/about/randomized-control-trials>). También recomendamos la charla TED de Esther Duflo, profesora del Departamento de Economía del MIT y ganadora del Premio Nobel de Economía, sobre la importancia de las pruebas controladas aleatorizadas para la lucha contra la pobreza (https://www.ted.com/talks/esther_duflo_social_experiments_to_fight_poverty?language=en).

5. Para un listado con varios ejemplos y sus detalles véase Dunning (2012).

6. Un listado con varios ejemplos y sus detalles se puede encontrar en Dunning (2012).

7. Distintas organizaciones profesionales de las ciencias sociales tienen proyectos activos que buscan compilar mejores prácticas y establecer criterios éticos para la experimentación con seres humanos que tengan en cuenta las particularidades propias de estas ciencias. Un ejemplo de esto son las iniciativas e informes producidos por la sección de investigación experimental de la Asociación Americana de Ciencia Política. Más información disponible en <https://connect.apsanet.org/s42/ethics-report/>.

Capítulo 7

Process tracing. Inducción, deducción e inferencia causal¹

Tomas Bril-Mascarenhas, Antoine Maillet y Pierre-Louis Mayaux

Hasta tiempos recientes, la política comparada de metodología cualitativa se apoyaba, principalmente, en los llamados métodos de Mill de la semejanza y la diferencia. Sin embargo, asistimos a un cambio de paradigma: hoy el *process tracing* ocupa un lugar protagónico entre las herramientas analíticas para arribar a inferencias causales en ciencia política. A juzgar por el enorme impacto que estas nuevas reflexiones han tenido –no solo ya en los estudios de la frontera internacional de métodos mixtos (Humphreys y Jacobs, 2015), sino también entre los “experimentalistas” (por ejemplo, Dunning, 2012) y los politólogos formalistas (Lorentzen, Fravel y Paine, 2017, entre otros)–, es probable que en los próximos años ocurra una migración cada vez más masiva hacia el *process tracing* (o rastreo sistemático del proceso causal dentro de un mismo caso). El cambio de época en la metodología de la política comparada nos obliga, entonces, a profundizar nuestras reflexiones para contribuir con mayor precisión al camino ya iniciado. El presente artículo, uno de los primeros sobre el tema en lengua castellana, pone el foco en las prácticas “reales” de investigación, para aportar desde allí a la efervescente y controvertida discusión metodológica sobre *process tracing*.

En el pasado solíamos decir a nuestros alumnos, en las materias de métodos, que podíamos explicar fenómenos de interés mediante un diseño de investigación *milliano*, que contrastara “pocos” casos –típicamente, entre dos y seis– permitiendo así “controlar” o “mantener constantes” variables que adoptaban un valor semejante entre los casos, a fin de poner nuestro foco analítico y empírico en aquellas en las que los casos diferían

(Przeworski y Teune, 1970; Sartori, 1970). En el presente, en cambio, observamos aquellas enseñanzas con un sano escepticismo, a partir del cual formulamos alternativas pragmáticas. Por un lado, la riqueza del método comparado continúa siendo muy significativa: la comparación de un número acotado de casos es clave para formular y refinar nuestras hipótesis, mejorar el trabajo de conceptualización y medición, y prevenir los sesgos que surgen al omitir variables relevantes. Por otro, tal como lo señala el nuevo canon metodológico dominante (Brady y Collier, 2010), ya no consideramos que el método comparado de N pequeño alcanza, en sí mismo, para el ejercicio de inferencia causal. Por su naturaleza, se trata de una técnica correlacional que solo retóricamente puede “controlar” los efectos de las potenciales variables independientes sobre la dependiente.² En este artículo partimos de la premisa de que el trabajo de inferencia causal en política comparada no recae principalmente en la comparación entre los casos de estudio, sino en el análisis intracaso (Hall, 2003; Collier, 2011). Atendiendo y desafiando las críticas de muchos colegas que sospechan que el *process tracing* no es más que viejo vino en nuevas botellas, damos aquí un nuevo paso en esta empresa colectiva hacia la construcción de herramientas cualitativas sólidas para la inferencia causal.

Nuestro artículo elabora una visión propia que se distingue de la literatura sobre *process tracing* en dos importantes sentidos. Primero, nos diferenciamos de la tendencia general a dividir los así llamados “tipos” inductivos e hipotético-deductivos de *process tracing* (Beach y Pedersen, 2013; Trampusch y Palier, 2016). Los estudios del primer tipo, iniciados sin hipótesis explicativa estructurante, comenzarían por un rastreo y una selección de los eventos claves de un proceso histórico que el investigador ensamblaría luego para formar un relato coherente y articulado mediante un conjunto de mecanismos causales interconectados. Cuando resultan efectivos, estos enfoques inductivos permitirían la formulación de nuevas hipótesis generales, o bien de nuevas interpretaciones de un proceso singular. Las variedades deductivas de *process tracing*, en cambio, se aplicarían para evaluar la pertinencia de hipótesis ya estructuradas. En esta perspectiva, se trataría de verificar el rol ejercido por los mecanismos causales deducidos de una hipótesis particular (o bien de varias hipótesis en competencia) en una secuencia de eventos históricos. Criticando esta visión dicotómica tan difundida en las corrientes dominantes de la literatura actual, afirmamos que no existen diferencias metodológicas fundamentales entre

estas supuestamente distintas formas de *process tracing*. Al contrario, lo central es que *todos los caminos conducen a Roma*, es decir, los análisis vía *process tracing*, sean iniciados inductiva o deductivamente, arriban a la inferencia causal y, finalmente, producen narrativas causales complejas. Por lo tanto, más fructífero que hablar de *tipos* inductivos o deductivos de *process tracing*, es identificar lo que llamamos *entradas y momentos* inductivos y deductivos en el *process tracing*.

Segundo, consideramos que el muy sofisticado “giro bayesiano” hoy en curso (véase, especialmente, Fairfield y Charman, 2015; Humphreys y Jacobs, 2015), sin duda representa un avance, pero también trae consigo riesgos y debilidades. Por un lado, los bayesianos nos están permitiendo ganar claridad respecto de la arquitectura lógica del *process tracing* y, de este modo, disciplinar nuestro trabajo de inferencia causal (Bennett, 2015). Sin embargo, a nuestro juicio, esta innovación tiene el efecto de desalentar lo que llamamos “las entradas inductivas al *process tracing*” y, así, desproveer a la disciplina de una herramienta que no por “vieja” es hoy menos valiosa en el intento de explicar los problemas relevantes dentro del complejo mundo de la política real.³ En línea con lo planteado por Yom (2015) en una discusión más amplia, sostenemos que desvalorizar el trabajo inductivo en pos de un deductivismo –en muchos casos solo retórico– tiene costos altos en materia de transparencia, ya que se abre una brecha entre lo que se dice que se hizo durante el proceso de investigación y lo que efectivamente fue realizado. Asimismo, consideramos que el enfoque bayesiano, sin dudas loable en sus objetivos, ha elegido un camino que tiende a inducir la formación de aquello que Sartori (1970) llamó “pensadores sobreconscientes”. El riesgo de autoimponerse estándares con exceso de ambición y adoptar este enfoque acríticamente, es semejante al que identificara Sartori (1970): pasar a ser dominados por el método y quedar paralizados como investigadores.⁴

Adoptamos, entonces, una perspectiva distinta que se concentra en la práctica misma de la investigación. Nuestra contribución pragmático-incremental tiene dos ventajas: por un lado, el anclaje en los dilemas que enfrentamos los investigadores en el “mundo real” habilitará a futuros investigadores no familiarizados con este nuevo canon a comprender con mayor agilidad y efectividad el potencial de estas herramientas –así como sus principales riesgos analíticos– y a poder enseñarlas más fácilmente a los investigadores en formación y, por otro, nuestra colaboración se hace eco –

y predica con el ejemplo— de un movimiento cada vez más dinámico en pos de aumentar los grados de transparencia en los procedimientos de investigación, y en maximizar el potencial de nuestros estudios de ser “replicables” por otros colegas disconformes con las explicaciones a las que arribamos (Hall, 2016). Consideramos que la transparencia en nuestra disciplina se juega, en buena medida, en nuestra capacidad de echar luz sobre las prácticas reales de los investigadores en vez de ocultarlas o estigmatizarlas (Yom, 2015).

A fin de elaborar el argumento para una visión metodológicamente unificada del *process tracing*, reconstruimos aquí dos procesos de investigación en sus distintas etapas. Reunimos las experiencias de un trabajo iniciado a partir de la exploración del material empírico y otro que partió con la revisión de hipótesis consolidadas en la literatura. El primer caso da cuenta de una investigación sobre el mecanismo causal que denomináramos *policy trap*, evidenciado en la Argentina luego del incremento exponencial del gasto público en subsidios a los servicios públicos entre la poscrisis de 2001 y el presente. Por ser un fenómeno que no había suscitado interés en la ciencia política cuando empezamos a estudiarlo, tuvimos que adoptar una entrada inductiva, es decir, empezar la investigación por la recolección y sistematización exploratoria de datos, dando así inicio a una secuencia particular de acciones de investigación que, solo más tarde, daría paso al momento deductivo. En cambio, la aproximación al segundo caso, la movilización social de gran envergadura ocurrida en 2000 en Cochabamba (Bolivia) contra la privatización del sistema de agua de la ciudad —conocida como la Guerra del Agua—, se realizó mediante una entrada deductiva. Esto fue posible por la existencia de teorías sobre el fenómeno del rechazo a la privatización de los servicios hídricos, así como de relatos específicos de este episodio de acción contenciosa. En la investigación sobre Bolivia, los momentos inductivos fueron posteriores a los deductivos. A pesar de esas diferencias en el punto de inicio, los resultados de investigación son esencialmente similares, ya que las inferencias causales construidas en estos dos trabajos se caracterizan, principalmente, por su fuerte validez interna, pero también pueden ser extendidas para dar cuenta de otras instancias de una misma clase de fenómeno (Gerring, 2007). El desafío de nuestro artículo es, entonces, tanto analítico como pedagógico. Por un lado, ponemos en evidencia el modo por el cual los recorridos metodológicos conducen, desde

entradas diferentes, a resultados equivalentes. Por otro, al hacer este análisis sobre los estudios, mostramos –sin rodeos ni velos tecnicistas– cómo puede hacerse hoy en día investigación cualitativa rigurosa.

Primero, a partir de una discusión crítica de la literatura especializada, elaboramos un marco unificado para la realización de *process tracing*, independientemente del punto de entrada inductivo o deductivo. Luego, sustentamos nuestros argumentos mediante la presentación detallada de los procesos de investigación sobre *policy traps* y la Guerra del Agua, haciendo visible para el lector cada etapa metodológica en la reconstitución del proceso. El examen de estos dos casos nos faculta para entregar lineamientos para la realización de un buen *process tracing*, identificando buenas prácticas que se suman a las que ya destacó la literatura. La conclusión explora el impacto que pueden tener los hallazgos de este artículo en las nuevas agendas empíricas y metodológicas.

1. Más allá de los tipos de *process tracing*: una práctica común de articulación de momentos deductivos e inductivos

Proponemos una visión unificada de las prácticas del *process tracing*, en la cual coexisten, por una parte, momentos con predominio deductivo y, por otra, ajustes sucesivos entre inducción y deducción. La tendencia en la literatura especializada a diferenciar entre *tipos* inductivos e hipotético-deductivos en el *process tracing* (Beach y Pedersen, 2013; Bennett y Checkel, 2015; Trampusch y Palier, 2016), a nuestro juicio, no da cuenta de las prácticas reales de este método. Al contrario, exagera diferencias y, por lo tanto, impide percibir aquello que estos tipos ideales tienen en común.

Hoy existe amplio acuerdo sobre ciertos aspectos comunes en las investigaciones que se construyen vía *process tracing*, tales como la referencia sistemática a los mecanismos causales o el carácter complejo de la inferencia causal a la que se busca llegar. Pero, al mismo tiempo, gran parte de los autores insisten en la existencia de variaciones significativas entre distintos trabajos de *process tracing*. Así, Bennett y Checkel (2015) distinguen los trabajos de *process tracing* de acuerdo a si prueban una teoría

o a si construyen una nueva (*theory-testing* o *theory-building*). Sostenemos que estas diferenciaciones generan riesgos de fragmentación que podrían terminar por debilitar la difusión del método. Sobre todo, estas distinciones impiden ver los elementos comunes en prácticas que convergen, más allá de entradas diferentes. En consecuencia, nos parece más importante insistir sobre la heurística común de este método fundado sobre la articulación entre eventos, variables y mecanismos causales.

Esta unidad en las prácticas no es ajena para algunos de estos autores. Por ejemplo, los propios Bennett y Checkel proponen una definición unificada del *process tracing* como “el análisis de la evidencia sobre los procesos, secuencias y coyunturas de eventos dentro de un caso con el propósito de desarrollar o testear hipótesis sobre los mecanismos causales que podrían explicar causalmente el caso” (2015: 7). Esta definición se refiere a lo que luego llaman dos “lados” (*sides*): el inductivo se asocia con la generación de hipótesis y el deductivo con su testeo. Sin embargo, esta asociación entre, por un lado, dos procedimientos metodológicos como la inducción y la deducción –es decir, en el primero partir de la evidencia empírica para avanzar hacia la teoría o, en el segundo, iniciar la investigación desde la teoría existente, para luego confrontarse con la empiria (Ragin, 2007)– y por el otro lado, dos objetivos de investigación –construir o testear teoría– no refleja la práctica concreta de los científicos políticos (Yom, 2015). Así, esta separación entre tipos resulta frágil y relativamente arbitraria. Incluso es posible cuestionar su pertinencia.

Nuestro escepticismo en cuanto a estas clasificaciones se aplica también a la reflexión tipológica de Beach y Pedersen (2013), quienes separan entre tres “variantes” y “usos” del *process tracing*. A las tradicionales variantes de testeo y construcción de teoría, suman una tercera, *explaining-outcome process tracing*, dedicada a explicar un resultado político particular (Beach y Pedersen, 2013). Esta abre espacio para dos “caminos” (*paths*) para la investigación, inductivo y deductivo. Sin embargo, los dos autores circunscriben esta posibilidad a una versión particular de *process tracing*, reservada, según ellos, a un público de profesionales preocupados por explicaciones exclusivamente empíricas y carentes de ambiciones teóricas. A nuestro juicio, tal restricción no tiene fundamentos metodológicos.

Nosotros sostenemos, en cambio, que todo *process tracing* se compone de elementos fundamentales que son la entrada y los posteriores distintos momentos. Tanto la entrada –el inicio del proceso de investigación– como

los momentos –las distintas etapas de su desarrollo– pueden ser inductivos o deductivos. Así, luego de iteraciones entre *momentos* inductivos y deductivos, el proceso de investigación converge hacia la explicación del resultado de interés. Debemos, por lo tanto, abandonar la ficción que sostiene que todo proyecto de investigación estaría sobredeterminado por un supuesto carácter deductivo o inductivo, que se elige en el momento t_0 , y daría origen a senderos que se bifurcan en $t[1, \dots, n]$. Al trascender la dicotomía entre *tipos de process tracing*, por un lado, y al alertar sobre el riesgo de desaliento que surgiría si concibiéramos al deductivismo del giro bayesiano como único canon capaz de guiar el *process tracing* riguroso, por el otro, nuestro aporte se centra en las prácticas. La propuesta parte de la convicción de que, para proteger el principio de transparencia que regula el trabajo científico, es necesario reducir la incongruencia hoy existente entre lo que los investigadores explicitan y sus prácticas implícitas (Yom, 2015).

Enfocarnos en las prácticas nos permite admitir, sin rodeos, aquello que hoy suele estar velado: muchos investigadores iniciamos investigaciones simplemente porque un fenómeno empírico nos parece intrínsecamente interesante, de alta relevancia, y que por esta precisa razón debe ser estudiado con urgencia, aunque no exista ni siquiera la información más básica para sistematizar la empiria ni certeza sobre qué teoría existente podría contribuir a explicarlo. En otras palabras, como admiten incluso los más deductivistas (Bennett y Checkel, 2015), muchos *process tracers* somos, ante todo, investigadores motivados, orientados o incluso “obligados” por los problemas del mundo real.⁵ A diferencia de la tendencia dominante en la literatura, sostenemos que el estudio de estos fenómenos que nos desvelan no tiene nada en sí mismo de ateoórico... pero sí puede determinar que la entrada hipotética-deductiva no pueda adoptarse al inicio y que el razonamiento deductivo solo aparezca, con toda su fuerza, en un segundo o tercer momento de la investigación. Por estas razones, en este artículo hablamos de *entradas y momentos* deductivos e inductivos, no de tipos o enfoques. Este lenguaje nos permite descubrir, con mayor precisión, lo que efectivamente sucede en la práctica de la investigación vía *process tracing*, motivando nuevas investigaciones que ganen en conciencia, sin por ello quedar atrapadas en abstracciones rígidas que obstaculicen su avance.

Luego de haber mostrado la irrelevancia de separar el *process tracing* en tipos, campos o variantes, queda entonces por determinar cuándo privilegiar una u otra entrada, y cuándo concluir el proceso de iteración. La decisión

respecto de si el recorrido inicial es más inductivo o deductivo, generalmente está constreñida por el estado de la literatura sobre la pregunta de investigación y el caso trabajado. Por un lado, la entrada inductiva implica pasar primero por los hechos, construyendo una primera narración no “causalizada”, aunque guiada por intuiciones teóricas. Se elige este camino cuando existe poco o ningún conocimiento sistemático sobre el fenómeno de interés. En cambio, la entrada por la deducción comienza por la (re)construcción y la prueba de las hipótesis, lo cual supone que estas preexisten al proyecto de investigación. Así, las hipótesis pueden nacer de la literatura y de la observación empírica. En cualquier caso, la creatividad del investigador es imprescindible para, siguiendo la recomendación de Bennett y Checkel (2015), desplegar la red lo más ampliamente posible en la “pesca” de posibles explicaciones alternativas del fenómeno en estudio.

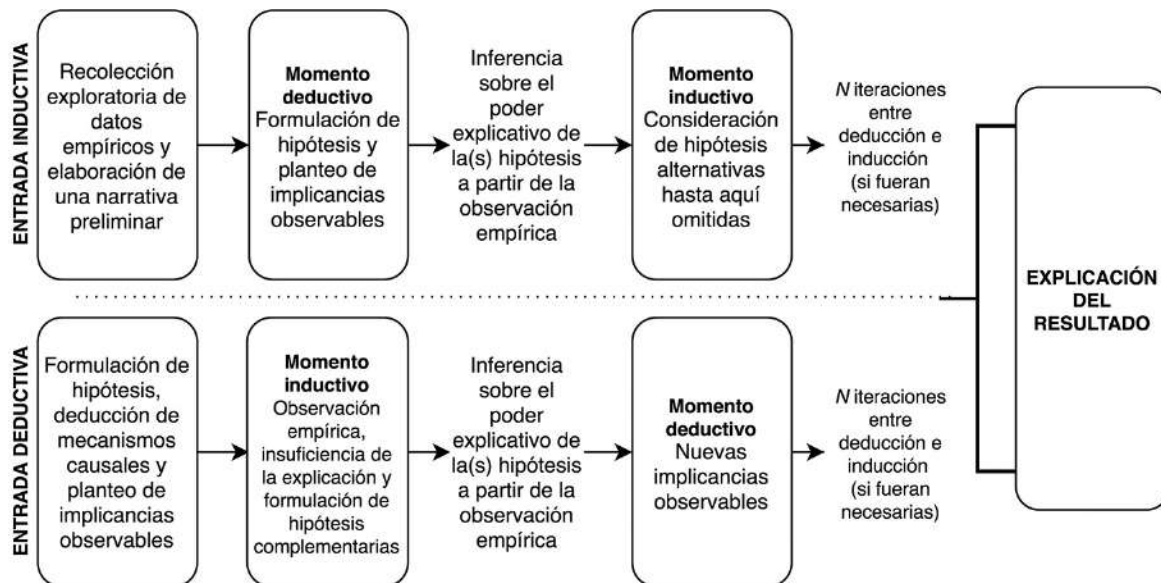
Entonces, más allá de la entrada, todo *process tracing* cuenta con momentos con predominancia deductiva fundada sobre las “implicancias observables” de las hipótesis formuladas. Se trata de deducir, a priori, ciertas implicancias empíricas de un mecanismo, antes de verificar si estas efectivamente se observan en el registro empírico. A los momentos deductivos suceden momentos inductivos, de elaboración teórica a partir de la confrontación con la materia empírica.⁶ Así, las hipótesis son ajustadas mediante un proceso iterativo en el cual una sucesión de relatos, todavía insatisfactorios, se aproximan gradualmente hacia una narrativa finalmente juzgada como “plausible” y “persuasiva” (Yom, 2015).

El proceso de investigación llega a su fin cuando se cumplen dos condiciones. Por parte del investigador, se estima haber alcanzado el punto de saturación. Este término, de amplio uso en la metodología cualitativa, se refiere a la baja probabilidad de obtener mayor información relevante si prosiguiera la recolección de datos, es decir, a los rendimientos decrecientes del trabajo de campo. Saturación también se refiere a la elaboración teórica, en el sentido de que el investigador considera haber explicado el caso de interés de manera plausible. La segunda condición, asociada al carácter persuasivo de la explicación, es la validación por pares. Esta apreciación intersubjetiva puede ocurrir en distintas instancias (comité de tesis, árbitros de revistas, entre otras), según el contexto institucional en el cual se desarrolla la investigación.

La Figura 1 da cuenta de nuestra propuesta de un marco unificado para la práctica del *process tracing*, donde, luego e iniciar la investigación por

entradas diferentes, el desarrollo sigue un curso de progresión y de ajuste equivalente, para llegar a un resultado del mismo orden.

Figura 1. El *process tracing* en la práctica: diferentes entradas para generar inferencias causales



El *process tracing* aumenta así la plausibilidad del relato final, a partir de la interacción entre la generación hipotética de implicancias observables y las evidencias que las respaldan o refutan, reiterada tantas veces como sea necesario. El corolario de estos momentos deductivos es que el investigador es invitado a poner claramente a disposición del lector sus hipótesis con relación a las observaciones esperadas. Así, dotados de este concepto de *process tracing* como método articulador de la inducción y la deducción a través de ajustes sucesivos, vamos a proceder a la presentación de dos procesos de investigación para mostrar prácticamente que las similitudes esenciales prevalecen sobre las diferencias accesorias.

2. Entrada inductiva al *process tracing*. Subsídios de amplio espectro en servicios públicos en la Argentina (2003-2015)

En esta sección ilustramos la entrada inductiva al *process tracing*, analizando una investigación sobre los subsidios de amplio espectro en servicios públicos en la Argentina de principios del siglo XXI (Bril-Mascarenhas y Post, 2014; 2015). En apenas una década, los subsidios que el Estado nacional argentino creó en la poscrisis de 2001 –para contener los aumentos tarifarios en los servicios de gas, electricidad, agua y transporte urbano– pasaron de ser un paliativo con muy bajo costo fiscal, a la principal fuente del actual alto déficit presupuestario. Al momento de escribir estas líneas, los subsidios en servicios públicos ocupan un lugar central en la agenda pública en la Argentina, debido a la dificultad que el gobierno de Mauricio Macri tiene para, sin afectar en exceso sus chances de reelección, desmontar lo que Bril-Mascarenhas y Post (2015) denominaron la *policy trap* de los subsidios. Sin embargo, cuando en 2010 se inició esta investigación, no había ningún análisis sistemático sobre esta área de política pública, quizá porque jamás se sospechaba que este tema pasaría – en pocos años– de ser una cuestión muy técnica y de baja visibilidad pública, a uno de los ejes del conflicto político en la Argentina *poskirchnerista*.

Aquella investigación estuvo, entonces, motivada por genuina curiosidad empírica y teórica. Por un lado, los autores estaban impactados por una realidad cuya importancia pocos habían advertido hasta entonces: apenas siete años después de haber sido instituidos, los subsidios en servicios públicos absorbían el 10% del presupuesto. Asimismo, mostraban una dinámica de crecimiento vertiginoso y casi automático. Paradójicamente, no obstante, los gobiernos kirchneristas obtenían un rédito político-electoral significativamente menor de estos subsidios que de otras políticas públicas. Por otro lado, la perplejidad teórica surgía de notar que la ciencia política internacional –abocada al estudio de las transferencias más clásicas del *estado de bienestar*– había hecho poquísimo por explicar el origen, enraizamiento y enorme crecimiento de los subsidios de amplio espectro al consumo. Debido a ello, este terreno empírico quedaba casi exclusivamente en manos de los economistas.

De este modo, la ausencia de desarrollo teórico previo obligaba a la entrada inductiva. Esto implicó un significativo esfuerzo de recolección de estadísticas sobre el costo fiscal y la distribución territorial de los subsidios en servicios públicos. En simultáneo, los investigadores, desprovistos aún de hipótesis que ameritaran ser testeadas, se dedicaron a hacer trabajo de

archivo a fin de reconstruir la trayectoria de esta política pública. En la identificación y sistematización de los hitos regulatorios o nodos de decisión gubernamental durante las administraciones de Néstor y Cristina Kirchner (2003-2015), fue clave evitar el sesgo de selección hacia hitos regulatorios efectivamente ocurridos. Tan importantes como ellos, son lo que aquí podríamos denominar “nodos de no-decisión” –es decir, situaciones en las cuales el Poder Ejecutivo desistió de tomar un curso de acción que estaba considerando o bien lo tomó para luego dar marcha atrás de inmediato–. La exhaustiva identificación, tanto de los hitos regulatorios como de los nodos de no-decisión relevantes, es fundamental para un ejercicio exitoso de inferencia causal vía *process tracing*.

Concluida la sistematización de datos secundarios, los investigadores escribieron una primera narrativa del proceso de adopción y crecimiento de los subsidios en el período bajo estudio. Este relato inicial carecía aún de cualquier impronta explicativa: dado el subdesarrollo del estudio sobre el tema, en esta etapa habría sido muy difícil ir más allá de la descripción. El relato estaba, por lo tanto, desprovisto de macrocausas, mecanismos causales o evaluaciones de hipótesis alternativas. Con este texto inicial, se procedió al trabajo de campo exploratorio, cuyo principal insumo fue una serie de entrevistas con una muestra no probabilística de altos⁷ decisores en el Estado nacional, los sindicatos y las empresas de dos sectores subsidiados –distribución de gas y transporte público urbano (colectivos)–. El objetivo aquí era adquirir una profundidad que, en los hechos, es imposible de obtener vía datos secundarios. Esta primera ronda de entrevistas buscaba, entonces, aproximarse hacia posibles microfundamentos del comportamiento de los actores potencialmente relevantes en esta arena de políticas.

Se elaboró, entonces, una descripción cuantitativa de la evolución de la política pública de subsidios de amplio espectro en servicios públicos en la Argentina de la poscrisis de 2001 y se arribó por la entrada inductiva a una narrativa causal preliminar. La estadística descriptiva indicaba que hubo una significativa variación intracaso en la Argentina a través del tiempo. Hacia 2010, los subsidios del Estado nacional para contener aumentos de las tarifas de los servicios públicos habían crecido hasta alcanzar los 7.500 millones de dólares anuales. Además, se distribuían de manera significativamente desproporcional en el territorio argentino, con un gran sesgo hacia el Gran Buenos Aires (GBA). La narrativa causal preliminar,

por su parte, sugería que el enraizamiento y exponencial crecimiento de los subsidios de amplio espectro en distribución de gas y transporte en colectivo podrían rastrearse en la interacción de dos factores: las presiones de precios (por ejemplo, el aumento del costo del gas importado) y los desincentivos políticos que constreñían potenciales iniciativas para dismantelar esta política pública (tales como el temor a sufrir un revés electoral en distritos altamente subsidiados).

Los autores dieron paso al momento deductivo de la investigación. Esta etapa, como veremos, no estuvo exenta de nuevas iteraciones inductivas. Tal como lo estilizaríamos en el marco analítico, en la investigación sobre subsidios en la Argentina los autores formularon implicancias observables a partir de cuerpos teóricos considerados relevantes. Dado que el gasto público en subsidios se concentraba en el GBA –donde reside un tercio de la población argentina–, se buscó, en primer lugar, una brújula analítica en la literatura sobre el “sesgo urbano” de las políticas públicas (véase, entre otros, Bates, 1981). De allí, y de las proposiciones derivadas de las literaturas sobre *blame avoidance* –es decir, la dinámica de la “evasión de la culpa política” (véase Weaver, 1986)–, Bril-Mascarenhas y Post, (2015) se propusieron observar si un mecanismo causal relevante en la explicación del enraizamiento de los subsidios en la Argentina era la predominancia de una estrategia de elusión de la culpa política por parte de las administraciones de Néstor y Cristina Kirchner. En línea con las teorías que muestran que la ciudadanía tiende a ser más sensible ante las pérdidas que ante las ganancias o los beneficios que ya recibe (Weyland, 1996), Bril-Mascarenhas y Post (2015) analizaron en qué medida el proceso estuvo marcado por el temor de los presidentes entre 2003 y 2015 por enfrentar reveses electorales y/o el surgimiento de protestas con alto impacto político en la principal área metropolitana de la Argentina.

Triangulando evidencia surgida de una nueva ronda de entrevistas confidenciales con actores claves en los procesos decisorios de esta política pública con trabajo de archivo y encuestas de opinión pública, Bril-Mascarenhas y Post (2015) infirieron que, efectivamente, la persistencia de esta política pública en el caso de la Argentina había obedecido *principalmente* al temor de los líderes políticos a autoinfligirse un revés electoral. Toda la evidencia recabada apuntaba en la misma dirección: desde el Poder Ejecutivo se percibía que el recorte de los subsidios y el consecuente drástico aumento de las tarifas de servicios públicos tendrían el

efecto de volcar a la población del GBA y, con ella, a la opinión pública nacional, en contra de la administración kirchnerista. Los investigadores detectaron, asimismo, un efecto de interacción entre variables políticas y económicas: las presiones de precios aumentaron con el paso del tiempo y el potencial (ya, de por sí, alto) costo político de la salida del esquema de subsidios. Se observó, por lo tanto, que, si bien la motivación inicial que había dado origen a los subsidios de amplio espectro en la Argentina fue contener el impacto del shock económico de 2002 sobre el conjunto de la población, el enraizamiento de esta política pública obedecía, principalmente, a un mecanismo causal específico: la estrategia de *blame avoidance* escogida por el Ejecutivo.

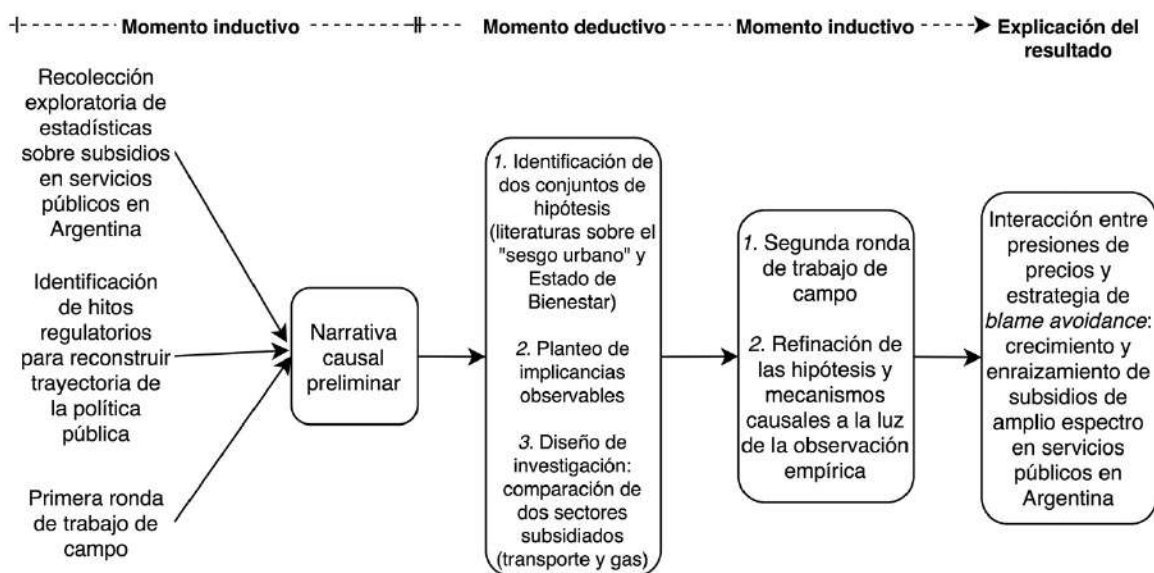
Mientras se avanzaba en el estudio del caso de la Argentina, los investigadores sistematizaron datos sobre 29 países en desarrollo que indicaron que los subsidios al consumo constituyen un importante dispositivo de protección social: en muchos países el presupuesto en subsidios superaba el gasto público en salud y educación. Esta observación inductiva a partir de un n relativamente grande, junto con la recomendación de un réferi anónimo, motivó la consideración del cuerpo teórico sobre el estado de bienestar (EB), a fin de derivar desde allí implicancias observables para el análisis del caso argentino. La literatura argumenta que los programas del EB generan grupos organizados y concentrados de beneficiarios que tienen un claro interés por –y, a menudo, la capacidad de– evitar su desmantelamiento. Si estas teorías gozaran de alto poder explicativo para dar cuenta de la trayectoria bajo análisis, un factor clave, conducente al crecimiento y el enraizamiento de los subsidios en la Argentina, debía ser la presión ejercida por grupos organizados de beneficiarios, como los sindicatos y las cámaras empresariales de los sectores subsidiados.

Bril-Mascarenhas y Post (2015) utilizaron un diseño de investigación que yuxtaponía una comparación intersectorial ($n=2$) y el rastreo sistemático del proceso causal dentro de cada sector. El análisis comparado de los servicios de distribución de gas y de transporte público mostró que los mecanismos causales resaltados por las teorías sobre el EB no eran necesarios para el crecimiento y el enraizamiento de los subsidios: si bien en el sector transporte, tanto los sindicatos como las cámaras empresariales estaban sólidamente organizados, en el sector de distribución de gas los subsidios crecieron y se enraizaron aun en la ausencia de presiones por

parte de grupos de interés organizados. El hecho de que las implicancias de las teorías del EB no se observaran en el registro empírico fortaleció el argumento de los autores de que el aumento del costo de los insumos y el temor político ante potenciales reveses electorales operaron como condiciones suficientes para el crecimiento y el enraizamiento de los subsidios de amplio espectro en la Argentina entre 2003 y 2015.

En síntesis, el artículo de Bril-Mascarenhas y Post (2015) ilustra cómo, desde una entrada inductiva, los autores arribaron a una narrativa causal (Figura 2). En el camino, la investigación pasó por una serie de iteraciones que supusieron tomar perspectiva del caso, volver a la teoría y, durante momentos deductivos, derivar un conjunto de proposiciones a ser contrastadas en nuevas rondas de trabajo empírico. Este artículo muestra, asimismo, que, para dar por concluidas las iteraciones entre inducción y deducción, es importante indagar sobre la presencia o ausencia de efectos de interacción entre las variables explicativas. En línea con nuestro marco, el producto final de Bril-Mascarenhas y Post (2015) de ningún modo restituye la riqueza histórica del proceso estudiado: el trabajo de *process tracing*, lejos de buscar ese tipo de descripción densa, utiliza evidencia de un mismo caso para lograr el objetivo mayor de hacer inferencias sobre las explicaciones causales de dicho caso (Bennett y Checkel, 2015:4-8).

Figura 2 Ilustración de la entrada inductiva al *process tracing*: formación de una *policy trap* en la Argentina



Como bonus analítico, el estudio intracaso de los subsidios en la Argentina fue el puntapié inicial para observar un gran conjunto de casos de países en desarrollo y para elaborar una lógica sobre lo que Bril-Mascarenhas y Post (2015) denominaron *policy traps*. Cerrando el círculo – o, más bien, volviendo a abrirlo– las proposiciones que estos autores elaboraron sobre la lógica política de las *policy traps* invitan a encarar nuevos trabajos de *process tracing* que se inicien por la entrada deductiva, derivando implicancias observables –desde el marco analítico de las *policy traps*– para evaluar si esta lógica explica mejor o peor que otras teorías alternativas ciertos procesos de políticas públicas (tales como la persistencia de ciertos regímenes de tipo de cambio) en múltiples países y períodos históricos.

3. Entrada hipotético-deductiva al *process tracing*. La Guerra del Agua en Bolivia como un caso de movilización social excepcional

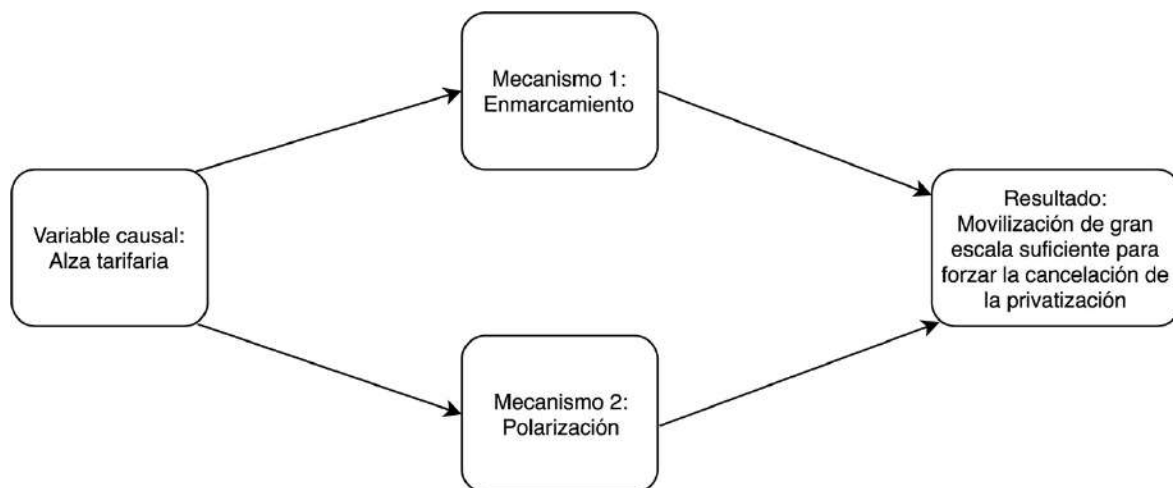
En septiembre de 1999 se firmó un contrato de concesión por 40 años del servicio de agua potable y saneamiento de la ciudad de Cochabamba, otorgada al operador Aguas del Tunari, cuyo capital mayoritario pertenecía al grupo estadounidense Bechtel. Esta reforma en el manejo del recurso hídrico en Cochabamba contaba con un apoyo transversal y multinivel, incluyendo al alcalde, autoridades nacionales y empresarios locales. Sin embargo, menos de un año después, en abril de 2000, después de una serie de protestas, el gobierno resolvió rescindir el contrato. Así llegó a término este episodio emblemático de la vida política boliviana conocido como la Guerra del Agua. ¿Por qué y cómo se conformó una movilización social tan potente que logró sobreponerse a esta coalición de las élites para, finalmente, forzar la anulación del contrato? Para responder esta pregunta se recurrió a un *process tracing* con entrada deductiva, del cual damos cuenta aquí.

El punto de partida para la reflexión deductiva fue teórico y radicó en dos literaturas aparentemente opuestas: las teorías neoclásicas sobre el proceso de privatización, por un lado y, por otro, análisis críticos de las

consecuencias de la incorporación de actores privados para la gestión de un recurso que algunos consideran un bien común. Ambas corrientes coinciden en poner el foco en las alzas de tarifa que, generalmente, acompañan los procesos de privatización para explicar su destino final. Diversos relatos sobre la Guerra del Agua también señalaban el alza tarifaria como un posible desencadenante de la movilización social. La lectura de estas teorías condujo a la formulación deductiva de la siguiente hipótesis: las alzas tarifarias propias de estos procesos habían provocado un levantamiento de la población pobre de Cochabamba.

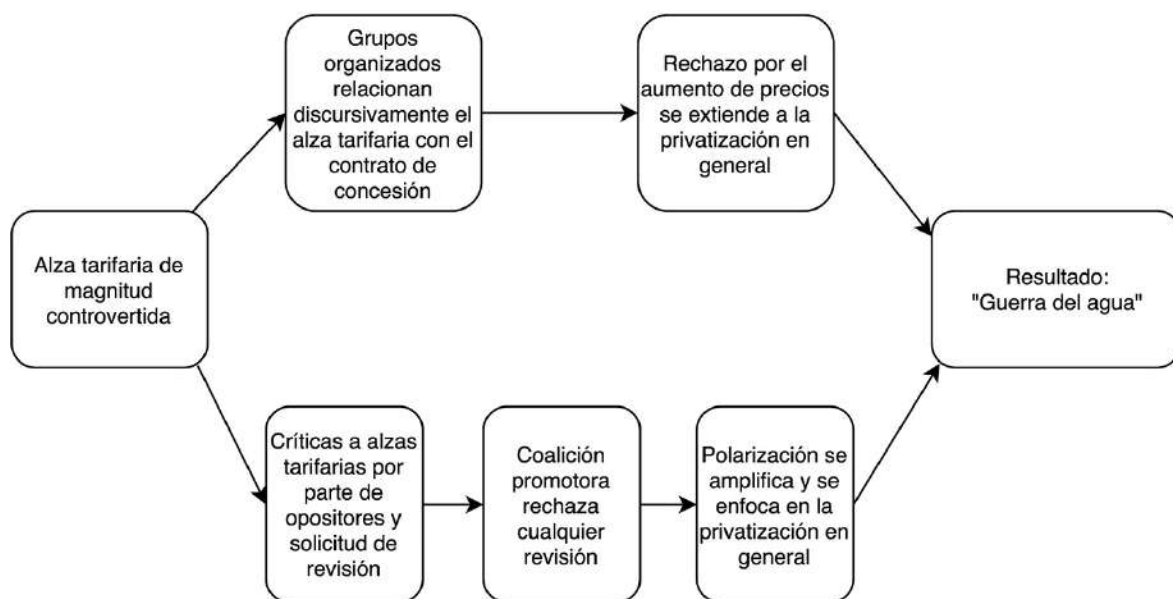
Desde el punto de vista del proceso de investigación, la pregunta fundamental era determinar si esta hipótesis, en caso de ser comprobada, podría ser considerada plausible y convincente para explicar el resultado. Un paso inicial consistió en elaborar, deductivamente, un mecanismo causal, del cual la variable alza tarifaria fuera el detonante. Para la construcción *ex ante* de una hipótesis “mecanística” (*mechanismic*) (McAdam, Tarrow y Tilly, 2008), Mayaux (2012) se apoyó en trabajos ya clásicos de la sociología de las movilizaciones sociales. Hipotetizó inicialmente dos mecanismos mediante los cuales el encarecimiento del servicio produciría un movimiento de la envergadura de la Guerra del Agua. Primero, se buscó establecer la presencia del mecanismo de “enmarcamiento” (*framing*). Las implicancias observables deducidas serían, entonces, acciones de grupos organizados que relacionaran las alzas con la privatización, contribuyendo a que los aumentos tarifarios no aparecieran como algo menor o aislado, sino como parte de una transformación amplia. El segundo mecanismo considerado *ex ante* fue la polarización que se gatillaría por un rechazo de la coalición dominante por revisar estos aumentos, lo que tendría como efecto una amplificación de la contestación, contribuyendo así a que el rechazo escalara de un problema puntual con los precios a un repudio global de la privatización. La Figura 3 representa ambas hipótesis “mecanísticas”.

Figura 3. Bolivia. Mecanismos elaborados deductivamente



Nivel teórico

Nivel empírico



La Figura 3, inspirada en Beach y Pedersen (2013), indica –en la parte de arriba (nivel teórico)– los posibles mecanismos elaborados a partir de la teoría de la movilización social. En la parte baja (nivel empírico), aparece el encadenamiento causal asociado a cada mecanismo, donde los distintos eslabones son implicancias observables, cuya presencia o ausencia debe ser constatada en el registro empírico.

La etapa siguiente del proceso investigativo consistió en confrontar estas hipótesis con la evidencia. En primer lugar, la evidencia recolectada permitió mostrar que el mecanismo de *framing* había operado. En efecto, el incremento de un 35% promedio de las tarifas fue activamente interpretado

por un grupo clave de la oposición, la Coordinadora por la Defensa del Agua y de la Vida (Coordinadora), como consecuencia directa de la privatización. Luego aparecieron varios elementos discursivos que conectaban directamente el alza con un cuestionamiento más profundo, que incluía elementos tanto de lo “nacional-popular” como de reivindicaciones indígenas. En cambio, el mecanismo de polarización elaborado deductivamente no resistió la confrontación con la realidad empírica. Así, no se produjo la polarización hipotetizada, al menos del lado de la coalición dominante. En consecuencia, la reconstitución precisa de la dinámica de la movilización mostró el carácter incompleto del mecanismo elaborado deductivamente. Se infirió que sería erróneo atribuir al incremento tarifario un carácter detonante exclusivo y se volvió necesario identificar variables y mecanismos complementarios.

En esta fase ya avanzada de la investigación fue posible llevar a cabo dicha tarea de manera inductiva a partir de la evidencia ya recolectada. Así, en línea con la crítica a la oposición dicotómica entre tipos de *process tracing*, se articularon momentos deductivos e inductivos para producir una explicación plausible. Durante la primera etapa, había resultado llamativa la presencia conjunta en la Coordinadora de usuarios urbanos y rurales. El conocimiento histórico del caso hacía parecer sorprendente que estos grupos pudieran sortear problemas de coordinación para actuar colectivamente, ya que había habido múltiples conflictos a lo largo de décadas anteriores entre actores asociados a distintos tipos de uso del agua. Esta coalición inédita podía ser interpretada como el producto de un mecanismo causal de *brokerage*, complementario al *framing* ya comprobado.

Para sustentar esta hipótesis elaborada inductivamente faltaba encontrar la variable causante del proceso. El análisis de las entrevistas reveló que un motivo para la movilización había sido el riesgo de expropiación, que no tenía sus raíces en el contrato de concesión *per se*, sino en la ley nacional del agua promulgada en noviembre de 1999 (Congreso Nacional de Bolivia, 1999). La ley entregaba a los concesionarios un derecho de propiedad exclusivo sobre todo el recurso hídrico en su definida zona de explotación. Esto constituía una amenaza directa para las cooperativas y “comités de agua” que habían constituido pequeñas redes de abastecimiento. Profundizando este razonamiento, fue posible reconstituir el proceso de *brokerage* entre dirigentes rurales urbanos, para finalmente establecer la

Coordinadora. Así, a la oposición articulada en torno de los aumentos tarifarios, luego “enmarcados” como parte de una crítica general a la privatización, le había antecedido la construcción de una compleja estructura basada en la convergencia inédita de actores, producto del mecanismo de *brokerage*.

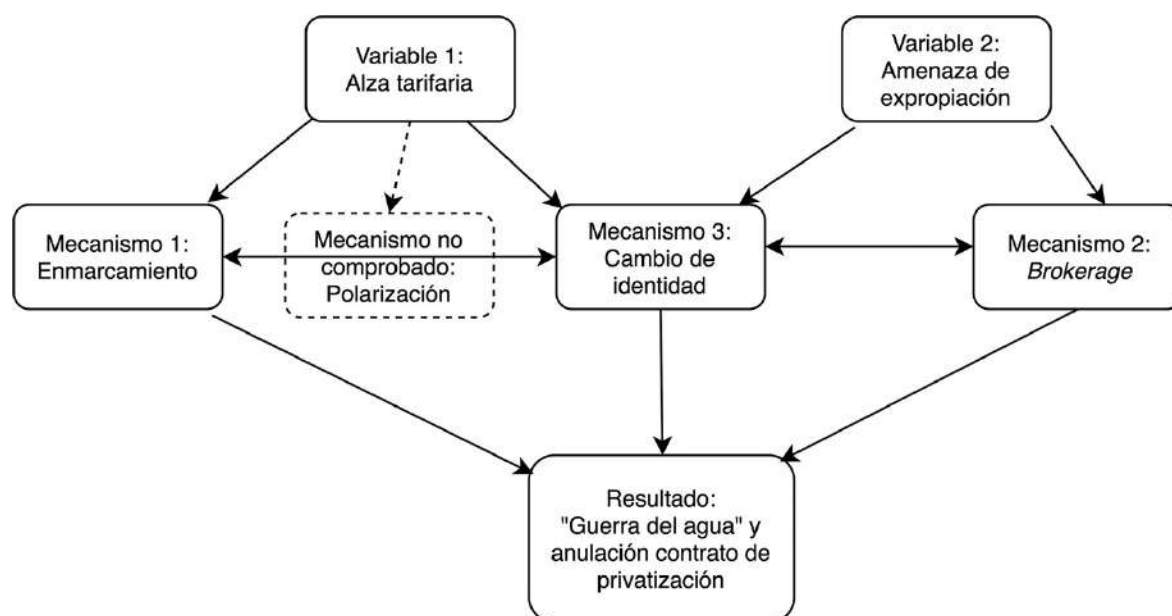
Este mecanismo se suma al anteriormente comprobado de *framing*, gatillado por el aumento tarifario. En este punto del trabajo de *process tracing* correspondía preguntarse si se había llegado a una explicación plausible y convincente del resultado. En este caso, el investigador evaluó que existía todavía un residuo significativo por dilucidar. En efecto, quedaba por explicar la durabilidad y fuerza de la movilización, a pesar de la disposición del gobierno a revisar las tarifas, así como de una fuerte represión y estrategias de cooptación. El *brokerage*, junto con un *framing* de la problemática específica, ¿habría bastado para organizar en tres oportunidades un bloqueo completo de la ciudad? A la luz del conocimiento del investigador, tanto del caso nacional como de otras instancias de conflicto en torno a procesos de privatización, dichos factores no parecían agotar la explicación del fenómeno bajo estudio. Todavía era necesario dar un paso más en el análisis.

Así, se volvió a analizar el proceso completo. La nueva revisión de la evidencia empírica recolectada permitió conjeturar sobre la presencia de un mecanismo más profundo de “cambio de identidad” (*identity shift*) (Tilly y Tarrow, 2007). La omnipresencia del eslogan “el agua es nuestra, carajo” parecía indicar que este podría ser un mecanismo causal relevante. Esta consigna fue clave para cimentar una identidad colectiva de desposeídos. Produjo un nuevo sentido común, compartido por todos los actores movilizados, en oposición a la élite privatizadora. La violencia de la represión contribuyó fuertemente a consolidar esta nueva identidad, en particular porque reactivó la memoria de la dictadura de Hugo Banzer (1971-1978). Esta identidad se sustentó, también, en prácticas participativas que permitieron reforzar el compromiso de los militantes y el contraste con “los otros” y, así, robustecer una identidad alternativa que fue fundamental para darle sustento a la movilización social, hasta lograr que el gobierno cancelara el contrato de concesión.

Con la elaboración inductiva de este tercer mecanismo, producto del efecto acumulativo de los otros dos constatados –*framing* y *brokerage*–, y con rasgos del que inicialmente se había deducido –polarización–, Mayaux

(2012) estimó disponer de una explicación convincente de esta movilización social de excepcional envergadura. La Figura 4 sintetiza el efecto combinado de los tres mecanismos causales detectados.

Figura 4. Narrativa causal plausible para explicar la Guerra del Agua en Bolivia



Más allá de la Guerra del Agua, la combinación verificada de mecanismos constituye un insumo para estudios sobre procesos de movilización social territorial de gran envergadura. Por ejemplo, se podría trabajar sobre las movilizaciones sociales ocurridas en el sur de Chile a principio de la década de 2010, formulando hipótesis a partir de los hallazgos de esta investigación, sea para confirmar y extender los mecanismos causales o para complementarlos con otros propios de estos casos.

4. Algunas lecciones y recomendaciones prácticas

La presentación detallada de dos procesos de investigación permitió poner a la vista las etapas concretas de la investigación, desde su diseño hasta la construcción final del argumento. Las buenas prácticas que aquí se

evidencian articulan preocupaciones antiguas de la reflexión metodológica cualitativa –especialmente, la conciencia sobre las operaciones propias de la investigación a medida que estas se llevan a cabo– con otras más recientes, como el nuevo acento en la transparencia. A continuación, identificamos recomendaciones inspiradas por nuestro estudio. Estas cubren áreas no abordadas en los catálogos de buenas prácticas ya existentes (Bennett y Checkel, 2015; Trampusch y Palier, 2016).

4.1. Elegir la entrada apropiada

Empezamos destacando los riesgos que surgen al elegir incorrectamente la entrada apropiada al *process tracing* para un caso dado de estudio. El primer tipo de riesgo implica perder una excesiva cantidad de tiempo, sin dudas una de las principales variables de ajuste en la práctica de la profesión. Por ejemplo, no vale la pena, en un afán inductivista, salir a campo demasiado pronto si contamos con trabajos de otros colegas que nos permiten pasar algún tiempo más en la oficina trabajando provechosamente de manera deductiva. Un investigador que elige la entrada inductiva, cuando las condiciones estaban dadas para una entrada deductiva, perderá valioso tiempo recolectando datos que luego verá que contribuían poco o nada para avanzar hacia la inferencia causal. Si hubiera usado desde el inicio las brújulas analíticas que ya existían, el investigador hubiera optimizado sus recursos. Por lo tanto, para minimizar los impactos de este tipo de riesgo, nuestro artículo sugiere que, si hay literatura establecida que desde el inicio puede identificarse con potencial analítico para explicar el caso de interés siempre es recomendable optar por la entrada deductiva. Ese camino minimiza los sesgos personales del investigador en el momento de “ingreso” al proyecto de investigación. En cambio, si en el momento de inicio el investigador no logra identificar con claridad un cuerpo de teoría que ilumine analíticamente el fenómeno empírico que lo intriga, o si ese cuerpo teórico sí es identificado, pero el conocimiento del caso es todavía demasiado precario –debido a la ausencia de literatura secundaria de calidad y/o de datos confiables–, siempre es mejor optar por la entrada inductiva.

También existe un segundo tipo de riesgo, asociado a los atributos intrínsecos a cada entrada, aun cuando la decisión sobre la puerta de ingreso

hubiera sido acertada. Por un lado, el principal riesgo que acecha a todo investigador que opta por la entrada inductiva surge de la tentación de incurrir en prácticas semejantes a las del *data mining* (minería de datos), es decir, extraer inductivamente un patrón de los datos desde el cual se inventa una teoría causal. Esta práctica “ensucia” los momentos deductivos posteriores: es muy probable que el “*data miner* cualitativo”, contento con haber identificado un patrón interesante, tenga anteojeras a la hora de identificar teorías alternativas que quizá explicarían mejor los patrones observados. Asimismo, es probable que los posteriores momentos inductivos de la investigación también resulten sesgados: por ejemplo, el investigador puede caer en la reescritura de sus protocolos de entrevistas de un modo tendiente a inducir respuestas que, a su vez, hagan más convincente su teoría generada vía minería de datos. Por otro lado, el principal riesgo que acecha al investigador que arranca por la entrada deductiva es obnubilarse con una teoría que parece “funcionar” bien y, por lo tanto, no trabajar suficiente con las hipótesis alternativas. A falta de tiempo para hacer la iteración completa –deducción-inducción-deducción–, es probable que se caiga en la tentación de no revisar críticamente la narrativa, forzando la teoría elegida a fin de complacer a jurados de tesis o réferis.⁸

La minimización del impacto que estos riesgos tienen sobre la calidad de la inferencia causal depende, a nuestro juicio, tanto de las prácticas individuales como de las intersubjetivas. Al nivel individual, requiere que los investigadores incrementen su nivel de conciencia respecto de en qué momentos de su trabajo están operando de manera deductiva y en cuales otros lo están haciendo de manera inductiva, lo que permite identificar a tiempo los riesgos más probables en cada una de las fases de la investigación y enfrentarlos analíticamente, sin negaciones. Al nivel intersubjetivo, en nuestra condición de réferis, directores y jurados de tesis, requiere ejercer cierta presión para que nuestros colegas expliciten los procedimientos inductivos y deductivos en sus caminos a la inferencia causal, sin por ello imponer corsés excesivos que conllevan un riesgo igualmente grave: en lugar de dominar el método, quedar dominados por él y, con ello, distraernos o incluso paralizarnos en el trabajo empírico que la ciencia política tiene por delante.⁹

4.2. Maximizar la efectividad del trabajo de campo

Los dos casos de este artículo sugieren una lección que puede ser especialmente valiosa para los investigadores jóvenes. En el diseño de los típicos cronogramas que se solicitan en los proyectos de investigación, para tesis de distintos niveles o proyectos, no suele contemplarse el hecho de que el *process tracing* más exitoso suele darse cuando el trabajo de campo no se hace “de un golpe” o en forma continua, sino que se realiza en varios *rounds*. Es recomendable entrecortar en el tiempo el trabajo empírico intensivo: solo ese modo discontinuo habilita que, efectivamente, la iteración entre momentos deductivos e inductivos que proponemos tenga el tiempo indispensable para desplegarse. Para dar un ejemplo, si el trabajo de una tesis doctoral requiere hacer *process tracing* en un país extranjero, es más probable que tres viajes de un mes produzcan mejores resultados que una única estadía larga de tres meses. Ese carácter discontinuo permite que los cuestionarios de las entrevistas y las estrategias de recolección de datos secundarios diseñados para los viajes segundo y tercero se adapten e incorporen las claves analíticas que surgen de los momentos deductivos entre viaje y viaje.

4.3. Reconocer el punto de saturación para poner fin a la iteración

¿Cuándo es adecuado dar por terminada la iteración de momentos inductivos y deductivos? Las iteraciones tienen rendimientos decrecientes y, al final del día, como ya señalamos, dependemos de la validación intersubjetiva para evaluar si no nos detuvimos demasiado pronto: que nuestros colegas, en su condición de evaluadores, dictaminen que efectivamente arribamos a un punto de saturación.

Anticipando ese dictamen, los investigadores deberían continuar el trabajo hasta tanto se saturen (a) las hipótesis alternativas de las cuales deductivamente consideramos que es razonable extraer implicancias observables para explicar el resultado bajo estudio y (b) la capacidad de generar inductivamente explicaciones que es razonable considerar. Aquí, la lógica bayesiana ofrece una intuición de alto valor pragmático: uno se detiene cuando la repetición ocurre; esto es, un investigador debe dejar de perseguir toda fuente de evidencia cuando esto se vuelve tan repetitivo que, recolectar más evidencia de este tipo, tiene baja probabilidad de hacernos revisar nuestra estimación sobre cuán probable es que las hipótesis

alternativas tengan alto poder explicativo (Bennett y Checkel, 2015). En línea con lo que destacamos a lo largo de este artículo, la honestidad intelectual es, en este sentido, determinante. Como sostienen Bennett y Checkel (2015), “el *process tracing* concluyente es bueno, pero no todo buen *process tracing* es concluyente”. Por lo tanto, si al final del trabajo de investigación persiste la incertidumbre respecto de si nuevas iteraciones entre inducción y deducción podrían alterar nuestras conclusiones, siempre es recomendable hacerlo explícito.

4.4. Garantizar la honestidad intelectual y el control intersubjetivo

Hoy las palabras de moda son transparencia, replicación y acceso a datos, a tal punto que muchas reflexiones sobre metodología cualitativa parecen haber estado originadas en complejos de inferioridad respecto a los métodos cuantitativos. Sin embargo, en vez de innovar en estándares que, supuestamente, pondrían nuestras inferencias causales a la altura de las que se realizan mediante métodos cuantitativos, resulta más productivo volver a cierta sabiduría originaria: por encima de todo, recuperar la importancia de la honestidad intelectual y, como señala Hall (2016), la integridad de la investigación en la búsqueda sistemática de conocimiento sobre la política.

La recomendación, entonces, en términos de transparencia en *process tracing*, es, en primer lugar, mantener la tradición cualitativa de informar clara y extensamente sobre el proceso de recolección de datos. A este estándar clásico se suma la necesidad de mayor rigor y dedicación para acercarnos a la transparencia analítica: ser explícitos acerca de nuestra lógica de inferencia e identificar con precisión cómo contribuyen las piezas de evidencia a fortalecer nuestro argumento y a debilitar la plausibilidad de las hipótesis alternativas, proveyendo la información de contexto que orienta nuestra interpretación de la evidencia (véase Fairfield, 2015). En definitiva, nuestro trabajo lógico y empírico de *process tracing* debe dejar llano el camino para que otros colegas (con o sin interés intrínseco en nuestro caso), a partir de información que nosotros proporcionamos, puedan realizar lo que Büthe y Jacobs (2015) denominan “replicación mental”, que, sin replicar el estudio en sentido estricto, evalúe la solidez o debilidad de la conexión que nosotros establecemos entre observaciones procesuales y conclusiones.

Avanzar hacia la transparencia, entendida de este modo, no requiere necesariamente procedimientos nuevos como los que pregona DA-RT (*Data Access and Research Transparency*) –cuya adopción, por otra parte, amenaza el desarrollo futuro de la investigación cualitativa (Hall, 2016; Yashar, 2016)– sino corregir sesgos existentes en los mecanismos de control intersubjetivo que ya tenemos. Dado que, en buena medida, la capacidad de la disciplina de aumentar los niveles de transparencia en la práctica del *process tracing* se juega durante la evaluación de manuscritos que hacen los editores y los réferis, en el contexto de América Latina hay amplio margen para mejorar. Específicamente, sería clave que las instituciones que evalúan las carreras académicas en la región tengan sintonía fina para diferenciar entre revistas que utilizan arbitrajes “blandos” y aquellas que imponen rigurosas evaluaciones de pares duros. En la búsqueda de mayores niveles de transparencia puede ser más importante garantizar el cumplimiento de las reglas ya existentes que la escritura de otras nuevas. La calidad analítica en el *process tracing* depende, en última instancia, de que los investigadores tengan incentivos para evitar los atajos de las revistas de arbitraje blando y opten por enviar sus trabajos a revistas cuyos réferis entiendan y exijan el cumplimiento de los criterios que identificamos en este artículo.

5. Conclusiones

En este artículo nos hemos concentrado en la práctica del *process tracing*, herramienta adecuada para realizar inferencias causales a partir del análisis de un solo caso y, en particular, para poner en evidencia los mecanismos causales que conectan las variables independientes con los resultados que nos interesa explicar. Como este artículo es uno de los primeros en lengua castellana sobre *process tracing*, optamos por un foco pedagógico que permitiera discernir claramente lo nuevo que aporta este método, respecto de la tradicional práctica del estudio de caso y del método comparado. Al introducir el debate, establecimos un diálogo crítico con la tendencia dominante en la literatura en la frontera internacional de establecer una división dicotómica entre tipos deductivos e inductivos de *process tracing*.

La revisión de la literatura especializada y su confrontación con nuestra propia experiencia en análisis empírico con metodología cualitativa nos llevaron a elaborar una crítica a la literatura, que tiende a segmentar entre tipos de *process tracing*. Conociendo la tendencia a la fragmentación que impera entre quienes aplicamos métodos cualitativos, nos preocupan las querellas o desencuentros que puedan emerger entre partidarios de la inducción o la deducción. Mostramos, entonces, que no hay fundamento metodológico que sustente una división de este tipo, ya que la práctica de toda reconstitución de proceso conduce, después de la iteración de etapas inductivas y deductivas que fortalecen las hipótesis, a un mismo resultado: una narrativa causal plausible y persuasiva. La diferencia reside en el punto de partida, que depende del grado de desarrollo de la literatura sobre la pregunta de investigación al momento de iniciar cada trabajo específico. Por ejemplo aquí, el reconocimiento de una dinámica novedosa para la ciencia política –la paradójica situación de un gobierno que, debido al exponencial crecimiento de una política pública de subsidios por la cual recibe pocos aplausos de los votantes, se halla cada vez menos capaz de alinear el gasto público con sus prioridades políticas– nos motivó a adoptar una entrada inductiva. En cambio, la existencia de teorías ya avanzadas sobre los procesos de privatización de los sistemas de agua y sobre la misma Guerra del Agua, orientó hacia una entrada deductiva. Luego se sucedieron operaciones de investigación muy semejantes, en una secuencia que pronto terminó por converger.

Estos hallazgos de suma importancia tienen múltiples implicancias. En esta conclusión exploramos dos de ellas. En primer lugar, es de esperar que la creciente popularidad de este método lleve a la producción de una mayor cantidad de estudios de caso, dedicados al descubrimiento de diversos mecanismos causales, sean combinaciones o refinamientos de mecanismos ya conocidos o innovaciones completas. Esto plantea el riesgo de una agenda donde la acumulación de conocimiento podría verse dificultada. Si bien el uso disciplinado de conceptos compartidos previene que volvamos hacia los estudios idiosincráticos, es importante destacar que los estudios de caso deben siempre estructurarse con un espíritu comparativo y relacionarse con la literatura existente, ya sea desde un principio, cuando la entrada es deductiva, o en el transcurso de la investigación, cuando el punto de partida es inductivo. De hecho, hemos insistido en los dos estudios de caso en mostrar los momentos inductivos no como ateóricos sino, al contrario,

como etapas en las que uno puede extraer de su conocimiento de la literatura algunas pistas para avanzar en la explicación del fenómeno de interés. Por su parte, el nuevo sano escepticismo sobre los métodos de Mill, como herramientas para la inferencia causal, y el consenso emergente sobre las ventajas del análisis intracaso no deben ser interpretados como un llamado a abandonar la perspectiva comparada; por el contrario, en la medida en que la inferencia causal exitosa depende de la capacidad de minimizar los sesgos de variable omitida, los buenos estudios de caso serán aquellos que usen activamente la comparación para robustecer el análisis intracaso, poniendo de manifiesto factores explicativos que las anteojeras de los estudios de tendencia idiosincrática tienden a ocultar.

El segundo punto tiene que ver con cómo se dan a conocer los resultados de investigación, independientemente de cómo fue su proceso de producción. Este artículo, al darle plena legitimidad a la entrada inductiva hacia la inferencia causal, invita a corregir ciertos sesgos dominantes en las prácticas de la ciencia política. Una ley no escrita, que parece regir los comportamientos de la mayoría de los investigadores de nuestra disciplina, es que las investigaciones –tesis doctorales, libros y artículos sometidos a arbitraje– de corte deductivo gozan de mayor probabilidad de ser aprobadas y/o publicadas que aquellas que explicitan su carácter inductivo. Esta tendencia parece constreñir, de manera más intensa, a las nuevas generaciones de investigadores en ciencia política.

Por cierto, como nuestro artículo deja claro, no hay nada intrínsecamente problemático en la entrada deductiva hacia la inferencia causal. El problema que identificamos aquí surge cuando este modo de abordar la investigación comienza a ejercer un efecto corsé sobre los investigadores que tienen buenas razones para desarrollar estudios desde la entrada inductiva.

Esos constreñimientos no escritos suelen generar incentivos tendientes a vestir de ropajes deductivos a trabajos de investigación que son, en un primer momento, inductivistas, y que solo luego dan un paso hacia la evaluación deductiva de hipótesis. Esta práctica va en contra de las recomendaciones de transparencia que hoy son fundamentales para la investigación tanto cuantitativa como cualitativa. La retórica impostada del deductivismo hace daño al avance de investigaciones valiosas y termina por entorpecer el desarrollo ya iniciado en las corrientes cualitativas de la ciencia política a favor de la transparencia. Invitamos, entonces, a un pluralismo pragmático que responda no a la adscripción de un investigador

a cierta práctica inductiva o deductiva, sino al estado del arte sobre las preguntas específicas que nos interesa estudiar.

Bibliografía

- Bates, Robert (1981). *Markets and States in Tropical Africa: The Political Basis of Agricultural Policies*. Berkeley, University of California Press.
- Beach, Derek y Rasmus Pedersen (2013). *Process Tracing Method. Foundations and Guidelines*. Ann Harbor, The University of Michigan Press.
- Bennett, Andrew (2015). “Appendix: Disciplining Our Conjectures: Systematizing Process Tracing with Bayesian Analysis”, en Andrew Bennett y Jeffrey Checkel (eds.), *Process Tracing: From Metaphor to Analytic Tool*. Nueva York, Cambridge University Press, pp. 276-298.
- Bennett, Andrew y Checkel, Jeffrey (eds.) (2015). *Process Tracing in the Social Sciences. From Metaphor to Analytic Tool*. Nueva York, Cambridge University Press.
- Brady, Henry y David Collier (eds.) (2010). *Rethinking Social Inquiry: Diverse Tools, Shared Standards* 2a ed. Lanham, Rowman and Littlefield.
- Bril-Mascarenhas, Tomás y Alison Post (2014). “Policy traps y subsidios al consumo: la política de tarifas de servicios públicos en Argentina, 2002-2014”, en *Desarrollo Económico* 54 (213), pp. 171-202.
- Bril-Mascarenhas, Tomás y Alison Post (2015). “Policy Traps: Consumer Subsidies in Post-Crisis Argentina”, en *Studies in Comparative International Development* 50 (1), pp. 98-120.
- Büthe, Tim y Alan Jacobs (2015). “Conclusion: Research Transparency for a Diverse Discipline”, en *Qualitative and Multi-Method Research* 13 (1), pp. 52-64.
- Collier, David (2011). “Understanding Process Tracing”, en *PS: Political Science & Politics* 44 (4), pp. 823-830.
- Congreso Nacional de Bolivia (1999). *Ley N° 2029 de Servicios de Agua Potable y Alcantarillado Sanitario*. Gaceta Oficial del Estado Plurinacional de Bolivia.

- Dunning, Thad (2012). *Natural Experiments in the Social Sciences: A Design-Based Approach*. Nueva York, Cambridge University Press.
- Fairfield, Tasha (2015). “Reflections on Analytic Transparency in Process Tracing Research”, en *Qualitative and Multi-Method Research* 13 (1), pp. 47-51.
- Fairfield, Tasha, y Andrew Charman (2015). “Bayesian Probability: The Logic of (Political) Science Opportunities, Caveats, and Guidelines”. Presentado en el Annual Meeting of the American Political Science Association, San Francisco.
- Gerring, John (2007). *Case Study Research. Principles and Practices*. Nueva York, Cambridge University Press.
- Hall, Peter (2003). “Aligning Ontology and Methodology in Comparative Research”, en James Mahoney y Dietrich Rueschemeyer (eds.), *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Nueva York, Cambridge University Press, pp. 373-404.
- Hall, Peter (2016). “Transparency, Research Integrity, and Multiple Methods”, en *Newsletter of the Comparative Politics Organized Section of APSA* 26 (1), pp. 28-31.
- Humphreys, Macartan y Alan Jacobs (2015). “Mixing Methods: A Bayesian Approach”, en *American Political Science Review* 109 (4), 653-673.
- King, Gary, Robert Keohane y Sidney Verba (1994). *Designing Social Inquiry: Scientific Inference in Qualitative Research*. Princeton, Princeton University Press.
- Lorentzen, Peter, Taylor Fravel y Jack Paine (2017). “Qualitative Investigation of Theoretical Models: The Value of Process Tracing”, en *Journal of Theoretical Politics* 29 (3), pp. 467-491.
- Mayaux, Pierre-Louis (2012). “La privatisation et ses contestataires: reformes et conflits dans les politiques d'accès à l'eau potable à Carthagène, La Paz, Cochabamba et Campo Grande, 1980-2010”. Tesis de doctorado, Sciences Po.
- McAdam, Douglas, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2008). “Methods for Measuring Mechanisms of Contention”, en *Qualitative Sociology* 31 (3), pp. 307-331.
- O'Donnell, Guillermo (1978). “Tensiones en el Estado burocrático-autoritario y la cuestión de la democracia”. Documento del Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES) N° 11. Buenos Aires, CEDES.

- Przeworski, Adam y Henry Teune (1970). *The Logic of Comparative Social Inquiry*. Nueva York, John Wiley.
- Ragin, Charles (2007). *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*. Bogotá, Siglo del Hombre Editores (SHE).
- Sartori, Giovanni (1970). “Concept Misformation in Comparative Politics”, en *American Political Science Review* 64 (4), pp. 1033-1053.
- Tansey, Oisín (2007). “Process Tracing and Elite Interviewing: A Case for Non-Probability Sampling”, en *PS: Political Science & Politics* 40 (4), pp. 765-772.
- Tilly, Charles y Sidney Tarrow (2007). *Contentious Politics*. Boulder, Paradigm Publishers.
- Timmermans, Stefan, e Iddo Tavory (2012). “Theory Construction in Qualitative Research: From Grounded Theory to Abductive Analysis”, en *Sociological Theory* 30 (3), pp.167-186.
- Trampusch, Christine y Bruno Palier (2016). “Between X and Y: How Process Tracing Contributes to Opening the Black Box of Causality”, en *New Political Economy* 21 (5): 437-454.
- Weaver, Kent (1986). “The Politics of Blame Avoidance”, en *Journal of Public Policy* 6 (4), pp. 371-398.
- Weyland, Kurt (1996). “Risk Taking in Latin American Economic Restructuring: Lessons from Prospect Theory”, en *International Studies Quarterly* 40 (2), pp. 185-207.
- Yashar, Deborah (2016). “Editorial Trust, Gatekeeping, and Unintended Consequences”, en *Newsletter of the Comparative Politics Organized Section of APSA* 26 (1), 57-64.
- Yom, Sean (2015). “From Methodology to Practice: Inductive Iteration in Comparative Research”, en *Comparative Political Studies* 48 (5), pp. 616-644.

-
1. La versión original de este artículo fue publicada en la *Revista de Ciencia Política*, Vol. 37 (3), 2017. Agradecemos a esta publicación la autorización para reproducirlo.
 2. Vale aclarar que John Stuart Mill no consideraba que este método fuera aplicable a las ciencias sociales.
 3. El debate, por supuesto, no está saldado. Véase, en este sentido, Bennett y Checkel (2015).

4. Incluso los bayesianos más convencidos observan, con cierta aprensión, que este giro no debe hacernos olvidar del significativo valor analítico que tiene la inducción (Bennett y Checkel, 2015).
5. “La realidad obliga”. Memorable primera oración de un trabajo de O’Donnell (1978).
6. En sociología se ha propuesto el término de “abducción” para dar cuenta de este proceso de teorización a partir de evidencia empírica sorprendente (Timmermans y Savory, 2012). Sin embargo, nos parece más fructífero destacar la articulación entre las operaciones tradicionales y bien conocidas de inducción y deducción, que proponer una categoría nueva que dificulta la acumulación de conocimiento en el campo de la metodología.
7. Sobre *process tracing* y entrevistas a élites con muestras no probabilísticas véase Tansey (2007), quien argumenta que el muestreo aleatorio va en contra de la lógica del *process tracing*, en tanto genera un alto riesgo de excluir de la muestra a actores claves en los procesos estudiados.
8. Sobre la importancia de ser “igualmente duro” con las hipótesis alternativas para evitar el sesgo proconfirmación, véase Bennett y Checkel (2015).
9. Para una advertencia idéntica en otra discusión metodológica, véase Sartori (1970).

Capítulo 8

El estudio del servicio doméstico en perspectiva histórica: notas sobre una trayectoria de investigación

Cecilia L. Allemandi

El propósito de este trabajo es relatar el proceso de investigación del cual resultó mi tesis doctoral en la que realizo una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires entre fines del siglo XIX y principios del XX.¹ En este recorrido, me interesa centrarme en las características que tuvo el proyecto original y cuáles fueron sus derivas a partir de las decisiones que fui tomando. En particular, haré referencia a algunos “hitos” del trabajo de archivo que fueron fundamentales en la definición del tema y el enfoque analítico que fui adoptando, como así también los distintos campos de estudio con los que dialogué a medida que avancé en la estructura y en el contenido del estudio. La importancia que tuvo en esta experiencia la interacción permanente entre el relevamiento y análisis de fuentes de información y el proceso de escritura es un aspecto para destacar. Finalmente, haré una breve referencia a los aportes y los desafíos que plantea dicha investigación.

1. Un inicio

Cuando empecé esta investigación en 2007 acababa de terminar la carrera de Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad

de Buenos Aires (UBA). A los pocos meses de haberme recibido me asignaron una beca para hacer un doctorado en Historia en la Universidad de San Andrés. Me sumé al equipo de trabajo “Crimen y Sociedad” que se abocaba al desarrollo de estudios históricos sobre la policía, el delito y la justicia en la Argentina en los siglos XIX y XX.² Mi incorporación como becario a ese espacio se dio en el marco de un Proyecto PICT de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANCyT). Posteriormente me asignaron otra Beca Tipo II del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), por lo que tuve la posibilidad de dedicarme cinco años para desarrollar este estudio con financiamiento del Estado argentino. Mis estudios de posgrado implicaban cursar seminarios temáticos y concurrir a talleres de tesis donde me concentraba en el avance de mi investigación.

Uno de los desafíos que tuve que afrontar fue elaborar un primer proyecto. Esto implicaba elegir un tema de estudio y pensar en su relevancia, organizar preguntas, dilucidar objetivos y formular hipótesis; buscar bibliografía que me informara sobre el tema en cuestión y fuentes documentales que le dieran sustento empírico. Finalmente, tuve que establecer un cronograma de actividades que fuera realizable. Retrospectivamente, puedo decir que esto que a primera vista parece muy difícil de resolver, en realidad se va logrando de forma paulatina, porque la investigación es un proceso y la historia, una ciencia lenta. Se necesita tiempo y dedicación. La dimensión emocional del trabajo de investigación es importante porque quien investiga piensa pero también siente, se emociona, se frustra. Por otra parte, el recorrido lejos está de ser lineal. Más de una vez perdemos el rumbo, pero nos sobreponemos a muchas marchas y contramarchas. Buscamos pistas, seguimos nuestras intuiciones, tenemos corazonadas que a veces nos llevan a puntos ciegos y otras veces a encontrar el hilo de Ariadna.

En un primer momento, lejos estaba de tener un proyecto definido. Lo que sí tenía era un claro interés por investigar temas asociados a la historia de las mujeres, especialmente las experiencias de aquellas que se vinculaban con el mundo del delito. Comencé mi pesquisa buscando materiales bibliográficos y leí varios estudios sobre temas de control social, historia cultural del delito, historia del derecho penal y del delito femenino. Asimismo, revisé expedientes judiciales del Tribunal Criminal en el Archivo General de la Nación (AGN) en el período que se extiende entre

finis de siglo XIX y principios del XX. Rápídamente noté que –ya sea como víctimas o victimarias– se hacían muchas alusiones a las mujeres que trabajaban como sirvientas.

Es muy probable que este fenómeno haya llamado especialmente mi atención por un dato de mi biografía: mi bisabuela, nacida en un paraje rural Concordia en 1903, fue *criada* y trabajó desde pequeña en el servicio doméstico en diferentes localidades de Entre Ríos y en la Ciudad de Buenos Aires. Conocí algunos tramos y aspectos de su vida y de su trabajo a través de mi abuela que, una y otra vez, me contó historias y anécdotas variopintas a lo largo de toda mi vida. Este asunto no es menor porque remite a las relaciones entre lo que tradicionalmente hemos de llamar “el sujeto y el objeto”, o mejor dicho, a la subjetividad de una investigadora y su interés (¿sensibilidad?) para atender a un fenómeno, un aspecto de la vida social entre muchos otros.

Cuando quise saber algo más sobre las mujeres que trabajaban en el servicio doméstico me encontré con una notable ausencia de estudios sobre el tema en la Argentina. Lo único que había en ese momento era un trabajo publicado en la década de 1980 de Isabel Cárdenas titulado *Ramona y el Robot. El servicio doméstico en barrios prestigiosos de Buenos Aires (1895-1985)* y algunas aproximaciones tangenciales que desde la historia generalmente destacaban la importancia numérica de las mujeres que trabajaban en el sector y su extrema vulnerabilidad.³ Por su parte, desde las ciencias sociales, había unos pocos trabajos publicados en los años de 1970 y 1980 que no agotaban el tema en absoluto y colegas que estaban avanzando en estos temas sobre todo desde las ciencias sociales (Gogna, 1993; Cortés, 2004; Buccafusca y Serulnicoff 2007; Birgin, 2009; Canevaro, 2011).

En ese momento, decidí a avanzar en una historia de las mujeres del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires entre fines de siglo XIX y principios del XX. No obstante, si bien había encontrado un tema de investigación, tenía que pensar en cómo iba a abordarlo. Comencé a revisar estudios sobre formas de trabajo femenino y sobre el servicio doméstico en otros contextos, en otros países, en otros períodos históricos. Fue así que me encontré con un conjunto de investigaciones que tienen algunos rasgos en común.

En general, las investigaciones en torno al servicio doméstico surgen en las décadas de 1950 y 1960 con el desarrollo de la historia de la familia, la

demografía histórica, la historia de las migraciones, la historia “desde abajo”. No obstante, será sobre todo la historia de las mujeres la que le dará mucha más densidad al campo a partir de los años de 1970, de la mano de investigadoras feministas que se interesaron por visibilizar la importancia del trabajo doméstico en la producción y reproducción de la vida social.

El trabajo doméstico (remunerado y no remunerado) era un tipo de trabajo que para ellas era fundamental, que en las modernas sociedades era realizado mayoritariamente por mujeres y no era valorado socialmente, ni reconocido económicamente. Había sido poco visibilizado desde el mundo político y sindical, y por entonces, desde el mundo académico, las feministas empezaron a problematizarlo. En ese marco, surgen investigaciones que analizan el servicio doméstico: muchos “estudios de mujeres” desde las ciencias sociales pero también desde la historia, y se va conformando un campo de estudios en torno al tema que tiene una fuerte impronta interdisciplinaria. De todas formas, se pueden hacer distinciones ya que, si en países como Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España, Italia, Alemania, predominaron en un principio los estudios históricos, en América Latina fueron mayormente las ciencias sociales las que más abordaron estos temas.⁴

El proyecto inicial estuvo muy alineado con lo que se había hecho en esos otros contextos, sobre todo con los estudios feministas que eran los que predominaban con relación al tema. Básicamente me interesaba estudiar cómo eran esas relaciones entre patronos y sirvientas en este contexto específico que era la ciudad de Buenos Aires de fines del siglo XIX y principios del XX. Cuál era el lugar de esas mujeres en el hogar y la familia. Cómo se estructuraban en esas relaciones las diferencias de clase, de género, de edad, las jerarquías etnoraciales y/o nacionales. Cómo eran sus experiencias, sus diferentes formas de resistencia, ya que los niveles de sindicalización del sector en nuestro país históricamente han sido muy bajos. También me interesaba pensar cómo se habían transformado los trabajos de servir con la incorporación de tecnología y los cambios en los modos de habitar. Claramente, se trataba de un estudio “puertas adentro”, sobre las sirvientas en su lugar de trabajo, que era básicamente el ámbito doméstico.

2. Un camino

Como suele ocurrir en un proceso de investigación, los resultados arrojados por las sucesivas etapas del trabajo de archivo y por las lecturas que fui incorporando reorientaron mis intereses y el proyecto poco a poco comenzó a estructurarse en torno a otras problemáticas. Realizaré algunas referencias a las fuentes consultadas porque son, en gran medida, las que permiten comprender las decisiones que tomé.

Uno de los mayores desafíos que tuve que afrontar fue definir y delimitar qué era el servicio doméstico para poder así dimensionar su importancia numérica y conocer cómo era la población que trabajaba en el sector (“quiénes” trabajaban en el servicio doméstico en aquel tiempo y lugar). No obstante, cuando quise avanzar en la reconstrucción cuantitativa y sociodemográfica de la población que trabajaba en el sector me encontré con una serie de problemas para delimitar y definir qué era el servicio doméstico.

Para la primera parte de este estudio, trabajé con censos de población, cédulas censales, avisos de empleo, prensa, magazines ilustrados y algunos testimonios de observadores de la época. Esta exploración de fuentes primarias me permitió confirmar la importancia cuantitativa del servicio doméstico, como así también definirlo y delimitarlo en tanto objeto de estudio. Una vez superado este primer desafío, pude reconstruir cuántos y quiénes se desempeñaban en el sector. Trabajé con seis censos de población: tres censos nacionales (de 1869, 1895 y 1914) y tres censos municipales (de 1887, 1904 y 1909). Los censos presentan dificultades para estudiar el servicio doméstico ya que no ofrecen información de conjunto. Registraron una serie de ocupaciones (cocineros y cocineras, amas de leche, domésticos y domésticas, sirvientes) que debemos precisar para poder reconstruir de forma aproximada su importancia numérica en términos absolutos y relativos. Es decir, no ofrecieron información sobre el servicio doméstico sino que registraron una serie de ocupaciones que conformaron la categoría “servicios personales” en las grillas.

El ejercicio no fue sencillo, debido a las diferencias de conceptualización y registro de los relevamientos (el número de las categorías ocupacionales que fueron incluidas variaron de un relevamiento a otro), el ambiguo significado de las categorías consignadas (bajo una misma denominación se

condensaron ocupaciones pertenecientes a distintos sectores de actividad y también se ocultaron modalidades de empleo diferentes), las dificultades para medir el trabajo doméstico y por horas, y la falta de registro del trabajo femenino e infantil. Para superar posibles distorsiones recurrí a otros materiales que complementaron (y confrontaron) la información censal. Tal es el caso de los avisos de empleo de periódicos locales que, aunque no pude utilizar para medir el volumen del sector más que de forma estimativa (los anuncios fueron uno entre varios mecanismos de contratación que funcionaron en la ciudad), me permitieron confirmar que se trató de un fenómeno social insoslayable, ya que el universo de los anuncios que diariamente se publicaban era inagotable. A tal punto fue así que, en las últimas décadas del siglo XIX, el servicio doméstico se constituyó en el único sector de actividad para el cual se organizó una única sección separada del resto de los avisos de empleo (al menos en el caso del diario *La Prensa* que es el que analicé en este estudio). Estos anuncios me permitieron avanzar en una descripción de las características sociodemográficas de los y las sirvientes a partir de las condiciones exhibidas y exigidas al momento de ofrecer o solicitar servicio. También informan sobre los requisitos o atributos laborales valorados tanto por los patrones como por los y las sirvientes.

Ilustración 1: avisos clasificados de 1870



Fuente: *La Prensa*, martes 6 de diciembre de 1870.

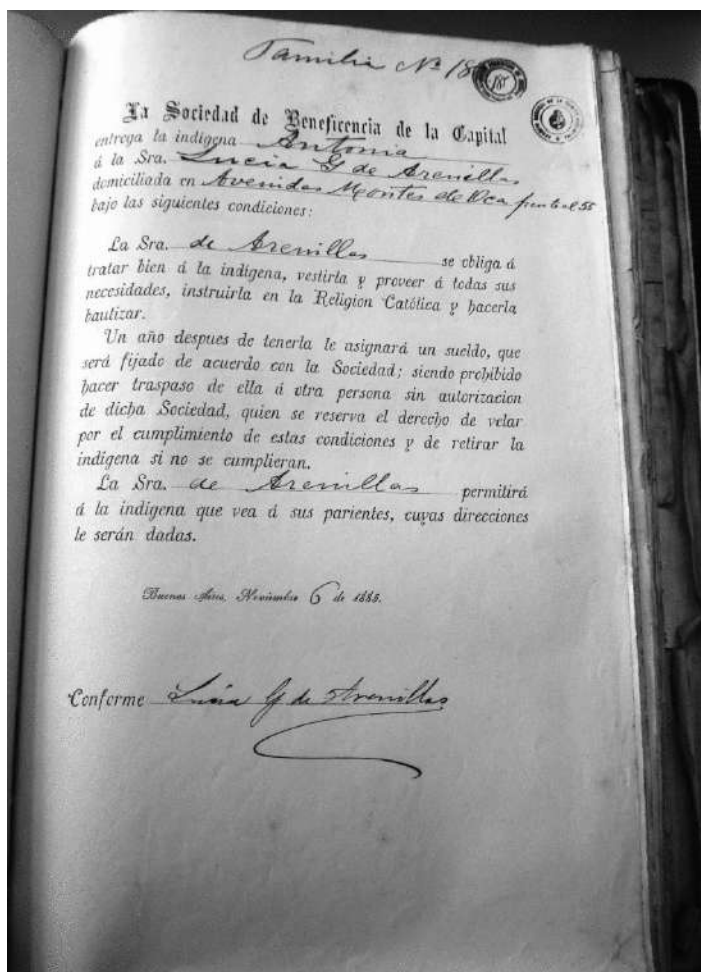
Para avanzar en este estudio organicé muestras cada cinco años sobre varios días y meses del año, comenzando en 1870 y finalizando en 1915, para poder contar con un espectro amplio y representativo de ese universo y poder seguir la evolución y las transformaciones del sector. Asimismo, resultó fundamental la incorporación de cédulas censales (registros de los censistas) disponibles para 1869 y 1895. De estas fuentes pude extraer datos individualizados de quienes formaban parte de este segmento laboral (edad, sexo, estado civil, nacionalidad, profesión u oficio, instrucción, cantidad de hijos, etcétera). También pude identificar unidades habitacionales, cantidad de personas que vivían bajo el mismo techo, la posición que ocupaban (padre, madre, hijos, sirvientes, etc.) y los vínculos que los unían (familiares, laborales).

Ilustración 2. Cédula censal de 1895

bonaerenses o de otras provincias del litoral o del noroeste argentino. Sus circunstancias también eran muy distintas: había inmigrantes recién llegados, expósitos, indígenas capturados y colocados como sirvientes en el marco de las guerras contra el indio.

Distintas experiencias de domesticidad deben haber tenido lugar según se trataba de varones o mujeres, de niños o adultos, de negras, indígenas o criollas, extranjeras de una nacionalidad u otra. Pienso que las vivencias de un cocinero francés que se ofrecía a través de un aviso valorizando su acervo cultural y su trayectoria laboral eran muy diferentes a las de una niña abandonada que, sustraída de la Casa de Huérfanas, era colocada como *criada* por la defensoría de menores. Del mismo modo, las experiencias de una mujer indígena capturada durante las “guerras contra el indio” y ubicada por las damas de la beneficencia en una casa de familia no debió ser la misma que la de un ama de llaves española que, a través de una agencia de colocación, se conchababa para organizar y dirigir el servicio de una casa. Creo que ese fue el primer corrimiento con relación a los estudios más “tradicionales” porque me pareció sencillamente que tenía que incorporar todas estas experiencias a la narrativa histórica.

Ilustración 3. Contrato de colocación de mujer indígena de 1885



Fuente: Fondo de la Sociedad de Beneficencia e Instituciones de Asistencia Social, Legajo “Sociedad de Beneficencia. Asuntos Extraordinarios: 1823-1900”, folio 185.

Sobre todo la presencia de inmigrantes me hizo pensar en las redes de contención, en sus compromisos afectivos, sus dinámicas familiares (porque muchos tenían pareja, hijos, parientes). Me preguntaba cómo resolvían el cuidado de sus hijos en un momento en el cual en la ciudad prácticamente no existían establecimientos de cuidado infantil (en ese momento se llamaban “casas cuna”). A quién acudían cuando no podían tenerlos a su lado, si existían respuestas institucionales, si se vinculaban con la beneficencia pública que se encargaba de la asistencia a mujeres y niños pobres en la ciudad. Sobre todo, la pista de los niños y niñas presentes en el sector me resultó muy sugestiva porque me pareció que me iban a permitir abordar el tema desde un lugar que podía ser más original (ya que, como

señalé, generalmente los estudios giraban en torno a la condición de la mujer y sus diferentes formas de opresión).

Continué en la búsqueda de trabajos más contextuales sobre el mundo urbano y popular, el mundo del trabajo, la emergencia de la cuestión social, estudios sobre la historia de la familia y la infancia. Por su parte, cuando avancé en caracterización del mercado de trabajo creado en torno al servicio doméstico me encontré con un ámbito que también era mucho más complejo de lo que había pensado en un primer momento: porque existían formas remunerativas variadas, distintas modalidades de colocación que daban lugar a formas de trabajo remunerado y no remunerado, contextos forzados de trabajo (como ocurrió con las poblaciones indígenas reducidas y colocadas como sirvientes), arreglos de crianza que implicaban una cuota de trabajo (o viceversa), es decir, relaciones donde lo laboral y lo afectivo se articulaban de forma compleja, o bien, donde el mundo del trabajo y el mundo de la familia se imbricaban.

Aquello que entendía a priori por servicio doméstico se fue desmontando y tuve que reconstruirlo en ese contexto históricamente situado. Creo que este va a ser uno de los grandes desafíos de la investigación y una de las preguntas que guían el estudio: ¿qué era el servicio doméstico en ese tiempo y lugar? Me llevó tiempo comprender que lo que definía a los y las sirvientes no eran las tareas que realizaban o el lugar donde se desempeñaban, sino las relaciones de las cuales formaban parte. En aquel tiempo y lugar, ser sirviente, más que un “trabajo”, era una “condición” que denotaba cierta inferioridad social.

Me pareció importante avanzar en el análisis de la posición que había adoptado el Estado con relación al sector, un tema muy transitado por los estudios sobre el servicio doméstico en la región para referir a la vulnerabilidad de este grupo socio-ocupacional. Con ese propósito inicié una segunda etapa de trabajo archivo. Por un lado, indagué en fuentes oficiales y me sorprendí al notar que existían diferencias en las formas en las que el Estado trataba al servicio doméstico, que las relaciones con el sector eran tan ambiguas y que lejos estaban de reducirse a la indiferencia o la exclusión del sector. Sobre todo, los proyectos legislativos y debates parlamentarios a nivel nacional y los Boletines del Departamento Nacional del Trabajo me permitieron observar que el servicio doméstico no era considerado parte del mundo del trabajo (o mejor dicho que sirvientes, sirvientas, domésticos y domésticas no eran considerados trabajadores).

Además, cuando se abordaban problemáticas asociadas al trabajo, las discusiones giraban en torno a la situación de las familias y sus condiciones de existencia. De la misma forma, cuando se abordaban temas de familia, generalmente se hacían alusiones a cuestiones vinculadas al trabajo o a las formas de subsistencia de sus miembros. En definitiva, estas fuentes evidenciaron de forma muy elocuente que el trabajo, la familia, las prácticas de crianza, la subsistencia, la pobreza, eran dimensiones inescindibles de la vida social y que debía integrarlas analíticamente.

Para avanzar en la problemática del trabajo infantil y la circulación de niños, incorporé fuentes poco transitadas por la historia del trabajo, aunque más conocidas por la historia de las mujeres, de la familia y de la infancia. El Fondo de la Sociedad de Beneficencia (1823-1947) que se encuentra en el Archivo General de la Nación ofrece ingente información sobre el trabajo conjunto (y a veces conflictivo) de los defensores, las damas de la Sociedad y los directivos de los establecimientos por ellas dirigidos: Casa de Expósitos, Casa de Huérfanas, Asilo del Buen Pastor, entre otros. Fue la institución más importante que se hacía cargo de la asistencia de mujeres y niños pobres y desvalidos en la ciudad a fines del siglo XIX y principios del XX.

A lo largo de su existencia acumuló un vasto intercambio de notas, comunicados e informes que dan cuenta de las relaciones entre funcionarios y directivos que, en su labor cotidiana, resolvían situaciones de abandono, entregas, sesiones y colocaciones de menores. En este marco, me topé con legajos que tienen como protagonistas a sirvientas, “criados” y nodrizas que nos permiten aprehender una multiplicidad de experiencias que enriquecen nuestro relato. Asimismo, pude acceder a los circuitos institucionales de entrega y colocación de niños (su tránsito por asilos, orfanatos y casas particulares), el tipo de contratos que los comprometía, las “tarifas” y los conflictos y situaciones de las que participaban: fugas, robos, malos tratos, embarazos, etcétera. Me encontré con materiales que permanentemente hacían referencia a las condiciones de vida y de trabajo de los pobres urbanos, a las formas mediante las cuales resolvían su subsistencia y la de sus hijos: historias de sirvientas que eran madres; de amas de leche que tomaban niños para criar; de niños y niñas que eran colocados como *criados*; patronos que solicitaban niños o que los devolvían. Es decir, una gran cantidad de trayectorias y muchos cruces entre unos y otros.

El encuentro con este fondo fue revelador porque pude comprender, por un lado, la importancia que tenía el fenómeno de la circulación de niños y sus relaciones con el servicio doméstico;⁵ y, por otro lado, lo complejo que era ese ámbito de trabajo y las vinculaciones que tenía con ese engranaje socio-institucional (del cual participaban las defensorías de menores, la sociedad de beneficencia, los particulares). Entonces, empecé a considerar cada vez más otros aspectos de la vida de los y las sirvientes que iban más allá de su espacio de trabajo, que me llevaban fuera del hogar, fuera del ámbito doméstico. Y creo que este fue el otro gran corrimiento con relación a los estudios disponibles sobre el tema.

A partir de ese momento mi propósito fue pensar el servicio doméstico con relación a toda una serie de fenómenos contextuales y de actores sociales e institucionales que me llevaron a otras costas y a explorar otros campos de estudio: la historia de la familia y de la infancia, los estudios migratorios, la historia urbana, los estudios del Estado y la cuestión social, entre otros. Mi mirada se fue volviendo cada vez más panorámica pero, a la vez, más integral, porque esa amplitud me permitía ver un montón de elementos interactuando. Con todo esto, finalmente tomé dos decisiones que cambiaron la fisonomía de la tesis: por un lado, la de integrar definitivamente el análisis de la problemática de la familia al estudio de la historia del trabajo; por otro, la de incorporar la problemática del trabajo infantil al estudio del servicio doméstico.

Este fue un punto de inflexión porque ya no iba a hacer un análisis del sector “puertas adentro”, sino más bien “puertas afuera”, a la luz de fenómenos más amplios como la inmigración, las condiciones de vida y de trabajo de los pobres urbanos, las dinámicas familiares, las prácticas de crianza, las políticas del Estado con relación a estas poblaciones. Esa fue la forma que encontré de mostrar la riqueza del objeto de estudio que estaba construyendo, porque lo que observaba era que el servicio doméstico era un espacio de trabajo que estaba estructurado a partir de lógicas económicas, prácticas socio-culturales e institucionales que le imprimían gran complejidad y lo que justamente quería era poder mostrarlas.

3. Una historia

La tesis finalmente estudió el servicio doméstico a partir de esas tres figuras que fueron claves en este recorrido y que son las que le dieron su título: *sirvientes, criados y nodrizas*. Si bien se trata de una historia social del trabajo en perspectiva de género, entabla diálogos con distintos campos de estudio como la historia de la familia y de la infancia, la historia urbana, la historia de la pobreza y los estudios del Estado.

La tesis tiene un orden temático. En el primer capítulo, reconstruye el lugar que ocupó el servicio doméstico en el universo laboral. Realiza un recorrido por las transformaciones de la economía urbana, los sectores de actividad y las ocupaciones más numerosas. Plantea los problemas que surgen al avanzar en el estudio del sector, las dificultades que ofrece su delimitación como espacio de trabajo y los límites de las fuentes disponibles. Ofrece datos sobre su importancia cuantitativa para evidenciar que este sector resultó ser una pieza básica del mercado de trabajo urbano.

El segundo capítulo, presenta a las poblaciones que prestaban servicios domésticos a partir de una reconstrucción sociodemográfica del sector. Por un lado, el estudio corrobora que, a pesar del aumento de la participación de las mujeres, el servicio doméstico no fue un trabajo desempeñado por ellas solamente. Por otro lado, evidencia la importancia de la población infantil y de condición migrante, lo que permite pensar que esta actividad era una puerta de entrada al mercado de trabajo urbano. Reconstruye las diversas condiciones en las que se encontraban los y las sirvientes de la ciudad y los arreglos de trabajo de los cuales participaban, demostrando que este ámbito laboral dio lugar a distintas experiencias de domesticidad y a diferentes formas de dependencia.

El fenómeno de las “colocaciones” es el tema del tercer capítulo. De la descripción y análisis de las modalidades de acceso a ese mercado de trabajo surgió una imagen específica (parcial) del servicio doméstico. Por momentos se presentaba como un sector de actividad mercantilizado, organizado en torno a la oferta y demanda de trabajadores “libres” para contratar. La caterva diaria de avisos de empleo y las numerosas agencias de colocación emplazadas en la ciudad constituyen buenos ejemplos de ello. En otros casos, el sector se conformó de sujetos que no siempre pudieron participar en la elección de su destino social. Tal es el caso de niñas y niños colocados como “criados” o sirvientes por sus propios padres o familiares, por la Sociedad de Beneficencia o las Defensorías de Menores de la Capital, o bien el de los y las indígenas que fueron distribuidos entre las familias

porteñas para su “civilización y redención”. Estos fenómenos me permitieron ir más allá del trabajo “libre” y asalariado y problematizar otro tipo de relaciones que surgen en contextos forzados de trabajo y que muchas veces, por cierto, no fueron remunerados.

El cuarto capítulo se centra en los intentos de regulación municipal del servicio doméstico. Analiza un conjunto de proyectos y ordenanzas, los debates y las posiciones de sus partidarios y de sus detractores por fuera del Concejo Deliberante. Considera sus puntos de encuentro o desencuentro con otras posiciones que las autoridades públicas adoptaron por esos años frente a la creciente organización del movimiento obrero, la agudización de la protesta social, la demanda de leyes de protección del trabajo, el incipiente desarrollo del derecho laboral. Indaga en una serie de imágenes y representaciones que rodearon a los y las sirvientes de la ciudad, las preocupaciones que motivaron las regulaciones del sector, las (re)acciones sociales que generaron estas tentativas y sus influjos en el proceso de construcción de aquel marco regulatorio. Si bien las regulaciones del poder municipal resultaron ser solo una de las facetas de la compleja relación que estableció el Estado con este segmento laboral, su análisis resulta fundamental porque, en definitiva, fue la instancia que más afectó a los y las sirvientes de la ciudad y aún no había recibido atención.

El quinto capítulo se focaliza en el mercado de las amas de leche. Reconstruye quiénes eran estas mujeres que vivían del amamantamiento y la crianza de niños. Explora cómo eran sus condiciones de trabajo y el marco reglamentario de su actividad. Analiza el proceso mediante el cual la lactancia asalariada se diferenció de las regulaciones que afectaron a los y las sirvientes, se “medicalizó” y pasó a formar parte de las políticas de protección de la primera infancia. A su vez, indaga en una práctica que perjudicaba a las amas y que fue muy recurrente a principios del 1900: el abandono de niños que estaban a su cuidado. Todo esto contribuye al conocimiento de las condiciones de vida y de trabajo de las mujeres pobres, las escasas alternativas laborales en ese tiempo y lugar, las dinámicas familiares, las formas de subsistencia, las crianzas y dimensiones de la circulación de niños.

El sexto y último capítulo se dedica a los y las niñas que formaron parte del servicio doméstico. Pondera su importancia a partir de la descripción de las formas que asumió el trabajo infantil en la ciudad. Ofrece evidencias que permiten comprender por qué, a pesar de su categórica participación en

el sector, estaban completamente invisibilizados, ya que su existencia no era siquiera percibida por aquellos sectores que comenzaban a demandar leyes de protección del trabajo infantil y de la infancia pobre en general (por lo que al menos podía ser considerada como un problema). Analiza una serie de proyectos y debates parlamentarios que dan cuenta de las representaciones que circulaban en torno al trabajo infantil y a los niños pobres en general, a las particularidades del servicio doméstico y el tipo de relaciones que generaba. Con todo esto muestra que, en gran medida, la legitimidad social que tenían las colocaciones domésticas de menores y la complejidad del engranaje socio-institucional del que formaron parte, contribuyeron a opacar la dimensión laboral de estas relaciones y, en definitiva, a invisibilizarlo como trabajo.

La investigación se sustentó en un *corpus* amplio y heterogéneo de fuentes que permitió ir construyendo el objeto de estudio desde diferentes frentes: censos de población, cédulas censales, avisos clasificados, boletines del Departamento Nacional del Trabajo, proyectos y debates parlamentarios a nivel nacional y municipal, legajos del Fondo de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, literatura médica, expedientes judiciales, magazines ilustrados, entre otros. Se trata de una de las primeras investigaciones sobre el servicio doméstico en perspectiva histórica en nuestro país, sumándose a los estudios disponibles en la región y aportando conocimiento sobre un caso sobre el cual poco se sabía.

La investigación explora un sector del mundo del trabajo que ha sido y sigue siendo muy importante hasta nuestros días. Permite comprender mejor cómo han sido la vida y el trabajo de vastas poblaciones, sobre todo de las mujeres y niños pobres en esa gran ciudad. Muestra que el servicio doméstico ha dado lugar a hibridaciones y ambigüedades en sus relaciones; que esa particular configuración ha generado que los y las sirvientes hayan sido considerados integrantes del mundo familiar y no del mundo del trabajo; y que esa naturaleza especial del servicio doméstico ha dificultado el acceso a derechos laborales en el transcurso del siglo XX e incluso hasta nuestros días.

El estudio complejiza el análisis del Estado con relación al sector. Porque, por lo general, las investigaciones se han centrado en mostrar la exclusión de la cual fue objeto el servicio doméstico en materia de leyes de protección del trabajo. Este trabajo evidencia que, conforme el Estado negaba derechos laborales, también intentaba regular al sector desde el

ámbito municipal. Y, además, de modo más o menos indirecto, le daba forma a partir de una serie de prácticas institucionales vinculadas a la protección y la asistencia de la infancia pobre y desvalida con las famosas colocaciones de menores en casas de familia mediante la beneficencia pública y las defensorías de menores.

Otra contribución tiene que ver con el conocimiento de la historia del trabajo infantil, porque en nuestra región no se sabía mucho sobre la presencia de niños y niñas en el sector. Y esto es valioso porque se ha señalado mucho la función de las mujeres pero no tanto la de los niños y niñas en cuanto tales. De esta manera, los hallazgos permiten observar a partir del estudio del sector una serie de procesos sociales y comprender mejor ciertos mecanismos de reproducción social, sobre todo la de los estratos más pobres de la ciudad. Por eso, diría que el libro ofrece una mirada renovada sobre un tema ya “clásico”; una mirada que obviamente tiene que ver con un contexto académico, político y social específico.

4. Un contexto

Este estudio surge en un momento diferente al de aquellos trabajos iniciales donde se pueden identificar algunos elementos que permiten comprender la emergencia de investigaciones de este tipo. Sobre todo desde el inicio de este nuevo siglo, hubo un aumento considerable de investigaciones sobre el tema como así también de eventos y publicaciones afines en el nivel global.

Desde el punto de vista político y social, podemos decir que el trabajo doméstico es un tema de actualidad. En los últimos años comenzó a visibilizarse y a formar parte de la agenda y del debate público. Justamente, porque siguen siendo millones las trabajadoras del sector. En la Argentina, para el año 2016 representaban el 5,6% del total de la población ocupada, el 12,4% de las mujeres ocupadas y el 15,7% de las mujeres asalariadas (Pereyra 2017: 15).

A pesar de la innegable importancia que tiene el sector, las mujeres siguen trabajando en condiciones precarias y se cuentan entre las más vulnerables. Cuestiones tales como bajos salarios, inestabilidad laboral, situaciones de sobreexplotación (y en ocasiones de abuso y maltrato),

informalidad laboral y dificultades en el ejercicio de derechos y la protección social, son algunos de los problemas que siguen afectando a estas trabajadoras.

A nivel regional, en los últimos años varios países han avanzado en la implementación de políticas públicas y en la sanción de nuevas leyes para mejorar su condición (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, entre otros). Este fenómeno se da en el marco en un esfuerzo mancomunado que desde la Organización Internacional del Trabajo (OIT) se realiza por mejorar las condiciones de las trabajadoras del sector. Así, entre otras acciones, en 2011 se celebró el Convenio sobre las trabajadoras y los trabajadores domésticos (N° 189) que se ha constituido en una herramienta clave para establecer los principios básicos y los estándares de trabajo mínimos para la actividad.

Desde el punto de vista de académico, cabe mencionar la expansión sostenida en nuestro país, por más de tres décadas, de diferentes subcampos de la historia social y cultural: la historia del trabajo, la historia de las mujeres y los estudios de género, la historia urbana, los estudios del control social y la historia cultural del delito, la historia de la vida privada, la historia del consumo, la historia de la familia y de la infancia, la etnohistoria y los estudios de afrodescendientes, entre otros. Todos estos desarrollos indudablemente contribuyeron al tema desde diferentes frentes, habilitando nuevas preguntas, nuevas miradas. En ese punto, esta investigación constituye un ejemplo de ello.

Bibliografía

- Allemandi, Cecilia (2017). *Sirvientes, criados y nodrizas. Una historia del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires (fines del siglo XIX y principios del XX)*. Buenos Aires, Teseo, Universidad de San Andrés.
- Barrancos, Dora (2007). *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Birgin, Haydée (2009). “Sin acceso a la justicia: el caso de las trabajadoras domésticas en la Argentina”, en *Trabajo doméstico: un largo camino hacia el trabajo decente*, María Elena Valenzuela y Claudia Mora (eds.). Santiago de Chile, OIT.

- Buccafusca S. y Myriam Serulnicoff (2007). *Servicio doméstico en Argentina. Condición laboral y feminización migratoria*, Presentado en 7° Congreso Nacional de Especialistas de Estudios del Trabajo, Facultad de Ciencias Económicas, Buenos Aires.
- Canevaro, Santiago (2011). “*Como de la familia*”. *Entre el afecto, la desigualdad y el mercado: empleadas y empleadoras del servicio doméstico en la ciudad de Buenos Aires*. Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Cárdenas, Isabel (1986). *Ramona y el Robot. El servicio doméstico en barrios prestigiosos de Buenos Aires (1895-1985)*. Buenos Aires, Ediciones Búsqueda.
- Cortés, Rosalía (2004). *Salarios y marco regulatorio del Servicio Doméstico*, Documento de trabajo N° 9, Buenos Aires, OIT/MTEySS.
- Fauve-Chamoux, Antionette (ed.) (2004). *Domestic service and the formation of European Identity. Understanding the globalization of domestic work*. Bern-Berlin, Peter Lang.
- Feijóo, María del Carmen (1990). “Las trabajadoras porteñas a comienzos del siglo”, en Diego Armus (comp.), *Mundo urbano y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Gogna, Mónica (1993). “Empleadas domésticas en Buenos Aires”, en Chaney Elsa y Mary García Castro (eds.), *Muchacha, cachifa, criada, empleada, empregadinha, sirvienta y más nada*. Caracas, Nueva Sociedad.
- Kritz, Ernesto H. (1979). “La formación de la fuerza de trabajo en la Argentina: 1869-1914”, *Cuadernos del CENEP*.
- Lautier, Bruno (2003). “Las empleadas domésticas latinoamericanas y la sociología del trabajo: algunas observaciones acerca del caso brasilero”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Año 65 (4).
- Lobato, Mirta Zaída (2007). *Historia de las trabajadoras en la Argentina: 1869-1960*. Buenos Aires, Edhasa.
- Olcott, Jocelyn (2011). “Introduction: Researching and Rethinking the Labors of Love”, en *Hispanic American Review*, Vol. 91 (1): 1-27.
- Pereyra, Francisca (2017). “Trabajadoras domésticas y protección social en Argentina: avances y desafíos pendientes”, Serie de documentos de trabajo, N° 15.

- Sarti, Raffaella (2007). “Criados, Servi, Domestique, Gesinde, Servants: For a Comparative History of Domestic Service in Europe (16th-19th centuries), en *Obradoiro Historia Moderna*, N° 16: 9-39.
- Tinsman, Heidi (1992). “The Indispensible Services of Sisters: Considering Domestic Service in United States and Latin American Studies”, en *Journal of Women’s History*, Vol. 4 (1), pp. 37-59.
- Wainerman, Catalina y Rechini de Lattes, Zulma (1981). “La medición del trabajo femenino”, en *Cuadernos del CENEP*.
- Zurita, Carlos (1979). *La participación de las mujeres en el sector informal urbano: el caso del servicio doméstico en Argentina*, II Curso-Seminario sobre “Empleo, distribución del ingreso y necesidades básicas”, PREALC, Santiago de Chile.
- Zurita, Carlos (1981). *Evolución del empleo en el servicio doméstico de Argentina entre 1914 y 1970: una estimación a partir de datos censales*. Documento presentado al Seminario sobre Desarrollo Rural y Trabajo Femenino, Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo, (CIE DUR), Montevideo.

-
1. Una reelaboración de la tesis ha sido recientemente publicada en Allemandi (2017).
 2. El Grupo de Investigación Crimen y Sociedad se crea en 2004 en la Universidad de San Andrés, dirigido y coordinado por Lila Caimari y Eduardo Zimmermann. En el marco del creciente interés que ha concitado el campo de estudios históricos sobre la policía, el delito y la justicia, comenzaron a realizar actividades científicas y encuentros de trabajo con la creciente presencia de jóvenes investigadores en formación, Véase: <http://www.crimenysociedad.com.ar/>.
 3. Por estudios demográficos que dieron cuenta de su importancia histórica, véase Kritz (1979), Wainerman y Rechini de Lattes (1981), Zurita (1979, 1981). Por referencias al sector desde la historia de las mujeres y la historia del trabajo con perspectiva de género: Cárdenas (1986), Barrancos (2007), Feijóo (1990), Lobato (2007).
 4. Sobre las características de los estudios en Estados Unidos y países de América Latina: Tinsman (1992), Lautier (2003), Olcott (2011). Por referencias sobre el campo de estudios en Europa: Fauve-Chamoux (2004) Sarti (2007).
 5. La categoría “circulación de niños” hace referencia una serie de prácticas mediante las cuales las clases trabajadoras afrontaron la crianza de los niños, que involucraron generalmente hogares e instituciones distintas de sus familias natales. A través de diversos arreglos, los niños eran entregados y vivían y trabajaban en hogares de parientes, vecinos, patronos, extraños. La dimensión institucional de este fenómeno se refleja en su tránsito por asilos y orfanatos y en las prácticas de entrega y colocación de las que fueron objeto. La circulación de niños fue muy extendida en las sociedades latinoamericanas de los siglos XIX y XX.

Sobre los autores y las autoras

Mariana Caminotti es Licenciada en Ciencia Política (Universidad Nacional de Rosario), Master of Arts in Development Management and Policy (Georgetown University) y Doctora en Ciencia Política (Universidad Nacional de San Martín). Es profesora adjunta regular en universidades nacionales e investigadora adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET). Actualmente se desempeña como coordinadora académica del Doctorado en Ciencia Política de la Universidad Nacional de San Martín, Escuela de Política y Gobierno. Se especializa en temas de género y política, derechos humanos y democracia. Es miembro de la Red de Politólogas.

Hernán Pablo Toppi es Licenciado en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires), Magíster en Políticas Públicas (Universidad Torcuato Di Tella) y Doctor en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires). Actualmente se desempeña como profesor e investigador en tres universidades: la Universidad de Buenos Aires, la Universidad del Salvador y la Universidad Nacional de San Isidro. Sus intereses de investigación se relacionan con sistema de partidos, cambio institucional y representación de género en América Latina y Europa.

Ileana Gutiérrez es Licenciada y Profesora en Sociología (Universidad de Buenos Aires) y Magister en Política y Gestión de la Ciencia y la Tecnología (Universidad de Buenos Aires). Se desempeña como docente e investigadora en la Universidad de Buenos Aires. Sus intereses se centran en epistemología, política científica y educación científico-tecnológica.

Juan Manuel Remesar es Profesor de enseñanza media y superior de Filosofía (Universidad de Buenos Aires). Actualmente se desempeña como ayudante de segunda en el Ciclo Básico Común de dicha universidad. Sus intereses actuales pasan por la filosofía de Platón y el evolucionismo de Darwin.

Olga Val es Procuradora, Abogada, Licenciada en Ciencia Política, Profesora de enseñanza media y superior en Filosofía (Universidad de Buenos Aires). Se desempeña como docente en la Universidad de Buenos Aires y en Universidad CAECE. Sus áreas de interés se vinculan con filosofía de la ciencia, la epistemología y el estatus ontológico de los términos teóricos de las teorías científicas.

Jacqueline Behrend es Licenciada en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires), Magíster en Estudios Latinoamericanos (Oxford University) y Doctora en Ciencia Política (Oxford University). Es Profesora concursada de la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM) e Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Sus trabajos de investigación se centran en la democratización subnacional comparada, las dinastías políticas subnacionales, y la economía política subnacional. Es miembro de la Red de Politólogas.

Carlos Varetto es Licenciado en Sociología (Universidad Nacional de Villa María) y Doctor en Ciencia Política (Universidad Nacional de San Martín). Profesor en UNSAM e Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET, Argentina). Su trabajo de investigación se centra mayormente en sistemas partidarios, carreras políticas y política subnacional.

Verónica Pérez Bentancur es Doctora en Ciencia Política (Universidad Torcuato Di Tella). Profesora asistente del Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (Uruguay). Sus áreas de investigación se centran en política comparada, política latinoamericana, política y género.

Julieta Suarez-Cao es Licenciada en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires) y Doctora en Ciencia Política (Northwestern University). Es académica en la Universidad Católica de Chile. Sus áreas de especialización son partidos políticos, representación de mujeres, sistemas electorales, federalismo y política subnacional. Es coordinadora de la Red de Politólogas.

Federica Sánchez Staniak es Licenciada en Relaciones Internacionales (Universidad del Salvador), Magíster en Ciencia Política (Houston University) y Doctora en Ciencia Política (Pontificia Universidad Católica de Chile). Actualmente coordina el área de metodología en el Departamento de Política y Gobierno de la Universidad Alberto Hurtado en Chile. Sus áreas de investigación académica incluyen el comportamiento electoral, la participación política y la opinión pública. Es miembro de la Red de Politólogas.

Emilia Simison es Licenciada (Universidad de Buenos Aires), Magíster (Universidad Torcuato Di Tella) y candidata a Doctora en Ciencia Política (Massachusetts Institute of Technology) con especialización en economía política y métodos. Su trabajo reciente estudia cómo las instituciones políticas en contextos autoritarios afectan cómo y en qué medida diferentes actores intervienen en la producción de políticas públicas. Es miembro de la Red de Politólogas.

Tomás Bril Mascarenhas es Licenciado en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires) y Doctor en Ciencia Política (University of California-Berkeley). Es Profesor en la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM). Se especializa en la economía política comparada del desarrollo. Su investigación actual estudia la interacción entre actores del empresariado y actores estatales en diversas áreas de política pública en Argentina, Brasil y Chile.

Antoine Maillet es Doctor en Ciencia Política (Universidad Católica de Chile y Sciences Po). Es profesor asistente en el Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile e investigador adjunto del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES). Estudia las trayectorias de las políticas neoliberales en Chile.

Pierre-Louis Mayaux es Doctor en Ciencia Política (Sciences Po). Es investigador del Centro Internacional de Investigación en Agronomía para el Desarrollo (CIRAD), en residencia en la Escuela de Gobernanza y Economía de Rabat (Marruecos). Su trabajo aborda las políticas públicas del agua y la legitimación de la acción pública.

Cecilia Allemandi es Licenciada en Sociología (Universidad de Buenos Aires) y Doctora en Historia (Universidad de San Andrés). Es docente e investigadora del Centro de Estudios de Historia Política de la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional de San Martín. Sus investigaciones se centran en la historia social del trabajo en perspectiva de género y en la historia de la familia y de la infancia.